

LA  
ANATOMÍA  
DE LAS  
ROSAS ROJAS

ALBERTO FAUSTO

Concurso Indie 2016

**ALBERTO FAUSTO**

**LA ANATOMÍA DE LAS  
ROSAS ROJAS**



## PRÓLOGO

He visto sucesos extraordinarios. He presenciado la vida y he conocido la muerte en toda su magnitud. He visto estrellas corrientes volverse fugaces, a riesgo de desintegrarse en el espacio. He comprendido la ductibilidad de la materia, y he admirado las formas de la perfección etérea. He perpetrado horrores insondables, y he tornado la realidad en mentiras soportables. He cuestionado lo incuestionable y he puesto en tela de juicio la anatomía de las rosas rojas.

¿Qué es lo que las hace tan extraordinarias? ¿Qué hace que el rojo carmín se apodere de sus pétalos, en ocasiones incluso suntuosos? ¿Qué se esconde tras los tallos cetrinos, tras los nudos de sus frágiles troncos, que soportan el arduo invierno aferrándose a la tierra? Resulta enigmática su belleza envenenada, su apariencia afable, que amaga innumerables espinas, advirtiendo que nadie ose tocarlas.

Su esplendor es tal, que he visto a hombres tratar de seguir sus pasos, siendo ángeles a la luz del sol y encerrándose para sí mismos en la noche, como la flor que se guarda de sus propios demonios cuando el crepúsculo se apodera del firmamento. El desconocimiento de los porqués corrompe al ser humano, que se afana en ocultar sus marcadas debilidades, y las almas malogradas se ceban en una burda demostración del mal en toda su esencia.

No hay colores distintivos en este tablero de ajedrez, en el que hoy es negro lo que mañana es blanco. Y el bien y la iniquidad prosiguen su perpetua lucha enzarzada, en la que no hay ya consecuencias para causas que fueron olvidadas, ni premio para los siempre falsos y solo momentáneos vencedores.

Extraños y maquiavélicos mecanismos son los que rigen este mundo, en el que se trata con la misma impunidad la bondad que la injusticia, y extraña es la morfología de las rosas rojas, y lo que hace posible que crezcan preciosas entre la mala hierba.



# PARTE PRIMERA

# 1

## LA EXTRAÑA PAREJA

No es que destacase entre la plebe. Sarah Trelis era otro mero proyecto de persona, que deambulaba por las calles ajetreadas de la henchida ciudad. No había nada en su forma de actuar, que la diferenciase del resto de almas mecánicas y reiterativas que abarrotaban las aceras grises. Era el producto de una sociedad insensibilizada, que no daba a las nuevas generaciones lo que había recibido a duras penas de las pasadas. Un ente condenada a las tonalidades intermedias, a ser incapaz de resaltar entre la muchedumbre ávida de protagonismo. Aquel día, sin embargo, había sido escogida.

No se podía decir de Sarah que fuese una persona de fuerte carácter, ni que tuviese el aplomo necesario para afrontar los problemas cotidianos del día a día. Rara vez entraba en discusiones, y su respuesta a casi cualquier estímulo era la indiferencia. Le hubiese gustado incluso ser la rara, la que todos señalan con el dedo mientras murmuran entre dientes, aunque tristemente ni siquiera contaba con eso. Pasaba desapercibida entre las masas, que solo se detenían alguna vez ante su dulce y carismática belleza física, para admirar sus cabellos de un rubio pálido natural y sus ojos azules, que captaban toda la atención de su rostro siempre inexpresivo.

A veces ella misma se preguntaba qué demonios le pasaba, por qué había escogido ser de ese modo, actuar como actuaba... Siempre llegaba a la misma conclusión: La falta de interés, la ausencia de motivación por un mundo superficial que en muy pocas ocasiones merecía la pena. Pasaba las horas en silencio escondida en su habitación, enfrascada en sus propios pensamientos, y estudiando nuevas jugadas en un desgastado ajedrez que su padre le había regalado. Le fascinaba la cantidad de posibilidades que se le presentaban a uno al comenzar una partida, y le divertía jugar contra sí misma, tratando vehementemente de no dejarse ganar y llevar las piezas al límite, de crear la partida perfecta.

Con los años se había convertido en su verdadera y única vía de escape, y en su desesperado intento de no rendir cuentas a nadie, aparte de a las propias piezas del tablero. Las partidas podían extenderse durante horas y horas, sobre todo cuando jugaba contra su contrincante favorito; su padre, que probablemente fuese el causante de muchas de las actitudes extrañas que ahora adoptaba. Y aunque lo sabía, no le importaba, ni hizo nunca nada para cambiarlo.

Era una persona cuya descripción no resultaba demasiado apasionante, y no obstante, y a pesar de todo, había sido la escogida. Quizás porque todo lo anteriormente dicho no tenía en realidad ninguna relevancia. Quizás porque la hermosa y poco enigmática Sarah Trelis, tan solo tenía doce años.

Su más temprana infancia había sido algo tortuosa, sobre todo teniendo en cuenta que su madre había resultado ser una de esas contadas mujeres carentes de instinto maternal, y los había abandonado cuando solamente tenía ocho años, para largarse al extranjero de la mano de un adinerado empresario, cuyo nombre Sarah nunca se había atrevido a preguntar.

Su padre era encargado en una fábrica de zapatos, un puesto que no estaba mal cuando lo consiguió a los treinta años, pero en el que se había quedado estancado durante ya excesivo tiempo. Y la niña comenzó a comprender demasiado pronto las reglas que regían el mundo en el que le había tocado vivir, al comprobar con que impunidad y poco cargo de conciencia se había marchado su progenitora.

Amadeo Trelis era un hombre sencillo, y siempre había cuidado de ella lo mejor que había podido. El sueldo que ganaba en la fábrica era más que suficiente para que ambos llevaran una buena vida, y no era el dinero lo que le preocupaba, sino el ver como el día a día hacía de su hija una pequeña desconocida, cada vez más extraña y reservada, y demasiado recelosa para la corta edad que tenía.

La convivencia con la muchacha no era del todo ordinaria. En ocasiones le parecía vivir con una extraña, con una persona adulta que tenía demasiadas cosas que esconder, y no era fácil describir la clase de detalles que hacían que Amadeo en ocasiones tuviese estos pensamientos, eran minucias sutiles que pasarían desapercibidas a los ojos de cualquier persona corriente, pero que él captaba perfectamente, tratándose de su hija.

Por mucho que se esforzase, le era imposible hacerla sonreír o arañarle unas pocas palabras de afecto. Parecía como si la pequeña se hubiese encerrado a sí misma en una coraza imaginaria, desligándose de todo cuanto la rodeaba. Y tan solo era durante aquellos torneos de ajedrez, cuando parecía ligeramente agitada o emocionada por algo.

Dándose cuenta de ello, el hombre se interesó sobremanera por el juego. Nunca hubiese imaginado que aquel tablero que le regaló casi por casualidad, fuese a convertirse en el único hábito más o menos normal dentro de su vida. Y ahora, algo desesperado por creer que la perdía poco a poco, ponía todo su empeño en estudiar las reglas, para sorprenderla con nuevas estrategias o hablarle sobre los grandes jugadores, tratando de complacerla.

Ella simplemente escuchaba con suma atención, y siendo lo más que el hombre había logrado, se resignaba a repetir el sistema, preguntándose qué habría en realidad en esa pequeña cabeza, que a veces parecía esconder mucho más de lo que a simple vista se intuía. Después, jugaban una partida, casi en completo silencio, y era fascinante la seriedad con la que ambos comenzaban a plantearse cada movimiento.

A la edad de nueve años, ella había logrado ganarle por primera vez, y aunque él tuvo que pasar horas convenciéndola de que no se había dejado, la partida había sido totalmente lícita. A partir de ese momento, y para ser certeros, le había sido prácticamente imposible vencerla de nuevo, y debía esforzarse más y más por mantener a raya su audacia durante unos minutos, antes de que su rey se viese totalmente acorralado, con dificultad para darse cuenta de cómo había sucedido nada.

Había pocas cosas además del ajedrez. Sarah era una niña poco problemática, y nunca había recibido quejas de sus profesores. Era pronto para definirla como una buena estudiante, pero apuntaba muy buenas maneras. Tanto sus notas como su comportamiento eran intachables, y Amadeo no tenía que preocuparse de ir tras ella para que estudiase o hiciese los deberes.

Los domingos eran tratados como un día especial. Cuando su madre todavía vivía con ellos, solían ir a abarrotadas reuniones familiares que siempre habían detestado. Él no soportaba la falsedad con la que los comensales se dirigían teatrales miradas, o la poca gracia de las conversaciones siempre aburridas a las que se veía obligado a someterse, mientras sabía que su matrimonio era una auténtica farsa. Se hubiese regodeado montando una escena y largándose de allí con la cara bien alta, y si no lo había hecho nunca, era como siempre, por ella. Lo que nunca supo es que Sarah, simplemente abominaba aquellos concilios pedantes, en los que se dedicaba exclusivamente a escuchar atentamente todo cuanto se decía, para tratar de no comportarse jamás de igual modo.

Al quedar solos, ambos se regocijaron en secreto de no tener que asistir nunca más a aquellas congregaciones en las que todo parecía seguir un guión previamente pactado, dejando fuera cualquier pequeña iniciativa creativa. Ahora, un par de años después de la “dolorosa” separación, cada fin de semana se dedicaban a hacer modestas excursiones, que resultaban algo atípicas teniendo en cuenta lo poco que dialogaban el uno con el otro. Sin embargo, y de nuevo en secreto, ambos se alegraban de haber adoptado esta nueva costumbre.

Vivían en Faro de San Lucas, una pequeña población costera de unos tres mil habitantes, que tenía poco que ofrecer aparte de la iglesia románica del siglo doce, que era el auténtico orgullo de sus vecinos, y una pequeña ermita mucho más coqueta y sencilla, que empero para unos pocos resultaba mucho más bella que la anteriormente dicha, por su excepcional ubicación. La modesta ermita de Santa María se erigía majestuosa a pesar de sus dimensiones, en lo alto del Acantilado de los Inválidos, y aunque antaño había acogido innumerables visitas, que acudían por su embriagadora y atrayente belleza, ahora apenas recibía los cuidados necesarios para salvaguardarla de la erosión que provocaba el paso del tiempo.

Aquel domingo en concreto, ya liberados hacia tiempo de las horrendas tertulias familiares y teniendo Sarah doce años, Amadeo decidió llevarla a la Iglesia románica de San Clemente. Habían estado allí más veces, pero ahora probablemente ella estuviese preparada para apreciar la grandeza de la construcción, y de todo cuanto representaba.

Salieron de casa temprano. Ella, como siempre, se resignó a no decir nada mientras él trataba de instruirla con algo de la cultura tradicional, que había aprendido a lo

largo de los años.

—¿Sabes por qué esta arquitectura recibe el nombre de románica? —hizo una pausa, aún a sabiendas de que ella no respondería—. Hay varias teorías. La más extendida, y también la más romántica, dice que el nombre surge por coincidencia de su floración con la proliferación de las lenguas romances.

Sarah no se dignó siquiera a mirarlo.

—Es el resultado de una perfecta armonía de elementos constructivos bizantinos, persas, sirios y árabes, que se dio durante los primeros siglos de la baja Edad Media en la Europa cristiana —prosiguió él.

Llegaron a las cercanías del imponente edificio y se detuvieron un instante para admirar los detalles del exterior. A Amadeo le preocupaba que Sarah fuese demasiado pequeña todavía para comprender aquellos simbolismos, y la observaba algo inquieto, tratando de captar alguna fugaz emoción atravesando sus ojos azules. Como siempre, resultó inútil. El vidrio de sus ojos no era otra cosa que una mascarada, un reflejo distorsionado y confuso que nunca daba a conocer sus verdaderos sentimientos.

Había estado estudiando a propósito algo de arquitectura, con el mero objetivo de entretenerla, pero el temor a incomodarla hizo que callase. De todos modos, el aprendizaje había resultado más instructivo de lo que había imaginado, y se descubrió a sí mismo recorriendo el muro de piedra con la vista, y empapándose de infinidad de matices que nunca antes había visto, ciego por la ignorancia.

Reconoció las arquivoltas del pórtico, y se enorgulleció repentinamente de saber cómo se llamaban esas molduras, que formaban una serie de arcos concéntricos, decorando la parte exterior de la portada, y terminando en la imposta. El relieve de cada rosca estaba ornamentado con elementos escultóricos de medio bulto, aunque no pudo adivinar la identidad de los santos o apóstoles representados.

Permanecieron unos minutos en el exterior. Sarah se acercó a un puesto de frutas en el portal de una pequeña casa, justo enfrente de la entrada principal de la iglesia. El pueblo todavía mantenía bien arraigadas algunas de las costumbres tradicionales, y no había nada peculiar en el hecho de que algunas de las familias colocasen fruta encima de pequeñas sillas de madera, junto a la entrada a sus humildes domicilios. Eran productos de su propia cosecha, y uno no tenía más que acercarse y llamar al timbre para poder comprar las piezas al peso.

Amadeo reconoció a la señora Herrera —que le ofreció a la niña un par de manzanas de forma desinteresada— y la saludó con la mano desde la distancia, agradeciéndole el gesto. Sarah volvió apresuradamente sobre sus pasos y prosiguieron la excursión donde la habían dejado.

Entraron a la construcción, y la jovencita sintió un escalofrío debido al cambio de temperatura. Aunque no lo comprendía, siempre le había fascinado la fe con la que los feligreses se hacinaban en los bancos, arrodillándose y ensalzando sus plegarias: algunos en silencio, otros murmurando entre dientes. Solo había que mirar lo abarrotado que estaba el local, para darse cuenta de que Dios no iba a tener tiempo de atenderlos a todos.

Su padre, por primera vez desde que habían salido de casa, no la vigilaba, estaba absorto en pensamientos que ella era incapaz de adivinar, más aún teniendo en cuenta que habían ido allí en incontables ocasiones y era la primera vez que lo veía en ese estado. Caminaba lentamente, delante de ella, y parecía absorber con la mirada todos y cada uno de los detalles del ornamentado santuario. En soledad, se maldijo a sí mismo por no haber estudiado antes la arquitectura de los muros que lo rodeaban, por no haber sido nunca capaz de comprender la majestuosidad de cada una de las piedras que sostenía aquella obra de arte.

Admiró la planta de basílica perfecta, constituida por tres naves, y se percató de algo extraño, algo que incluso podía tratarse de un anacronismo; la techumbre era de madera. ¿Cómo se explicaba esa combinación tan desigual? Ese tipo de construcción estaba ya desfasada cuando se consagró el templo. En su lugar, había sido convenientemente sustituida por la bóveda de piedra, que sin duda hubiese acompañado mucho más a la composición. ¿Cómo era posible que nunca antes se hubiese dado cuenta? Las preguntas se sucedían buscando respuestas, y se sorprendió a sí mismo al comprobar que estaba disfrutando.

Cuando volvió la cabeza, Sarah ya no estaba tras él, sino que se había adelantado hacia las profundidades, llegando a los primeros asientos y tomando posición al lado de una anciana que rezaba arrodillada. La mujer sonrió a la pequeña amablemente y le dijo algo que él no pudo escuchar. Después, la niña volvió junto a su padre y caminaron juntos en dirección al altar.

—Ya sabes que no me gusta que hables con desconocidos.

Para su sorpresa, esta vez ella sí respondió.

—Solo es una religiosa. No va a comerme.

No lo dijo con desdén, ni mucho menos, pero Amadeo se sorprendió por el tono de su voz, firme y seguro. La cogió de la mano y, sonriendo, se dirigió a ella de nuevo.

—Ven, quiero enseñarte algo.

Caminaron unos metros hacia atrás y detuvieron la marcha.

—Mira hacia los lados. ¿Puedes ver la cruz?

Ella dio un giro de trescientos sesenta grados, pensativa, y cuando terminó, su expresión era de total desconcierto. Estaba consiguiendo sorprenderla.

—No la ves... ¿Verdad?

Negó con la cabeza.

—Pues estás justo en el centro. Estás en el punto de cruce —susurró agachándose—. ¿Te das cuenta de que la iglesia es más amplia en este punto? Observa a derecha e izquierda, y mira cómo gana terreno al exterior en ambos lados, formando una especie de brazos.

Ella obedeció sin pensarlo dos veces, y aunque parecía querer ocultarlo, era innegable que aquel misterio la intrigaba.

—Si mirases la iglesia desde arriba, verías que está construida en forma de cruz. El sitio donde tú estás... se llama crucero —dijo señalando a sus pies—. Es la intersección entre la nave principal y la transversal.

No es que fuese religiosa, ni mucho menos, pero debía reconocer que la abrumaba el empeño con que se había mimado cada detalle. Era esa convicción, esa creencia arraigada que veía simbolizada en cada columna, lo que la sorprendía hondamente. Porque... ¿puede llegar un hombre a creer en algo sin reservas? Descubrir esos minúsculos enigmas la apasionaba, y esbozó una sonrisa muda para deleite de su padre, que no podría haber recibido mejor recompensa.

Se sentaron en el primer banco, frente al ábside central. Sarah zapateaba el piso generando un molesto repiqueteo, y Amadeo interpretó el gesto como una profunda muestra de aburrimiento. Al fin y al cabo, y pensándolo bien, una iglesia no era el mejor sitio al que llevar a una niña de doce años. Hizo ademán de levantarse, pero ella murmuró algo y él desistió inmediatamente.

—¿Cómo se llama esa pintura? —señalaba con el dedo hacia el fondo de la nave.

Amadeo quedó perplejo.

—Es una representación de Dios...

—Ya se que es una representación de Dios, quiero saber cómo se llama la imagen... la he visto en muchas iglesias.

—Bueno... creo que te refieres al pantocrátor —apuntó él indeciso, y vio cómo los ojos azules de la muchacha se iluminaban—. Viene del griego *pantokrátor*, con ka, y quiere decir todopoderoso.

Tenía su inocente mirada clavada en el rostro del hombre de la pintura, que la observaba inerte, como si pudiese ahondar en sus pensamientos. Había sido inmortalizado con gesto austero, y una espesa barba negra que le cubría buena parte del rostro. Le transmitió algo de miedo.

—Fíjate en las manos —la sacó él de su ensimismamiento—. La diestra está levantada para impartir la bendición, y en la zurda sostiene un libro, que contiene las sagradas escrituras.

Estaba confuso. ¿Cómo demonios podía interesarse una niña de su edad por cosas como aquella? Continuó, no obstante, con la exposición.

—¿Llegas a leer lo que pone en el libro?

—Ego... sum lux mundi —respondió Sarah con alguna dificultad—. ¿Que quiere decir?

—Significa textualmente... yo soy la luz del mundo.

—Yo soy la luz del mundo... —repitió ella entre dientes, fascinada.

—Ahora fíjate en las letras que hay sobre sus hombros.

Efectivamente, a cada lado del Dios inmortalizado, había un extraño símbolo que ella era incapaz de reconocer, aunque el primero le recordó a la letra «A» mayúscula y el segundo a una «O» abierta por abajo.

A Ω

—Son letras del alfabeto griego. Alfa y omega... simbolizan el principio y el fin.

La muchacha era incapaz de ocultar su asombro. Sin saber muy bien por qué, todo aquello la atraía de una manera casi irracional. Observó de nuevo el conjunto, y ahora que conocía alguno de sus secretos, la imagen la sobrecogió. El pantocrátor casi parecía que fuese a hablar, envuelto en aquella aureola de misterio, impartiendo las sagradas escrituras, y justo en medio de aquel simbólico principio y final de los tiempos. Sus ojos oscuros transmitían ahora mucho más, y cada pincelada parecía tener un oscuro propósito, una finalidad secreta.

Amadeo, por su parte, no salía de su asombro. Nunca la había visto así, tan interesada por algo. Casi se atrevería a decir que ni siquiera con el ajedrez se mostraba tan efusiva. Permanecieron un buen rato en silencio, admirando la pintura. En algún lugar del edificio encendieron incienso, y la iglesia pronto quedó impregnada de un agradable aroma. Cuando el padre volvió a mirar a su hija, tenía los ojos cerrados. Estaba rezando.

A partir de aquel momento, Sarah tuvo una segunda obsesión. Curiosamente nunca antes se había planteado ser creyente, y aunque ahora no es que sus convicciones hubiesen cambiado, había algo en aquellas imágenes sagradas que la fascinaba. No podía decirse que se hubiese transformado de la noche a la mañana, pero sí que había algo nuevo gestándose en su interior; un desconocido sentimiento que la arrastraba a querer seguir desentrañando los significados ocultos de cada simbólico emblema.

Comenzó a hacerse a sí misma infinidad de preguntas. ¿Qué es lo que había llevado a aquellos hombres, tantos años atrás, a querer dejar esa pequeña huella inscrita para siempre? No era lo mismo, por ejemplo, que escribir un libro, con el que el autor deja su esencia en este mundo antes de abandonarlo. Aquella gente era más desinteresada y se limitaba a transmitir la palabra de Dios. ¿Cómo hubiese podido hacer tal sacrificio, alguien que no hubiese creído realmente en lo que hacía?

En su cabeza, la pequeña había formado una vaga imagen del mundo que conocía, pero... ¿acaso se había equivocado? ¿había juzgado mal? De manera aplastante se dio cuenta de que siquiera era nadie para juzgar, y de que quizás lo había malinterpretado todo, dando demasiada importancia a sus malas experiencias. Y comenzó a ver a su padre con otros ojos, cada vez que este hacía esfuerzos sobrehumanos por distraerla, por hacerla feliz, por provocarle una pequeña risa. Aquel hombre que había tachado de culpable desde el mismo día que su madre los abandonó, se había convertido en un pilar al que aferrarse, en una pieza clave en el particular tablero de su inocente vida. En un peón que había logrado llegar a la última casilla, y ahora jugaba como reina. Era, en verdad, su único verdadero amigo.

Entre semana, la vida resultaba monótona. Cada mañana, la muchacha caminaba en solitario las seis manzanas que la separaban del colegio y él se asomaba al balcón del salón, desde donde la observaba bebiendo un café, hasta que giraba la esquina y la perdía de vista. No era una vida del todo normal, ni una relación padre hija del todo usual, pero los dos habían aprendido a llevarlo de un modo u otro y, teniendo en cuenta el bizarro carácter de Sarah, era todo lo que podían hacer.

El bloque de pisos en el que vivían no era demasiado ostentoso. Amadeo hubiese podido pagar algo mejor, pero prefería guardar ese dinero en una cuenta reservada para costearle la universidad cuando creciese. Podría ser rara, podría tener actitudes chocantes para ser una niña, pero seguía y seguiría siendo lo que él más quería.

Aquella mañana era una como cualquier otra. Él se había levantado a las siete para preparar el desayuno, que en su caso consistía en unas grandes tostadas con mantequilla y mermelada, y en el de ella, en un simple bol de leche con cereales. Tan solo tenía que acordarse de echar los cereales en la leche antes de que se levantase, porque sabía que a ella le gustaba encontrarlos tiernos, hundidos en lo profundo del cuenco. Eran esos pequeños detalles los que los unían, esas minúsculas muestras de atención que denotaban cuanto se conocían, y cuanto se esforzaba él por hacerla feliz.

La niña difícilmente mostraba cualquier signo de agradecimiento, aunque tampoco se quejaba. En ocasiones parecía estar inmersa en una especie de estado autista, desde el cual le era imposible dejar entrever cualquier tipo de sentimiento. Se limitaba a levantarse a las siete y media, a sentarse y a comerse el desayuno en silencio. Al terminar, recogía los cereales y dejaba la cuchara y el bol en el fregadero, le daba un beso en la mejilla a su padre, y se marchaba sin decir nada más que un «hasta luego».

Ese día, como algo fuera de lo normal, Sarah se despertó antes, poco después de que él lo hiciese. Amadeo, que escuchó ruidos en la otra parte de la casa, atravesó el pasillo y se dirigió a la habitación de la niña. La puerta estaba entreabierta, y llamó golpeando suavemente la madera antes de abrirla por completo. Las sábanas estaban revueltas y la mochila del colegio estaba en el suelo, con varios libros asomando a través de la cremallera. No había rastro de la muchacha.

Dio media vuelta y caminó hasta el salón, cuya entrada estaba guardada por una de esas puertas dobles corredizas. Aferró el pomo de uno de los extremos y deslizó la hoja de madera hacia la derecha, dejando a la vista el interior de la estancia. Allí estaba ella, de pie, totalmente vestida y preparada para marcharse, junto a la pequeña mesita en la que siempre se enfrentaban el uno al otro en el ajedrez.

La noche anterior habían estado jugando hasta bien tarde y las piezas todavía estaban sobre los escaques del tablero, tal cual habían quedado al final de la contienda. Sarah las miraba fijamente, pensativa, y no apartó la vista de los trebejos cuando la puerta se abrió, ni cuando él le dirigió la palabra.

—Sarah... ¿estás bien?

Ella no se inmutó y permaneció en la misma posición unos interminables segundos, mientras él se acercaba lentamente, sin hacer ruido.

—Jaque mate —levantó uno de los caballos y lo movió reglamentariamente, para después marcharse en dirección a la cocina.

Amadeo quedó perplejo, y no fue capaz de reaccionar cuando ella pasó por su derecha y abandonó la habitación. La noche anterior él había pedido dejar la partida en tablas, creyendo que era imposible que se resolviese a favor de ninguno de los dos. Ella, sin embargo, se había ido a dormir sin decir nada, y ahora allí estaban las piezas, dispuestas de tal forma que el pobre rey blanco no tenía salvación alguna. Acorralado, sin escapatoria.

Amadeo volvió sobre sus propios pasos y la encontró engullendo sus cereales empapados de leche semidesnatada. Encendió el fuego y comenzó a prepararse las tostadas y el café. Ninguno de los dos medió palabra, hasta que a sus espaldas, Amadeo percibió el contoneo de la silla y supo que ella había terminado. Apenas se había dado media vuelta, cuando ella lo abrazó y se puso de puntillas para darle, como siempre, un beso en la mejilla.

—Te quiero papá.

Las pupilas del hombre se dilataron, y el corazón comenzó a latirle fuertemente. Quedó totalmente paralizado, sorprendido por la naturalidad de sus palabras. Era la primera vez que le decía que le quería.

Ella, que parecía comprender el motivo de su asombro, le dedicó el gesto más sincero que sus labios le permitieron esbozar, al tiempo que asentía con la mirada. Después, desapareció corriendo por el pasillo y regresó con la mochila a las espaldas, abandonando la casa tan rápido que él no tuvo tiempo de reaccionar.

El café estaba listo. Se sirvió rápidamente una taza y caminó hasta la sala de estar. Cuando finalmente salió al balcón, ella ya había recorrido la mitad de la calle, y caminaba con sosiego, aferrando las asas del zurrón con ambas manos a la altura de sus hombros. Al llegar a la esquina se detuvo en seco, y el padre, inquieto, separó la taza de sus labios. Después, ella se giró. Estaba preciosa con aquel uniforme escolar azul marino. Sus zapatitos de charol reflejaban la luz del sol y sus calcetines negros se ceñían a la parte baja de las rodillas. Sus cabellos rubios se contoneaban con la suave brisa generando una imagen enternecedora, y desde la distancia, lo miró directamente a los ojos para dedicarle una final e inolvidable sonrisa.

Fue la última vez que la vio.

## 2 SONIDOS Y RECUERDOS

Le resultaba difícil respirar. Los labios se le pegaban al plástico negro cada vez que aspiraba aire, creando una sensación de claustrofobia insufrible. Gritó, y lo único que consiguió fue llenar de dióxido de carbono la bolsa que le cubría la cabeza. Nadie contestó a sus plegarias. Estaba mareada, aturdida y muy asustada. El sabor a plástico se mezclaba con el de su propio sudor y lágrimas, que empapaban el interior de aquel saco negro como la pez. Era incapaz de ver nada, y lo único que oía, eran los soplos de su respiración entrecortada.

Trató de morder el plástico, de rasgarlo con los dientes para poder respirar mejor, y dejar que entrase algo de luz a aquel desafortunado lugar que se había creado alrededor de su cabeza. Estaba temblando, el resto del cuerpo no parecía estar envuelto por nada, aparte de la ropa con que había salido de casa, y tenía frío, un frío irracional y desmedido que traspasaba lo meramente físico para helar su pequeño corazón.

Se le estaban durmiendo las manos, que tenía ligadas fuertemente tras la espalda con lo que debía ser cinta aislante. Notó el pegamento adherido a su delicada piel, y de repente la sensación de claustrofobia aumentó. ¿La bolsa se ceñía a su cuello de igual forma? El simple hecho de pensar en ello hizo que respirase aun más rápido. Ya no gritaba, por miedo a quedarse sin aire en tal angosto paraje, solo lloraba, y podía notar como las gotas se acumulaban en su cuello, justo en el lugar en que el plástico le apretaba con más fuerza.

Tenía toda la parte derecha del cuerpo entumecida, estaba tumbada de lado en algún lugar duro, frío, y desagradable. Su oreja estaba pegada al suelo y, a través de ella, percibía una vibración metálica que le resultaba algo familiar. Una reverberación que no podía ser otra cosa que la generada por el motor de un vehículo. Sus propios cabellos revueltos le arañaban el rostro, produciéndole un molesto picor, y aunque continuaba procurando morder la bolsa, cada vez que abría la mandíbula esta se estiraba verticalmente, resbalando por encima de su pequeña nariz sudorosa y escapando a su alcance.

Se dio cuenta de que no tenía los pies atados, no obstante era tal el miedo que recorría su cuerpo, que fue incapaz de mover un solo dedo. Trató de recordar cómo había llegado a esa situación, pero estaba desorientada y fuera de sí, lo suficiente para no poder pensar con claridad.

Esa misma mañana, había sido diferente. Sarah se había levantado algo antes de lo habitual, con la intención de mover aquel caballo que le había quitado el sueño durante toda la noche, aquel solitario trebejo que resolvería la partida a su favor.

El juego había comenzado de forma clásica, el día anterior, unas horas antes de que se fuese a la cama. Con un movimiento f4 de salida de las blancas, con las que siempre jugaba su padre, se había iniciado la contienda. Ella había adelantado los caballos rápidamente, para poco después abrir paso a uno de los alfiles, que merodeaba por el tablero ansioso de comerse alguna pieza. No es que fuesen profesionales, pero habían aprendido el uno del otro y sabían adelantarse a las intenciones del contrario. Más que un deliberado ataque, calculaban con precisión cada jugada, tratando de prever las reacciones del color opuesto y preparando así un terreno favorable.

Las partidas cada vez eran más largas, más difíciles, de movimientos más rápidos y apasionantes. La concentración era tal que hacían caso omiso del teléfono, e incluso en más de una ocasión, del propio timbre de la casa. No había nada ni nadie que pudiera entrometerse entre ellos durante esos inestimables lapsos de tiempo, en los que lo único que importaba eran las piezas.

Hasta poco atrás no había caído en la cuenta, de que probablemente ese fuese el motivo principal de que le gustase tanto el ajedrez. Podía olvidar sus problemas, sus miedos, sus inseguridades, y adoptar el rol de unos personajes que se movían acorde a unas pautas previamente pactadas. No había sorpresas, ni engaños, todo seguía un guión. Además, teniendo en cuenta que se le daba considerablemente bien, era algo que la hacía sentirse plena, inteligente, útil.

Aunque era una ganadora nata, no le irritaba perder. Si había algo que le molestaba, era que la partida quedase en tablas y no se definiese a un claro vencedor. Le incomodaba profundamente el hecho de tener que abandonar el asiento, con la sensación de que las últimas horas no habían servido para nada. Desde luego eso era mucho peor que una derrota y, para su desgracia, la noche anterior se había dado el caso.

Después de una considerable sangría no quedaban demasiadas piezas en pie y, cuando llegó su turno, miró a los ojos de su padre captando al instante su pensamiento; la partida quedaría en tablas pactadas. El reloj jugaba en su contra y tras unos insufribles tic-tacs, Amadeo confirmó lo que ambos pensaban.

Ella se levantó, memorizando la posición de cada una de las piezas y marchándose a su habitación en silencio. Al fin y al cabo, a él no iba a extrañarle que no dijese nada, era una mujer de pocas palabras y su padre estaba más que acostumbrado a ello.

Con los ojos cerrados, pasó gran parte de la noche tratando de encontrar una solución, pero las escasas opciones que tenía no hacían sino desalentarla más y más, hasta que finalmente un sueño dulce se apoderó de ella. Por extraño que pareciese, y de alguna forma que todavía no lograba comprender, lo primero que visualizó al despertar era aquella jugada, aquel movimiento en ele del caballo que le daría la merecida victoria.

Se apresuró a vestirse, inundada por una inmensa alegría. Su padre debía estar preparándole el desayuno al otro lado de la casa, pues podía escuchar movimiento en la cocina. Así que lanzó la mochila del colegio a propósito contra el suelo y caminó rápidamente hacia la sala de estar. Sin duda él iría a comprobar qué había sido aquel ruido. Le divertía hacer ese tipo de escenificaciones.

Abrió la puerta corrediza del salón y la cerró tras de sí. Se detuvo junto a la mesita del ajedrez, de cara a la entrada, y se limitó a esperar a que el llegase. Fueron pocos segundos, y cuando Amadeo atravesó el umbral, ella estaba metida en su papel por completo.

—Sarah... ¿estás bien?

Las palabras retumbaron dentro de su propia memoria, como si pudiesen escapar del recuerdo e ir en su busca. Su padre tenía una forma peculiar de preocuparse por todo, una especie de sexto sentido para encontrar problemas donde no los había. Ahora, ella deseaba con todas sus fuerzas que él estuviese inquieto por algo, que la encontrara y la sacase de allí antes de que el vehículo se detuviese y fuera demasiado tarde. Sabía, por desgracia, que nada de eso iba a suceder.

No estaba segura, pero tenía la impresión de haber desfallecido en algún momento. La cabeza le daba vueltas atrapada en aquella negrura absoluta, y el tiempo era una magnitud brutalmente distorsionada. Los segundos eran contradictorios, y tenía la sensación de llevar lustros en aquella miserable situación.

Lo peor de todo; las preguntas. ¿Por qué ella? ¿Había algún motivo en especial, o era algo meramente arbitrario? ¿El lugar equivocado en el momento equivocado? Todo se mezclaba en una terrorífica amalgama de conjeturas sin pies ni cabeza, a cada cual mas horrible que la anterior. ¿A dónde la llevaban? ¿Cuanto se habían alejado de su casa y de su padre? Y aunque trataba de evitarla, la cuestión más agorera de todas la golpeaba continuamente. ¿Qué iban a hacer con ella? ¿Qué iban a hacer con ella? ¿Qué iban a hacer con...?

La cinta aislante la asía por las muñecas y, con los dedos libres, trataba sin mucho éxito de alcanzar las ligaduras. Era un trabajo hecho a conciencia, y lo único que logró fue rozar sutilmente la pulserita de oro que su madre le había reglado hacía años, y que por algún motivo todavía llevaba puesta.

Se dejó caer, rendida, agotada y con un pavor sin medida recorriendo todo su cuerpo. Se golpeó la cabeza con el suelo, y sintió algo de dolor en la sien derecha. Escuchó de nuevo su propia respiración, que seguía siendo frenética. Al tratar de desatarse se había olvidado momentáneamente de la asfixia, pero ahora esta volvía de

nuevo para mofarse de ella con cada suspiro.

De pronto, algo se le pasó por la mente, era una idea bastante absurda, pero no tenía nada que perder. Golpeó de nuevo el suelo con la cabeza, y esta vez se hizo más daño que la anterior. Apretó con todas sus fuerzas, aprisionando la bolsa contra el piso, y aspiró todo lo que sus pequeños pulmones le permitieron para atraer el plástico hasta sus labios. Mantuvo la respiración durante unos instantes interminables, mientras sentía el material pegado a su boca. Podía percibir los latidos de su corazón y el riego sanguíneo atravesando sus delgados brazos. Abrió la mandíbula con suma delicadeza y, en un ligero movimiento, atrapó el plástico con los incisivos.

—Ahora fijate en esa forma perlada que lo envuelve.

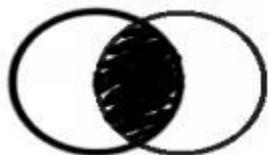
Sarah miraba estupefacta la forma ovalada en la que estaba inscrito el pantocrátor.

—¿Ves como los extremos acaban en punta?

La niña asintió con la cabeza, embebida por tantos conocimientos. ¿Desde cuándo su padre sabía de aquellos temas?

—Ven, mira esto —sacó un papel arrugado y un bolígrafo del bolsillo de la camisa, y comenzó a dibujar algo, apoyándose en el banco de madera en el que estaban sentados.

Poco a poco Sarah distinguió dos círculos, más o menos del mismo tamaño, superpuestos de forma que la circunferencia de uno pasaba por el centro del otro, y viceversa. Después, él rellenó con trazos negros la zona intermedia, y la imagen resultó ser extrañamente familiar.



La figura que su padre había señalado, era exactamente igual a la aureola desde la cual lo miraba amenazante el todopoderoso de la pintura, y no pudo remediar la pregunta.

—Pero... ¿por qué? ¿por qué esta forma y no otra?

La indiferencia con que había comenzado la visita se había ido tornando poco a poco en fascinación, admiración.

—La llaman *vesica piscis*, que en latín significa vejiga de pez. Si giras la hoja de lado veras que se parece mucho, efectivamente, al cuerpo de un pez.

Una vez más obedeció sin rechistar, comprobando que todo era cierto.

—La razón matemática de su anchura por su altura, es aproximada por el cociente de doscientos sesenta y cinco entre ciento cincuenta y tres. El resultado se consideró un número sagrado, llamado a su vez, la medida del pez —lo escribió mientras le explicaba.

$$265 : 153 = 1,73203$$

—Esto es lo más interesante —prosiguió sonriente—. Supongo que en el colegio ya no os hacen leer pasajes de la biblia...

—No...

—Está bien, da lo mismo. En el evangelio de Juan, se cuenta que después de haber muerto en la cruz y resucitado al tercer día, Jesús se aparece a sus discípulos mientras estos intentan pescar.

Ella lo observaba desconcertada. ¿A dónde demonios iba a derivar esta historia?

—Tras pasar una noche queriendo capturar algo que llevarse a la boca sin éxito, Jesús aparece por la mañana, y les dice que echen la red al lado derecho de la barca, y hallarán.

Gesticulaba imitando al señor de forma algo graciosa. Mientras, ella procuraba no perderse detalle.

—Cuando Simón Pedro hizo el recuento se sorprendió al ver que había ciento cincuenta y tres peces, y aún así la red no se rompió —hizo énfasis en la entonación al final de la frase, a la vez que subrayaba.

$$265 : \underline{153} = 1,73203$$

—Curiosamente, ciento cincuenta y tres es la cantidad total de Ave Marías del santo rosario.

Desesperada, no pudo hacer otra cosa que rezar. Repentinamente se encontró entonando mentalmente un padrenuestro detrás de otro, mientras todavía aferraba el plástico entre los dientes. Un sudor frío le recorría todo el cuerpo y el olor dentro de aquel saco comenzaba a ser insoportable. Moviò la cabeza de forma frenética, como un mamífero salvaje que tratase de desgarrar a su presa, hasta que finalmente el material cedió con un sonido seco y se originó una pequeña apertura en la bolsa, a la altura de su boca.

Escupió los pedazos sueltos, y desvió instintivamente la mirada hacia el angosto orificio; solo vio más oscuridad. Su corazón amenazaba con estallar en cualquier momento, su ritmo era tan frenético que era lo único que podía escuchar, y cada latido era como un doloroso latigazo en su pecho. Una extremada debilidad se adueñó de ella, que nunca antes había experimentado aquel siniestro cosquilleo, y se quedó inmóvil de nuevo, a sabiendas de que en aquel estado, sus piernas no aguantarían apenas su propio peso.

Las retinas comenzaron a adaptarse a la tenue luz que penetraba por la brecha y Sarah vislumbró los primeros detalles. Estaba en un cubículo de unos escasos dos metros cuadrados, las paredes desvencijadas hacían gala de un óxido improvisado, que las recorría de extremo a extremo y, efectivamente, se movían, y la vibración que antes había percibido era la que producía el motor de la furgoneta.

El acantilado de los Inválidos encerraba un misticismo sobrecogedor. Estar allí arriba, viendo cómo las olas golpeaban las rocas en la base, resultaba hipnótico, mágico. El agua se tornaba en una hermosa espuma al chocar contra la majestuosa pared vertical, de más de doscientos metros de altura. Era increíble el contraste, de estar en la playa y en la montaña al mismo tiempo. El olor a sal ascendía el escarpe y llegaba hasta los límites del abrupto precipicio, que se erigía amenazante ante el mar abierto, y el viento azotaba suavemente la hierba que, curiosamente, crecía en lo alto, delimitando con su verde cetrino el linde entre la tierra y las profundidades azules.

Sarah sintió un cosquilleo por encima de los tobillos. El césped era tan largo y espeso que la rozaba produciéndole una agradable sensación. El viento hacía bailar las hebras, que brillaban bajo el sol en una danza espectacular, creando un juego de luces y sombras con cada movimiento, como si se tratase de millares de piezas de

dominó desplazándose al unísono.

Corrió desenfrenadamente, solo como una niña lo haría, sin preocuparse por los motivos o las consecuencias y agachándose para poder acariciar la suave vegetación. Era inmensa la sensación de libertad y, en su cabeza, retumbaba una música embelesadora que la empujaba a soñar, a querer volar. Se sentía como sumida en un sueño del que no despertaría jamás.

Sus pasos la llevaron hasta el borde del precipicio, y se detuvo convenientemente a escasos metros del abismo. Desde ese punto, el ángulo de visión solo le permitía ver aguas calmadas, a lo lejos, pero ella quería ver más, quería contemplar con todo su esplendor el baile encarnizado de las olas burbujeantes y su enérgico embiste dorado, como el descorche de una botella de *champagne*.

Caminó, ahora más lentamente, hacia el fin, y el sonido del oleaje furioso la envolvió repentinamente, como si hubiese escalado a toda velocidad la pendiente solo para hacerse escuchar. Era algo temerario y a la vez inevitable continuar acercándose, una extraña e inexplicable atracción fatal que se apoderó de ella por completo.

Sus zancadas eran trémulas, y la sensación de vértigo e inestabilidad crecía por momentos. Sus ojos azules reflejaban la inmensidad del mar, que se extendía ante ella como un lugar infinito, etéreo y mágico que la llamaba para sus adentros. Tuvo raros pensamientos, y se preguntó a sí misma el significado de aquella particular percepción que le había venido a la mente: «Es tan bello que duele, tan hermoso que estremece».

Sin darse cuenta, golpeó una pequeña piedra, que rodó hasta el precipicio y cayó al vacío, en un silencioso y largo adiós, a través de los centenares de metros de altura de la pared. El aire la acariciaba en un leve susurro, respetando la fragilidad de su cuerpo, y una mano cálida la rodeó por la cintura.

Su padre estaba tras ella, se había arrodillado y la envolvía con los brazos, posando el mentón sobre su hombro izquierdo, y de pronto, aquel fugaz instante se tornó en un momento eterno, en una representación perfecta de la vida y de la belleza de las pequeñas cosas. Sarah quiso que durase para siempre y cerró los ojos, grabando ese fotograma en su memoria y dejándose llevar por unos sentimientos que la superaban.

Sin saber muy bien por qué, se dio cuenta de que era inmensamente feliz, y abrió los ojos de nuevo para mirar a su padre. ¿Cómo había tardado tanto tiempo en darse cuenta de que era un verdadero compañero? Él la observaba con una expresión que ella nunca antes había visto, y ambos parecieron ser conscientes de que algo especial había nacido ese día, y que ya nada volvería a ser igual.

No eran necesarias puestas en escena, la naturaleza se hacía eco de los sentimientos, que afloraban al exterior como nunca antes lo habían hecho. El aroma a hierba mojada, la brisa sosegada, las aguas tempestuosas y el atardecer rojo hacían que la melancolía se apoderase de la escena, y comenzaron a echar de menos ese momento, incluso antes de que hubiese terminado.

El sonido cesó, y el pánico se apoderó de ella; se habían detenido. Pudo escuchar cómo su captor permanecía unos segundos dentro de la furgoneta, para después abandonarla con total parsimonia. ¿Era solo uno, o más de una persona? Su respiración se aceleró de nuevo, aunque ahora al menos podía aspirar a través de la apertura de la bolsa negra, en la que cada suspiro se magnificaba, retumbando en sus oídos y torturándola con cada sístole y diástole de su maltratado corazón.

Era inevitable pensar en el fin, y cada uno de los procedimientos que en cualquier otro caso le hubiesen parecido normales, ahora se le presentaban totalmente tétricos y agoreros. La llave se retorció en la cerradura de la puerta trasera, y un lamento agónico y apagado escapó de sus labios. Repentinamente sintió una fuerte corriente de aire, que le subió por debajo de la falda azul marino helándole las piernas y la cintura, y se encontró a sí misma llorando y tratando de mover los brazos en un acto reflejo para cubrirse la boca. Desgraciadamente, los tenía fuertemente ligados a la espalda.

No veía nada, pero podía sentir la siniestra figura tras ella, que permanecía inerte como si disfrutase de la situación. La corriente era tan intensa que la falda revoloteó y se desdobló en dirección a su cintura, dejando al descubierto sus piernas y sus caderas. Escuchó un clic metálico que le fue curiosamente familiar, lo reconoció al instante como uno de esos viejos mecheros zippo al abrirse, y reafirmó sus sospechas cuando a continuación le sobrevino el sonido de la piedra, y de nuevo la tapa al cerrarse. Quienquiera que fuese aquel ser detestable, se había tomado el lujo de parar a fumarse un cigarrillo.

El silencio se convirtió en una desesperada forma de medir el tiempo, y en una mofa perversa que distorsionaba los movimientos de las agujas del reloj. ¿Qué vendría después de aquel lapso? Desafortunadamente la respuesta no se hizo esperar más. Una mano la asió fuertemente por el tobillo, y sus gritos fueron desgarradores, mientras la arrastraban lentamente hacia el exterior. Revolvió las piernas, que eran la única parte del cuerpo que tenía libre, y pudo golpear varias veces aquel brazo que la zafaba, aunque sin éxito. Después, notó que gran parte de su cuerpo no estaba sobre tierra firme, y siguieron tirando de ella hasta que cayó al suelo, golpeándose fuertemente la cabeza.

Sus alaridos cesaron.

El sol le disputaba los últimos minutos al horizonte, dejando asomar unos tímidos rayos por encima de la inmensidad de las aguas. Amadeo seguía abrazando a Sarah en lo alto del acantilado de los Inválidos y, cuando esta se dio la vuelta para observarlo directamente, sus ojos azules le parecieron un auténtico abismo, donde infinidad de sentimientos se mezclaban en una extraña vorágine conmovedora.

De pronto, la muchacha dio un pequeño saltito hacia delante, y rodeó su cuello con los brazos. Era sorprendente la calidez que transmitían sus delicadas extremidades, y el hombre tardó unos segundos en reaccionar y devolverle el cariñoso gesto. Sarah estaba cambiando tanto en tan poco tiempo...

Cuando los cuerpos se separaron, él sostuvo sus pequeñas manos entre las suyas, y hubo algo que le llamó la atención. En su muñeca derecha, ella todavía llevaba puesta aquella pulsera, y sintió un escalofrío, mientras comprendía el dolor que encerraba el pequeño corazón de su hija.

Su madre se la había regalado en uno de sus cumpleaños, cuando hizo ocho años. Amadeo recordaba la escena con cierto dolor, y no podía quitarse de la cabeza las palabras hipócritas de la mujer que los había abandonado: «Esto es para ti cariño, para que me lleves siempre contigo, vayas donde vayas».

Se retorció interiormente al imaginar cómo se habría sentido Sarah durante todo ese tiempo, y no pudo hacer otra cosa que ocultar su congoja y tratar de que la niña no se diese cuenta de nada.

Finalmente, la noche comenzó a adueñarse de la bóveda azulada, creando una esplendorosa mezcla con los tonos rojizos que restaban del atardecer. La joven se desprendió de los brazos de su padre y corrió de nuevo. Al fin y al cabo, seguía siendo solo una niña. Amadeo se enjugó una lágrima que había escapado involuntariamente, y la siguió con las manos metidas en los bolsillos de la cazadora; comenzaba a hacer frío.

Se detuvieron junto a la ermita. La cruz que asomaba por encima del tejado se recortaba triunfante en el cielo, como una bandera victoriosa que ondeara en lo alto del despeñadero. Hacía años que la pequeña construcción permanecía cerrada, y solo algún devoto subía hasta allí de vez en cuando para ensalzar sus plegarias a Dios. Junto al muro podían verse algunas velas apagadas, y unas cuantas oraciones escritas a mano, que se sostenían bajo pequeñas piedras para evitar que se volasen.

Ninguno de los dos había sido nunca demasiado creyente y, sin embargo, un sentimiento común había crecido en su interior. Como acostumbraban a hacer, el único testigo de sus pensamientos fue el silencio, y no supieron nunca que fueron ambos, los que casi al unísono pronunciaron una misma palabra... «Gracias».

El golpe la hubiese mantenido inconsciente durante algunos minutos, de no ser por la forma en que la arrastraban. Recuperó el sentido a los pocos segundos, y notó que la bolsa se llenaba de tierra por el orificio que antes había abierto. Tiraban de ella por las piernas, y la cabeza se golpeaba una y otra vez contra los accidentes del terreno. Cada pequeña piedra era una auténtica tortura, y se retorció con el mero propósito de ponerse de lado, para no destrozarse la cara en el tortuoso paseo. A los pocos metros se detuvieron, le soltaron las piernas, la asieron por las axilas y la pusieron en pie. Por la forma en que la manejaban dedujo que se trataba de una sola persona.

La desataron y la cogieron de la mano, y por extraño que fuese, ese gesto le resultó mucho más aterrador que todo cuanto antes le habían hecho. Era macabro, inesperado, perverso... Notaba la sangre cubriéndole el rostro, debía haberse herido cuando la bajaron de la camioneta, pero no le preocupó demasiado la brecha, tenía mayores problemas a los que enfrentarse.

Comenzaron a andar, y ahora la trataban con suma delicadeza. A los pocos pasos pararon de nuevo y escuchó cómo abrían una cerradura, más bien antigua.

Cuando el viento cesó, supo que había entrado en el infierno. La llave giró por segunda vez y comprendió que estaba encerrada. El olor a incienso impregnaba aquel lugar, y un silencio absoluto la envolvía, solo viéndose interrumpido por los movimientos de su captor.

Había oído muchas historias en la televisión y trataba de apartarlas de su mente, pero le resultaba imposible. Niñas que desaparecían y nunca volvían a dejarse ver, madres que perdían a sus hijos y recuperaban un cadáver mutilado en una cuneta. Su padre siempre había tratado de evitar que viese esos reportajes, pero no podía ocultar la evidencia; esas cosas pasaban realmente.

Soltaron su mano, y aunque nadie la zafaba, se sintió aún más atrapada, al pensar que en aquel inhóspito emplazamiento ya no necesitaban aferrarla. Comenzó poco a poco a entender que aquello era tan real como inevitable, y que no tenía escapatoria.

Pensó en correr... ¿Pero hacia dónde? Pensó en gritar, pero era incapaz de emitir siquiera un suspiro. La oscuridad la aturdía y hacía que su imaginación mostrase su perfil más agorero. Alguien la observaba, y la imagen de una sonrisa funesta la perseguía. Sus tendones se tensaron al límite, y la presión era tal que todos sus músculos estaban fuertemente agarrotados.

Una inusitada adrenalina inundaba todo su cuerpo, pero seguía sin ser capaz de mover un solo dedo. De pronto, un molesto ruido a su derecha; estaban arrastrando algo. Sonaba como si estuviesen desplazando algo muy pesado a lo largo del suelo, y el chirrido hizo que se le erizase el vello de todo el cuerpo. Después madera hueca, bisagras oxidadas y pasos, pasos que se acercaban a ella.

Era sobrecogedora la forma con la que el miedo se había apoderado de su voluntad, y aún teniendo las manos libres, no tuvo valor para quitarse la bolsa que le cubría la cabeza. ¿Quién la miraba? ¿Quién era capaz de disfrutar con todo aquello? Las preguntas recibían malsonantes respuestas, que minaban sus esperanzas hasta dejarlas por los suelos, y cuando sintió que una mano se paseaba por su cintura, habló por primera vez.

—Por favor...

Las palabras se trabaron en un repentino llanto, y unos virulentos temblores hicieron que perdiese el control de su propio cuerpo, que vibraba de auténtico pavor. Cada soplo era una agitada muestra de su estado, más desesperado a medida que aquella repugnante mano se paseaba por sus caderas, y aunque entraba aire por el agujero de la bolsa, sentía que se ahogaba, que le faltaba el aliento.

Lloraba ahora de forma tan violenta que no tenía apenas tiempo para coger aire, y solo se dio cuenta de que estaba gritando tras haber vaciado completamente sus pulmones. La figura se arrodilló tras ella, poniendo ambas manos sobre sus hombros, y Sarah cerró los puños, apretándolos con tanta fuerza que se clavaba las uñas en las palmas. Inmediatamente sintió el cálido vaho, y simplemente perdió la noción de lo que era real y lo que no. El hálito de aquel ser infecto recorrió su nuca, y pensó que su atormentado corazón no lo soportaría, llegó incluso a desearlo para que así acabase su sufrimiento.

La aferraron del antebrazo derecho, e hicieron que caminase de nuevo hacia el lugar desde el cual habían provenido los sonidos. En un momento determinado, la sombra se situó tras ella y la animó a continuar, empujándola por los hombros. Cuando dio otro paso, quedó petrificada al comprobar que ya no había tierra firme delante de ella, y trastabilló estando a punto de caer; descendía los peldaños de una escalera.

Como un acto involuntario, extendió los brazos, pero no sintió nada hasta que la obligaron a bajar varios escalones más. Palpó las paredes a ambos lados, y dedujo que estaba internándose en el subsuelo. La impulsaron una vez más y, aunque trató de evitarlo, cayó escaleras abajo. De pronto entendió que las bisagras que antes había escuchado no eran de ninguna puerta; al tiempo que la pesada trampilla se retorció arriba a sus espaldas.

Se arrancó la bolsa de la cabeza a arañazos, y los jirones quedaron colgando de su cuello. Dio media vuelta, y pudo contemplar en un fragmento de segundo cómo la trampilla de madera maciza encajaba con un estruendo, negándole de nuevo la luz, que solo se colaba por las grietas de la portezuela. Después, arrastraron de nuevo aquel objeto pesado y el techo se estremeció sobre ella. Las juntas se fueron oscureciendo, a medida que posicionaban la losa sobre la salida del angosto sótano, y aquella tenue luz que se colaba por las brechas desapareció por completo en escasos segundos.

En aquel momento supo que había entrado en el averno, y la única puerta que conocía estaba cerrada; lo que no sabía la pequeña Sarah Trelis, es que el horror no había hecho más que comenzar.

### 3 EL PREVENTORIO

Unos zapatos bailarinas negros; pantalón vaquero pitillo azul oscuro, ceñido en su justa medida; cinturón de cuero sencillo, sin florituras; suéter negro de cuello alto; y un gran bolso a conjunto. No llevaba más accesorios, quitando de dos humildes pendientes de plata, que apenas se dejaban ver entre sus lacios cabellos negros.

Sus ojos marrón miel parecían no tener nada que decir aquel día, mientras conducía su Volkswagen Golf del noventa y nueve hacia la residencia de ancianos. En la radio sonaba Karma Police de Radiohead, y la voz de Thom Yorke acompañaba de una forma extrañamente sugestiva a las líneas discontinuas de la carretera.

El preventorio antaño había servido para atender y alojar a niños tuberculosos. Se habían construido numerosos edificios como aquel por toda la península durante la posguerra, aunque ahora la mayoría estaban convertidos en museos o habían sido abandonados, y muchos eran los que acudían a estos últimos a realizar estudios de parapsicología, buscando demostrar la supuesta presencia de entes espirituales.

El estado español propició su construcción, siempre en ubicaciones aisladas, inmersos en la naturaleza. La versión oficial era que los enfermos necesitaban aire puro, aunque la gente de a pie siempre había pensado que era una excusa para marginarlos. No obstante, como siempre, nadie hizo nada por la integración social de aquellos pobres desgraciados; ¿quién querría ser amigo de un físico en los cincuenta?

A decir verdad, muchos de los niños finalmente se curaban, y aunque la mente conspiratoria de gran parte de la población se negase a reconocerlo, su aislamiento en las montañas tenía mucho que ver con ello, más que con las supuestas discriminaciones. Fuese como fuere, el viejo preventorio se erigía majestuoso en lo alto de la sierra de Becerros, y tan solo contemplarlo, hacía que cobrase sentido que alguien hubiese decidido construirlo justo en aquel lugar.

Aunque todavía no había llegado, Aristeo detuvo el coche a un lado de la carretera, en un pequeño terraplén. Había un espacio reservado para los vehículos de los trabajadores en las inmediaciones del edificio, pero le gustaba caminar ese pequeño trecho hasta llegar a la residencia, antes de comenzar su turno. La carretera era silenciosa y poco transitada; la mayoría de los ancianos apenas recibían visitas, y los únicos vehículos que circulaban solían ser los de los empleados del centro.

Los cuatro intermitentes parpadearon al unísono cuando accionó el cierre del mando a distancia y comenzó a andar. La montaña todavía podía presumir de una buena vegetación, a pesar de la escasez de lluvias de los últimos años. Abundaban los pinos, y algunos de ellos eran más viejos que el propio caserón; sus troncos eran enormes y robustos, y parecían jugar entre ellos a desafiar las alturas, en su ascenso ligeramente curvo hacia los cielos. Pero si había un árbol de entre todos que destacara por su envergadura, era «el veterano», al que los propios mayores habían apodado con ese nombre. Bromeaban con el hecho de que aún siendo mucho más viejo que ellos, los enterraba a todos.

La pinocha crujía bajo sus pies a medida que se acercaba y, poco a poco, el sanatorio fue dejándose ver entre los arbustos, a la izquierda del camino asfaltado, que se bifurcaba dando acceso al recinto. Cruzó la carretera, sintiéndose algo estúpida al mirar a ambos lados; no iba a pasar nadie. Llegó a un claro y pasó junto al veterano, que se mantenía firme cerca de la entrada principal, atreviéndose a hacer frente a la magnitud de la residencia.

Era una obra soberbia, digna de admiración. El edificio constaba de tres cuerpos; y el ala principal, que era la más imponente de todas con una altura de cuatro pisos, conectaba con las adyacentes mediante sendos volúmenes de menores dimensiones. A simple vista, y visto de frente parecían tres grandes torres unidas entre sí, aunque una vez constatada su profundidad, uno se daba cuenta de que el edificio formaba una especie de «E» mayúscula, generando dos patios traseros.

—Buenos días Aris —la saludó Hernán desde la entrada.

Hernán Ramos era el director del centro. Era un hombre bastante severo, pero tenía buen fondo, y siempre había dado mano libre a Aristeo para tratar a los residentes de la forma que creyese conveniente, confiando plenamente en sus facultades. Ella, por su parte, sentía cierto respeto hacia él; hacia la pureza y bondad que representaba. Ahora, lo observaba mientras se rascaba la espesa barba y fumaba un habano, lo cual le daba cierto aire a naufrago isleño.

—Buenos días —pasó junto a él sin detenerse, tratando de no inhalar el humo del puro.

Notó enseguida que la calefacción estaba funcionando y mantenía, como era habitual, una agradable temperatura de veintidós grados, ya que aunque era principio de otoño, por las mañanas hacía fresco allí arriba, y en el centro siempre se procuraba mantener un clima adecuado, para prevenir a sus clientes de afecciones innecesarias.

Aristeo había comenzado a trabajar allí con veintiséis años, y en los cinco que llevaba en el sanatorio se había cosechado la amistad de la mayoría de los ancianos. Decir eso, en cierto modo, sería omitir la verdad, pues en realidad la adoraban. Cada día comenzaba su turno a las ocho de la mañana, y se encargaba de despertar y servir el desayuno a los cinco pacientes que tenía a su cargo.

Hernán había logrado consolidar una extraña jerarquía plana. Había unos cuarenta pacientes, y un trabajador social para cada cinco. Así evitaban disputas absurdas por lograr ascensos que nunca existirían, pues estaban todos al mismo nivel. El centro contaba asimismo con el apoyo de un buen equipo médico, que velaba las veinticuatro horas por el bienestar de los clientes. Esa era básicamente la única pega del sanatorio; que era privado.

El señor Don Pablo, Margaret Roome, Emilio Salazar, Antonio Soler y María Plaza. Esos eran los cinco nombres que estaban bajo su responsabilidad, y tenía total libertad para hacer su cometido, que en esencia consistía en procurarles una vida más fácil. Se había diplomado en trabajos sociales, y al poco tiempo tuvo la suerte de encontrar aquel trabajo. En España, existía cierto intrusismo en torno a la profesión, pues muchos de los puestos destinados a estos diplomados eran ocupados por voluntarios. A ella nunca le pareció mal; de hecho pensaba que era ridículo tener que sacarse un título para poder ayudar a los demás, pero su afán por dedicar su vida al oficio, y el miedo de que en un futuro la situación se regularizase, hizo que optara por ir a la universidad.

Caminó desde el hall en dirección al ala oeste del edificio, donde estaban el comedor y las habitaciones. El pasillo estaba repleto de grandes ventanales, que mostraban el exterior a través del impoluto vidrio. Aristeo pudo ver a Hernán cerca del veterano, acabando de fumar su puro. Desde la distancia, las miradas se cruzaron, aunque ninguno de los dos hizo gesto alguno. Prosiguió sin detenerse hasta el final del corredor, pues aunque a su derecha había numerosas puertas, solo conducían a diferentes almacenes y cuartos de mantenimiento; nada que a ella pudiese interesarle. Al fin, atravesó el umbral y penetró en el restaurante.

Como de costumbre, el único que había madrugado lo suficiente como para estar desayunando a las ocho en punto, era Don Pablo, que la saludó con la mano indicándole que se acercase. Ella se aproximó sin rechistar, ofreciéndole una sincera sonrisa, mientras estudiaba su ya característica indumentaria. El anciano iba vestido con una bata de ir por casa de un extravagante rojo chillón, y unas zapatillas de franela a juego. En su dedo anular izquierdo relucía su anillo de bodas, que nunca se quitaba, y a pesar de su edad, el pulso no le temblaba mientras con la diestra, mantenía la taza de café en alto.

—Buenos días Aris. ¿Te importaría desayunar con un vejistorio que tiene medio pie en la tumba?

—Buenos días Don Pablo, ya veo que se ha levantado de humor esta mañana.

—¿Y qué mañana no es así? Vamos siéntate —dijo un par de palmaditas sobre la mesa—. No querrás que me tomé el café a solas...

—Ni siquiera debería tomar café.

—Nada, paparruchas médicas. La vida no tiene sentido sin estas pequeñas cosas, si tienen que quitármelas para alargar mis días, por mí puedo morir aquí mismo.

Don Pablo estaba en cierto modo consentido, debido a que no era un paciente del todo corriente. Los demás residentes lo sabían, pero no hacían nada al respecto; en el fondo todos pensaban que verdaderamente merecía un trato especial. Su vida había estado fuertemente ligada al preventorio, más de lo que cualquier persona corriente hubiese deseado, y sus compañeros lo compadecían por ello, sabiendo lo que en ocasiones significaba encontrarse entre aquellos muros.

—Que vergüenza —bromeó la joven—. Accederé a regañadientes, y solo por ser vos quien sois.

—Uno debe saber jugar bien sus cartas.

—Eso dicen —tomó asiento Aristeo—. ¿Sería usted tan amable de servirme un café?

—Faltaría más —simuló que se quitaba un sombrero, haciendo una reverencia, y abocó el termo caliente a una de las tazas vacías que había en una bandeja, sobre la mesa.

—Gracias —la alcanzó llevándosela a los labios.

—¡Por el amor de Dios déjate de tanto protocolo! ¡Me haces creer que ya estoy muerto!

Por encima de la jícara humeante, y mientras sorbía el primer trago cargado de caliente cafeína, Aris le dedicó una mirada divertida.

—Desde luego eres la chica más correcta que he conocido nunca —prosiguió él.

—Don Pablo... no empezemos.

—¡Está bien! ¡Pero algún día vas a tener que escucharme!

—¿No lo hago siempre? —le lanzó la pregunta con tono cómplice, haciendo que desistiese.

—Pues sí. Para qué nos vamos a engañar...

—¡Ah! Por cierto —lo interrumpió ella—. ¿Cómo va lo de la señora Roome?

—¡Puagg! El asunto está bien envenenado.

—¿Y eso? ¿Hay novedades?

—Anoche, después de que te fueses, se presentó aquí su hija, y ha resultado ser todavía peor que el primogénito.

—¿Tiene una hija?

—Eso parece, y no te lo pierdas, porque esta fue directamente al grano. Tardó menos de media hora en preguntar por la herencia.

—¿Cómo está ella?

—Ya te puedes imaginar, acaba de descubrir que los dos santurrónes a los que dio vida se están sacando los ojos por repartirse los cuartos. Debe resultar bastante deprimente.

Ambos hicieron una breve pausa para sorber otro trago de café, estudiándose mutuamente.

—¿Y usted cómo se encuentra Don Pablo?

—Como en casa —respondió burlón, sabiendo que a ella le molestaría esa contestación.

Efectivamente, Aristeo frunció el ceño, y él tuvo que intervenir rápidamente para evitar una regañina.

—Aris... no te lo tomes tan a pecho. Es cierto que esta ha sido mi casa más que cualquier otro sitio, si dijera lo contrario te estaría mintiendo.

—Es por eso mismo. Me gustaría que alguna vez me contase qué ha hecho durante su vida, el tiempo que no ha permanecido aquí, de hecho me encantaría.

Don Pablo la miró con severidad, descansó la taza sobre la mesa y cruzó los dedos de las manos, clavando la mirada en sus ojos marrones. Daba la impresión de sentirse algo halagado, por el mero hecho de que alguien se interesase por sus vivencias.

—Esta bien, pero a cambio tú tendrás que mostrarme tu verdadera mirada.

La joven se revolvió en el asiento, desconcertada.

—¿Qué quiere decir?

—Yo se que hay mucho más detrás de esas pupilas apagadas —hizo una pausa—. Quiero que por una vez dejes de observar el mundo como si fueses una anciana, y me mires con tus verdaderos ojos.

Había algo embelesador y atrayente en las palabras del viejo, que hablaba con total dedicación, como si la vida le fuese en ello. Su gesto era adusto, serio, y solo tras unos interminables segundos de silencio, habló de nuevo.

—¿Qué me dices? ¿Trato hecho? —extendió el brazo por encima de la mesa, sonriente.

—Trato hecho —titubeó ella, todavía algo confusa.

Cuando sellaron el pacto, Aristeo pudo percibir a través del tacto las arrugas de la mano de Don Pablo, y cada surco parecía contar una historia, un viaje intrigante, una aventura apasionante. Eran como heridas de guerra, marcas a fuego que había dejado tras de sí una larga vida dura y desagradecida. Resbaló las yemas de los dedos a través de ellas, sintiendo cada una como si fuese suya.

La expresión del hombre hacía alarde de una desconocida muestra de satisfacción, era la primera vez que Aris veía en su rostro tal composición, y aún extrañada por el singular acuerdo que acababan de firmar, comenzó a crearse una versión interna y particular de lo que acababa de suceder. ¿A qué se refería cuando decía que le mostrase su verdadera mirada? Lo único que se le ocurría, era que al honorable mayor le resultase algo anormal la vida que ella llevaba, que le resultase como un enigma cerrado, del cual no se sabían siquiera las premisas.

No lo culpaba, de hecho, era más que probable que tuviese toda la razón, aunque ella había escogido ser así, y nada ni nadie podía remediarlo.

Mientras subía peldaño a peldaño las escaleras, todavía era incapaz de quitarse de la cabeza la extraña petición del viejo. «Quiero que me muestres tu verdadera mirada». Eran algo más de las ocho y había abandonado la cafetería; tenía que despertar al resto de ancianos. Para acceder a las habitaciones, había que atravesar el restaurante, y una de dos, tomar el ascensor o las escaleras. Los escalones eran estrechos y chatos, y resultaba algo incómodo subir a pie, sin embargo ella siempre lo hacía de ese modo. Los pasillos, a su vez, eran tan angostos que uno no podía extender los brazos hacia los lados sin dar con las paredes. Eran detalles típicos de arquitecturas reaprovechadas como aquella.

Al llegar a la primera planta el panorama fue completamente distinto a la cafetería, que era uno de los lugares más modernos del edificio, y contrastaba notablemente con el pasillo que ahora tenía frente a sus ojos. El corredor era una perfecta calcomanía de lo que siempre había sido, y muy poco había cambiado desde que se alzara décadas atrás. Al observarlo, una casi podía ver a los niños tísicos que otrora deambularon por él; podía sentir su presencia tras el plisel de las cortinas; o percibir sus fantasmas desvaneciéndose en la blanca luminosidad que se colaba por las ventanas, que recorrían toda la pared diestra, asomando a uno de los patios interiores.

El suelo enmoquetado acallaba sus ya de por sí silenciosos pasos, a medida que avanzaba hacia la habitación ciento siete, que aun siendo la más alejada, era la que con más premura requería de sus atenciones. Se detuvo, y antes de hacer girar el pomo, golpeó con los nudillos la madera, que retumbó levemente a modo de aviso. Cada mañana tenía que acercarse a la cama a despertar a la señora Roome y ayudarla a enderezarse. Era una mujer que llevaba algún tiempo enferma, había sufrido tres infartos, dos de ellos en las últimas semanas, y la parca parecía acecharla con insistencia, queriendo arrancarla definitivamente de este mundo. Puede que mucho tuviesen que ver con esos achaques, las actitudes condescendientes de sus dos recién llegados hijos, que no habían aparecido por allí en años y ahora se tiraban de los pelos por repartir la herencia, que sabían no tardaría en llegar.

Cuando Aristeo irrumpió en la estancia, no vio lo que esperaba ver. Buscó instintivamente con la mirada, y constató rápidamente que donde debiese estar Margaret, solo había sabanas revueltas. Después, oteó a derecha e izquierda, nerviosa, y tuvo que barrer la estancia en varias ocasiones, para ver los cabellos blancos de la señora asomando por encima del respaldo de la mecedora, que estaba encarada a una de las ventanas. Suspiró de alivio, aunque solo momentáneamente, pues no alcanzaba a ver el resto de su cuerpo. Para ello se vio obligada a acercarse, con el corazón en un puño, y tartamudeando levemente al dirigirle la palabra.

—¿Señora Roome?

Sin respuesta, el único sonido devuelto fue el leve quejido del mimbres de la mecedora, que continuaba describiendo un leve vaivén. Aristeo siguió adelante y al fin pudo ver el rostro de la anciana, que se limitaba a observar a través de los vidrios del ventanal, en silencio, sin realizar movimiento alguno.

—Señora Roome... ¿Se encuentra bien? —la inquirió de nuevo, empleando algo más de intensidad en el tono.

La cabellera sin vida y desprovista de color de la anciana, se contoneó grácilmente cuando giró la cabeza en dirección a ella. Sus ojos se posaron sobre su figura durante unos segundos, mientras su rostro mantenía una recia expresión de pocos amigos. El amago, no obstante, duró poco, y la mujer apenas tardó unos instantes en

desmoronarse, y convertir su semblante en una representación hiriente del dolor que la devoraba por dentro. Las lágrimas emergieron con naturalidad, y resbalaron por sus sonrosadas mejillas, a la par que hacía malogrados esfuerzos por controlarse, y detener las pequeñas convulsiones nerviosas de las que hacía gala su mandíbula.

—¡Oh! Margaret —Se apresuró a enjugarle las lágrimas—. Vamos, desahóguese conmigo. ¿Qué es lo que le ocurre? ¿Es por sus hijos verdad?

Aristea no esperaba una respuesta verbal, solo eran palabras para confortarla. Reconocía en ella el sufrimiento y la pena, pero por encima de todo, había un sentimiento que se abría paso entre los demás para ser irradiado con más intensidad; decepción, una decepción profunda y lacerante, una lucha interna entre el amor que sentía por sus hijos y la actitud despiadada de estos.

Alguien llamó a la puerta y la anciana se esforzó por recuperar la compostura. Tras el umbral; todos. Estaba Don Pablo, con su inconfundible batín; Emilio Salazar, peinándose sus cabellos blancos y alocados con la mano derecha; Antonio Soler, tratando de asomar la cabeza entre sus compañeros, y María Plaza, que parecía no saber si quiera a qué santo se debía aquella improvisada reunión.

—¿Qué ocurre? —los interrogó la joven.

Sus caras los delataban, fuese lo que fuese, era algo que los divertía. Las sonrisas cubrían los rostros de Don Pablo y Antonio. Por lo que respectaba al señor Salazar y a la única mujer del grupo, uno seguía peinándose como si la cosa no fuese con él, y la otra parecía estar inmersa en una especie de trance.

La señora Roome estaba desconcertada con tanto alboroto, y había dejado de llorar. Observaba a la selecta comitiva curiosa, preguntándose también a qué se debería aquella acalorada interrupción. Fue Antonio quien al fin apoyó el bastón en tierra firme, y avanzó renqueando antes de decir:

—Hernán quiere verte.

Aristea suspiró, sabiendo que sin duda se refería a ella. ¿Qué querría el director? En el tiempo que llevaba trabajando en el centro, solo la había llamado a su despacho en unas cuatro o cinco ocasiones, y no tenía demasiado buen recuerdo de esas reuniones, cuyo tema principal siempre había sido la aparición del preventivo en algún medio de comunicación.

Ella odiaba todo aquello. Detestaba que una cámara la enfocase; estaba allí por los ancianos, no para auto publicitarse. Sin embargo, Hernán opinaba que era la más adecuada para recibir a los medios, y seguía haciéndola llamar cada vez que se le presentaba la ocasión de publicar un reportaje sobre la residencia.

Era un acontecimiento que se daba a lo sumo una vez por año, y los ancianos, que sabían lo que Aris opinaba del tema, se divertían sobremanera cada vez que ella se veía obligada a lidiar con el asunto. Era una especie de broma inocente, cuyo objetivo era simplemente contemplar su expresión al recibir la noticia, e incluso Margaret Roome, que segundos antes estaba llorando, estuvo a punto de esbozar un intento de sonrisa cuando la muchacha frunció el ceño de aquella forma tan característica.

—De ninguna manera.

El director la observaba pacientemente, resguardado tras su escritorio. La luz de la mañana se colaba por las rendijas del estor azul y caía sobre su espalda y la mesa creando unas rayas de paralela claridad. Como los viejos, él también sonreía.

—Vamos Aris... es solo una entrevista. No va a pasar nada. Ventrán, sacaran cuatro fotos y todos contentos.

—Esta vez no pienso hacerlo. Sabes que no me gusta nada tratar con la prensa.

El hombre se rascó la espesa barba. Si alguien lo viese caminar por cualquier calle de la ciudad, desde luego no diría que era director de un centro de ancianos. Era joven, tendría unos treinta y ocho años, lo cual acrecentaba el desconcierto, y tampoco ayudaban nada sus vestimentas de veinteañero interesante. Aristea, por su parte, sentía cierta admiración hacia su espíritu bondadoso; lo veía como una especie de ejemplo a seguir.

—Pero ¿Por qué?

—Vamos Hernán, te lo he repetido mil veces. Detesto ser la cara protagonista, me hace sentir que lo que hago carece de sentido —lo escudriñó, intentando adivinar si con aquella contestación bastaba—. Es como echarlo todo por la borda. ¿De qué me sirve ayudar a estos ancianos si tengo la impresión de que no lo hago realmente por ellos?

—A veces llegas a ser retorcida... Mira Aris, eres una buena persona, pero en ocasiones incluso a mí me parece que te excedes.

Ella retrocedió, algo dolida, le importaba lo que él pensase.

—¿Qué más da que salgas en una página perdida de un periódico local? Eso no va a cambiar nada.

—¡Claro que va a cambiar algo! Yo no me sentiré bien. ¿Por qué no se lo pides a cualquier otro? ¿No se supone que te riges por tu famosa jerarquía plana? Pues actúa consecuentemente.

Estaba enfadada, y él lo sabía.

—Que mujer más difícil —suspiró—. ¿No crees que si te lo pido a ti será porque confío en tu persona?

—No lo dudo.

Sus palabras eran secas, y su tono no cedía un ápice de terreno.

—Aris...

Ahora él también estaba molesto. No había vuelta atrás. La situación se había repetido en unas cuantas ocasiones, y Hernán supo que había llegado la hora de imponerse. Al fin y al cabo, era el jefe.

—Por favor —recoló ella, como algo nada habitual en su forma de ser.

Y claro, qué podía hacer él frente a aquellos ojos marrones, frente a las sutiles ondulaciones tan libres y poco estudiadas de sus cabellos negros. La analizó de arriba a abajo, no había una sola parte de su cuerpo que no le gustase. Era la clase de chica que además de ser guapa... Pero no, apartó de su mente esos juicios contradictorios y atacó de nuevo, poniendo toda la carne en el asador.

—Se acabó. Guiarás al periodista por el centro, y no hay más que hablar.

Para su sorpresa, ella no se inmutó, ni respondió con otra réplica. Sencillamente se quedó frente a él, de pie, mirándolo directamente a los ojos, con un ademán punzante que casi podría decirse que lo atravesaba. ¿Qué era aquello? ¿Una especie de desafío?

—¿Ahora qué demonios pretendes? —la interrogó.

—No pienso moverme de aquí hasta que digas por esa boca que otro se encargará esta vez del reportaje.

Los tenía bien puestos, pero no se iba a salir con la suya. «Vamos Hernán, ya te la has arreglado otras veces», se decía para sus adentros. No obstante, verla a la otra parte del escritorio con aquella postura indiferente lo ponía nervioso. El asunto se le estaba escapando de las manos.

Trató de imitarla y siguió a lo suyo, ignorando que ella estaba allí. Abrió un cajón a su derecha y extrajo varios documentos, que se puso a estudiar con recelo, mientras se sentía desnudo ante el aura magnética de la trabajadora social. ¿Había perdido? ¿Tan pronto? No... todavía le quedaba un as en la manga, así que consultó en la guía un número de teléfono, y marcó los nueve dígitos en el aparato que había sobre la mesa, dejando conectado el manos libres.

Los tonos emergieron con naturalidad, entretanto ambos seguían perpetrando su papel. Cuando ya iban tres, alguien descolgó al otro lado del hilo.

—Redacción del periódico Urbe, le atiende Francisco. ¿En qué puedo ayudarle?

Hernán pudo sentir cómo se cargaba el aire. El juego había empezado.

—Buenos días. Soy Hernán Ramos. Director de la residencia de ancianos del preventivo...

—Adelante señor Ramos, me dijeron que llamaría. ¿Podemos concretar ya una fecha para el reportaje?

—Por eso me he puesto en contacto con ustedes. ¿Habría algún inconveniente en que viniesen este viernes?

—Ninguno. ¿Sobre qué hora?

—En cualquier momento de la tarde, no tendremos problemas en atenderles y enseñarles las instalaciones.

—Bien. Tomo nota pues. Viernes por la tarde, el equipo pasará sobre las siete.

—¿El equipo?

—Si bueno, ya me entiende, irán el reportero y un fotógrafo.

—¡Ah! Me gustaría comentarles algo más —añadió el director con naturalidad.

—Usted dirá.

—Yo no podré atenderles personalmente. Pero no deben preocuparse, he designado a una persona que les acompañará y asistirá en cuanto sea necesario.

Si antes se respiraba tensión, ahora podían sentirse los cuchillos en el aire.

—Una lástima que no pueda recibirnos en persona —el hombre al otro lado del teléfono hizo una pausa, pensativo—. ¿Puede darme un nombre? ¿Por quién debe preguntar mi compañero cuando llegue?

—Si, por supuesto. Pregunten por Aristeo, ella les atenderá amablemente.

## DESVARÍOS BAJO LA LUNA MENGUANTE

Una vez más, sintió su pómulo contra el asfalto. Había vuelto a suceder. Trató de levantarse, tambaleándose y describiendo unos movimientos torpes y descoordinados. Como cada vez que aquello ocurría, se afanó en recordar lo que había pasado, pero su mente solo le regalaba unas fotografías inconexas de dudosa definición.

—Maldito borracho...

¿Había dicho aquello en voz alta? Miró a derecha e izquierda, y constató que por suerte, no había demasiados testigos. Había perdido la conciencia en una calle poco transitada, y se sintió algo reconfortado por ello. Una señora de unos cincuenta años lo observaba desde la acera de enfrente, llevándose las manos a la cabeza mientras su Cocker Spaniel no dejaba de ladrar.

—Ven aquí Johnny. No te acerques.

¿Johnny? ¿Qué clase de nombre era aquel para un perro? Por como lo había pronunciado aquella oronda mujer, Esteban supo que era el tipo de persona que lo escribía con hache intercalada y dos enes, y vestía al animal en invierno a juego con sus zapatos. Maldijo a la señora, pero no maldijo al perro; le gustaban los animales.

Pasó junto a ellos sin dirigirles la palabra y se guareció tras la sombra que le brindaba la esquina más cercana. Estaba casi a un kilómetro de su casa, y el sol daba la sensación de haber asomado por el horizonte hacia ya rato. ¿Qué hora era? Debía ser temprano; era viernes por la mañana y apenas se veía gente por las calles.

Caminó con el máximo brío que su sangre alcoholizada le permitía. No estaba en aquella fase en la que el alcohol tornaba a uno indestructible, sino en esa otra en la que uno se lamentaba por creer haber hecho mil barbaridades la noche anterior y, lo peor de todo, se maldecía por no saberlo a ciencia cierta. Metió las manos en los bolsillos de su chaqueta tres cuartos de piel de imitación, y las sorpresas comenzaron a presentarse, aunque eso sí, ordenadamente.

Lo primero que supo es que su móvil había desaparecido, una vez más. ¿Habría sido antes o después de desfallecer? La respuesta no tardó en llegar, y lo hizo con el primer objeto que alcanzó en el bolsillo; era una servilleta, y en una de sus caras, con una letra que no era la suya —al menos no de cuando iba sobrio—, alguien había escrito algo. «Acuérdate de mí. Soy Sandra. Llámame» Bajo las letras había un número de nueve dígitos; luego había perdido el móvil antes de que alguien le apuntase el teléfono en aquel papel mugriento.

Comprobó aliviado que conservaba las llaves de casa, y decidió no preguntarse más sobre qué diablos habría pasado la noche anterior. Ya habría momento para eso por la mañana... o cuando quiera que despertase.

Hacía frío, aunque era principio de otoño, tanto que la gente iba con chaqueta por las calles. El tiempo parecía haberse vuelto loco. Las horas en que el sol emergía radiante por el horizonte siempre eran las más gélidas, y dedujo que no hacía mucho que se había dado aquel fenómeno. Era increíble la capacidad de razonamiento que conservaba, a pesar de la cogorza; una clara muestra de que en realidad, era mucho más inteligente de lo que a simple vista parecía.

Mientras caminaba trastabillando, pensó en la clase de cosas en que solía pensar durante una resaca como aquella, una de esas en la que el dolor de cabeza llegaba al segundo día, acompañado de una tensión muscular similar a la que hubiese provocado un camión al arrollarlo. ¿Por qué bebía? Era una pregunta interesante, y aunque en realidad no es que tuviese dependencia alcohólica, sí que era cierto que de vez en cuando había amanecido en la calle, en algún banco de madera, o acurrucado en algún portal. Aquella era la tercera ocasión; la primera fue cuando consiguió su penúltimo trabajo, y la segunda cuando lo perdió. Era curioso cómo el líquido espirituoso estaba en la cabeza y la cola de aquel suceso; en primer lugar como celebración, y en segundo como herramienta de distracción, de evasión de la realidad.

Intentó recordar los motivos de este último desliz, pero no los encontró. Llegó a la conclusión de que no los había, simplemente guardaba demasiados chupitos de tequila en su estómago revuelto. ¿Por qué bebía? La pregunta volvió a golpearle la cabeza, con algo más de insistencia. Quizás sirviera de algo analizar por qué lo hacían los demás, a los que él siempre había clasificado en tres grupos: Los que bebían para olvidar los problemas, los que tenían problemas a causa de la bebida, y los que bebían para olvidar los problemas que tenían a causa de la bebida. Era un círculo vicioso.

La cosa, sin embargo, no funcionaba así con él. No había infancias traumáticas que apagar con etanol ni desengaños amorosos que lo desgarraran por dentro; no era la clase de persona enamoradiza que maldice su existencia si no tiene alguien con quien pasar la noche. Era un solitario, un bohemio algo lunático convencido de su autosuficiencia y autocontrol. No necesitaba a nadie, él solo se bastaba.

Sus ojos se iluminaron cuando vislumbró el portal de su bloque de apartamentos. Vivía en un pequeño piso de soltero, que con los años había arreglado a su gusto. Había desplomado la mayoría de los tabiques con sus propias manos y convertido el lugar en una clase de estudio. Solo había paredes para el baño y otro pequeño cuarto, y un arco para pasar de la pequeña cocina al salón, en el cual también estaba su dormitorio y su mesa de trabajo. Cerca de la cama, en una esquina, había un enorme buda dorado en la clásica posición de flor de loto, que hacía las veces de sillón, sosteniendo un mullido cojín entre las piernas cruzadas.

Una de las paredes —la más grande— estaba repleta de fotografías de gatos. Había de todos los tamaños, a color, en blanco y negro, en sepia, y tomadas en infinidad de lugares: tejados, aceras, parques, hamacas, taburetes, árboles, praderas... Él llamaba a esa colección «Miradas», y conformaba el auténtico orgullo de su particular decoración. En su estado, sin embargo, no tuvo tiempo de detenerse a contemplarla.

Cerró la puerta tras de sí con un involuntario portazo y buscó rápidamente papel y boli —sabía lo que hacía—, después alcanzó un rollo de celo, y pegó la hoja arriba del cabecero de su cama, donde pudiese verla al despertar. Cogió el rotulador y se escribió algo a sí mismo, se desnudó a medias y se metió entre las sábanas. El sueño no tardó en arrebatarle de nuevo la conciencia, mientras todo daba vueltas a su alrededor.

Durante esa mínima fracción de segundo, tuvo suficiente para reconocer la sensación. Esa especie de aviso abstracto que le decía: «Esteban, lo has vuelto a hacer».

¿Recordar? No valía la pena siquiera intentarlo, pues sabía que aquello solo lo atormentaría más, quizás incluso en exceso. No obstante, por mucho que quisiese ejercer su autocontrol, era inevitable hacerse preguntas; y la primera era siempre la misma: «¿Qué pasó anoche?».

Se levantó de la cama, llevándose las manos a la cabeza, pues con el fluir de la sangre comenzaron a martillarle los sesos. La camisa le colgaba del brazo izquierdo, un único calcetín guarecía sus pies descalzos de la moqueta tibia, y percibió al instante aquella diferencia de temperatura entre ambos extremos. Sobre la mesilla había una servilleta con el teléfono de una tal Sandra y, lo más desconcertante de todo, un folio que colgaba pocos centímetros por encima del cabezal de la cama: «No te preocupes si no te acuerdas de nada. Volviste a casa en taxi. Te lo pasaste muy bien».

—Increíble —soltó una carcajada...

¿Cómo era capaz, durante tal descomunal borrachera, de anticiparse a sí mismo y saber que por la mañana se preocuparía, al no acordarse de nada? Desde luego esta vez se había superado, aunque el efecto resultaba contraproducente. ¿Qué había hecho para tener que molestarse en dejar notas como aquella?

Una familiar melodía lo abstraigo de sus pensamientos. Buscó en la chaqueta y en los bolsillos de los pantalones pero no encontró el aparato, que sin embargo seguía sonando. Erguido, miró hacia la maraña de ropa a sus pies, y vio que en la camisa que todavía colgaba de su brazo algo lanzaba un destello. Alcanzó el móvil, que estaba en el bolsillo de la camisa, y lo descolgó sin mirar quién era.

—¿Sí? —espetó con voz moribunda.

—¿Esteban? ¡Por el amor de Dios llevo todo el día llamándote!

Apartó el teléfono de su oreja y comprobó que efectivamente la pantalla marcaba nueve perdidas.

—¿Qué pasa? —dijo al fin.

—¿Estás disponible esta tarde sobre las siete? A Ignacio le ha surgido algo y me han dicho que te llame a ti.

Se lo pensó por un momento. Estaba destrozado, pero necesitaba el dinero. Últimamente no había demasiado trabajo.

—Está bien, pasa a por mi.

—¿Y tu coche?

—Créeme, no estoy para conducir.

Colgó. No se sentía capacitado para alargar una conversación insulsa como aquella. Se acercó la muñeca a los ojos todavía legañosos y las agujas del reloj se dibujaron poco a poco en su cabeza. ¿Las seis y media? Definitivamente la noche anterior había pasado algo.

Fue renqueando hasta la nevera y sacó de ella un bote de conserva con zumo de tomate casero. No había nada como un buen zumo de tomate para la resaca. Se sirvió el primer vaso, que bebió a grandes tragos, y un segundo, que se deslizó por su garganta casi con la misma facilidad. Mientras se secaba los labios con un trapo de cocina, su vista atravesó la ventana y se posó en la luna menguante, que se recortaba en el cielo apagado del atardecer. Entonces tuvo uno de sus momentos metafísicos, o trascendentales, como él los llamaba mentalmente. Se sintió frágil, y a la vez enorme, un gigante capaz de ser dueño y señor de su alma errante. A veces, durante esos lapsos espirituales, creía estar a punto de sostener entre sus manos la clave de todo cuanto lo rodeaba. Creía haber desenmarañado la finalidad de la bóveda azulada y el porqué del ulular de los búhos. Después, el sentimiento se desvanecía y la vida seguía su curso. Él sonreía, y seguía como si nada de aquello acabara de sucederle. Eran sus desvaríos bajo la luna menguante; estaba acostumbrado a ellos.

El agua caliente le produjo un extraño efecto narcótico. Era como un bálsamo que envolvía sus músculos doloridos y los acariciaba con sutileza, con la delicadeza que lo harían unas manos cortesanías. Sus remedios comenzaban a hacer efecto, y un leve tinte rosado comenzó a aparecer en sus mejillas. Se miró al espejo, rascándose la barba de tres días, y se vistió con unos vaqueros y una camisa negra. Le gustaba aquella barba, le daba cierto aire a joven con mundo, algo más del que en realidad tenía.

Cogió su chaqueta de piel de imitación, pero no la tres cuartos, sino una más corta que utilizaba entre semana. No compraba nada que se hubiese hecho con piel animal, pero era demasiado débil para renunciar a la carne, y aunque había intentado ser vegetariano, siempre caía rendido ante un buen plato de jamón.

Consultó de nuevo su muñeca. Todavía le sobraban cinco minutos, y Raúl no era una persona demasiado puntual, así que descendió los escalones sin prisa, ajustándose las mangas y el cuello de la chaqueta, a la par que se colgaba una bandolera negra del hombro.

Cuando salió a la calle, se fijó en una madre y su hija que esperaban a cruzar en el semáforo de la esquina, uno de esos que emitía un pitido mientras estaba en verde, para facilitarle la vida a los ciegos. La madre estaba inclinada sobre la niña, arreglándole el lazo de la cola, cuando el semáforo se puso en verde y comenzó a emitir aquel sonido para los invidentes.

—¿Para qué es ese pitido mamá?

La mujer, sin pensarlo dos veces, respondió con toda la naturalidad del mundo.

—Es para que crucen los sordos cariño.

Esteban estuvo a punto de caer de rodillas. ¿Un pitido para los sordos? Esa era la clase de ignorancia que lo ponía negro, y hubiese callado, de no ser porque la mujer continuó con su culta exposición.

—Así pueden pasar sin peligro a que los atropellen.

Miró a la niña y trató de contenerse, pero no podía dejar que le contaminasen la cabeza de aquella forma.

—¡Es para los ciegos señora! —¿había gritado o solo se lo había parecido?

Por cómo lo miró la mujer, supo que no había medido bien su tono. Era una expresión mezcla de vergonzosa ira e inexplicable desazón.

—Vamos cariño. Se va a poner en rojo.

Esteban las observó alejarse y se compadeció por la pequeña, que parecía alejarse del buen camino a cada paso que daba, integrándose en una profunda y aterradora ineptitud. Era el analfabetismo de los tiempos modernos. ¿De qué servía saber leer y escribir si todas las lecturas eran equivocadas?

Se sintió algo aliviado cuando Raúl paró el coche frente a él, y lo alejó de sus propios pensamientos.

## 5 CASUAL Y PERFECTO

Raúl era una persona poco habladora, así que Esteban no tuvo que aparentar sentirse interesado por el tiempo que hacía, o comenzar diálogos absurdos sobre nimiedades que no conducían a ningún lugar. Se llevaban bien, pues ambos respetaban por encima de todo a su tercer amigo en común, que era el silencio. No obstante, Esteban notó que aquel día Raúl lo miraba de reojo, mientras conducía hacia las afueras de la ciudad. Antes de tomar cada curva le echaba un rápido vistazo, como si hubiese algo en él que lo perturbaba. Finalmente, cuando dejaron de verse semáforos y escucharse cláxones, y todo lo que tuvieron frente a sus ojos fue desgastado asfalto, se dirigió a él.

—No tienes buena cara.

El sol todavía se dejaba ver por encima de los picos montañosos. El día aún alargaba hasta las nueve de la noche, y a Esteban le fascinaba aquella época del año, aquellos ocasos cada vez más trémulos, y los vanos intentos del sol por permanecer un segundo más en el aire, antes de resignarse a ser engullido por la tierra. El cielo rojizo que dejaba tras de sí la estrella madre cuando se despedía con un hasta luego, dejándose vencer por su amante escurridiza; la noche.

—Estoy bien —musitó ausente.

Apretaba contra su pecho la bandolera negra. Se sentía como un colegial en una excursión de primavera, invadido de una energía rebosante y a la vez melancólica. Era como si el mundo se hubiese detenido para tenderle la mano, como si le ofreciese la oportunidad de volver a soñar, de dejarse llevar por sus más profundos deseos, por esas metas volátiles y escurridizas que uno se propone alcanzar cuando solo es un niño. Desgraciadamente, sabía que aquello solo era otro efecto más de la resaca, y que pronto volverían a martirizarlo los dolores de cabeza.

Raúl percibió sus pocas ganas de conversación y continuó el resto del trayecto en un tranquilizador estado de mutismo. Los arcenes desvalidos, de tierras áridas y arbustos secos, dieron paso; primero a pequeños brotes verdes, que destacaban por su vivacidad entre sus congéneres; y después a completos bosques del color de las esmeraldas, que se esforzaban por ocultar las raíces de los pinos que les daban sombra.

Esteban se dejó llevar de nuevo por aquella sensación narcótica tan agradable, esa desconocida despreocupación que casi podía rozar con los dedos. Los troncos de los árboles se sucedían a través del cristal del automóvil, en una especie de danza coordinada, y la visión de cuanto le rodeaba parecía formar parte de un cuadro al óleo, de una representación vivaz y surrealista de la vida misma. Estuvo a punto de bajar la ventanilla, pero algo distrajo su atención, un elemento que nada tenía que ver con aquel entorno bucólico. En un pequeño terraplén, había un Volkswagen Golf azul marino, que rompió el hechizo que atestiguaba, devolviéndolo a la realidad y recordándole que allí arriba también había vida civilizada. Sin darse cuenta, siguió con la mirada al intruso de hierro hasta que se hizo pequeño a sus espaldas, y para cuando volvió a mirar al frente, ya casi habían llegado.

Giraron a la izquierda, internándose en un rudimentario camino de tierra repleto de pinocha. Su compañero conducía con precaución, y los baches del camino apenas provocaban un leve vaivén a esa velocidad. Entonces ante ellos, y como si hubiese surgido de la nada, apareció el árbol más grande y voluptuoso que Esteban había visto en su vida. Era un gigantesco pino fastuoso y desafiante, que se erigía justo en el medio del camino dividiéndolo en dos, y la imagen podría ser inspiración para cientos de novelas épicas, un lugar sagrado para criaturas fantásticas y leyendas olvidadas.

Raúl detuvo el coche y Esteban frunció el ceño. ¿Cómo se atrevía a estropear aquella postal? Iba a decir algo, pero vio a un anciano junto al tronco del coloso y olvidó lo que tenía en mente. El viejo iba vestido con una chillona bata roja, y unas zapatillas de ir por casa del mismo color. Más que sacado de una residencia de la tercera edad, parecía fugitivo de un manicomio, y si estaba molesto por la intrusión, no dejaba entrever sus emociones. Poco a poco se acercó al árbol, ignorando la presencia de los recién llegados foráneos, y cuando Esteban salió del coche, hizo un gesto a su compañero para que no diese un portazo, mientras clavaba la mirada en el mayor, intrigado por lo que estaba haciendo.

El hombre se acercó todavía más al pino, con cuidado de no torcerse los tobillos en las curvas de sus raíces prominentes, y cuando su nariz estuvo a solo unos centímetros de la corteza, cerró los ojos, y extendió los brazos hacia los lados, fundiéndose en un atípico abrazo con el gigante. No le importó que los dos recién llegados lo estuviesen observando, ni que uno de ellos sacase de su bandolera una cámara de fotos, e inmortalizase el momento. Solo tras haberse tomado su tiempo, se despegó de la madera viva y dirigió una mirada de desaprobación a los extraños. Después, dio media vuelta y se alejó con parsimonia, desapareciendo tras la puerta principal del edificio.

—¿Ya? —Raúl preguntó a su colega si podía cerrar la puerta, y este asintió con la cabeza—. Desde luego Belmez... te lo tomas en serio.

No esperaba un gesto de asentimiento, y tampoco lo recibió. Esteban estaba demasiado inmerso en sus propios pensamientos. ¿Habría conseguido otra de sus joyas, otro de sus momentos casuales y perfectos? Trataba de congelar la imagen en su mente, evaluando su calidad, pero sabía que no podría ver el resultado hasta el revelado. Su cámara no era una de esos modernos aparatos con pantallas para previsualizar las fotos, él era un clásico, y a su parecer, no había nada como llegar a su pequeño estudio con dos carretes calientes, y descubrir una a una las instantáneas que le quitaban el sueño desde que las tomaba, hasta que descansaban en sus manos.

En los tiempos que corrían, no quedaba ningún fotógrafo profesional lo suficientemente insensato para no abrazar a las nuevas tecnologías. Eran muchas las ventajas técnicas de una cámara de última generación, pero Esteban prefería la magia del momento. ¿De qué servía tomar una imagen ficticia, retratar una vez tras otra la misma escena hasta conseguir el efecto deseado? Se habían perdido los momentos casuales y perfectos, esos fugaces fragmentos de milésima tan escurridizos y difíciles de plasmar. Esos momentos irrepetibles, que representaban lo que era una persona mucho más que el mejor de los poemas o la canción más triste. Eran fotogramas desgarradores, llenos de una belleza sutil y mortífera que no se podía comparar con nada.

—Las personas tienden a mostrar una máscara de su propia realidad, a esconderse tras un antifaz risueño que ni en la mitad de ocasiones es acorde a la verdad —dijo continuando en voz alta la línea de sus pensamientos, mientras Raúl lo miraba pasmado.

Esteban sabía lo valiosas que eran esas contadas imágenes, en las que de pronto, por sorpresa, las máscaras desaparecían y se veía lo que hay detrás del telón, detrás del disfraz.

El sonido a pasos sobre la tierra seca, le anunció que su compañero ya había emprendido la marcha, y caminó tras él hasta la entrada del edificio, donde los esperaba un hombre de treinta y tantos años, rascándose la espesa barba y fumando un puro habano. Sus ropas eran, al parecer del fotógrafo, demasiado juveniles para su edad, y se sorprendió sobremanera cuando les tendió la mano y comprendió quién era.

—Buenas tardes. Soy Hernán Ramos. Acompañenme por favor.

Pronto, entendió que aquel lugar no era lo que había imaginado. En su cabeza habían tomado forma ciertos prejuicios acerca de lo que allí encontraría, y sus prematuras conclusiones no podían haber sido más erróneas. No olía a lejía y sábanas blancas, ni los ancianos merodeaban medio sonámbulos por los pasillos. En lugar de ello, un agradable aroma a limón inundaba de frescura el edificio, y los ancianos sí merodeaban, pero con un estado de jovialidad —siempre dentro de los límites lógicos—, que desmontaba todos sus esquemas.

Doblaron en dirección al ala este del edificio, siguiendo las indicaciones de Hernán, que apenas les había estrechado la mano. El fotógrafo se preguntó si era su carácter habitual o estaba molesto por algo, y fue su compañero Raúl, que lo perseguía con su grabadora, el que formuló la afirmación que resolvería el entuerto.

—En redacción me dijeron que nos atendería una tal Aristeia, es una suerte que al final haya sido usted mismo quien nos guíe.

Si hubiese que escoger un adjetivo para describir el gesto de Hernán, probablemente hubiese sido desengaño. Su tez se desfiguró durante unos escasos instantes, para luego recomponerse y tratar de mostrar normalidad.

—Sí. CANCELÉ el viaje que tenía previsto.

Por mucho que se esforzase, era evidente que aquello lo perturbaba, aunque Esteban no logró discernir si el eje del problema era la cancelación del viaje o esa tal Aristeia.

—Hemos llegado a la sala de recreo —anunció el director queriendo cambiar de tercio—. Aquí es donde los residentes pasan la mayoría del tiempo.

Entraron a una muy amplia estancia, y supo que estaban en lo que desde fuera parecía la torre de la derecha. No obstante, hubo algo que lo desconcertó, y era la profundidad que tenía la habitación, inapreciable desde el exterior. Dentro habría unos veinte ancianos. Los hombres estaban aposentados en una mesa circular, eran ocho, y jugaban a algo que si no era póquer, se parecía mucho. Sus miradas eran divertidas, casi traviesas. Es curioso cómo a la mayoría de gente le gustan ese tipo de juegos cuando les llega una cierta edad. Esteban se acercó a una distancia prudencial y enfocó su cámara en dirección a ellos. Cuando el flash los iluminó, dos o tres se giraron en dirección a él con miradas de cansancio, demasiado abatidas para emitir queja alguna. Sí, se divertían en cierto modo, pero su vida se apagaba, y eso era algo que eran incapaces de ocultar.

Hernán continuaba emitiendo una aburrida verborrea explicativa, mientras Raúl iba tras él grabando todo cuanto decía y haciendo pequeños apuntes en una libreta de bolsillo verde. Esteban, por su parte, continuó haciendo fotos, ahora al pequeño grupo de mujeres que jugaban al bingo.

Junto a los pacientes, había cuatro personas que desentonaban por completo, y aunque vestían ropa de calle, él los identificó como médicos o enfermeros. Reían las gracias de los ancianos y hacían deliberados esfuerzos por intensificar la emoción de las partidas. Hernán se adelantó a la curiosidad de Esteban, introduciendo una breve anotación para ellos en su discurso.

—Son nuestros trabajadores sociales. Hay uno por cada cinco pacientes, más o menos. Se dedican en cuerpo y alma a facilitarles la vida a los internos.

La visita estaba empezando a tomar un tono demasiado aburrido para Esteban Belmez el fotógrafo freelance —como a él mismo le gustaba definirse—, eso sin contar que las nauseas y mareos pos-borrachera volvían a la carga. Se alegró de oír las palabras del director cuando dijo que lo siguiesen a uno de los patios traseros; no le vendría nada mal algo de aire fresco.

Entonces, hubo algo que captó su atención, por encima de su malestar y de la aburrida exposición de Hernán. Allá fuera, las hojas otoñales cubrían los adoquines de piedra creando una inesperada amalgama de tonos dorados. Entre cinco pinos, que formaban casi un círculo perfecto, había una rudimentaria fuente de roca gris cubierta de musgo, y el sonido del agua hacía eco en las paredes del patio, que solo estaba abierto por uno de sus extremos, en un mirador cuya vista no tenía nada que envidiar a los picos más sinuosos y escarpados de la montaña. Pero no fue eso lo que más le interesó al fotógrafo, sino la aparición, entre los pinos, de aquel hombrecillo vestido de rojo que antes se había abrazado al árbol.

Se colocó de nuevo la cámara frente a los ojos y, estaba a punto de tomar una instantánea, cuando se dio cuenta de que el viejo no estaba solo. Tras él, cerca de la fuente, había cuatro ancianos más, y una joven que ahora supo identificar rápidamente, como uno de aquellos trabajadores sociales de los que el director había hablado. Esteban se alejó lentamente de sus compañeros y se acercó al grupo, que reía a carcajadas por alguna razón que él desconocía. Esas risas, no eran como las muecas que había esperado encontrarse, ni como las sonrisas tímidas de la sala de juegos; eran risas verdaderas, de auténtico júbilo.

Algo no cuadraba en su desbaratada cabeza. ¿Qué demonios era aquella orgía de vitalidad? Estuvo incluso a punto de estallar en una carcajada, pero se contuvo como pudo y enfocó de nuevo el objetivo, haciendo un zoom óptico de la escena. La ampliación le permitió analizar lo que estaba sucediendo, y su desconcierto fue todavía más grande cuando descubrió lo que pasaba; nada. Los ancianos reían porque sí, por alguna clase de nimiedad intangible desde donde él se encontraba.

Entonces se fijó uno a uno en todos ellos. Había una anciana de cabellos lacios y blancos sentada en una silla de ruedas, que se tambaleaba conjuntamente a sus estertores risueños. Junto a ella, un hombre alto y delgado que no dejaba de peinarse con las manos hacia atrás, como si perteneciese a una película ochentera de sexo, drogas, y *rock & roll*. Al otro lado, la única mujer que no acompañaba con sus risotadas al grupo permanecía quieta, cerca de otro hombre que también pasaba algo desapercibido dentro del *collage*. Y por supuesto, andando de un lado para otro, estaba aquel particular duendecillo rojo, el viejo que se abrazaba a los troncos.

Esteban no sabía que tenía de extraordinario el panorama; pero lo tenía, poseía algún elemento especial que su cerebro no acababa de procesar. No lo dudó un instante y presionó el botón. El flash apenas provocó un leve giro de cuello de los presentes, que lo ignoraron por completo y continuaron a lo suyo.

—Por favor, deje de fotografiarlos. A ellos no —la voz de Hernán lo sorprendió a sus espaldas.

—¿Cómo dice?

—Ese grupo en particular no desea salir en el reportaje, y aquí respetamos la voluntad de los residentes por encima de todo.

Esteban los miró, no parecían haberse molestado cuando les sacó la foto.

—Entiendo —no entendía nada—... Dígame una cosa señor Hernán.

—Adelante.

—¿No le parece extraña esa decisión?

—No se a que se refiere —respondió el director mientras retrocedía sobre sus pasos.

—Ya me entiende... no es que quiera desmerecer su trabajo, pero ha de reconocer que sus vidas no son precisamente una recopilación de aventuras y desenfreno.

—¿A dónde pretende llegar señor Belmez? —se encaró de nuevo a él algo molesto.

—Solo estoy diciendo que no comprendo qué es lo que lleva a estos ancianos a no querer salir en el reportaje. Debería ser casi un aliciente, es algo que no ocurre todos los días en un centro como este.

—No les pregunté sus motivos, ellos pidieron y yo trato de complacerles, así funcionan las cosas.

Esteban era fotógrafo, y sabía reconocer cuando la expresión de alguien amagaba una mentira, había retratado demasiados rostros como para no darse cuenta de que el director ocultaba algo.

—¿Por qué tengo la impresión de que me está mintiendo?

Y así es como estropeaba cada entrevista. Esta, por supuesto, no iba a ser menos. Y la cosa tenía su gracia, teniendo en cuenta que quien debía hacer las preguntas era su atormentado compañero, que no se atrevía ya apenas a aproximar la grabadora al foco de la discusión.

—¿Cómo ha dicho?

—He dicho que me parece que nos está mintiendo. Esos ancianos no le han pedido nada —señaló con la mano al grupo, que parecía seguir divirtiéndose.

A Hernán no pareció gustarle en absoluto aquel último comentario. Frunció el ceño en una expresión de pocos amigos, y carraspeó levemente antes de responder.

—Continuemos por aquí. Hagan el favor de seguirme.

Esteban iba a ejercer su derecho a réplica, pero el rostro suplicante de Raúl hizo que callase. Su compañero no llevaba demasiado tiempo en la redacción, y lo pasaba realmente mal cada vez que él montaba alguna de sus escenas. Aquel día, quizás por caridad, o puede que por la resaca, desistió e hizo caso a sus peticiones lastimeras.

Se alejaron del círculo de pinos y de la fuente. Esteban acababa de perder el poco interés que le quedaba por la visita y se maldecía a sí mismo por haber callado. Solo le quedaba el autoconsuelo, la esperanza fatua de que aquella última instantánea mereciese la pena. Y no hubiese estado tan molesto de haber desentrañado qué era lo excepcional de aquella composición, ni hubiese andado cabizbajo de haber sabido, que aquella fotografía casual y perfecta, significaría un nuevo comienzo en su hasta entonces infructífera vida.

## 6 MANOS NEGRAS

El restaurante de “El mirador” era uno de esos lugares que él odiaba especialmente. Constituía la representación de una alta sociedad casi extinta, de los jeques y jefazos de una ciudad que antaño había sido próspera, y ahora agonizaba hundiéndose en el olvido, convirtiéndose en una de esas tantas urbes dormitorio sin nombre, sin vida.

Para más inri, el restaurante no estaba siquiera en la ciudad, sino en una población costera cercana llamada Faro de San Lucas, un bello pueblecito abandonado de la mano de Dios, cuyos mayores reclamos turísticos eran la iglesia y la ermita de estilo románico. Aún así, “El mirador” siempre se había asociado a la media y alta burguesía de la ciudad; los treinta y pocos kilómetros que separaban la metrópolis de aquellos relajados lares eran puramente anecdóticos.

No le gustaba esperar, era una persona más bien impaciente, y en aquellas circunstancias los nervios se acrecentaban. Si tuviese que decir algo bueno de aquel sitio, sería que el restaurante estaba situado en un lugar realmente excepcional; una discreta cala cuya vista del mar abierto resultaba extasiante —de ahí el nombre.

—Vamos Esteban —se animó a sí mismo entre dientes...

Esteban Belmez, el fotógrafo freelance, el bohemio independiente que se negaba a recibir ordenes de nadie, estaba a punto de caer rendido a los pies de uno de esos oligarcas que tanto detestaba. Se sentía incómodo, más que nervioso. Lo que lo perturbaba no era el posible resultado de la velada, sino el hecho de traicionar a sus propios ideales. Había sobrevivido muchos años trabajando esporádicamente para el diario Urbe, pero ya tenía treinta y cinco, y era momento de ir aparcando sus pensamientos idealistas, a favor de un buen contrato que le asegurase el sustento.

Había recibido la llamada dos semanas antes. Ricardo Tarrasa era el director del periódico Rotativo, que a pesar de su insulso nombre era el diario con más tirada de la provincia. Por supuesto, no contactó con él en persona, sino que fue la secretaria la que despertó una mañana a Esteban, poniéndolo en antecedentes.

La llamada fue breve, Belmez no se hizo de rogar; quizá por que todavía estaba algo aturdido quitándose las legañas, quizá porque en realidad se había postrado ante el sistema que tanto criticaba. Fuese como fuere allí estaba, entrando en el opulento restaurante y sintiendo cómo una parte de él moría a cada pequeño paso que daba.

Recordaba haber estado allí una vez, cuando era pequeño, durante una de esas festividades de fin de año que ahora también aborrecía. Las imágenes que guardaba en la memoria no distaban demasiado de lo que encontró ese día; lustrosos hombres con trajes a medida, que despedían un desagradable aroma a coñac del más caro, y jovencitas elegantemente vestidas asidas de sus brazos, cuya carencia total de arrugas hacía pensar que no eran precisamente sus mujeres.

Todo funcionaba dentro de una aparente normalidad. Los camareros y el personal del servicio caminaban con pasos largos y estudiados, manos a las espaldas, y haciendo reverencias cada vez que recogían la carta de la mano de alguno de los clientes, o expulsando comentarios halagadores tras cada elección de segundo plato de las damas. Era una especie de club social exclusivo, donde todos estaban más pendientes de las apariencias que de cualquier otra cosa.

Un joven tuvo la amabilidad de indicarle cual era su mesa y, por cómo lo miró, Esteban supo que no encajaba en aquel lugar, sintiéndose algo reconfortado y nostálgico al mismo tiempo, como si fuese la última vez que alguien iba a mirarlo así. Tomó asiento, y tuvo tiempo de hojear la carta largo y tendido, antes de que la persona que esperaba ocupase la silla de enfrente.

Ricardo Tarrasa era un hombre serio. El fotógrafo había oído hablar de él en numerosas ocasiones, y por lo que se contaba, sabía que no era la clase de persona que se anda con rodeos; un chico de clase obrera que había crecido sin nada y se había hecho a sí mismo. Todos sentían cierta admiración hacia su heroica biografía novelesca, y ahora allí estaba, frente a él, tendiéndole la mano.

—Espero no haberle hecho esperar.

—No se preocupe, acabo de llegar —mintió.

Tarrasa se aflojó el nudo de la corbata, y sacó del bolsillo de su camisa blanca unas gafas para ver de cerca. Se las colocó cuidadosamente, introduciendo las patillas en la maraña de pelo grisáceo que cubría su cabeza, y comenzó a hojear la carta.

Esteban no sabía muy bien que hacer. Los nombres de las delicias que se ofrecían como menú le resultaban nuevos, tan desconocidos que no lograba discernir si se trataban de carne o pescado. Su comensal alzó la vista por encima de los cristales graduados, como si adivinase su desconcierto.

—Pida las chuletas de cordero. No aparecen en la carta pero se las harán igualmente.

El fotógrafo asintió con la cabeza, esbozando una débil sonrisa. Aquella muestra de calidez hizo que se relajase un poco, pensando que el hombre que tenía frente a él se había criado en las calles, y no debía distar tanto de lo que él mismo era. El joven que le había indicado el camino les tomó nota. Ricardo se adjudicó la libertad de pedir por los dos y a él no le importó, en realidad pensó que le estaba haciendo un favor.

—Bueno. ¿Le parece que vayamos al grano? —lo interrogó cuando se alejó el trabajador.

—Por supuesto.

—Me gusta su trabajo señor Belmez —comenzó—. Tuve el placer de ver su exposición el pasado mes de julio, pero lo que me hizo pensar en llamarle fue el último reportaje que vendió al suplemento del periódico Urbe, aquel en que retrataba paisajes nocturnos de la ciudad.

—Me alegro de que le agraden mis fotos —respondió él en tono correcto.

—No obstante le voy a ser claro —cruzó las manos sobre la mesa—. No me gustan las gilipolleces.

Tras aquella última intervención se hizo el silencio. Un silencio denso y molesto, tan espeso que se hacía difícil respirarlo.

—A mi tampoco —se atrevió a añadir Belmez, aparentando sosiego.

Tarrasa sonrió, se quitó las gafas y las volvió a guardar en el bolsillo.

—Bien. Le seré sincero. No me interesa que continúe con sus encargos de idealista amateur. Quiero que se encargue de proyectos más serios.

Aquello último le dolió. Más que si le hubiesen clavado una estaca en el estómago. Pero se contuvo y tragó saliva, en un loable intento por mantener la compostura.

—¿A qué se refiere cuando dice proyectos más serios?

—Política, gente importante, gente poderosa. Gente que ridiculizaría nuestra cena de etiqueta —enfaticó con tono irónico.

La desilusión del fotógrafo freelance aumentaba por momentos. Aquello no era lo que había esperado. Era un reportero de calle, le había costado un considerable esfuerzo acudir a aquel restaurante, y ahora se encontraba con una oferta que lo haría codearse eternamente con esos hombres de pajarita.

Su interior se debatía entre dos mitades; el alocado y aventurero carácter de un niño que no quería hacerse mayor; y los pensamientos adultos de un hombre que no llegaba a fin de mes. Lo más horroroso es que por alguna extraña razón, se sentía incapaz de interponerse a las exigencias de Tarrasa. Su lado crítico estaba muerto y enterrado.

—¿De qué estamos hablando exactamente? —preguntó sin estar realmente interesado por la respuesta.

—De peces gordos. De las altas esferas. Necesito a alguien como usted a mi lado señor Belmez, alguien que sepa humanizar este mundo de lujuria y desenfreno.

Esta vez la punzada fue menor. Había desterrado sus convicciones a tal nivel que ya no le quemaban aquellas peticiones lastimeras. Eran procesadas por su cerebro como órdenes irrefutables que tenía que acatar. Estaba perdido. Le habían puesto la miel en los labios, y se la estaba tragando.

—Espero que no le resulte impertinente, pero me gustaría concretar las cifras.

¿Era él quien había pronunciado aquellas palabras? ¿El mismo Esteban Belmez que arruinaba cada entrevista cuando vislumbraba algo incorrecto? Se consoló pensando que solo estaba cediendo ante la necesidad, y trató de formarse una imagen mental de su nevera vacía. Los últimos meses los había pasado con más pena que gloria a base de cortes de luz y alquileres impagados. Era una lucha enzarzada por la supervivencia y debía tomar una decisión. Venderse y pagar las letras atrasadas, o levantarse y marcharse con la cabeza bien alta, en un paseo que podría rememorar cuando no tuviese qué llevarse a la boca.

Tarrasa sacó un bolígrafo del mismo bolsillo en que guardaba las lentes, y anotó una cifra en la hoja de una agenda que el fotógrafo no sabía de dónde había salido. Después, arrancó el papel y lo deslizó sobre la mesa hasta donde estaba Esteban, que estuvo a punto de desfallecer ante aquellos alentadores dígitos.

—No está nada mal —pronunció a duras penas, callando al tiempo que les servían los entrantes, el agua y el vino.

El brebaje rojo se deslizó por su garganta en un primer gran sorbo, y pronto el reportero recuperó el color que había perdido al contemplar el número. Había entrado en una deplorable fase de auto convencimiento, y todos sus juicios estaban dirigidos a suavizar los lamentos de sus pensamientos desterrados.

Poco a poco fue cediendo ante cada una de las exigencias del director, que no dejaba de pedir por la boca. Le parecía estar metido en el rol de un campesino que asiente a las peticiones de su mecenas. «Si señor, como usted mande. Si señor, lo que usted diga». Pero entonces su compañero añadió algo que hizo que se le revolviere el estómago, algo que promovía remover una costumbre aparentemente absurda, pero tan enraizada en él que era algo ya inalienable, algo sin lo cual Esteban Belmez dejaría de ser Esteban Belmez.

—Todos estamos esperando que se deshaga de una vez por todas de su máquina arcaica. Si acepta mi oferta el lunes tendrá una cámara de verdad sobre su escritorio.

Eso no. Eso era arrancarle una parte de sí mismo, era despojarlo de todo su elemento artístico, de todas sus lunáticas ideas sobre cómo debía realizarse una foto. Podía renunciar a muchas cosas, pero no a sus momentos casuales y perfectos, no a esos instantes irrepetibles y tan escurridizos que tanto anhelaba plasmar.

—Se acabaron las fotos aleatorias, entenderá que no puedo arriesgarme a depender de un revelado de un carrete de treinta y dos imágenes —añadió Tarrasa—. Si quiere trabajar conmigo deberá usar una cámara digital, como Dios manda.

Habían tocado su fibra sensible, y resultaba cuanto menos curioso que estuviese dispuesto a ceder en todo lo demás, pero no a dejar de lado su cámara. Eso denotaba lo bohemio e insensato que era, a partes iguales. ¿Pero qué le queda a un artista cuando lo despojan de su medio de expresión?

Abrió la boca para dejar claro que no iba a pasar por aquello, pero se detuvo ante la llegada del camarero, que en lugar de ser el chico que los había atendido desde el principio, era una mujer negra de unos cuarenta años, que comenzó a retirar los platos vacíos. Alcanzó el de Esteban, que le dedicó una amable sonrisa, y cuando fue a recoger el de Tarrasa, este estaba depositando los cubiertos sucios sobre la vajilla.

Las manos de la mujer y el hombre se rozaron, y entonces Esteban captó un fugaz detalle, una expresión mordaz y verdadera de la persona que tenía frente a él. Ricardo tenía clavada la mirada en la mano que había entrado en contacto con la de la camarera, y su tez estaba desfigurada; sentía asco. Inmediatamente, y en un acto deliberado, alcanzó la botella de agua y empapó la servilleta, para después frotarse con ella la extremidad “contaminada”.

La mujer se quedó petrificada, con la vista perdida en aquel acto racista tan descarado y repugnante, y Esteban captó en ella infinidad de sentimientos que luchaban contra una fuerte contención, probablemente ejercida por su necesidad de conservar el trabajo. Para él fue como observarse a sí mismo, rindiéndose a los pies de ese personaje que se acababa de quitar la máscara y todavía se frotaba con fuerza, ajeno a todo cuanto ocurría a su alrededor.

La camarera abrió la boca para decir algo, pero la indiferencia de su rival hizo que se controlase; tenía todas las de perder. Empezó la marcha hacia la cocina, ajeteada, y no había dado dos pasos cuando uno de los cubiertos resbaló de los platos que sostenía y rebotó en el suelo, manchando los zapatos italianos de Tarrasa.

Los ojos eran, cuanto menos, psicóticos. El hombre dedicó a la camarera una mirada llena de ira, de rabia contenida, y era visible en él un notable esfuerzo por no perder los papeles.

—Disculpe —se agachó a por el cubierto la señora.

Tarrasa se afanó en apartar los pies a un lado.

—Quiero que me traigan cubiertos nuevos, y que me cambien la copa y la servilleta.

—Por supuesto señor —agachó la cabeza—. Enseguida.

—Creo que no me ha entendido bien. Quiero que alguien me cambie los cubiertos. Otra persona. ¿Me ha comprendido?

La camarera no respondió. Estaba anclada en el suelo, inmóvil, y un brillo sobrecogedor le recorría el iris de los ojos.

—¡Le he hecho una pregunta!

Un murmullo recorrió el resto de las mesas, que enmudecieron durante unos pocos instantes.

—Si señor...

—Bien, y tenga más cuidado la próxima vez. No quiero que toquetee mis cosas con sus manazas negras.

—¡Serás hijo de puta!

Esteban estalló, y para cuando se dio cuenta, aquellas palabras ya habían salido de su boca y estaba levantado, sintiendo cómo sus nudillos se enrojecían tras haber golpeado la mesa. Las copas tintinearón con el vaivén y el mantel quedó arrugado. Los espectadores volvieron a internarse en un perturbador estado de mutismo.

—Pídele perdón.

—Señor, no hace falta que —intervino la mujer...

—Claro que hace falta. Pídele perdón —ordenó a Tarrasa—. Ahora mismo.

El odio era palpable y crecía por instantes entre el director del periódico y el fotógrafo, que seguía en pie, inmutable, haciendo gala de una determinación pasmosa. Y puede que fuese miedo, o vergüenza, pero para la sorpresa de Esteban, el hombre abrió la boca, acobardado.

—Discúlpeme —vocalizó a regañadientes.

—Tenga más cuidado —continuó Esteban—. Puede que sea ella la que no quiera tocar sus manos de blanco racista de mierda.

Escuchó unas risitas a su espalda, y supuso que no era demasiado corriente presenciar escenas como aquella en aquel lugar. Después se dirigió a la camarera, que lo observaba con admiración.

—No tiene porque dejar que la pisoteen.

Ella asintió por la cabeza, y él volvió a girarse en dirección a Tarrasa.

—En cuanto a su puesto de fotógrafo vanidoso, se lo puede meter por donde le quepa.

Pegó otro golpe en la mesa, esta vez premeditadamente, para añadir algo de teatralidad. Trató de encontrar algunas palabras finales para su discurso, pero no las halló. Aunque no lo aparentaba estaba algo nervioso, así que salió de allí aprovechando el desconcierto de su público, y haciendo un rápido balance de los sucesos a medida que se alejaba.

Se preguntaba si había reaccionado así por defender a la camarera o a su cámara de fotos, y cierto sentimiento de culpabilidad se adueñó de él, mientras aquella duda lo corroía, porque en realidad sabía muy bien la respuesta. No era tan bueno como había demostrado ser, y eso representaba una pequeña mota negra en su júbilo inicial. No obstante, se sentía feliz de poder decir que todavía era Esteban Belmez, el fotógrafo freelance.

7  
TRAS ESOS OJOS

Llegó a su apartamento bien entrada la noche. Dejó caer las llaves sobre una mesita que había junto a la puerta de entrada, y recorrió el corto espacio que lo llevaba hasta la nevera. Abrió el portón del electrodoméstico, y examinó rápidamente los estantes vacíos: Tenía dos huevos, un yogur cuya fecha de caducidad prefirió no comprobar, algo de leche y los restos de una ensalada que se hundía en su propio aliño, dentro de un plato sopero.

Cerró la puerta con la misma indiferencia con que había sido abierta. Tan solo cogió el paquete de leche a medias, y bebió a morro mientras echaba un vistazo a través de la ventana; había luna llena.

—Que típico —dijo para sí mismo a regañadientes.

Atravesó el piso con el tetra-brick en la mano y se detuvo unos instantes frente a su más preciada posesión; la colección de fotografías de gatos. Miraba a los ojos a los felinos, como si pudiesen devolverle la mirada, como si a través del papel fotográfico fuesen capaces de atravesarlo y comprender sus contradicciones.

Aquel ritual siempre le estimulaba. Ver su propio trabajo colgando de la pared usualmente le animaba un poco, y esa vez no fue menos. Entró a la única habitación como tal de la casa —además del servicio—, y una vez en el interior, colocó cuidadosamente una tela en la puerta para evitar que ningún resquicio de luz se colase por las rendijas.

La sala quedó en penumbras, casi en total oscuridad. No había ventanas, y cada detalle había sido cuidado con mimo para que nada de luz penetrase en el lugar. Encendió entonces una lámpara que sí estaba autorizada, y cuya luminiscencia roja inundó la estancia, dotándola de un brillo que para él significaba el comienzo de la desconexión, el momento en que se aislaba del mundo exterior por completo y centraba todas sus miras en su única obsesión; la fotografía.

Había preparado los negativos del reportaje del preventivo la noche anterior, así que solo le quedaba la mejor parte, la que atraía a toda clase de aficionados medianamente románticos al mundillo. Sabía de mucha gente que como él, adoraba ese momento en que casi por arte de magia, la imagen comienza a aparecer en un papel blanco sumergido en una cubeta. Lo que no había encontrado nunca es un profesional que todavía prefiriese la impresión analógica en los tiempos que corrían. Eso era lo que lo diferenciaba del resto, y a su vez la principal causa para que nadie quisiese darle un puesto de relevancia. Bueno, además de su lunático carácter, claro.

El laboratorio estaba dividido en dos partes: la zona húmeda, donde descansaban las cubetas, los líquidos y demás utensilios que entran en contacto con los mismos; y la zona seca, regentada por la ampliadora, un cronómetro digital y las cajas con los diferentes tipos de papel utilizados.

Dejó el paquete de leche en la encimera, junto a la ampliadora, y tiró a una pequeña papelera varias latas vacías de refresco que se había dejado la sesión anterior. Alcanzó tres tenacillas de plástico y las colocó junto a sus recipientes correspondientes. Cogió una botella amarilla y volcó el líquido del interior sobre el primero de ellos, hasta que la cubeta quedó inundada a cierto nivel. Acto seguido repitió el proceso con una botella verde y una segunda cuba, e inmediatamente, se dispuso a hacer lo mismo con una garrafa naranja en el tercer balde, pero el insignificante peso de la misma provocó que emitiese un impropio.

—Mierda...

Se le había acabado el fijador, así que tendría que preparar la disolución de nuevo. Por suerte poseía aún varios botes de concentrado, de modo que se dirigió a una mesita del lado contrario del estudio, e hizo las mediciones oportunas con varias probetas, hasta tener lista una solución de un litro. La abocó con un embudo a la ampolla vacía, y la etiquetó convenientemente con un rotulador permanente anotando la fecha, pues el preparado era caduco.

Volvió sobre sus pasos y ahora sí, llenó la bandeja vacía con parte del líquido recién generado. Pronto retrocedió hasta la zona seca, y buscó papel fotosensible de dureza normal, conveniente para el positivado de negativos que no presentan un alto contraste entre luces y sombras, y más que adecuado para sus propósitos. Cerró con cuidado la caja donde guardaba el papel, para que no se echase a perder, e hizo un rápido recuento de los rituales preparativos, para comprobar que todo estaba en orden.

Una vez se cercioró de que no se había dejado nada por el camino, se dispuso a hacer una hoja de contactos, de la cual seleccionaría más adelante los fotogramas que finalmente se publicarían. Tenía los negativos dispuestos en tiras de seis, y los colocó en la prensa de contactos, con la cara brillante hacia arriba y a presión con el cristal. Posicionó el conjunto bajo la ampliadora, y la encendió, elevándola hasta que la luz cubrió toda la superficie. Seguidamente colocó en la máquina el filtro rojo de seguridad, para poder manejar el papel fotográfico sin peligro a que se velase, y dispuso este en la prensa.

Hizo una tira de prueba con diferentes tiempos de exposición. Cuando positivaba sus fotografías personales se saltaba este paso, pero no dejaba nada al azar en el momento en que el trabajo estaba orientado a su posterior publicación. Una vez se aseguró de cual era el tiempo apropiado, y sin más dilación, positivó la hoja de contactos.

Cuando acabó de sumergir el papel en cada una de las cubetas, tenía ante sus ojos una vista previa de los fotogramas, similar a las que ofrecían automáticamente las cámaras digitales, y con la sola diferencia de que en el caso de la fotografía analógica, no se disponía de las miniaturas inmediatamente. Esto contribuía en gran parte a satisfacer sus bizarras exigencias sobre cómo realizar una foto, que debía ser así, espontánea, sin marcha atrás, sin posibilidad de borrón y cuenta nueva.

Procedió al lavado en agua corriente del papel, aunque no se esmeró demasiado. No tenía ningún interés en conservar la hoja; solo le serviría para seleccionar las fotos más interesantes de entre la colección y evitar así positivizar todos los negativos sin ton ni son. Se aseguró de que no hubiese más copias revelándose ni papel fotográfico expuesto, y entonces encendió la luz para observar mejor la composición.

De entre todas las imágenes, visualizó rápidamente las que podrían encajar mejor en el reportaje. El periódico y la residencia quedarían más que satisfechos con un par de representativas tomas del salón de juegos, de los hombres jugando al póquer y de las mujeres bingueras. No obstante no era eso lo que a él le interesaba. Sus ojos se posaron instintivamente en el primer fotograma; aquella escena atípica del anciano abrazado al árbol que había tomado nada más llegar al preventivo.

Como siempre solía ocurrirle con una muestra de esas características, se puso algo nervioso. No como a quien le tiemblan las manos, sino como a quien siente un escozor en el pecho, una sutil molestia ansiosa que necesita ser saciada. ¿Sería ese uno de sus momentos mágicos, uno de sus fragmentos de vida congelados? No podía esperar más a averiguarlo.

El proceso para positivizar un negativo era similar al que había utilizado para hacer las miniaturas, solo que estas se hacían por contacto; es decir, a la misma escala; y la fotografía no era más que una ampliación, lograda a partir de la separación del negativo del papel fotosensible.

Pronto el trabajo dio sus frutos, y tuvo entre sus manos lo que tanto había anhelado. El momento era sublime; perfecto. Belmez esbozó una sonrisa al constatar que había inmortalizado un instante irrepetible. Siempre trabajaba en blanco y negro, y los diferentes grises contrastaban con dulzura, representando lo que para él ya era un trofeo.

La corteza del árbol exhibía sus imperfecciones. Las vetas y los orificios de la madera ensombrecían aquí y allá la imagen, cuya definición era tal que permitía observar a simple vista los poros y rugosidades del pino. Las raíces del árbol se aferraban a la dura tierra como hermosos tubérculos temerosos de ser arrancados, y entre ellas, sorprendían como dos extrañas las zapatillas de ir por casa del anciano, que ejercían de anticipo a su cuerpo castigado escondido tras el tronco. Los brazos del viejo rodeaban al gigante y las yemas de sus dedos descansaban sobre las bellas asperezas, como si pudiesen hablar con ellas, como si así pudiesen desgranar sus más íntimas historias.

—Veamos quién eres...

La luz se desvaneció de nuevo, dejando paso una vez más a un fulgor rojo que cubrió suavemente la estancia. Esteban cogió más papel fotográfico y, con el filtro

rojo activado, ajustó la ampliadora para proyectar a mayor escala un primer plano del hombrecillo de la bata.

Repitió el proceso con el mismo tiempo de exposición y de inmersión en las cubetas, y pronto tuvo en sus manos el detalle. Mientras lo sometía a un baño de agua corriente, percibió ya los primeros rasgos. Se fijó antes que nada en la expresión de felicidad, y en las marcadas patas de gallo que continuaban los trazos de sus ojos cerrados.

—La vida no te ha tratado bien —murmuró, tratando de extraer una historia de los surcos de su piel—. Pero eres una persona que ha aprendido a ser feliz con lo que tiene.

Alcanzó el brick de leche y sorbió generosamente, sin apartar la vista del retrato y de los escasos cabellos grisáceos del hombre.

—Pareces una buena persona... no obstante transmites un sentimiento agri dulce con tu semblante, como una carencia que te carcome. ¿Pero qué es? ¿Qué es eso que te entristece y te apaga?

Estaba perpetrando otro de sus pasatiempos favoritos; ligar una historia a sus modelos involuntarios; atreverse a hacer un diagnóstico de sus vidas por la posición en que habían sido retratados, o por la forma en que miraban al objetivo de la cámara. Por inverosímil que pudiese parecer, era bueno haciendo aquello, captando el lenguaje corporal de sus víctimas y expresándolo en palabras. Al fin y al cabo había quien se dedicaba profesionalmente a ello, solo que en él era algo innato, inherente, tan fácil como caminar. Podría decirse que tenía una especie de sexto sentido para esas cosas, y ejercía su don orgulloso de ello, bajo la soledad de la luz fantasmagórica de su estudio.

—Ahí está... ¿es por eso verdad? Es por ella...

En el dedo anular de una de sus manos, el anciano lucía un anillo de bodas. Esteban alzó la fotografía, y la sujetó con una pinza sobre su cabeza, en la cuerda en que ya reposaba la anterior ampliación, que daba una visión más genérica del entorno.

—Sí. Claro que es eso. La echas de menos.

No importaba cuán verdaderas fuesen sus conjeturas; sencillamente le gustaba conjeturar y, en la mayoría de los casos, además acertaba. Volvió a volcar el paquete de leche sobre su garganta, pero apenas unas gotas escaparon por la boca del envase y aquello bastó para que, repentinamente, interrumpiese su examen visual y se dirigiese a la puerta.

Su estómago rumiaba demandando a gritos algo sólido que procesar, y Esteban ya no fue capaz de ignorar durante más tiempo sus peticiones. Apartó la tela que cubría la salida y abandonó el estudio, dejándolo tal cual estaba y posponiendo momentáneamente su trabajo.

La casa estaba en silencio. Las proyecciones azuladas de la luna llena se colaban por las ventanas, que estaban repletas de minúsculas gotitas de agua. Llovía, y los cristales se hacían eco de ello con un repiqueteo apenas audible, que para él en aquellos momentos resultaba casi esotérico. No obstante tuvo que abandonar sus encantadores desvarios a favor de su cuerpo famélico.

Batió el par de huevos que le quedaban, y pronto las yemas se juntaron en una masa uniforme anaranjada, que arrojó sin piedad al aceite hirviendo de la sartén. Era una solución rápida y económica para salir del paso esa noche, pero sabía que tendría que conseguir algo de dinero si no quería morir de inanición próximamente. Tal vez pidiese por adelantado el cobro de este último reportaje, aunque claro, para ello debería terminar de sacar las copias, y dejarse de jugar al quién es quién; un panorama no demasiado divertido.

Se comió la tortilla a grandes mordiscos, haciendo gala de su descontrolado apetito, que apenas fue satisfecho. No había ya nada más que pudiese llevarse a la boca, y retornó al trabajo con la endeble esperanza de que los huevos revueltos acabasen por apagar sus necesidades, o al menos adormecerlas.

Hizo un esfuerzo por no caer de nuevo en sus entretenidas adivinanzas y se puso manos a la obra. Ya habría tiempo más tarde para proseguir con sus aficiones personales.

Cuando algo se le metía entre ceja y ceja, era capaz de mostrar una dedicación absoluta. Sus manos se contoneaban como dos bailarinas, alcanzando un papel aquí y ajustando un diafragma allá, manipulando negativos y estableciendo los tiempos de exposición, enfocando la ampliadora y colocando el filtro rojo de seguridad, sosteniendo las impresiones con pinzas y sumergiéndolas en los diferentes baldes. Tenía tanta práctica que los pasos se sucedían mecánicamente, sin necesidad de momentos reflexivos sobre lo que sucedía a continuación; y era tal su destreza y empleo, que no se detenía hasta que todas las imágenes seleccionadas colgaban frente a él inánimes, esperando a ser juzgadas por su mirada crítica.

Para este proyecto, había escogido ocho de entre las demás, ocho representaciones prácticas de la vida en el preventorio. La mayoría de ellas —cinco—, habían sido tomadas en la sala de juegos, y las tres restantes eran panorámicas del particular enclave en que se erigía el edificio, y de las proporciones del mismo. Sabía que el periódico Urbe publicaría cuatro de ellas a lo sumo, y consideró que ya tenían una muestra más que razonable de entre donde elegir.

Súbitamente, un atronador cansancio hizo mella en él. La falta de alimentos medianamente consistentes, unida a la cantidad de horas que llevaba en pie, se aliaron en una conjunción que minó sus energías dejándolo sin fuelle, desprovisto de empuje.

El cuerpo le pedía cama, y obedeció sin rechistar, apagando la ampliadora y poniendo todo más o menos en orden. Fue ya en el quicio de la puerta, bajo la penumbra, que sintió una curiosa punzada en el pecho, un vuelco de adrenalina espontáneo y no invitado, que lo abofeteó con contundencia, al tiempo que sentía que había olvidado algo importante, algo de suma trascendencia que se le había escurrido entre los dedos.

La última foto; la imagen no consentida; el posado robado del grupo de ancianos en el patio del preventorio; el mismo que había provocado la discusión con Hernán Ramos; el mismo retrato tomado casi involuntariamente por alguna razón que desconocía; el mismo panorama atrayente que poseía algo enigmático que no acertaba a descubrir. ¿Cómo había podido olvidarlo?

Cuando se dio cuenta de lo que hacía sus manos ya danzaban por los instrumentos de trabajo, y la luz de seguridad bañaba las paredes con su característica tonalidad mística. Mientras tanto, su cabeza todavía trataba de dilucidar qué extraño mecanismo le había hecho pasar por alto algo semejante. Quizás fuesen en gran parte culpables los últimos sucesos. En escasas horas había rechazado la mayor oferta económica que jamás le hubiesen ofrecido antes; había desenmascarado un detestable gen racista en el ofertante, Ricardo Tarrasa; y había comprobado cuán alocada e insensata era su propia convicción de no abandonar su arcaica cámara de fotos. Sí, definitivamente su cabeza debía haber quedado algo tocada tras lo ocurrido.

Fuese como fuere allí estaba, a altas horas de la madrugada, sosteniendo el negativo en cuestión y colocándolo en el lugar pertinente de la ampliadora. El reiterativo ritual se repitió una vez más: Filtro rojo, papel fotosensible en el marginador, enfoque de la proyección y fijación del tiempo de exposición. No realizó la tira de prueba, estaba demasiado ansioso por ver los resultados, y tenía la experiencia suficiente como para saltarse los preliminares y obtener un resultado más que decente. Simplemente apagó, retiró el filtro, encendió, aguardó y, finalmente, volvió a apagar.

Sostuvo con unas pinzas el papel blanco inmaculado, a simple vista virgen, y respiró antes de proceder. Esta era la parte más fascinante, el momento más romántico y especial, el culmen a horas de trabajo incontables, a días, meses, e incluso años de búsqueda. Y él mismo sabía que apreciaba quizás en exceso el momento, que lo mitificaba desproporcionadamente, pero no podía hacer nada por cambiar sus propias convicciones. Aquel era otro de esos procedimientos sin el cual Esteban Belmez dejaría de ser Esteban Belmez, otra de sus costumbres inalienables.

Dejó caer la lámina, en un movimiento grácil y poco estudiado de sus dedos, que desistieron de ejercer presión sobre las pinzas. El papel se hundió en el revelador, e instintivamente Esteban se inclinó hacia delante, queriendo no perder detalle del proceso. Podría decirse que estaba enamorado del dibujado de las líneas, de la aparición desigual de formas aquí y allá, y del movimiento azorado del impreso bajo el agua turbia, empujado por los zarandeos suaves y constantes que él mismo provocaba con las tenazas.

Después el zigzag, el escarpado recorrido de los contornos en escala de grises, el sombreado de unas zonas aparentemente casuales que se abrazaban las unas a otras para formar un todo. Hasta que por ende, la fotografía finalmente pedía respirar, pedía ser arrancada del flujo de revelador y quedarse en su estado ideal, en su momento más idóneo; ni claro ni oscuro, ni ambiguo ni cargado.

Belmez hizo caso a las demandas del retrato y lo extrajo de la primera cubeta, para poco después y sin permitirse apenas el lujo de admirarlo, introducirlo en la segunda; la que contenía el fijador. El resto del proceso se sucedió mecánicamente sin pena ni gloria, algo ensombrecido por aquel momento tan romántico e idealista. Tras el baño de paro y el enjuagado en agua corriente, la imagen estuvo lista para ser colgada de una de las cuerdas cercanas al techo. Había llegado el momento del veredicto.

La luz fue autorizada, y la estancia pasó de la penumbra rojiza a una luminosidad blanca que contribuyó a despertar al agotado fotógrafo. Únicamente la recompensa que tenía ante sus ojos logró despojarlo de sus inminentes legañas. Él sabía que era algo melodramático con todo el asunto, sabía que sus desorbitadas pasiones profesionales resultarían cargantes para la mayoría de los mortales. Por lo contrario, se veía a sí mismo inconcebible sin disfrutar de esos momentos, y no ya por lo que la fotografía representaba en su vida, sino por tener algo a lo que aferrarse, algo que le diese significado a su existencia.

No soportaba la idea de ser uno más, de perderse entre la muchedumbre, de ser una tonalidad media de una de sus escenas. Él quería ser diferente, quería cambiar el mundo. Era un soñador al que la vida trataba de despertar a base de golpes, un bohemio de pura cepa, de los que hubiesen tocado el sitar en un tejado de haber sabido tocarlo. Entendiendo esto, quizá fuese más fácil comprender su desmedida locura por el revelado analógico, y es que Esteban Belmez no sabía desgarrar dos acordes a un instrumento de cuerda, pero realizaba fotografías que quitaban el aliento.

Esta era una de ellas. Era soberbia la capacidad para plasmar la magnificencia de la normalidad, la grandiosidad de un momento cualquiera. Y allí estaban los ancianos, riendo a carcajadas, entre un círculo de pinos que mostraban sin pudor sus tonos más otoñales, jugando a mezclar colores como si el mismo Dios les hubiese animado a ello, y todo ello en un blanco y negro luminoso que dejaba la mejor parte a la imaginación.

No obstante no eran los mayores los que captaban la atención. Esteban estaba a punto de descubrir, inmerso en otra de sus locuras transitorias, el elemento que lo había empujado a sacar aquella instantánea; ella. Tan solo el verla fue un fogonazo, una orgía de chispas descontroladas que le quemaron el pecho. ¿Qué demonios le pasaba? No era la clase de persona que queda prendado de la mujer de una fotografía. ¿O sí? Trató de jugar a describirla, a adjudicarle una historia, y enseguida se dio cuenta de que algo fallaba, y de que era incapaz de etiquetarle un solo calificativo.

No, no era amor estúpido y absurdo aquello que sentía, era un sentimiento desconocido hasta entonces para él. Una pregunta incipiente que lo punzaba violentamente. ¿Quién eres? El gesto de la joven era cuanto menos equiparable al de la Mona Lisa, una mueca de indiferencia intrigante que parecía invitar a ser descifrada, y unos ojos... ¿qué clase de ojos eran aquellos? Dos luceros negros escondidos tras su propia opacidad, un puzzle sin resolver al que le faltaban varias de las piezas.

Se percató de lo ridículo de la situación, pero no podía dejar de preguntarse qué se amagaba tras su mirada aparentemente normal. Había algo ficticio en el iris, algo envenenado en sus pupilas... un secreto sepultado que dejaba ver retazos de su hiriente fogosidad. Claro que todo eso solo eran suposiciones suyas.

—¿Pero qué te pasa Esteban? —murmuró para sí mismo—. Déjate de historias...

Había algo familiar en el rostro de la muchacha, unos rasgos que le recordaban a algún pasaje desterrado de su propia juventud. Era como si se hubiese encontrado con alguien que conocía después de muchos años, solo que tenía la certeza de no conocer de nada a la *femme fatale*.

Apagó la luz. Era tarde y estaba comenzando a desvariar más de la cuenta. Por la mañana lo vería todo desde otro prisma, o al menos esas palabras engañosas lo convencieron de ello. Y allí restó la fotografía, envuelta en el manto negro del estudio y llamándolo desde la oscuridad, incitándolo a descubrir aquello que lo carcomía y ahora trataba de negar. Allí quedaron los cabellos desenfadados y la vestimenta casual pero cuidada de la joven; su piel pálida y sus vaqueros de pitillo ajustados; sus humildes pendientes de plata y su postura de no haber roto un plato; junto a la fuente, expectante, sosegada pero inquieta, tranquila pero alerta. Allí pasaron la noche las contradicciones, sin miedo a que la luz del día las borrara por la mañana, porque eran tan evidentes como inconclusas, tan contundentes como carentes de sentido.

## 8 OSCURO

¿Cómo definir la oscuridad, cuando deja de ser una tonalidad en la escala de grises? ¿Cómo hacer frente a su negrura envolvente, cuando no hay más que la nada? Es una densa espesura carente de color, que penetra las venas como un veneno mortífero y horroroso. Es una presión en la sien, una carcajada risueña que se hace hueco en los miedos más profundos, avivándolos como la leña al fuego. Es el terror al desconocimiento y la ignorancia, de no saber qué se esconde tras sus curvas no dibujadas; el pavor fluctuante y perverso de esperar cualquier cosa en cualquier momento. Es un silencio agónico donde los susurros son amenazas y los leves tintineos son tentativas de muerte. Es un sabor amargo en la garganta, que quema y provoca náuseas; un viaje psicotrópico a los temores más profundos de uno mismo, donde no hay escapatoria ni redención, solo súplicas y ruegos, rezos y oraciones.

Sarah estaba acurrucada en el mismo lugar donde había caído, envuelta en aquel descorazonador manto negro. La sangre se había secado en su cabeza, pegándole los cabellos rubios a la frente. La bolsa que le cubría el rostro ahora estaba desgarrada en mil pedazos y colgaba hecha jirones de su cuello, sujeta todavía por la cinta aislante con que había sido asida. Si hubiese sido posible vislumbrar su expresión, no hubiese habido suficientes calificativos para describir sus luceros enajenados, cuyas pupilas se habían dilatado oscureciendo su inocente mirada azul. No hubiese sido posible describir su respiración, ni compararla a ningún otro traqueteo constante que hiciese idea de sus soplos desgarrados.

Estaba hecha un ovillo, en posición fetal y tan inerte que cualquiera la hubiese dado por muerta. Solo el vaho frenético que cortaba sus labios helados hacía las veces de mensajero, avisando de que en su pequeño cuerpo maltratado quedaba aún mucha vida, algo que en esas circunstancias no era precisamente una suerte.

No era capaz de pensar en nada. Solo sentía una fuerte estacada en la nuca, en la dirección en donde se había cerrado la pesada trampilla. Cada minúsculo sonido era como una cincelada a su corazón, que demandaba a gritos que aquel dolor cesase, que aquel sufrimiento dejase de azorarlo. Solo quería que la dejaran allí, que aquel desvencijado portón no volviese a abrirse, que la abandonasen a su suerte y no volviesen a tocarla. Pero Sarah era una niña inteligente, y sabía que aquellos deseos no le servirían de nada, ni siquiera para lograr auto convencerse de sus infantiles exigencias. Y el solo pensamiento de lo que le harían era una tortura perpetua que no cesaba en su empeño.

La espera era mortal y siniestra, una pincelada de color rojo lacerante en aquella composición de turbios sentimientos. El tiempo era su enemigo, un contrincante férreo que movía ahora sus piezas sin lógica aparente, sin que ella pudiese hacer nada por contrarrestar su ataque encarnizado. Y solamente el latido de su órgano madre hacía de metrónomo en la cruda representación, solo sus arterias hinchadas anunciaban que los segundos no se habían detenido, contribuyendo a la eterna desdicha.

De pronto, se dio cuenta de que sentía más frío en el pie derecho que en el izquierdo, y un asomo de esperanza hizo que se incorporase. Efectivamente le faltaba un zapato, y ese detalle insignificante se convirtió al instante en un clavo ardiendo al que aferrarse. ¿Dónde lo había perdido? ¿Lo encontraría alguien? ¿Les llevaría eso hasta ella? Las preguntas, no obstante, no ejercían en ella un efecto balsámico, sino que hacían más evidente su desesperación.

A través de su calcetín azul marino, percibía la aspereza y el mal acabado del suelo; una rudimentaria capa de cemento mal nivelado y repleto de pequeñas ondulaciones y cambios de rasante. Parecía una obra de marcado carácter amateur, realizada por alguien que o bien no sabía lo que hacía, o bien había querido terminar el trabajo con demasiada premura. A la pequeña Sarah le hizo pensar en una especie de garaje mal acabado, o en una de esas despensas subterráneas que había visto en las películas. Sea como fuere aquello no ayudaba.

Haciendo un esfuerzo inhumano, trató de ponerse en pie, pero la sensación de macabra ingravidez hizo que sus piernas zozobrasen y cayese al suelo. Entonces lloró de nuevo, lloró durante una inestimable cantidad de tiempo, y sus propios gemidos golpearon su conciencia al no recibir respuesta, al no vislumbrar una mano amiga. Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba temblando, y de que sufría unos estertores incontrolables que le dolían los músculos y los tendones.

Era la primera vez que sentía un miedo como aquel, un terror químico que superaba lo meramente mental para adueñarse de la voluntad de su cuerpo. Intentó normalizar su respiración, pues sentía que se ahogaba, y cada suspiro acababa en un apagado grito de socorro, cada vez más débil. Procuró cruzar los brazos, queriendo que cesasen las desbocadas convulsiones de su carne descontrolada, y aunque sabía que no conseguiría serenarse, puso todo su empeño en alcanzar un estado en el que le fuese posible al menos levantarse.

Pasaron unos henchidos y cebados minutos antes de que volviese a intentarlo, y esta vez, con las piernas ampliamente separadas, logró permanecer en pie, padeciendo aquella percepción de negra ingravidez. Alargó los brazos, y se atrevió a dar un primer paso, que acompañó de un descontrolado aullido. Sus manos no entraron en contacto con ningún cuerpo extraño, así que con lentitud, fue internándose en las profundidades de lo desconocido.

Una zancada, dos, tres... El ruido que provocaba la suela de su único zapato al contactar con el asfalto le aceleraba el pulso, imaginando que alguien pudiese descubrirla. A su vez, temía que aquellos golpecillos sordos amparasen a otros sonidos en la oscuridad, ocultándolos de sus atolondrados sentidos.

Apenas había avanzado metro y medio, cuando se golpeó el estómago contra algo rígido y contundente que le provocó un fuerte daño en las costillas. Gritó, y su alarido hizo eco en las paredes, dándole una ligera idea de la amplitud del zulo. Su padre le había contado una vez que los murciélagos son ciegos, y que se guían en la oscuridad por el rebote de sus propios berridos contra la roca. Curiosamente aquel pensamiento logró entretener su mente durante un instante, y cuando volvió a la realidad el silencio reinaba de nuevo.

Palpó con las manos la superficie con la que había chocado. El hecho de que fuese un material duro le indicó que era algo material, lo cual era bastante alentador. Y reconoció el tacto de la madera artesana, sus vetas y sus imperfecciones; era una mesa.

Comenzó a pensar que no había nadie más en aquel sótano, y ese dato tranquilizante hizo que un fuerte instinto de supervivencia creciese en su interior. No sabía de cuanto tiempo disponía, pero quizás fuese el suficiente para encontrar una salida, una forma de escapar de aquella pesadilla. ¿Pero cómo encontrar a tientas algo que no sabes que buscas? ¿Cómo saber de que herramientas disponía envuelta en esa honda ceguera?

Un ruido ensordecedor hizo que se estremeciese. Lo había escuchado antes, solo que ahora estaba sobre su cabeza. La losa se movía.

Dos líneas blancas fantasmagóricas se dibujaron tras ella en el suelo, a medida que la luz se colaba por las rendijas de la trampilla descubierta. Sarah se apresuró a meterse bajo la mesa, en un gesto temeroso e insensato a partes iguales; aquello no iba a protegerla de nada. Después, la portezuela se abrió y pudo contemplar los primeros detalles de sus aposentos.

Hizo un breve reconocimiento de las proporciones del angosto lugar y del recoveco al que había llegado dando tumbos. Se había desplazado hacia la derecha de las escaleras, cuya consistencia era algo irregular. Habían sido construidas con el mismo empeño con que se había nivelado el suelo, y los escalones no seguían un mismo patrón, sino que se recortaban desiguales sobre la pared oscurecida.

De pronto, pasos; ruidos reveladores que no auguraban nada bueno y provenían del piso superior. Perturbaciones en el aire que se fueron haciendo tangibles, a la vez que una pardusca silueta se dibujaba sobre los peldaños, recorriendo cada curva y distorsionándose con cada cambio de nivel.

No hubo preámbulos ni contemplaciones. La primera zancada dio paso a la segunda con una rapidez caótica, y la sombra descendió hasta el sótano demostrando una normalidad pasmosa. Si aquello hubiese sido un relato de terror, probablemente la descripción de aquella figura hubiese sido exacerbada, ideada a propósito para causar efecto; pero no lo era. Sarah tenía ante sus ojos a una persona normal, de constitución delgada, que vestía unos corrientes vaqueros y un abrigo negro.

No alcanzaba a vislumbrar su rostro. El ángulo de visión de la pequeña se perdía a la altura del pecho, estando escondida bajo el mueble, y la imaginación jugaba a un pasatiempo siniestro, poniéndole ojos y boca a aquel maniquí sin nombre, a aquel ambiguo personaje que ahora permanecía quieto, regodeándose con los llantos de la

niña y orientado hacia donde esta se escondía.

Despacio, fue aproximándose a ella, y la cercanía provocó un aumento de la intensidad de sus suplicas ahogadas. Pronto estuvo a una distancia tan corta, que Sarah hubiese podido tocar sus zapatos con solo estirar los brazos. Pero estaba demasiado ocupada taponándose la boca con ambas manos, esforzándose por sofocar sus delatadores suspiros.

«Toc» Resonó la madera sobre su cabeza, y el golpe fue acompañado de un desgarrador gemido de la jovencita, que estaba al borde del colapso.

«Toc, toc, toc» Llamó de nuevo la sombra, y Sarah sintió estar a punto de perder la conciencia; aquello era más de lo que estaba preparada para soportar.

—Shhhht —la mandó callar con serenidad la figura—. Ven aquí. No te escondas. No voy a hacerte daño.

Su voz era misteriosamente dulce, tersa y suave; sus cortas frases emergieron con soltura, generando una ficticia sensación balsámica; y Sarah quiso creer sus mentiras, quiso no dudar de sus desconocidos propósitos.

Se enjugó las lágrimas, esperanzada como solo una cría hubiese podido estarlo, y poco a poco, titubeando, notó cómo su cuerpo se dejaba llevar por aquella voz hipnotizante.

—Ven. Sal de ahí. Quiero ver si te has hecho daño.

Se incorporó, no se sentía con fuerzas para combatir contra esos vocablos. Por su parte, la figura retrocedió, alejándose de la mesa y dejando una vía libre para que ella abandonase su escondite.

Declarando la guerra a los pálpitos de su frágil corazón, salió de debajo del mueble y se quedó en pie, esperando un movimiento de su tétrico acompañante. No se atrevió a levantar la vista, se sentía incapaz de mirar a los ojos a su oscuro oponente. Había derrochado las pocas energías que le quedaban atreviéndose a dar la cara, y ahora solo podía aguardar anclada en el tablero, como en una de sus lejanas y distantes partidas de ajedrez.

La silueta comenzó a moverse, acortando el trecho que los separaba, y la improvisada valentía de la que había hecho gala la pequeña se esfumó, sin dejar rastro de su corta y trémula existencia.

Sarah sucumbió, su cuerpo se rindió ante los miedos que venían martirizándola desde hacía largo rato y cerró los ojos; como si así fuesen a desaparecer sus amenazas; como si así pudiese acallar sus ruidosas lágrimas.

Deseó quedar envuelta otra vez por la inquietante negrura, ser arropada por sus brazos y perderse entre la infinidad de rincones lúgubres que esta le brindaba, pero en lugar de ello sintió cómo una mano comenzaba a acariciarle los cabellos con una parsimonia casi cálida, alentadora, quizás en exceso. El desconocido la llevó para sí enredándola en un inesperado abrazo, y Sarah sintió cómo su cabeza se hundía en el abrigo de su semejante, dejándose hacer, alicaída y abandonada a su voluntad. Y permanecieron así durante algún tiempo, hasta que ella dejó de llorar y de sentir los temblores que recorrían su cuerpo.

Entonces, tras ese ritual tranquilizante, la sombra volvió a hablar, como si hasta entonces hubiese estado solo preparando el terreno.

—Esto te dolerá un poco.

A pesar de las evidentes connotaciones de la última afirmación, la niña no volvió a derrumbarse. Había entrado en un estado de resignación absoluta, y se limitaba a esperar apretando los párpados a que aquello, fuese lo que fuese, terminase cuanto antes.

El intervalo de tiempo resultó ser una eternidad, y Sarah ejercía tal tensión en su mandíbula cerrada, que sus molares parecían estar a punto de resquebrajarse. Podía escuchar el tintineo de algunos utensilios metálicos sobre la mesa, y el solo pensar en los posibles usos de esos instrumentos, hizo que sintiese un escalofrío.

Seguidamente: quietud. Una perturbadora inactividad y carencia de pistas sonoras, hasta que de improvisto, sintió cómo algo le quemaba la frente.

—¡Ah! —exclamó instintivamente, a la vez que abría los ojos.

Ladeó la cabeza hacia sus espaldas y vio como un brazo depositaba sobre la mesa un algodón teñido de rojo. Junto a él; una botellita blanca cuya etiqueta rezaba «Agua oxigenada». ¿La estaba curando?

Aquel último descubrimiento la contrarió. ¿Era posible que el desconocido quisiese ayudarla realmente? ¿Qué sentido tendría todo aquello en tal caso? Sintió unas fuertes náuseas, porque el terror es más poderoso cuando hay luz al final del túnel, cuando se aviva la esperanza.

Con una dedicación asombrosa, la figura fue limpiándole la herida y despejándole los cabellos ensangrentados de la piel. Sentirse tan cuidada ruborizó a la jovencita, cuyos ojos se humedecieron —esta vez no por temor, sino como el reflejo de sus más profundos anhelos—. Recordó las caricias de las manos de su padre y la regresión quemó en sus adentros, cual brasas candentes que restan tras el fuego.

Al fin, su herida estuvo limpia y la mesa quedó repleta de algodoncillos sanguinolentos. Ella estaba como drogada, hundida en los más inhóspitos lares de su propia conciencia, y el olor a alcohol de quemar acrecentaba la sensación, provocándole un estimulante picor en las fosas nasales. Tenía la mirada clavada en el improvisado botiquín que había sobre la mesa, y la silueta, a la que todavía no se atrevía a mirar a los ojos, hizo que girase la cabeza, sosteniéndola por las mejillas con ambas manos.

Sarah permanecía ahora imperturbable e inexpresiva, como si la hubiesen despojado del alma y solo quedase una titiritera muestra de lo que algún día había sido. Comenzó entonces a ver, como si de una película se tratase, la parte alta del abrigo de su captor, que se estaba agachando.

Un botón, dos, tres... todo parecía sucederse a cámara lenta, presagiando lo que estaba por llegar. En unos escasos segundos estarían cara a cara, y poco a poco se reflejaron en sus ojos azules los pliegues superiores de la cazadora, que languidecieron en curvas sinuosas, dando paso primero al cuello y, en último lugar, al rostro.

La muchacha, que había permanecido quieta durante los últimos minutos, ahora era una roca. Había quedado petrificada, y solo sus globos oculares reaccionaron ante el espectáculo, hinchándose y cebándose en una expresión que rayaba la locura. El resto de su cuerpo se mantuvo inerte, paralizado por una inexplicable debilidad muscular. Tenía frente a sí una representación dantesca y de mal gusto, la personificación en forma de carne y hueso de sus pesadillas más escabrosas y fúnebres.

Unas medias marrones cubrían por completo la cabeza y parte del cuello del individuo, y era imposible adivinar el semblante de aquel que se escondía tras la tenebrosa máscara, pues todas sus facciones estaban distorsionadas y aplastadas contra sí mismas.

Una nariz retorcida ejercía presión sobre el *hycra*, y dos ojos cuyo color era imposible discernir, se guarecían expectantes tras el amparo de la tela marrón, ocultos como dos insanos y obsesos espías no consentidos. Los labios se desfiguraban confundiendo con la propia piel, y esta tomaba prestado un tinte castaño del material que la cubría, generando tonos cobrizos al reflejo de la escasa luz.

La imagen era cuanto menos demoníaca, cardíaca, colérica y rabiosa. Era de un impacto tan brutal e inesperado, que su naturaleza simulaba estar concebida para provocar infartos. Era tan molesta como el rozar de unas largas uñas en una vieja pizarra, tan mortal como la muerte que se persigue a sí misma. Un fotograma luciferino, exorcizado de los miedos colectivos que habían atormentado durante milenios a la humanidad, arrancado del mismo infierno para condenar la existencia terrenal. Amputado de las costillas del propio Dios para atreverse a sembrar el mal con el mismo poderío y omnipotencia que el todopoderoso.

La niña no pudo resistirlo más, y su cuerpo, incapaz de responder ante ningún estímulo, se aflojó de tal manera que se meó encima. La orina cayó ruidosamente, deslizándose por las pantorrillas, y descendiendo por debajo de la falda hasta generar un charco bajo sus pies. El diestro, en el cual no tenía zapato, se vio pronto rodeado del líquido caliente, y notó cómo la parte baja del calcetín se empapaba, sin poder hacer nada para evitarlo, sin poder siquiera apartarse.

Los ojos se ensancharon tras la malla en un gesto difícilmente descifrable. Y pensar en el efecto causa-consecuencia nublaba el raciocinio de la joven. El rostro desconocido se desfiguró más aún —si cabe—, y el terror aumentó, a medida que se hacían palpables las posibles represalias. Entonces la figura jadeó, en un susurro inicio y espeluznante, y a través de la tela elástica a Sarah le pareció ver que se mordía los labios, componiendo un perverso semblante.

—Oh...

Fue una expresión de sorpresa, pero no hacía palpable ningún mal sentimiento. Más bien fue una exclamación de alegría, como quien encuentra algo agradable que no espera hallar.

El orin seguía escurriéndose por las piernas de Sarah, haciendo ruido a agua corriente cuando caía sobre el y ya acumulado en el suelo. La figura dirigió la mirada hacia las piernas empapadas de la pequeña y extendió sus manos hasta tocarlas, sin que pareciese importarle que entrasen en contacto con el líquido caliente. Dejó que el elemento le cubriese las palmas, y después se las acercó a la cara para verlas de cerca, mientras minúsculas gotitas se perseguían por las líneas de su piel.

—¿Ves lo que has hecho?

Sarah no se había sentido nunca de aquel modo. Una vigorosa rigidez la afligía, y era una contradicción, teniendo en cuenta la flojera que recorría cada uno de sus músculos. El individuo la interrogaba con la mirada, enseñándole las palmas mojadas. Y ella no pudo articular palabra, solo quedarse tal cual estaba, esperando unos

interminables segundos hasta que el agua turbia dejó de emerger de su cuerpo.

De nuevo sintió cómo esas manos infecciosas la tocaban y se paseaban desde su entrepierna hasta la goma del calcetín derecho, que ahora era un trapo húmedo. Poco a poco, en un acto que le pareció terrible, vio como le levantaba el pie y le quitaba la calceta mojada. De nuevo la levantó para mostrársela, al igual que había hecho antes, disfrutando con cada salpicadura, con cada gota que se desprendía del tejido.

—¿Lo ves?

Apretó la prenda con el puño y el líquido salió a borbotones. Sarah tuvo que apoyarse bien para no caer, y el pie ahora desnudo chapoteó al entrar en contacto con su propio meado. El rostro sonrió, perpetrando un fin de actuación estelar. Era una sonrisa macabra; inexplicable y terrorífica debido al sin sentido, al conocimiento de que no podía haber nada lícito que la provocara.

Entonces pasó algo aún más desconcertante. El desconocido se puso de rodillas y colocó la mano que tenía libre sobre el charco, hundiéndola en el fluido y arrastrándola en dirección al pie descalzo con una exagerada excitación. Cuando la tocó de nuevo, jugó a entrelazar sus dedos con los deditos empapados, hasta que alcanzó un momento de tal agitación, que se atrevió a agacharse en un gesto obsceno, acercando la nariz al empeine brillante bajo la negrura y aspirando con vehemencia por ambas fosas nasales.

Estaba perturbado, fuera de sí. Sumergió el calcetín en el caldo y lo restregó por el gemelo de la niña, como si tratase de lavarla con el inapropiado ungüento. Después se lo llevó de nuevo a la cara y volvió a aspirar como si su vida dependiese de ello. Sarah lo miró directamente a los ojos, incapaz de ocultar su expresión de asco, y en aquel momento algo ocurrió, algo pasó por aquella cabeza trastornada y la figura se incorporó rápidamente, como si hubiese sentido una repentina vergüenza, como si la mirada de la niña hubiese penetrado la malla marrón y hubiese golpeado su conciencia.

Trastabilló y dio media vuelta cabizbajo, ocultando su rostro como quien acaba de hacer algo horrible y lo sabe. Después comenzó a caminar, llevándose el calcetín consigo, y solo cuando la trampilla se cerró de nuevo y el privilegio de la luz le fue negado a la pequeña, esta cayó de rodillas salpicándose la falda. Únicamente al hallarse sumida de nuevo en la oscuridad, pudo permitir que sus lágrimas emergiesen con soltura y se encontrasen con aquel otro brebaje sobre el que estaba sentada.

Y allí quedó. Inerte, catatónica y casi comatosa. Inmersa en un inusitado vórtice emocional tan intenso, que sus conexiones nerviosas habían decidido desconectarse, ser partícipes de un suicidio colectivo que la privase de cualquier tipo de emoción. Y no había palabras capaces de consolarla ni promesas a las que pudiese encomendarse. Estaba perdida en las profundidades de la oscuridad, en un lúgubre y endémico lugar oculto en la voluntad de las personas, que acababa de descubrir como si de la misma caja de pandora se tratase.

## 9 UN DÍA CUALQUIERA

El sol se alzó con la misma parsimonia cotidiana que acostumbraba. La noche previa, las estrellas permanecieron vigilantes en sus atalayas. Nada parecía presagiar el fatídico suceso. Todos los elementos fueron prudentes, generando una atmósfera de dolorosa indiferencia. Ni una lágrima en forma de lluvia, ni tempestades furiosas recorrieron los cielos. No hubo vientos huracanados ni cumbres borrascosas, no hubo truenos en la silenciosa noche y no faltaron los gallos al amanecer.

La muchacha de iris azules caminaba despreocupadamente por las aceras del pueblecito costero Faro de San Lucas. Hacía escasos segundos que había girado la esquina despidiendo con una sonrisa a su padre, que la observaba desde el balcón con una taza humeante de café entre los dedos, y un gesto de felicidad que bien hubiese despertado a los menos madrugadores.

Iba pensando en sus cosas, que no eran para nada el tipo de divagaciones corrientes que solían tener las jovencitas de su edad. Ella cavilaba sumida en su particular estado de reserva, sin nada que pudiese delatar sus juicios, sin nada que pudiese desvelar que su cabeza no era la de una niña corriente, y que sus elucubraciones eran más bien las de una persona adulta que quiere desgranar los motivos de su existencia.

Al llegar al siguiente cruce torció a la izquierda, e inmediatamente se dio de bruces con la vida de las callejas, con su sosegado ajeteo de sin prisa pero sin pausa, sus bicicletas desvencijadas descuidadas en los portales, su característico olor a sal y a mar, y sus gentes apacibles y sencillas, en su mayoría pescadores o regentes de pequeños comercios.

Todo el núcleo urbano descendía en una ligera pendiente hasta dar con el paseo marítimo y la arena de la playa. El cielo era de un azul claro idílico, reflejo de las aguas cristalinas que con olas calmas empapaban los pies de los caminantes más mañaneros; sandalias en mano y arenilla entre los dedos.

Aquello era en verdad el paraíso, el tipo de lugar que todavía no había sido explotado como reclamo turístico, y al que solo de vez en cuando asomaban algunos ingleses maravillados, que eran más que bienvenidos por los mercaderes de la zona.

Al llegar a algunas bifurcaciones, y si las tortuosas construcciones no ejercían de obstáculo a la vista, uno podía ver el mar a lo lejos, con sus brillos chispeantes y sus destellos fulgurantes. Era un edén donde las palabras bucólico y platónico mostraban su verdadero significado, y no había nadie tan osado para atreverse a desmentir esto, pues sabían apreciar el incalculable valor del emplazamiento.

La pequeña Sarah Trelis, con todo, no era menos. Estaba enamorada del olor a marisco de los puestos en verano; de los chismorreos de las amas de casa al partir de sus maridos; de las redes de pesca abandonadas en esquinas; y del tañir de las campanas a las horas convenidas. Si algo le había inculcado su padre desde bien pequeña, era el amor por cada uno de los parduscos adoquines de esas aceras. Y Amadeo Trelis, otra cosa no, pero dominaba la oratoria: «Quien no ama su tierra, no es capaz de amar nada», decía embutido en su vieja chaqueta marrón, con su clásica sonrisa picaresca.

Al atardecer, cuando Sarah terminaba las clases y él volvía del trabajo, recorrían juntos las tiendecitas simplemente por el lujo de observar sus escaparates, y así salvaban el trecho que los separaba del mar abierto, donde permanecían unos minutos de valor inestimable; él sentado en la arena; ella correteando en la orilla. En ocasiones caminaban hasta el puerto y se detenían a observar el lento regresar de los barcos faeneros, que ofrecían un espectáculo cuanto menos curioso, haciendo gala de su característica herrumbre, y acompañados por las fieles gaviotas que se arremolinaban queriendo picotear el pescado fresco.

Después volvían al calor del hogar, un tercer piso de una casa de cuatro alturas en la parte más alta del pueblo, y allí, cuando no jugaban al ajedrez, Sarah se encerraba en su cuarto a hacer los deberes y a estudiar en soledad aquellos simbolismos que tanto la fascinaban, y que había descubierto el día que Amadeo la llevó a la iglesia de San Clemente. Todavía conservaba aquel papel arrugado con los dos círculos entrelazados, y lo observaba ensimismada recordando cómo su padre le había explicado lo que era la vesica piscis. «En latín significa vejiga de pez», le había dicho encajando una humorística expresión de misterio.

Desde ese momento las preguntas no dejaron de atolondrar el joven criterio de la niña. ¿Por qué dos círculos entrelazados? ¿Por qué la relación matemática que los describía aparecía tan explícitamente en la biblia? ¿Qué querían decir esos números anotados tan descaradamente en esas páginas? ¿Qué oculto mensaje guardaban? La búsqueda de respuestas estaba empezando a convertirse en algo más que un juego. Sarah sentía que con cada nuevo descubrimiento se acercaba más al significado máximo de todo cuanto la rodeaba, sentía que si lograba descifrar esos enigmas quizá estuviese más cerca de la primera verdad, del porqué de todas las cosas.

Amadeo, por su parte, había encontrado una forma de acercarse a su hija y ponía todo su empeño en interesarla con nuevos misterios. Hojeaba durante horas viejos libros buscando algo que le sirviese en sus propósitos y, cuando lo hallaba, lo estudiaba hasta comprenderlo para poder así transmitirlo con la mayor vehemencia posible. Con el tiempo él mismo comenzó a interesarse por esos puzzles y quebraderos de cabeza; no era la clase de persona que cree en Dios como un hombre barbudo de bata blanca; pero sí de esos que no se resigna a pensar que la existencia es fruto de una serie de magníficas coincidencias aleatorias.

Sarah seguía caminando hacia el colegio, descendiendo hacia la plaza en donde estaba la iglesia. Delante de ella unos niños jugaban a perseguirse con las mochilas a hombros, que subían y bajaban golpeándoles la espalda con cada trote. Ella iba sola, cavilando sobre sus cosas, y al ver las redes de pesca recordaba la milagrosa captura de los peces, en la que los discípulos, con la ayuda de Jesús, se habían hecho con ciento cincuenta y tres ejemplares. Recordó que su padre le había explicado, que la razón geométrica de la vesica piscis era aproximada por doscientos cincuenta y seis entre ciento cincuenta y tres. Y entonces las coincidencias se hacían palpables: ciento cincuenta y tres peces, la vejiga de pez, los círculos entrelazados...

«¿Por qué siempre se repite el pez?», había preguntado días atrás a su particular mentor, cuando este estaba acomodado en la arena de la playa. Amadeo se sintió exultante al comprobar que conocía la respuesta.

—¿Sabes lo que es una era astrológica?

Ella había negado con la cabeza.

—A ver cómo te lo explico... Los signos del zodiaco.

—Si.

—Cada signo se corresponde con una constelación de estrellas en el cielo —Ella asintió de nuevo—. Pues bien, una era astrológica, es el periodo de tiempo durante el cual, el polo norte celeste de nuestro planeta transita una de esas constelaciones.

La cara de la niña no denotaba mucho convencimiento.

—¿Lo entiendes?

—Creo que sí —miró al cielo en busca de las estrellas, pero aún no había anochecido—. ¿Es como si el planeta se pusiese de cara a una de las constelaciones?

Amadeo soltó una tierna risotada.

—¡Eso es!

—¿Pero qué tiene que ver eso con el pez? —lo interrogó ella, todavía buscando los astros con la mirada.

—Ven aquí —la invitó a acercarse con un gesto entrañable.

Sarah hizo caso y se aproximó a él. Las olas envolvían el momento con su sonoro romper, y los pies descalzos de la niña impregnaron numerosas huellas en las dunas, hasta que restó erguida junto a su padre.

—Estoy seguro de que tú sola vas a saber resolverlo...

Ella esperaba que dijese algo más. No podía ocultar su entusiasmo.

—¿Sabes cuales son los signos del zodiaco? —le echó él una mano.

—Aries, tauro, géminis, cáncer...

—¡Suficiente! —la interrumpió divertido—. Ahora dime... ¿qué dirías tú que representa el pez?

—No se... parece un símbolo muy importante para los cristianos.

—¿Y si yo te dijese que una era astrológica dura aproximadamente dos mil años?

La cabeza de la joven era una vorágine de datos inconexos. Todo daba vueltas y estaba tan cerca, tan cerca de juntar los pedazos...

—Te daré una última pista —se levantó del suelo Amadeo sacudiéndose los pantalones—. Los astrólogos no se ponen de acuerdo, pero se supone que hemos entrado en una nueva era hace poco, o que estamos a punto de hacerlo.

—¡Eso significa...!

Sarah detuvo sus palabras, por temor a precipitarse.

—¿Si...?

—Eso significa que hace dos mil años ocurrió lo mismo...

—¡Exacto!

Hubo unos segundos de reposo, unos instantes necesarios para que el resto de piezas encajasen en el rompecabezas, y entonces ella habló de nuevo.

—Por eso es tan importante para ellos...

Él esbozó una sonrisa... sabía que la adivinanza había sido resuelta.

—Porque Jesús llegó con la entrada en una nueva era...

—¿Y cual crees que fue el signo afortunado?

Los pequeños ojos azules de la pequeña se iluminaron, cuando comprendió por fin la importancia del emblema.

—Piscis... ¡el pez es un símbolo de la llegada de cristo!

Las palabras fueron devoradas por el viento, y Amadeo miró a ambos lados, no debía resultar demasiado normal escuchar a una niña gritar eso en los tiempos que corrían. Cuando vio que nadie los observaba, pudo dar por concluida la explicación.

—Ahí tienes a tu pez.

Pensando en esta y muchas otras conversaciones caminaba hacia la escuela Sarah, ajena a cuanto la rodeaba. Solo al llegar a la plaza hizo una pequeña tregua para dirigirse al portal de la señora Herrera, que desde la distancia la animó a acercarse. La niña se detuvo en seco cuando vio a su marido asomado en la ventana, y la mujer pareció adivinar la causa de su inquietud, pues se giró en torno al ventanal de inmediato. Después, volvió a mirar a la pequeña, y su mirada era de asentimiento. Sarah conocía esa mirada, la estaba instando a marcharse.

No le gustaba ese hombre, nunca le había gustado. Era la clase de persona que sin decir nada dice mucho de si misma. Su gesto era hierático, hermético, y no obstante dejaba dilucidar que escondía un sucio secreto. Sarah lo había visto muchas veces asomado a la ventana, vistiendo una fina camisa interior de tirantes. Había visto cómo miraba a las demás niñas, había visto cómo la miraba a ella...

En realidad todos en el pueblo sabían de la actitud de Solbes —que ese era su apellido—, pero nadie se había dignado siquiera a hablar con él, se limitaban a compadecer a su mujer, que parecía pedir auxilio con la mirada cada vez que salía a barrer la acera junto al portal. Era un secreto a voces, la clase de chisme del que a nadie le gusta hablar pero que todo el mundo conoce. Algunos decían incluso que Solbes había cumplido una pequeña condena hacía tiempo, pero ella no lo sabía con certeza, pues si realmente ocurrió fue antes de que se instalasen en el pueblo.

Sarah se apresuró a desviar sus pasos, corriendo a refugiarse cerca de la iglesia. Era una acto bastante absurdo, pues el hombre todavía podía verla, pero por alguna razón se sentía cobijada cerca de aquellos muros sagrados. No dudó en acercarse al padre Beltrán, que estaba sentado en un banco junto a la entrada principal y la acogió con una cálida sonrisa.

—¿Qué te trae hoy por aquí Sarah?

El cura sabía del reciente interés de la niña por los simbolismos religiosos. Ella misma se había acercado a la iglesia alguna tarde para preguntarle por sus particulares quebraderos de cabeza.

—Mi padre me ha explicado algunas cosas nuevas —respondió alegremente.

—¿Ah sí? ¿Qué te ha dicho?

—Me ha hablado de los pitagóricos.

Beltrán frunció el ceño. No sabía si ese tipo de enseñanzas eran las más apropiadas para una niña de su edad, aunque le restó algo de importancia y se esforzó por devolver la sonrisa.

—Vas a llegar tarde.

Sarah miró el reloj del campanario, el padre tenía razón. Sin apenas despedirse comenzó a correr, atravesando la plaza e internándose de nuevo en las callejas. Sus zapatitos de charol emitían unos agradables chasquidos cada vez que golpeaban el adoquinado de las calles. Corrió hasta doblar la última esquina y vislumbrar al fondo de la vía la entrada al recinto del colegio.

Aminoró el paso al ver un grupo de niños en la puerta. Eran tres, y dos de ellos zarandeaban al tercero. Ella los reconoció al instante, los dos agresores iban a su clase, el otro era un año más pequeño y todo el mundo se metía con él por estar gordo. Ahora hacía esfuerzos por no llorar, y uno de los abusones le propinó un fuerte puñetazo en la mejilla.

—¿Qué vas a hacer, eh?

Los ojos del niño se llenaron de lágrimas, pero no dijo nada, estaba plantado en el suelo, paralizado por el miedo. Sarah se escondió en un portal.

—¡Gordo!

—¿Qué comes para estar así, gordito? —continuó el otro dándole palmaditas en la barriga.

—¡Gordo de mierda! ¡Si comes tanto los demás nos vamos a morir de hambre!

Y volvían a golpearlo, esta vez en el estómago. Sarah quería ir en su ayuda, pero qué podía hacer ella. Quizá se avergonzasen de pegarle en su presencia, ¿pero y si no lo hacían?

Era violencia gratuita, el pequeño cayó al suelo y comenzaron a darle patadas mientras hacía un vago intento por cubrirse la cabeza con los brazos.

—¡Tu madre está tan gorda que no cabe por la puerta!

Sarah, guarecida en el portal, apretó los puños.

—¡Tu madre es una vaca!

—¡Tu padre se avergüenza de vosotros!

Y los golpes continuaron, acompañados de los gritos del pequeño acobardado. Sarah no pudo contenerse más.

—¡Dejadlo!

Su voz sonó mucho más trémula y débil de lo que a ella le hubiese gustado. Los dos matones se giraron al escuchar el grito a sus espaldas, entretanto la desgraciada víctima apenas se atrevía a despegar sus brazos de la cabeza, hecho un ovillo en el suelo. Uno de los atacantes sonrió con malicia y le propinó una fuerte patada en el estómago.

—¿Qué ha dicho la loca? ¿Tu has oído algo?

La loca era ella. Algunos la llamaban así a sus espaldas debido a lo reservada que era. Nunca le había importado, sin embargo esta vez provocó que le hirviese la sangre.

—¿Qué me has llamado? —se oyó decir a sí misma con tono firme.

—¡Todos saben que estás loca! ¡Dicen que hacen la ouija todas las noches!

—¿Ah sí?

No le sorprendió que inventasen algo así, de hecho había escuchado cosas peores. Se acercó a pasos lentos y notó que la pareja de gamberros se ponía algo nerviosa.

—¿Por qué no se enfada? —preguntó entre dientes el que había estado callado.

—¿Por qué iba a enfadarme? Tu amigo ha dicho la verdad.

Eso los alteró aún más, mientras tanto ella seguía aproximándose.

—Hago la ouija de vez en cuando, y otras cosas peores. ¿Queréis que os las cuente?

—¡Estás loca!

—Entonces —hizo una pausa para sonreír teatralmente—. Si estoy loca... no os importará darme un pelo de vuestras cabezas.

Los matones se miraron el uno al otro, tratando de guardar la compostura, pero ella supo leer el miedo en sus ojos.

—Quiero probar unas cosas nuevas que he leído en uno de mis libros. Creo que sois perfectos. ¿Qué puede pasar? Al fin y al cabo estoy loca... ¿no?

El más callado no pudo evitar dar un paso atrás, mientras el otro lo atravesó con la mirada.

—Va... vamos a llegar tarde.

—Eso. Vais a llegar tarde —se burló...

—¡Tienes suerte! —trató de quedar bien el más valentón que, no obstante, ya caminaba con la cabeza gacha y a zancadas grandes hacia el patio del colegio.

Cuando al fin se marcharon, Sarah se acercó al pobre niño con sobrepeso —que todavía no se atrevía siquiera a levantarse— y se puso de cuclillas frente a él.

—Ya está. Ya se han ido —le tendió una mano.

—¡Quita! ¡No me toques loca!

Aquello dolió como una saeta envenenada clavándose en el pecho. No esperaba una contestación como aquella. El niño se levantó rápidamente, le sangraba la nariz y tenía la ropa manchada y una mejilla algo hinchada por las contusiones. Sarah trastabilló hacia atrás, esas pocas palabras le habían herido de verdad. ¿Por qué la insultaba después de ayudarlo? Los ojos del joven mutaron a una expresión de arrepentimiento, pero era demasiado tarde; el mal estaba hecho y la herida era profunda, más por lo inesperado que por su propia contundencia.

Ella retrocedió instintivamente, mientras comprendía que el odio con odio se paga. Él abrió la boca para decir algo y la sangre que brotaba de su nariz manchó de un tinte rojizo sus dientes, aumentando el dramatismo de la escena.

—¡Pero bueno! ¿Qué ha pasado? —interrumpió una voz a sus espaldas.

Sarah no se movió. Estaba demasiado desconcertada, no obstante reconoció la voz de su profesor de historia y geografía, y vio como este pasaba raudo a su derecha, en dirección al causante de su aturdimiento.

—Tapónate la nariz. Ten —le tendió un pañuelo de papel—. ¿Quién te ha hecho esto? —miró ahora a la niña, esperando que ella le contase lo sucedido.

Pero ella siguió en sus trece, inamovible, hasta que el maestro le sugirió que los dejase solos.

—Vamos Sarah, espérame en la puerta de clase.

Solo entonces giró sobre sí misma y entró en el patio del colegio, atravesando el portón de barrotes de hierro que delimitaba el terreno del recinto. Ya a medio camino, escuchó como el niño estallaba a llorar al otro lado del muro y se detuvo, sin que emoción alguna hiciese asomo en su expresión.

—¿Quién ha sido? —llegó a sus oídos la voz del profesor.

—Ella —el vello de su cuerpo se irguió al distinguir esa palabra—. Ella... me ha ayudado —y el pequeño volvió a dejarse llevar por un llanto infantil.

Sarah emprendió la marcha de nuevo. «Tarde», pensó mientras se alejaba; «Demasiado tarde».

Pasó junto a un columpio mecido por el viento, que emitía un rechinar metálico a cada oscilación. El sonido era una clara descripción del significado de la palabra soledad, y la caída otoñal de las hojas contribuía a enardecer la sensación. Todos los demás niños estaban ya en clase y, al fin, ella se internó en los intramuros del edificio.

¿Qué es el pasillo de un colegio sin niños? La estampa resultaba cuanto menos curiosa, era como una metáfora de su propio estado de ánimo, de su propia personalidad. Las paredes estaban repletas de dibujos colgados en tablones. Eran pinturas infantiles, que dotaban el corredor de un aire alegre y a la vez algo melancólico, dada su quietud algo perturbadora. Al pasar junto a las puertas cerradas de las clases, podía escuchar las voces apagadas de los maestros, y si hacía un esfuerzo, incluso llegar a imaginar el zarandeo de los bolígrafos sobre los papeles cuadriculados de las libretas.

Estando próxima al aula de su curso, notó que el ambiente cambiaba considerablemente. Precisamente tenían clase de historia, y el chiquillerío gritaba por los cuatro costados celebrando la ausencia del profesor Josep, que aún seguía fuera consolando al niño gordito. Se sentó en un banco de madera, bajo uno de aquellos paneles repletos de dibujos, y se limitó a esperar al maestro tal cual este le había indicado, algo molesta por el escándalo que provenía del interior del aula.

—¡Ha dicho que hace la ouija! —proclamaba uno de los matones, mientras los berridos se hacían casi palpables.

—¡Dice que tiene libros de brujería que lee todas las noches! —añadió el otro—. ¡Está loca!

Y los vítores se desataban, a medida que los niños más influenciables se sumaban al pegadizo cántico, repitiendo una y otra vez la misma coletilla: «Loca, loca, loca, loca...».

Al otro extremo del hall, Josep entró junto al niño accidentado. Ya no le sangraba la nariz y fue acompañado a su respectiva clase. Tras interrumpir la explicación llamando a la puerta, apareció una profesora que se lo llevó consigo, al amparo de las preguntas inocentonas de sus compañeros, cuyas dudas resonaron en las paredes de ladrillo.

—Has hecho muy bien Sarah —la felicitó el maestro cuando estuvo cerca—. Dice que de no ser por tu ayuda todavía estarían pegándole.

Ella asintió con la cabeza, seria, y él se dio cuenta de lo que pasaba. Salvó a grandes zancadas el espacio que lo separaba de los causantes del griterío. La palabra «loca» era repetida a voces entre otros improperios e insultos, tan absurdos como «bruja» o «blasfema». Lo más probable es que esos críos no supiesen siquiera el significado de esta última palabra.

—¡Silencio! —mandó callar a la multitud, que obedeció sin rechistar—. Vamos Sarah, entremos a clase.

La niña tuvo que soportar todo tipo de miradas, pero no se dejó afectar por las risitas a su paso entre los pupitres. En realidad nada le importaba lo que pensasen de ella los demás. Solo pensaba en llegar a casa; en dar un paseo con su padre junto a la orilla del mar abierto, que a esas horas era del color del alabastro; y en que siguiese contándole cosas sobre aquellos misterios que tanto la fascinaban.

El restó de la mañana transcurrió sin pena ni gloria. Durante el recreo, Sarah se sentó en una zona sin pavimentar, cerca de un árbol y de unas niñas que jugaban a la comba, a la vez que cantaban esa tediosa cancioncilla de «¿Cuántos años vivirá? Uno, dos, tres...», y así hasta que la cuerda se trababa en el cuerpo de la que saltaba y se cambiaban el puesto entre risas.

Pronto la rítmica estrofa solo fue un murmullo en sus oídos, y entró en ese particular estado en que solo daba importancia a sus propios pensamientos. Con el dedo índice de la mano derecha, comenzó a dibujar trazos en la grava; formas sin orden ni sentido alguno, que fueron generando un extraño *collage* en la tierra. Había figuras curvas y rectas, grandes y pequeñas, cerradas y abiertas, todas ellas unidas por un marcado carácter aleatorio e irracional, ilógico.

Alzó la vista del suelo, y tornó el gesto en una sonrisa, acordándose de otra de las explicaciones de su padre.

—Esto te va a gustar —le había dicho agachándose cerca de la orilla y dibujando unas formas desbaratadas en la arena humedecida por las olas.

Ella se acercó, intrigada. Hacía ya tiempo que había aprendido a apreciar ese tipo de enseñanzas, sobre todo teniendo en cuenta que Amadeo se superaba con cada una de ellas.

—¿Qué haces?

—Espera, ahora verás —se incorporó—. ¿Recuerdas lo que te contaba el otro día del pez? —no hizo falta que ella asintiera—. He averiguado más cosas...

La niña prestaba toda atención a su mentor.

—El otro día te expliqué la relación con la era de Piscis, pero hay mucho más —señaló los trazos desiguales a sus pies—. ¿Qué ves?

Funció el ceño, aquello era ininteligible. Él asintió, encorvándose por segunda vez, y delineando una nueva silueta.

—¿Y ahora?

Sarah observó con cautela el nuevo contorno, que pasaba totalmente inadvertido entre los demás, no tenía nada de especial.

—Solo veo un arco normal y corriente.

—Eso es. Justo lo que ellos quisieran que vieres...

—¿Ellos?

—Imagina que soy un cristiano antes del año trescientos trece.

—¿Antes del edicto de Milán?

El orgullo paterno de Amadeo se hinchó con aquella respuesta. Su hija demostraba una inteligencia nada corriente para la edad que tenía, y aquello lo congratulaba.

—Exacto. En el edicto de Milán se proclamó la libertad religiosa en el imperio romano, con lo que los cristianos dejaron de ser perseguidos abiertamente. ¿Pero y antes? ¿Cómo reconocería un cristiano a otro sin tentar a la suerte? No podían preguntárselo los unos a los otros, a riesgo de ser descubiertos. ¿Qué crees que hacían?

La muchacha se acercó a las siluetas casuales de la arena, sabía que ahí estaba la respuesta, pero no era capaz de dar con ella.

—Parece que todos los contornos estén hechos para disimular, para camuflar uno solo de ellos.

—No vas mal encaminada... Yo soy un cristiano, pero no se si tú lo eres —la puso en situación—. Entonces dibujo unos trazos en la tierra. Si no los conoces no serás capaz de ver nada. Por lo contrario...

Se inclinó una vez más y continuó esbozando líneas, incluso sobre las que ya había en el suelo. En el momento en que su dedo índice se posó sobre el extremo de aquel último arco que le había hecho examinar, Sarah descifró el enigma.

—¡Otra vez! —exclamó antes de darle tiempo a completar el símbolo.

—Por lo contrario, si profesas mi misma fe, no te será difícil añadir unas cuantas sombras a mi composición —dijo mientras su dedo ya marcaba la improvisada pizarra—. Nadie sospecharía de algo así, y sin embargo... cuando completes el emblema ambos sabremos que podemos confiar el uno en el otro.

Ahí lo tenía, una vez más. Aquel postrero surco era simétrico al susodicho arco, y los dos quedaban entrelazados de manera que formaban la silueta de un pez.



—Lo llaman *Ichthys*, que es la palabra griega para designar al pez. ¿Pero sabes qué es lo más curioso? *Ichthys* es un acróstico formado por las iniciales de otras cinco palabras. Iesous Christos Theou Yios Soter, también del griego.

—¿Qué significa?

—Jesucristo, hijo de Dios, salvador.

Sarah enmudeció. Aquello la abrumaba.

—No soy un experto en el tema —continuó él—. Pero resulta cuanto menos curioso que una simple palabra utilizada para nombrar a un pez, pueda desglosarse de esta forma. Aún más teniendo en cuenta que el idioma griego es nueve siglos anterior a la llegada del mesías. Profético... ¿no?

De vuelta a la soledad del patio, Sarah no reparaba en el carácter premonitorio del vocablo, lo que a ella le interesaba, inmersa en aquel aislamiento, era imaginar que alguien se acercaría a ella y completaría su *Ichthys*. Quizá una de las niñas que saltaban a la comba o puede que aquel crío gordito que hacía unas horas la había insultado. Daba lo mismo, solo quería encontrar a alguien como ella, a su cristiano que, en secreto, completara el emblema con el arco que faltaba.

Cuando la campana sonó anunciando la vuelta a las clases, nadie se había acercado. Los trazos de la arena se difuminaron al paso de los niños inconscientes, que correteando, se perseguían disfrutando de los últimos segundos de recreo. Ni uno solo de ellos reparo en las formas confusas que se desdibujaban en la arena, ninguno cuidó sus pasos por no emborronar el oculto mensaje. Cuando todos hubieron entrado de nuevo al edificio, no quedaba nada; solo ella sentada cerca de un árbol, aspirando el polvo que se había levantado con las pisadas de aquellos que no supieron ver.

## 10 EL ZULO

Durante las dos primeras horas, gritó. Arañó las paredes con aullidos tenues, que solo ofrecían tregua cuando el llanto se apoderaba de ella. Estaba pegajosa, su propio orín empapaba su ropa y sus piernas mojadas acrecentaban la sensación térmica de frío. Incapaz de moverse, seguía sentada sobre el charco con la vista clavada en sus pies, que no obstante era incapaz de vislumbrar debido a la falta de luz.

Trató de borrar de su cabeza la imagen de aquellas medias, del rostro que se guarecía tras ellas, insano y perverso. ¿Pero cómo eliminar el terror cuando forma parte de uno mismo? No hay nada que hacer cuando ese sentimiento macabro se hace hueco en la arteria carótida, cuando sus oscuros hilos se entretejen en el subconsciente, tocando notas discordantes; músicas enrarecidas que no permiten descanso.

Después de un tiempo indefinido, comenzó a arrastrarse por el suelo, alejándose del líquido ahora gélido, y aferrándose a la evanescente esperanza de que alguien encontrara el zapato que le faltaba, y que eso lo llevara hasta ella. No era estúpida, sabía que sus deseos eran tan fatuos como el fuego de una fogata bajo la lluvia, pero eran lo único que le quedaba, el único débil haz de luz entre aquella oscuridad reinante.

Reptó por el áspero firme en dirección a donde creía que se encontraba la mesa, pelándose las rodillas al gatear por el áspero piso. Su cabeza golpeó con algo y estuvo tentada de chillar, pero había aprendido que eso no servía de nada. Palpó con las manos y constató que aquello con que había topado de bruces era una pared. Seguidamente, inició el ascenso, poniéndose el pie y utilizando el muro como apoyo. Su corazón se aceleró cuando, por casualidad, sus dedos dieron con un saliente cuadrado de un tamaño inferior a su palma abierta, y de un material que si no era plástico, se parecía mucho.

Pulsó el interruptor sin pensarlo dos veces, al tiempo que notaba como un sudor helado hacía presencia en su cuello. Un relámpago recorrió la estancia, como el flash de una cámara fotográfica. A continuación, los tubos renquearon y se hicieron de rogar durante unos desesperanzadores segundos, hasta que al fin; se hizo la luz.

Tuvo que frotarse los ojos para poder atisbar los primeros detalles. Llevaba horas sumida en la penumbra y ahora la claridad la sacudió con un fuerte destello, un fulgor blanquecino que pinceló cada uno de los rincones del lugar donde se encontraba. A su derecha, a pocos pasos, se hallaba la mesa de madera bajo la cual se había escondido y, sobre ella, todavía había una botella de agua oxigenada, unos algodoncillos ensangrentados, unas tijeras, y unos mechones rubios que —comprendió— habían pertenecido a sus propios cabellos.

Lo primero que hizo fue coger las tijeras. Fue algo instintivo, de haberlo pensado puede que no se hubiese atrevido a hacerlo. Después acarició los cabellos inertes que había junto a los algodones y se llevó la mano al flequillo, con intención de cerciorarse de los daños. Cuando rozó la frente notó una punzada de dolor, que después comprobó provenía de un enorme chichón, y se acordó de cómo la habían sacado de la furgoneta.

Actuaba de forma mecánica. En algún punto recóndito de su interior se había activado un mecanismo rudimentario, instintivo, y se movía pretendiendo pensar objetivamente en lo sucedido. Siguió buscando objetos que pudiesen serle de utilidad, pero en la mesa no había nada más. Echó un vistazo a su alrededor y descubrió, para su sorpresa, que había dos puertas además de la trampilla por la que había bajado.

Entonces se detuvo, tratando de pensar con frialdad. ¿Qué era lo que ella podía hacer con unas tijeras en la mano? Sabía que en cuanto escuchase un leve movimiento en el piso de arriba, lo más probable es que le cayesen al suelo, adquiriendo las mismas aptitudes mortíferas que una espada de plástico y punta roma, de esas con las que juegan los niños. Su arma no tenía valor alguno en sus temblorosos dedos. Se sintió estúpida por su infantil falta de empuje, pero no podía cambiar lo que era; una niña de doce años aterrorizada y atrapada en un sótano del que no veía cómo salir.

Su padre, desde que su madre los abandonó, y en ese nervioso afán por procurarle un equilibrio emocional, le había repetido una y otra vez la misma frase: «Vas a ser una mujer fuerte Sarah, lo veo en tus ojos». En sus circunstancias, la oración se había convertido en casi un ruego, y era ella quien se reiteraba en la promesa vaporosa de aquellas palabras. «Vamos Sarah, eres una mujer fuerte».

Pero no lo era. Caminaba descalza de un pie, con los ojos como platos y llenos de venitas rojas, que no eran sino una ferviente muestra de su desesperación. La puerta estaba cada vez más cerca, y cada dificultosa aproximación formaba parte de su particular vía crucis. Las palpitaciones, que ya habían pasado a un segundo plano por su tediosa continuidad, la violentaban con una potencia creciente. ¿Qué se escondía tras el umbral? ¿Qué encontraría en aquella habitación? Su brazo izquierdo, con el que no sostenía las tijeras, se alargó antes incluso de poder dar alcance al pomo y, cuando las distancias fueron lo suficientemente cortas, no lo pensó dos veces; agarró con contundencia y... giró.

El sencillo mecanismo de apertura se retorció lo justo para emitir un apenas audible clack, que anunció algo que a Sarah siquiera se le había pasado por la cabeza; la puerta estaba cerrada con llave. Como invadida por una repentina celeridad, la pequeña se encontró a sí misma corriendo hacia el otro portón, tijeras en mano cual puñal y cabellos alborotados. Cual fue su sorpresa cuando esta vez el engranaje sí cedió, y se halló nuevamente frente a la penumbra de lo desconocido, junto a una puerta que casi se arrepentía de haber abierto.

Tanteó la pared a ciegas en busca de otro interruptor, pero sin suerte. No obstante algo de luz se colaba desde la estancia contigua, y decidió aventurarse al encuentro de aquellas sombras parduscas. Lo primero que vio fue una desvencijada estantería a su izquierda, de metal oxidado y de estructura aparentemente robusta. Iba del suelo hasta el techo, y estaba repleta de libros cuyos nombres en las solapas le sonaban vagamente a clásicos de la literatura. Eran tomos de piel o cartóné, todos ellos de tapa dura y aspecto digno de anticuario; *La divina comedia de Dante* o *Fausto* de Goethe, *El decamerón* de Boccaccio o *El rey Lear* de Shakespeare. Todos seguían la línea, y aunque no los había leído muchos de los autores le resultaban familiares.

El anaquel recorría prácticamente toda la pared, conformando una pequeña pero envidiable biblioteca, que agonizaba bajo una incipiente capa de polvo delatora de su poco uso. El estante inferior, casi a ras de suelo, era el único que no albergaba obras literarias o enciclopedias; en su lugar había algunos juegos de mesa y unas cajas de cartón que sobresalían por el borde debido a su tamaño, inapropiado para encajar correctamente en la estructura de hierro. Pero lo que llamó la atención de Sarah no fueron aquellos paquetes, sino un tablero abandonado entre ellos; un tablón de madera cuadrado en el que pudo distinguir nitidamente los escaques y las coordenadas alfanuméricas. Era un ajedrez.

La mirada se le perdió por un instante, emborronada por el brillo de una lágrima que no llegaría a desprenderse. Mas no había tiempo para el recuerdo, para perderse en la añoranza ingravida de unos días cercanos en el tiempo, que parecían diluirse como gotas de lluvia en un riachuelo; todavía vivas pero sin nombre, arrastradas corriente abajo por el cauce de un mal mayor.

Prosiguió registrando mentalmente la habitación, extrañada por la presencia de un sucio fregadero cerca del mueble que acababa de examinar. Era casi un anacronismo; todos esos volúmenes viejos de autores consagrados —unos en vida y otros en muerte—, y junto a ellos una pila con marcados restos de cal y un robusto grifo de aluminio, regido por dos arcaicas ruedecillas en la base. «Una para el agua caliente y la otra para la fría», dedujo Sarah.

Accionó una de las manecillas y el grifo sufrió unas fuertes convulsiones antes de escupir un agua sucia y ennegrecida, de forma tan violenta que salpicó gran parte de los alrededores. Se apresuró a cortar el caudal y de inmediato reparó en los libros, preocupándose por la posibilidad incipiente de que hubiesen sido dañados; por suerte no fueron alcanzados por el líquido. Tenía sed, pero el solo pensar en beber de aquellas tuberías repletas de aire y Dios sabe que más, hizo que desistiese y prosiguiera con la inspección de sus desafortunados aposentos.

El cuarto poseía poco más amén de aquello que Sarah ya había visto. Era un simple cuartucho de paredes desnudas, sin más cobijo que el que pudiera ofrecerle la lectura de unos libros que no tenía tiempo ni motivación de leer. Esos tomos y el fregadero llenaban el ala izquierda de la habitación, acrecentando la desnudez del resto

de sus claustrofóbicos muros, y tal vez fue ese el pretexto para que un solitario arcón despertase su curiosidad. El baúl estaba apoyado en la pared central, y era de unas dimensiones ominosas, casi opulentas. Su madera, labrada por manos artesanas, clamaba a gritos desde pardos tonos entreverados, como queriendo advertir de los tesoros que guardaba en sus adentros. Y Sarah no pudo omitir esas voces, dejándose arrastrar por una avidez innata; la de una niña.

A modo de cerrojo; un gran candado que parecía rescatado del medievo y cuyo juego de llaves colgaba de la misma cerradura, colocado allí cual mero adorno. El cierre cedió sin hacerse de rogar, emitiendo un sordo sonido metálico, y la madera languideció cuando, haciendo uso de toda su fuerza, Sarah alzó la tapa del gigantesco cofre. Una considerable cantidad de polvo mortecino alzó el vuelo. Oía a años de encierro y a serrín, y el aroma inundó el ambiente con una pasividad inquietante.

Poco después se dejaron ver las primeras reliquias, a medida que aquellas partículas de color ceniza se fueron desvaneciendo. Lo primero que atisbó fueron unas prendas de vestir —en realidad el baúl estaba repleto de ellas—, pero no era ropa corriente aquella que halló, sino unas piezas finas y de tacto suave, colorido chillón y talla pequeña. Eran disfraces... disfraces para niños.

Había varios trajes de pastorcillo, uno de bufón y otro de princesa, y las manos de la pequeña enloquecían conforme comprendían que aquello no era normal, que nadie guarda una colección de disfraces infantiles en el arca de un sótano oculto.

Sus dedos caminaron frenéticos entre coronas de plástico y pelucas sintéticas; báculos y sombreros; mallas y capas. Escarbaron y escarbaron hasta topar con algo de una consistencia distinta enterrado entre la maraña de telas. Tiró con contundencia y arrancó del fondo del roperío una cajita de hierro oxidada, en cuya cubierta todavía agonizaba un descolorido grabado de dos caballos, uno blanco y el otro negro. Ella conocía esa caja, había tenido una igual años atrás. Mediría unos treinta centímetros de largo por veinte de ancho y apenas uno de grosor, y al abrirla confirmó que, efectivamente, estaba llena de pinturas de colores.

Pero no fueron los lápices los que la dejaron sin habla, sino lo que encontró detrás de ellos. La caja cayó y los lapiceros volaron por los aires cuando chocó contra el suelo. Ella, con la espalda apoyada en la madera, no creía lo que estaba viendo. Alargó la mano y atrapó aquellos folios que se resguardaban en el estuche; los causantes de su horror intangible. Los esparció por encima de sus piernas para poder verlos bien y quedó asombrada por la gran cantidad de ellos que había. Eran dibujos, dibujos infantiles trazados con líneas frenéticas y tonos austeros, y estaban firmados con infinidad de nombres. En algunos de ellos estaba escrita la edad de los pequeños cuando los garabatearon, e iban de los siete a los nueve años. ¿Qué demonios era aquello? ¿Dónde diablos estaba? ¿Quién había estado allí antes que ella?

El alma le cayó a los pies cuando entre aquellos retratos, reconoció las líneas de un paisaje familiar. Temblaba entretanto alzaba la pintura y la disponía ante sus ojos; la razón había escapado a toda lógica. El esbozo retrataba con tintes alegres una llanura verde, y en ella, tres personas caminaban de la mano; dos de ellas más altas que la otra, que se hallaba en el centro aferrándose a sus acompañantes con los brazos levantados. El cielo carecía de nubes y un sol radiante con boca y ojos incluidos iluminaba la escena, el césped era de una mezcla de verdes vivos, y en el horizonte se desdibujaban lo que parecían ser gaviotas al vuelo. Un acantilado se abría paso cerca del grupo de viandantes, y en su base las olas rompían en un azul oscuro del color del cobalto. A pie de página, una inscripción terrible, casi dantesca en su situación. Unas escasas letras que acabaron por conducirla a la más profunda de las tinieblas:

*Sarah Trelis, 8 años*

## 11 ARISTEA, O LA QUE BRILLA

A ojos extraños, su dedicación resultaba cuanto menos extravagante. Era curiosa la forma en que se dedicaba en cuerpo y alma a sus ancianos, y a todo el mundo le costaba entender esa capacidad asombrosa para anular su propia persona en favor de su vocación. No es que Aristeo no tuviese su carácter, era más bien que nunca lo utilizaba como algo propio, sino como una virtud ajena que nada parecía tener que ver con ella.

En todo caso, en la residencia era una suerte contar con su presencia. En un principio los internos pensaron que sería como los demás jóvenes del centro, y que su entusiasmo y alma caritativa irían pudriéndose paulatinamente con la rutina. Pero por alguna razón que escapaba a la lógica eso nunca ocurrió. Aristeo permanecía incorruptible día tras día, año tras año, y las miradas recelosas que la rodeaban fueron tornándose en admiración y luego en verdadero afecto.

Aquel otoño estaba siendo de un color ocre recuerdo, un tizne dorado de memorias retraídas y esperanzas acalladas. Las hojas se desprendían de los árboles ofreciendo un último y esplendoroso baile antes de despedirse, antes de dejarse mecer por las manos de la muerte; y el cielo al atardecer era un llanto rojo de melancolía, una sonata para piano a la que se le habían olvidado las notas.

Margaret Roome languidecía conforme las ramas eran despojadas de sus frutos caducos, uniéndose al vals fúnebre de los pétalos antaño carnosos, ahora vivo recuerdo de una vida joven y prometedor que exhalaba sus últimos alientos. Como un animalillo que presiente que su hora se acerca, la mujer consumía sus últimos momentos recreándose en las cosas sencillas que habían condicionado la felicidad de su existencia. Pasaba las horas en uno de los patios traseros de la residencia, observando la naturaleza desfallecer y, recreándose en las andanzas de una vida, que había tenido todo lo que a una vida se le puede pedir y ahora pugnaba por mostrar sus postreros fognazos, por hacerse un hueco en la cruel y olvidadiza memoria colectiva de una sociedad, que dejaría de llorarla antes de que la última pala de arena fuese echada sobre su cabeza.

Aristea ardía por dentro, mientras un sinfín de imágenes confusas atormentaban su libre pensamiento. Otra vez más la despedida, la pesadumbre del adiós eterno y de los cuerpos sin vida. Otra vez la muerte que nunca se detiene, la muerte que persigue y que castiga, y otra vez la visión de aquellos pasillos, ahora teñidos de sombra y desasosiego. El lento vaivén de las manivelas oxidadas de las puertas, las tardes de brisas incesantes e imperecederas y la sensación de que, de nuevo, la despojaban de un ser querido, de que de nuevo el ciclo se repetía una vez más, haciendo de su vida un alborozo de nostalgias indescriptibles.

Mucho la unía a aquella anciana anglosajona, mucho más de lo que ella siquiera había llegado a poder reconocer. Eran demasiadas puestas de sol de pensamientos en silencio, demasiados ocasos de mutismo en que las mentes se tocaban sin tocarse. Margaret se maldecía por los frutos recogidos de una vida que merecía un mejor final, mientras tanto ella se atormentaba por las pautas de una existencia en la que ya no le importaba la dirección ni el camino. Simplemente estaba viva, y no era capaz de hacer nada para remediarlo.

La anciana recordaba su infancia al otro lado del charco como el sonido confuso de una canción olvidada. No se recreaba, por alguna razón indescifrable, en la clase de remembranzas con que se construye una vida, sino en ese tipo de momentos que hacen que valga la pena haber vivido. Como un pase de diapositivas, su niñez en Stratford la perseguía día y noche: las calles transitadas por gentes apacibles, los paseos en barca por el río Avon o las pequeñas grescas con su hermano mayor eran fotogramas recurrentes, el vivo deseo de dar continuidad a una llama que mermaba tras haber ardido durante largos años.

Había sido la pequeña. Hija de modestos comerciantes, se había criado corriendo por los pasillos de la tienda de comestibles de su padre. Su primera palabra fue el nombre de su hermano, Carl, aunque pronunciada sin la erre, y aquello solo sería el vaticinio de una estrecha relación que los haría inseparables. Con cuatro años de diferencia, eran perfectos complementos el uno del otro: él pura inventiva, mientras tanto ella, siempre más recatada, tardaba algún tiempo en decidir ser partícipe de sus descabellados propósitos. Solían jugar en las proximidades del río, cruzándolo una y otra vez por el puente Clopton, y si ella se negaba a llevar a cabo alguna de las travesuras que él proponía, este se encaramaba en la cornisa y amenazaba con saltar al agua. Al final, siempre terminaba por ceder.

Ocurrió una mañana de invierno, tan lejana en el tiempo que parecía no haber existido; tan cercana en la mente que se palpaba en cada suspiro. Ella apenas tenía nueve años, y tiritaba de frío en el medio del viaducto de húmeda roca gris que conectaba ambas orillas del arroyo. El viento era tan gélido que las lágrimas cristalizaban en sus párpados, y su mirada se perdía más allá de la lontananza, entre la neblina vaporosa que emanaba del generoso caudal de agua.

Carl siempre bromeaba, ella había crecido con eso y ya no se extrañaba con sus comentarios jactanciosos, pero él poseía esa clase de humor que humilla a una persona para hacer reír a las demás, y esto, que en un tono jovial podía resultar gracioso, se volvía brutalmente ofensivo de cuando en cuando, a veces con razones para ello, aunque la mayoría sin causa alguna.

Aquel día era la definición de un perfecto sábado inglés, tintado de tonos grisáceos a causa de las habituales nubes y dotado de un cariz enigmático, de la mano de una espesa niebla que nacía en el cauce del río y se extendía a ambos lados, amparando a los transeúntes en una invisibilidad ficticia. Carl había traspasado la línea, había desafiado los límites de lo lícito y Margaret se había negado a reírle las gracias. Mientras lloraba inmóvil todo en ella era un sentimiento gélido, un miedo provocado por la ausencia de emociones o la incapacidad de mostrar reacción alguna a cuanto acababa de suceder.

James era un niño de once años vecino de la familia, que había perdido recientemente a su madre a causa de un cáncer. Marga tenía grabada en la memoria la mañana en que la señora Swan se había despedido de su hijo en el jardín que daba a Henley Street. Oculta tras las cortinas rosadas de su habitación, vio como la madre se inclinaba para abrazar a James. Un pañuelo estampado cubría la desnudez de su cuero cabelludo y sus facciones estaban marcadas por la muerte venidera, pero su expresión era un máximo de emociones, como la sonrisa agrí dulce de un ángel de porcelana que disfruta de su último vuelo antes de romperse en mil pedazos; sabía que no volvería.

En un momento determinado, y mientras todavía perduraba la magia de aquel abrazo, sus miradas se cruzaron por encima del hombro de James, que había roto a llorar. Marga quedó paralizada, incapaz de trasladar la mirada a otro lugar que no fuesen aquellos ojos, y lady Swan acertó a dedicarle un extraño gesto de asentimiento que le provocó un escalofrío. Margaret jamás pudo olvidar esa expresión de desaliento, ni esa media sonrisa de saber que aunque ella se marchaba, dejaba tras de sí la vida de un hijo que crecería y se convertiría en un hombre de provecho.

James estuvo unos días sin salir a jugar con los demás niños del barrio. Estos, entretanto, inocentes y cruelmente curiosos, se paraban frente a su casa y murmuraban entre dientes: que si lady Swan estaba calva, que si lady Swan estaba muerta, y la clase de comentarios maliciosos que alimentan la avidez de un niño malcriado. Margaret, por su parte, no decía nada, espiaba desde su cuarto a James compadeciéndolo, y tratando de imaginar lo que había significado para él la dolorosa despedida. Él se sentaba en el césped del jardín, mientras su padre, haciendo de tripas corazón por mantener la compostura, intentaba sin demasiado éxito entretenerlo con algún tipo de juego ingenioso. El niño, como si comprendiese los esfuerzos de su progenitor, esbozaba una mueca de agradecimiento, todo lo amplia que le permitían sus labios agarratados. No obstante, cuando se quedaba solo de nuevo permanecía estático en el suelo, con la mirada fija en lugares en los que no había nada. Minutos, e incluso horas podía aguantar de aquel modo, sin perpetrar el más mínimo movimiento, hasta que por ende se levantaba y penetraba silencioso en el interior de la casa, día tras día, noche tras noche, como si para él la vida ya careciese de sentido.

Al principio Marga no entendía del todo aquella actitud, pues pensaba que aquello no iba a devolverle a su madre, pero entonces, una de aquellas tardes en que la escena se repetía, pudo leer los labios del padre, que le puso las manos sobre los hombros antes de decir:

—Déjalo James. Mamá no va a volver.

La estaba esperando. Todo aquel tiempo había soñado con verla aparecer de nuevo, atravesando la alambrada y estrechándolo con todas sus fuerzas. Pero eso

nunca ocurrió, y aquella fue la última vez que el niño se sentó a aguardar su regreso.

Algunas semanas después y, contra todo pronóstico, James volvió a salir a la calle. Los que habían murmurado a sus espaldas fueron incapaces de decir nada; su crueldad envuelta en un sentimiento cobarde. Lo observaban con recelo, saboreando el morbo que les proporcionaba aquella situación y cuchicheando a sus espaldas sobre su reciente orfandad. En el fondo, solo eran niños con la lección pendiente de aprender y, como tal, no podían haber hecho mejor cosa que permanecer en silencio.

Margaret y Carl jugaban a las canicas en el parque Bancroft, no muy lejano a la casa de Henley Street. Ella le había ganado un par de veces seguidas, y él, que tenía muy mal perder, apretaba los dientes sin decir nada, avergonzado al ser vencido por su hermana pequeña.

James se acercó lentamente, con reservas, y ella fue a su encuentro cogiéndolo de la mano. Era la única niña que se había atrevido a dirigirse a él desde la muerte de su madre, y él no supo muy bien cómo reaccionar, mostrando una expresión autista que quitaba el aliento. Era como si la amabilidad de Marga le hubiese roto el corazón pero no fuese capaz de demostrarlo.

—Ven James, juega con nosotros.

Carl los miró con ademán de pocos amigos, notablemente molesto por la nueva incorporación, y el juego se inició con una tensión palpable. James sabía jugar y en poco tiempo golpeó una y otra vez las canicas de Carl, enfureciéndolo más aún, si cabía tal posibilidad. Cuando ya le había ganado varias veces, este no pudo soportarlo más.

—Dicen que tu madre se quedo calva antes de morir —una mueca de satisfacción en su semblante.

Marga no podía creer lo que acababa de oír y James ni tan solo respondió, se limitó a recoger sus bolas de la arena con la intención de marcharse de allí; el puño apretado de pura rabia.

—Carl —acertó a pronunciar su hermana, sorprendida por aquella violencia verbal tan gratuita— ... ¿Pero qué dices?

Él la ignoró, haciendo gala de su intransigencia y su total pasividad. Mas no tardó demasiado en volver a la carga, y aquello resulto ser una auténtica provocación.

—¿La has visto muerta? Yo siempre he querido ver un muerto, me tendrías que haber avisado. Tom dice que cuando alguien se muere te dejan verlo desnudo — terminó la frase con un gesto obscuro.

James se abalanzó sobre él, cogiéndolo desprevenido y partiéndole el labio de un puñetazo. Rodaron por la tierra forcejeando y manchándose la ropa. Marga gritó pidiendo ayuda a ambos lados y clamando a su hermano que se detuviese, pero la niebla había descendido a ras de suelo y le pareció que nadie podía escucharlos. Para cuando volvió a fijarse en la pelea, Carl estaba sobre James con la boca llena de sangre, inmovilizándolo contra el suelo.

—Hijo de puta —le escupió a la cara marcándolo de saliva enrojecida.

Margaret saltó sobre él cogiéndolo del cuello y haciéndolo perder el equilibrio.

—¡Corre James! ¡Vete!

Su hermano estaba tan sorprendido que no fue capaz de defenderse, y ella, movida por una furia que hasta entonces le era desconocida, continuó presionándole la yugular y robándole el aliento. Carl no hizo nada, se limitó a mirarla a los ojos mientras ella le clavaba las uñas. Había palidecido cuando Marga se levantó e hizo lo único que podía hacer: correr, correr mientras se miraba las manos, mezcla de asombro y arrepentimiento.

Corrió y corrió sin saber a dónde se dirigía, perdiéndose en la neblina blanca que inundaba las tranquilas calles de Stratford. No había un alma en toda la avenida y lo único que podía escuchar eran los gritos de su hermano Carl, que había salido tras ella colérico, acompañados de los chasquidos de sus propios zapatos contra el asfalto.

Se detuvo sin aliento al doblar una esquina, pero la voz de su hermano seguía persiguiéndola, y emprendió de nuevo la huida dando un rodeo y volviendo al parque por una calle paralela. Atravesó la espesura a una velocidad desbocada y, para cuando se fue a dar cuenta, allí lo tenía: *Clopton bridge*, el gigantesco puente a sus pies, como un coloso de piedra perezoso y envejecido por el paso del tiempo. Margaret cesó la marcha, a sus padres no les gustaba que jugaran en el puente. Sabía que él no tardaría en llegar.

Un vapor acuoso emanaba de las entrañas del arrollo. Ya no se oía nada, a excepción del fluir de las aguas cristalinas enfurecidas por las lluvias de los últimos días, y ella esperó nerviosa, sabiendo que estaba arrinconada. Un par de minutos después, la silueta de Carl comenzó a adivinarse entre la bruma; su tez oculta tras la mascarada atmosférica.

Marga le tenía miedo, nunca lo había visto actuar con tanto desprecio como aquel día. Estaba familiarizada con sus bromas pesadas, pero aquello no tenía nada de gracia, había cruzado la línea del sin sentido.

Cuando lo vio aparecer, no obstante, le sorprendió ver que ya no había rabia en su semblante. En lugar de ello Carl articulaba un gesto amigable, solo algo perturbador por la sangre que manaba de entre sus dientes. Ella supo lo que iba a hacer entonces, lo había visto infinidad de veces. Efectivamente, de un salto Carl se encaramó e la cornisa de piedra del puente.

Su hermano mantuvo el equilibrio sobre la baranda de roca. La piedra enmohecida brillaba a sus pies y cada movimiento se convertía en una tentativa de muerte. Margaret no se inmutó, estaba harta de aquel juego y él, dándose cuenta de ello, detuvo sus malabares para mirarla, ayudándose del zarandeo de sus brazos para conservar el equilibrio.

Durante un segundo Marga contempló el rostro de su hermano como si fuese nuevo: la cara de un pequeño asustado y arrepentido, y los ojos desesperados de quien ansía el perdón por encima de todo, de quien anhela unas solas palabras que le devuelvan la paz perdida. Pero ella no dijo nada, permanecieron observándose el uno al otro unos instantes inmensurables, mientras las motas de rocío que reinaban en el aire sacaban brillo a su piel.

Un vehículo atravesó el puente. Las nubes que los cubrían eran tan bajas y concentradas que fue imposible para el conductor distinguirlos, y las luces del coche se extinguieron a los pocos metros cubiertas por un velo fantasmal. Carl seguía esperando que ella dijese algo, pero aquel día un enorme abismo se había abierto entre los dos y ya nada volvería a ser como antes. Entonces, todavía con la vista clavada en sus ojos, Marga movió los labios y sus palabras se evaporaron en la bruma:

—Ojalá te ahogues.

Carl torció el gesto en una mueca agrídice, una sonrisa de bohemia frágil y quebradiza a modo de despedida. Después, la obedeció sin más, y ella vio cómo su cuerpo desaparecía tras la cornisa, todavía sonriente.

Fue incapaz de articular un solo movimiento. Un sudor helado le recorrió el cuerpo, como si algo hubiese estallado en su interior y su cuerpo estuviese deshaciéndose de la onda expansiva. El sonido volvió a ella con cautela, era curioso, pero no escuchó el cuerpo al caer al agua, como si su mente le hubiese privado a conciencia de ese horroroso recuerdo.

No se acercó a asomarse por el borde. No gritó, ni tampoco corrió en busca de ayuda. Al principio no sintió ni tan siquiera dolor o pena, solo miedo, miedo de sí misma y de todo cuanto acababa de ocurrir. La encontraron horas después allí mismo, en pie en algún lugar del puente Clopton, empapada y con los ojos llenos de lágrimas. El cuerpo sin vida de su hermano fue hallado días más tarde flotando como una marioneta rota, encallado río abajo en los matorrales de una de las orillas. Ella jamás le contó a nadie lo que había sucedido aquel día. Nunca.

Ahora, en su vejez, recordaba aquellos sucesos con el mismo dolor punzante de esa mañana fría de Stratford que la perseguía en sus pesadillas. Había abandonado el Reino Unido a los diecinueve años para comenzar una vida nueva en España, donde se topó con una suerte de marido de fortuna creciente que le había dejado dos hijos y el corazón roto. Cuando la muerte le arrebató también al que fuese el amor de su vida, Margaret pasó a ser la mayor beneficiaria de su herencia millonaria. No obstante, se decantó por una existencia más bien modesta y decidió ingresar voluntariamente en la residencia del preventorio, buscando un descanso que nunca habría de llegar. Sus hijos comenzaron a disputarse los restos de la herencia antes de que ella muriese, y aquel hecho acabó por robarle la poca serenidad de la que podía haber disfrutado.

—¿Sabes Aristeo? Es curioso, pero creo que eres la única verdadera amiga que tengo —acertó a decir inmersa en el paisaje otoñal del patio de la residencia.

—Señora Roome, no diga eso. Estoy segura de que hay mucha gente que se preocupa por usted.

—¿Por mí? ¿O por mi dinero? No Aris, te equivocas, cuando la vida se te ha escapado de las manos puedes pensar con claridad, sin sueños ni vanas esperanzas, y ahora lo veo nítidamente. El ser humano es infeccioso, es frío y calculador ¿y sabes qué? Eso es lo peor de todo, porque significa que aún a sabiendas del mal que causa no hace nada por remediarlo.

—No todos los seres humanos son así.

—Certo. ¿Pero por qué? Es una mera cuestión de educación. No puedo evitar pensar en lo que pasaría si no existiesen las restricciones sociales.

—Pero existen.

La anciana sonrió, le hacía gracia la vehemencia con la que Aristeo contrarrestaba sus argumentos.

—El hombre ha cometido las peores atrocidades de la historia. Un animal mata para comer, pero un hombre puede matar por placer. Somos débiles, sanguinarios y lujuriosos, no valemos nada. Somos los reyes de la pasividad, y no nos importa quién salga perjudicado.

Pronunciaba las palabras con asombrosa contundencia.

—¡Pero el hombre puede ser extraordinario! Puede superar todas sus flaquezas y embarcarse en proezas asombrosas. El hombre puede abandonarlo todo por alguien a quien ama.

—¡Ah! Aris... Hay tan pocos de esos.

Sin darse cuenta estaban riendo a carcajadas.

—No me hagas caso. Tú tienes toda la vida por delante. Solo estoy rabiosa por no haber hecho ciertas cosas de otra forma, pero supongo que nadie llega sin pecado al final de sus días.

Se hizo una pausa, ambas contemplaron el rojo atardecer en la lontananza. La brisa mecía un grupo de hojas secas que se arremolinaban a los pies de la silla de ruedas de Margaret, y Aristeo, que estaba en pie tras ella, posó las manos sobre sus hombros con suma delicadeza.

—Me estoy muriendo Aris. No me queda mucho tiempo.

Pronunció las palabras con sosiego, como si realmente lo tuviese asumido. A Aristeo se le formó un nudo en la garganta.

—No cometas los mismos errores que yo. Vive Aristeo, porque la vida es magnífica. No llegues a tu vejez lamentándote por lo que hiciste o dejaste de hacer.

De nuevo el silencio. La joven hizo un esfuerzo por contener un sollozo, detestaba tener que despedirse de ella tan pronto, pero sabía que tenía razón, y que su cuerpo no aguantaría mucho más.

—Margaret.

—Dime Aris.

—¿Crees que una persona puede cambiar? ¿Crees que puede dejar de lado su parte más oscura y empezar de nuevo?

La cuestión cogió por sorpresa a Margaret, no esperaba algo así viniendo de ella. Ladeó la cabeza algo sorprendida, sintiendo la presencia de Aris a sus espaldas como la de una extraña. Después, trató de deshacerse de esa sensación para responderle.

—Sinceramente, creo que el lobo no puede esconderse eternamente tras la piel del cordero. No Aris, lamentablemente la vida me ha demostrado que las personas no cambiamos, tropezamos una y otra vez en la misma piedra.

La joven enmudeció, sus ojos marrones oscureciéndose tras su mirada afable.

—¿Pero por qué me preguntas eso? No creo que a ti precisamente deba preocuparte.

Detrás de ella, Aristeo permanecía rígida.

—Comienza a hacer frío, vayamos dentro.

La carretera estaba tintada de luces tibias que se colaban entre los árboles. Los troncos proyectaban sus figuras como dedos afilados sobre el asfalto y el motor diésel de su Volkswagen rugía en cada curva, sin más interrupción que el sonido que producía el viento al acariciar la carrocería del vehículo.

Aristeo vivía sola a las afueras de la ciudad, a medio trecho entre esta y el pueblo costero de Faro de San Lucas, en una pequeña casita alejada de la civilización y el ruidoso tumulto. Para llegar a su hogar desde el preventivo debía atravesar la ciudad y ascender una colina al otro lado, la vía era una antigua comarcal poco transitada, y rara vez uno se cruzaba con otro turismo cuando circulaba por ella internándose en el bosque. El trayecto era empinado y de curvas cerradas, y al llegar a cierto punto debía tomar un camino de tierra que acabara por conducirla al lugar exacto.

La reja de entrada a la finca estaba abierta y la atravesó deteniendo el coche en una pequeña pinada, ya de su propiedad. Al sacar la llave del contacto escuchó los gritos.

—Ya están otra vez —dijo en voz alta sin darse cuenta.

Cerró las puertas con el mando a distancia y se acercó a la alambrada que lindaba con la casa de sus únicos vecinos: un matrimonio ejemplar cuya relación se sostenía a duras penas entre riñas y malos tratos. La luz del salón estaba encendida y las siluetas de ambos se recortaban en el ventanal, moviendo los brazos al compás de las vociferaciones.

En alguna ocasión, la mujer había acabado corriendo hasta su casa y aporreando la puerta en busca de ayuda, y ella había tenido que curarle las heridas y aplicarle hielo en los negruzcos moretones de la cara. La última vez llegó con el labio partido y una fractura en las costillas, pero a pesar de las recomendaciones de Aristeo nunca denunciaba, y no solo eso, sino que se encargaba de convencerla para que ella tampoco lo hiciera. Si la cosa continuaba de aquel modo, la mujer no tardaría demasiado en acabar dentro de una bolsa de plástico en el anatómico forense.

La joven pensó en llamar ella misma a la policía, pero pronto descartó la idea: ella no podía hacer más, y aquello no era asunto suyo. Caminó hasta la puerta de entrada sin poder borrar un sentimiento culpable de su conciencia y recordando lo que unas horas atrás había dicho Margaret, sobre la pasividad del ser humano. Ahora veía la razón en esas palabras.

La casa era vieja y la cerradura no iba a ser menos. La llave gimió en su interior al accionar el mecanismo de apertura y el portón cedió hacia los adentros del inmueble. Aristeo entró cerrando tras de sí. La decoración era austera y sencilla, sin demasiadas florituras. Los muebles eran antiguos y se arremolinaban en torno al hogar del salón, que era el centro neurálgico de la construcción. Sobre una mesa había unas varillas de incienso hindú, y la estancia se prendió de un intenso aroma cuando encendió un par y las clavó en una patata que hacía las veces de soporte.

Se aproximó a un pequeño escritorio y extrajo de un cajón un bolígrafo negro. Después, se dirigió al centro de la sala, donde había un enorme baúl con algunas figuritas de porcelana sobre la tapa, la mayoría muñecas que vestían remilgados vestiditos y zapatitos de charol, o uniformes escolares de lo más variopinto. Habría más de una docena sentadas unas junto a las otras, y se zarandearon levemente cuando Aristeo empujó el arcón con todas sus fuerzas, desplazándolo algunos centímetros a lo largo del suelo. De repente se incorporó. El baúl solo se había deslizado una corta distancia, pero como si hubiese cambiado de parecer, lo rodeó y empujó desde el otro lado hasta devolverlo a su posición original. Exhausta, se plantó frente a las muñecas, observándolas y analizándolas con la mirada como si estuviesen vivas. Sus caritas pálidas parecían devolverle el gesto; los ojos abiertos como platos; las pestañas largas y estilizadas; los pómulos rosados por el colorete; y los labios siempre rectos, casi tristes, ninguno sonriente o mínimamente neutral.

Aflojó los dedos de la mano derecha y el bolígrafo cayó al suelo con un suave repiqueteo. A continuación, comenzó a andar con decisión atravesando la estancia y parte de la casa, hasta llegar al cuarto de baño y posarse frente al espejo. Su reflejo la paralizó, la mujer que tenía frente a sí estaba amenazante, pero pronto pasó por diferentes estados de ánimo. En cuestión de unos pocos segundos se mostró triste y asustada, irónica o enfurecida, apática o frustrada, para finalmente adoptar un gesto de determinación que acabó por superponerse al resto.

La imagen se partió en dos cuando Aristeo abrió la mitad del armario espejo; los vidrios a modo de puerta. Entre cepillos, peines, rulos y otros utensilios, se interesó por una cuchilla de afeitarse. Se hizo con ella y con habilidad desmontó el cabezal del asidero. Luego se descalzó, y la sensación térmica de frío en los pies le fue amortiguada por las medias que llevaba bajo los vaqueros. Puso a llenar la bañera de agua tibia y deshizo sus pasos, de nuevo hacia la sala de estar.

Sobre la llar había un pequeño marco de madera con una especie de diploma: «Aristeo, o la que brilla» decía en la parte superior, para seguidamente pasar a explicar con más detenimiento la procedencia del nombre y su significado. El cristal estalló en mil pedazos contra la pared. Aristeo lo había lanzado exprimiendo toda su rabia, los ojos brillantes y coléricos.

Se desvistió a medias camino al baño, dejando caer la camiseta y el sujetador a un lado, y quedando solo cubierta de cintura para abajo; sus pequeños pechos

desnudos y el vello erizado. Llegó al espejo odiando a la mujer que veía frente a sí, y sin dejar de mirarse, empezó a desabrocharse los vaqueros: primero el botón y luego la cremallera. Eran ajustados y estilizaban sus piernas prietas, tuvo que agacharse para poder deslizarlos hacia abajo, deshaciéndose de ellos con un ligero movimiento de pies.

—Las personas no cambian —dijo su reflejo—. El lobo no puede ocultarse entre corderos... Las personas no cambian. Las personas no...

La escena resultaba demencial: Aristeia semi desnuda hablando consigo misma, solo vestida con unas braguitas negras y unas medias translúcidas de color marrón; los ojos inyectados en sangre y el pulso tembloroso.

—¿Quién eres? —su doble le devolvió una sonrisa macabra—. ¿Quién eres tú, Aristeia?

La expresión de su semejante era ahora maquiavélica, sarcástica y victoriosa, pero de nuevo se diluyó rápidamente en un gesto de decepción, pena y terror. Sus cambios de semblante resultaban tan anárquicos que recordaban a la esquizofrenia, y sus mil caras camaleónicas resultaban demoníacas, como si un ente maligno manejase su cuerpo a su antojo. No había orden ni sentido alguno en sus actos, todo era caos, desquiciante e inesperado.

Se inclinó, desnudándose del todo y dejando las braguitas y las medias sobre la pila. La bañera estaba casi lista, y aunque su intención había sido llenarla de agua tibia, no había atinado bien y el cuarto de baño se había llenado de vapor. Pronto el espejo estuvo tan empañado que ni tan solo podía vislumbrar su reflejo. La bruma se adhirió al vidrio tornándolo de un blanco glaciar, entretanto Aristeia tiró las bragas al suelo y comenzó a manosear las medias, que después de un día de trabajo se habían prendado de su suave olor corporal.

Con la diestra arañó el cristal de parte a parte, condensando el vaho y abriendo una brecha entre ella y su alter ego al otro lado del abismo. Su adjunta la saludaba jovial, con una mano alzada y la cabeza cubierta por sus propias medias. Gotitas de sudor se escurrían por la malla creando líneas de un color más oscuro y dotándola de un aspecto más dantesco, si cabía tal posibilidad.

Era incierta la expresión que se escondía tras esa segunda piel, cualquier mueca podría malinterpretarse, pero Aristeia sabía que la figura del espejo reía porque ella lo estaba haciendo.

—¿Lo ves? Esta eres tú —se señaló a sí misma colocando el índice entre sus pechos—. ¿Lo has vuelto a hacer verdad? Has vuelto a sentir miedo.

Asintió con la cabeza, y después aproximó la cara al espejo hasta que el aire que expulsaba por la nariz generó dos óvalos en el vidrio.

—¿Dónde está la niña? ¿Dónde está Sarah Trelis? —interrogó dulcemente la sombra detrás de la máscara.

Se echó hacia atrás, la imagen del cristal le desagradaba, le hacía estar incómoda, sentirse sucia.

—¿Dónde está Sarah Trelis? ¿Qué ha sido de ella? —sus puños golpearon el vidrio levemente—. ¿Dónde está? ¡¿Qué le has hecho?! ¡¿Qué ha sido de ella?!

Esta vez el porrazo fue más contundente y el cristal se fracturó en varios pedazos, aunque sin despegarse de su soporte. Su reflejo se multiplicó y distorsionó aleatoriamente, siguiendo el contorno de las roturas. Aristeia se miró los brazos ensangrentados; pequeños vidrios colgando de jirones de su propia piel. La bañera estaba a punto de desbordarse. Cogió de la pila la cuchilla que había desmontado y se metió en el agua, que hervía como mil demonios, apretando los dientes e ignorando el dolor.

Se dejó caer sumergiendo la cabeza, todavía cubierta por las medias, y abrió los ojos bajo el agua, admirando las minúsculas burbujitas que escapaban de entre sus labios y terminaban eclosionando al llegar a la superficie. Al emerger tuvo que retirarse las mallas a la altura de la nariz para poder respirar. Se incorporó, y con el dedo pulgar trazó una línea curva en la humedad de las baldosas a su derecha. Quedó unos segundos contemplándola con el dedo en alto, como si pensase en dejar un mensaje de despedida, pero pronto desistió, abandonándose a la fuerza de la gravedad y reposando la espalda contra el borde de la bañera.

Al fin, y sin más ceremonias, sujetó la cuchilla con fuerza y lentamente se abrió las venas de la muñeca izquierda, no atravesándolas como en las películas, sino siguiendo su curso por el brazo para que la sangre brotase con furia.

Al introducir el brazo en el agua caliente sintió unos pinchacitos de dolor. Después la paz, el convencimiento de que todo llegaba a su término. No cerró los ojos, ladeó el cuerpo hacia la pared mientras el agua se teñía de rojo y el líquido rodeaba su cuerpo de forma espeluznante, ganando terreno a la transparencia del elemento neutro. Y allí quedó, con la vista clavada en las baldosas empañadas, mientras la vida se le escapaba a borbotones por las venas abiertas; sus labios ahora al descubierto esbozando una sonrisa humana, dolorosa, que partía el corazón; sus lágrimas confundándose con las gotas de agua que todavía se desprendían de las medias; su piel palideciendo como la de las muñecas de porcelana que, sobre aquel enorme arcón de la sala de estar, escondían el más oscuro de sus secretos.



## PARTE SEGUNDA

## 12 JUDAS

### Diario de Sarah Trellis.

No sé cuánto tiempo llevo aquí. Los días se suceden envueltos en una siniestra confusión. Los minutos son lustros y las horas son la definición de mi condena, y yo ya no espero que nada cambie, dejé de hacerlo hace mucho tiempo.

No escribo para que mi historia me sobreviva, pues no le deseo a nadie revivir este infierno que padezco, ni siquiera a través de las palabras que a duras penas trazo en este papel amarillento. No, ya no hay grandes propósitos en nada de lo que hago; solamente escribo porque es mejor que no hacer nada; escribo para que mi castigada mente escape a la locura, arañando segundos al que es su final evidente e irremediable: la demencia. Puede que todo se reduzca a eso, a la fatua esperanza de poder salir de aquí algún día. Es solo que las esperanzas, cuando son insensatas, queman en lugar de apagar el fuego.

No recuerdo la luz del sol. Cada poro de mi piel languidece y muere sumido en esta oscuridad eterna. Shakespeare dijo que por negra que sea una noche siempre termina amaneciendo, y hubo un tiempo en que creí esas palabras zalameras, pero ahora ya no soy capaz de describir los destellos del alba; el olvido me privó de ellos en un vago intento de conservar mi frágil cordura.

Me gustaría poder hablar de mi infancia, pero a veces me parece que nunca la tuve. Son muchas las ocasiones en que me encuentro a mi misma llorando, mientras me doy cuenta de que ya no soy siquiera capaz de ponerle rostro a mi padre. Sus facciones y sus gestos se desvanecieron en la negrura. Solo de vez en cuando frágiles destellos de la que fue su voz juegan con mi memoria, luchando por permanecer vivos durante una quebradiza fracción de segundo.

Confundo los sueños con la realidad, y comparo los diferentes planos de conciencia preguntándome cuál de los dos es más horroroso, sin obtener más respuesta que el silencio, que es la única compañía agradable que tengo entre estos muros húmedos y sudorosos.

Se que llueve porque las paredes vierten lágrimas negras que se escurren entre las grietas. Mis huesos se debilitan en esta atmósfera agobiante y mi mundo se ve reducido a un microcosmos en el que no hay más que sufrimiento, sin cabida para recuerdos que hacen demasiado daño o propósitos engañosos que nunca llevan a ningún lugar.

Cuando llegué aquí con doce años tenía miedo de que me matara, pero ahora me aterra la idea de que nunca lo haga. No se ni tan solo si quien me retiene es un hombre o una mujer, pero yo lo llamo Judas; un nombre asignado desde la ignorancia de una niña, que creyó que la traición de este personaje bíblico era comparable a lo que le esperaba. Ahora podría darle cien nuevos nombres, gracias a la riqueza adquirida por una suerte de libros abandonados a mi misma ventura, que hallé en una habitación contigua y que desconozco por qué Judas renueva constantemente. Me niego a creer que lo haga por caridad, pues con el tiempo he comprendido que en el zulo no hay consecuencia sin causa: todo guarda su oscuro propósito en esta renovada versión de la caverna de los horrores..

Hay algo extraño en Judas. Bajo una aparente arbitrariedad, da la impresión de que esconde un turbio objetivo. Pero ¿cual? Mi cabeza ya no puede permitirse el lujo de darle vueltas a cuestiones como esa. Muchas veces prefiero pensar que no hay motivos que justifiquen esta pesadilla, aunque en realidad no sé qué alternativa es la que más me aterroriza.

Desconozco cuántos años tengo. Llevo algún tiempo pensando que debo rondar ya los diecisiete, pero igual podría tener quince. Es imposible controlar las agujas del reloj cuando a todas horas ves las mismas cosas. Por otra parte, la idea de hacerme mayor me preocupa, en el sentido de dejar de serle “útil” a mi macabro compañero, y es que por mucho que pueda uno anhelar la muerte, jamás deja de tenerle miedo.

No se por qué demonios escribo, pero el roce de mis dedos contra las cuartillas me produce un alivio en el pecho, como si la fuerte presión que me aflige hiciese una pequeña tregua y me permitiese respirar con normalidad. Quizá, contradiciendo lo que decía unos renglones atrás, necesite dejar constancia de todas mis vivencias; quizá simplemente sienta alivio al contarle a alguien lo que siento, aunque esa figura sea tan irreal como los sueños en que vuelvo a respirar aire puro. En este agujero, cualquier vía de escape es buena si me permite ganarle la batalla al sin sentido un segundo más, si me regala un instante de control sobre mi cuerpo abandonado y enflaquecido hasta la anormalidad.

Por eso te cuento esto a ti, con la media sonrisa que puede proporcionarme el hecho de pensar que algún día existas y sostengas estas páginas entre tus dedos, porque lo creas o no, eres lo más cercano que tengo a un amigo dentro de este agujero infeccioso. Lo creas o no, eres mi último salvoconducto para ganar esta partida de ajedrez endiablada en la que no hay manera de dar caza al que se sienta en el trono.

Son muchos hechos los que debiera narrar a continuación, demasiados para cualquiera, pero sé que no hay otra forma de describir mi cruel encarcelamiento que contándolo todo desde el principio, y es que en el zulo hay silencios mortuorios y palabras que hielan el alma, en el zulo cada insignificante detalle cobra un potencial inusitado e indebido, una fuerza indescriptible que parece otorgada por el mismo lucifer. En este pozo oscuro, la mente escapa a la razón y se abandona a sueños que siempre se convierten en pesadillas, y desvaríos que solo buscan ofrecer un leve respiro a las neuronas al borde del colapso.

Con el paso del tiempo he comprendido muchas cosas, y la primera de ellas es que jamás saldré de aquí, al menos con vida. La muerte es una alternativa dulce, que si no he abrazado antes ha sido porque sigo detestando, como cuando era una niña, que la partida quede en tablas. Si este hijo de puta ha de matarme finalmente, quiero que lo haga mirándome a los ojos; hace tiempo que me prometí a mi misma no concederle el placer de encontrarme tendida sobre la alfombra. No, eso supondría mi claudicación, y mi renuncia a la única forma que tengo de hacerle daño a este ser venenoso. Amigo mio, créeme cuando te digo, que no hay cosa que desee con más fuerza que hacer pedazos su corazón lleno de lombrices.

Otra de las preguntas que merece ser respondida es por qué ahora y no antes, por qué es precisamente en este instante de mi noche perpetua cuando decido comenzar a plasmar mi historia sobre la promesa de eternidad con que me obsequia este papel. Es esa sensación, esa compresión palpable en el aire que indica que algo va a suceder pronto, una especie de premonición que trata de avisarme de que no me queda demasiado tiempo. La forma en que Judas se mueve, la forma en que sus ojos se escurren tras la malla de esas medias marrones que siempre cubren su rostro: más avergonzados que nunca, provistos de una rabia contenida, característica de aquel que se siente atrapado y hará cualquier cosa por escapar de su presa. En otras circunstancias hubiese fantaseado con que el reflejo de sus pupilas indicase que algo no andaba bien, que lo habían descubierto, pero hoy día se que el único enemigo de Judas es su propia cabeza: una mente enfermiza que en ocasiones amenaza con volverse contra sí misma.

Con estas premisas hago de tripas corazón, deseando al menos poder llevar a término esta empresa que me propongo. Esta es pues, mi historia, la de una niña un tanto especial a la que la vida se le torció en una esquina sin nombre, en la mañana de un día cualquiera. Una niña que jamás acabó de comprender el carácter irracional de su tortura, y que creció a la par que un poderoso miedo se hacia hueco en su interior: el miedo al sin sentido, a una maldad arbitraria y carente de objeto alguno. El terror a los horrores que no tienen explicación ni por qué, el pavor *mesmerizante* de saber que ni uno solo de sus sufrimientos fueron la reacción a una acción previa.

Desde la oscuridad, amigo mio, te pediré que me concedas un último deseo, porque más que morir, me aterra el hecho de morir sola. Tal vez pensando en ti, en tus dedos recorriendo las líneas desdibujadas por mi bolígrafo, me sienta acompañada en este viaje que estoy dispuesta a emprender. Tal vez imaginando el tacto de tu piel y el color de tus ojos, obtenga suficientes fuerzas para describir este último giro del péndulo, el que ha de acabar con mi vida y con mis recuerdos. Por eso, con una mano en el pecho y jurando sobre mi alma, prometo contarte todo cuanto viví, solo a cambio de que lo escuches, aunque solo sea por una vez.

13  
ROSTROS CONOCIDOS

**Diario de Sarah Trellis.**

Recuerdo cómo pasó todo. La vida me dijo adiós a medio camino de la calle Terrados, mientras mochila a espaldas, volvía a casa por un camino que no era el habitual. Necesitaba estar sola, sentir ese efecto placebo que me proporcionaba la idea de mi naturaleza independiente, tras una mañana que me había acabado por demostrar que era diferente a los demás. El sol de mediodía calentaba los tejados, que proyectaban rectas sombras insinuantes sobre las aceras. Había dado un pequeño rodeo por no encontrarme con unos niños de mi edad que me habían estado molestando. Deshice cuesta arriba la calle Padre Sarriá, acallando con la distancia el ajetreo escolar que dejaba a mis espaldas y girando en la primera bocacalle a la izquierda para desaparecer en las profundidades de la calle Terrados.

Esta parte del pueblo bordeaba la iglesia y era una de las más antiguas. Las paredes de las casas habían adquirido con los años un tono marrón que desmerecía las fachadas y oscurecía el trayecto a mi paso. Viejas antenas de televisión se disputaban las alturas recortándose en el cielo y ejerciendo de apoyo para las palomas, que permanecían inmersas en una perturbadora calma. No pude ver a nadie más hasta donde me alcanzaba la vista, y caminé por el medio de la vía sabiendo que el tráfico rodado iba en dirección contraria, y que si venía un coche tendría tiempo más que suficiente para apartarme. El sol daba el calor que se le podía pedir en un día de otoño, y mezclaba sus tonos cobrizos con los de las hojas caídas que tapizaban el suelo. Aquello a lo que llamamos silencio se apoderó de la escena, incapaz de eludir el sonido provocado por el aleteo de un ave nerviosa, y yo, sumida en mis pensamientos como acostumbraba, no supe ver lo que se me avecinaba.

La nada me envolvió en una fracción de segundo, y el mundo se desmoronó bajo mis pies. Sentí cómo una bolsa negra me cubría la cabeza, y forcejeé tanto como pude tratando de quitármela, pero me asieron los brazos contra el cuerpo a la vez que me tapaban la boca, ahogando mis gritos hasta convertirlos en un histérico sollozo.

Esa fue la última vez que vi la luz del día, me fue arrebatada simplemente por estar en el lugar equivocado en el momento equivocado, y desde entonces lo más parecido que he llegado a vislumbrar son los tubos que penden de este mohoso techo.

La primera vez que vi su rostro creí que la vida me abandonaba, casi deseé que lo hiciese, pero la realidad fue que quedé allí, descalza de un pie ante su mirada obsesa, que se ocultaba tras unas medias de color marrón que me resultaron espantosas, lo más aterrador que había presenciado en toda mi corta existencia. Cuando revivo ese momento me veo a mi misma como una extraña, tal vez porque soy incapaz de meterme de nuevo en la piel de esa niña perdida en los recovecos de un oscuro sótano, sin poder mover un solo dedo ni esbozar gesto alguno.

Las facciones de su rostro se desfiguraban casi como por arte de magia tras la malla, ofreciendo mil sonrisas en una sola, mil gestos de macabra satisfacción articulados por una misma mandíbula. Sus ojos estaban cebados de lujuria y se ensanchaban haciendo palpar mi corazón a un ritmo insano. La imagen era un fotograma grotesco que plasmaba mejor que cualquier otro la iniquidad absoluta, una vileza sin nombre que me inundaba las vías respiratorias como si de cianuro se tratase. Mis músculos se rindieron ante el pavor de aquella escena y un hilo de orín se escapó entre mis piernas. Fue entonces cuando el absurdo se adueñó de aquella recóndita morada y mi acompañante comenzó a contonearse y temblar excitado, recreándose en el arte de lo obsceno en unos términos que no soy siquiera capaz de narrar.

Dicen que el ser humano es capaz de adaptarse a cualquier situación, pero yo dudo que alguien fuese capaz de acostumbrarse a esto. Los primeros minutos en el agujero fueron tal vez los más impactantes, pero la peor sensación la produce el quieto y lento devenir, la impresión de que puede pasar cualquier cosa en cualquier momento. El pánico no ofrece descanso en estas cuatro paredes, hasta tal punto, que me cuestiono si realmente es posible que algún día, alguien entienda el sentimiento maniático que recorre mis venas.

Es difícil establecer un antes y un después, definir el momento exacto en que la línea desaparece y solo existe la sin razón y el sin sentido. Recuerdo especialmente aquel dibujo infantil, esos trazos ahora grotescos en mi cabeza, ofuscados y distorsionados por un memento vírico, imposible de desterrar de mi memoria. Lo encontré la primera vez que me dejó a solas, mientras las facciones desdibujadas por sus medias todavía martilleaban mis sesos. Estaba llorando, tendida sobre mi propio orín e impedida de cuerpo y alma. Permanecí de ese modo por un buen espacio de tiempo, demasiado cobarde como para moverme, demasiado valiente como para dejar de pensar en ello. Después, tras armarme de coraje, comencé a gatear a tientas rascándome las rodillas contra el pavimento desigual. La suerte quiso que topase con una pared y estuve tentada de gritar, pero no lo hice. Me levanté apoyándome en el muro y mis manos hallaron un artilugio de formas rectas que reconocí al instante: un interruptor.

La luz se hijo de pronto, y las piernas me temblaban de forma atroz mientras echaba un rápido vistazo a mis aposentos. Sobre una mesa reconocí lo que fueran mechones de mis propios cabellos, junto a una pequeña colección de algodones ensangrentados y unas tijeras que así instintivamente a modo de defensa. Cuál fue mi sorpresa al descubrir que en aquella claustrofóbica estancia había dos puertas, además de las escaleras que conducían a la trampilla del techo por la que había entrado.

En mi búsqueda desesperada de una salida, caminé hasta la primera de ellas para encontrarme con la cerradura trabada. La segunda, al contrario, cedió fácilmente, y de nuevo me hallé frente a la oscuridad de lo desconocido, frente a la conversión de mis miedos en figuras casi palpables que me acechaban desde las profundidades. Las tijeras tiritaban en mis manos enclenques mientras penetraba en la espesa negrura, solo un resquicio de luz se colaba por el marco que delineaba la puerta, y los objetos de la habitación se distinguían a duras penas como sombras vigilantes.

Mis pasos me condujeron hasta una estancia repleta de libros que llenaba toda la pared izquierda del cuartucho. Había cientos de ellos y algunos de sus nombres me sonaban vagamente a clásicos de la literatura universal. No obstante, lo que captó verdaderamente mi atención fue un tablero de ajedrez que moría bajo el polvo del estante inferior, descuidado entre otros juegos de mesa. En aquel trance comprendí por primera vez lo doloroso que puede resultar un recuerdo, un quemazón que hace mella en que los segundos siguen corriendo, y jamás volveremos a estar en ese lugar idealizado.

Junto al enorme anaquel y aferrándose a la pared contigua, descansaba un sucio fregadero totalmente fuera de lugar. Tenía sed, pero el agua negra que brotó al accionar una de las manivelas, me privó de la idea de beber. Las tuberías estaban repletas de aire y el chorro emergió con una potencia descontrolada salpicando los alrededores. Mi insensatez me hizo preocuparme momentáneamente por los libros, pero me cercioré de que no habían sido dañados, y mi atención se posó en un rincón al otro lado, donde un enorme arcón de madera vetusta parecía implorarme que descubriese sus secretos.

Tenía las llaves colgando de la cerradura, ahogándose en su propia herrumbre, y al girar retorcieron el arcaico mecanismo. Haciendo uso de las pocas fuerzas que me quedaban, levanté la tapa del arca y comencé a sentir escalofríos por los tesoros que guardaba. Había disfraces para niños, y la sola idea de sus posibles utilidades me recorrió la piel de la espalda como un soplo siniestro.

Seguí escarbando movida por alguna motivación que ya escapaba a mi control, y mis manos dieron con una cajita metálica que reconocí al instante; había tenido una igual algunos años atrás. Era un estuche de pinturas, y su interior me deparaba una desquiciada sorpresa. Levanté la tapita, que cedió con un sonido metálico, y tras las pinturas desgastadas descubrí una serie de dibujos que me robaron el aliento. Esparcí las hojas sobre el suelo ante mí, dejando caer unas pocas sobre mis piernas. Los trazos eran desiguales, en algunos casos casi mamarrachos, y conformaban en su mayoría la clase de paisajes que dibujaría un niño de seis o siete años: casas de ventanas y puertas cuadradas, chimeneas, césped verde, los padres, el niño en cuestión, y a veces un perro o gato de marcadas desproporciones, que era la prueba fehaciente de la falta de práctica de los dibujantes. Unos pocos folios estaban incluso firmados, y bajo el nombre aparecían las edades de sus artífices, que rondaban los siete, ocho, o a lo sumo nueve años.

Fue entonces cuando mi mirada inocente se clavó en un esbozo en particular. Aparté las cuartillas que lo cubrían, y vi como se abrían las puertas del infierno. Yo reconocía aquel paisaje, lo había visto antes en numerosas ocasiones. Me era familiar la forma que cobraba el escaque recortándose contra el cielo; la forma en que las olas rompían en la base del acantilado convirtiéndose en espuma; y el particular baile de las briznas de césped meciéndose con el viento. Sobre el firme caminaban tres personas, y los trazos descoordinados que las definían me bastaron para reconocerlas. Iban cogidas de la mano, sus siluetas marcadas sobre el infinito horizonte a sus espaldas y un sol de cara sonriente en la lontananza. La de la izquierda vestía de un color rosa pálido, la melena abandonada a la brisa y de un tono cobrizo esmaltado de brillos. Tenía los ojos azules como los míos: era mi madre. A la derecha, un gran gesto de felicidad definía el siempre alegre rostro de mi padre, y las lágrimas me recorrieron las mejillas cayendo sobre la figura central, algo más baja que las otras dos, y con los brazos extendidos para estrechar las manos de sus progenitores: era yo, y la firma del dibujo me confirmó mis peores sospechas.

¿Qué sentido podía tener aquello? ¿Por qué iba aquel tétrico personaje a guardar un dibujo mío? La vista del papel me perturbaba, pero era incapaz de apartar la mirada. El caos se propagó como una bacteria, eliminando cualquier débil atisbo de lógica, y una percepción desafortunada golpeaba mi conciencia: Me conocía, quienquiera que fuese aquel ser repugnante sabía quién era yo.

Ni tan solo tuve tiempo de enjugarme las lágrimas, escuché la losa moverse en el piso superior y supe que ya venía. Las tijeras me habían caído en algún momento y brillaban cerca de mi cuerpo fácilmente alcanzables, no obstante no me atreví a extender el brazo para hacerme con ellas, tal era mi estado.

Desde allí, rendida a las fatalidades del destino, escuché una vez más las bisagras y la madera retorcerse. Después nada, un mutismo inquietante que hablaba por sí solo. Me recogí sobre mi misma; el cuerpo helado y los pelos como escarpías. Los dientes me castañeaban y el frío subía por mi pie descalzo calándome los huesos y el corazón. Distinguí el sonido de los pasos, que solo fueron unos pocos, demasiados pocos, y luego aquella voz hueca, indefinible, de una tonalidad ambigua que fluía por cada rincón del zulo. No supe lo que decía, mi cuerpo no lo soportó más y se rindió entre aquellos susurros desconocidos primero tenues, más tarde coléricos. Perdí el contacto con los sentidos, y para entonces los murmullos se habían convertido en gritos desgarradores. La vista se me nubló y sentí náuseas, a la par que las vociferaciones crecían y reverberaban en las paredes. Finalmente, mis músculos se abandonaron ante el poder de aquella pesadilla y perdí la conciencia.

## 14 MIEDO

### Diario de Sarah Trellis.

—El quinto ángel tocó la trompeta, y vi una estrella que había caído del cielo sobre la tierra, y le fue dada la llave del pozo del abismo.

Desperté escuchando esas extrañas palabras, la cabeza me daba vueltas y me di cuenta de que ya no estaba junto al baúl de los disfraces. De nuevo me encontraba en la habitación central, y podía ver la trampilla abierta en el techo al otro extremo. Mi captor se había acomodado en una silla a la que había dado la vuelta, y apoyaba los brazos sobre el respaldo, ladeando la cabeza en un gesto de disfrute. La luz estaba apagada.

—Cuando ella abrió el pozo del abismo, subió del pozo un humo como de un gran horno, de suerte que el sol y la atmósfera se oscurecieron: del humo salieron langostas que se esparcieron sobre la tierra, y a las que se dio un poder semejante al de los escorpiones de la tierra.

Su voz era aterciopelada, y su retórica hipnotizante.

—Pero se les ordenó no dañar ni la hierba ni la tierra, ni ninguna verdura, ni ningún árbol, sino solamente a los hombres que no tienen la señal de Dios en la frente.

Su discurso cesó con la misma suavidad con que había penetrado mis oídos, y me miró expectante, como esperando a que dijese algo. Después volvió a hablar, esta vez más tajante.

—¿Tienes miedo... Sarah?

Había dicho mi nombre. Me arrastré hasta tocar la espalda contra la pared y cerré los ojos apretándolos con fuerza. El solo pensar en que alguien a quien conocía se escondiese tras la máscara me enloquecía.

—Oh. Pero qué veo. ¿Te gusta jugar al escondite? —hizo una pausa, y mi cabeza imaginó que sonreía—. Un, dos, tres, toca la pared. ¿Era así?

Abrí los ojos, y vi que tenía los brazos levantados.

—No, claro que no... pero ese no es el caso. Dime una cosa. ¿Por qué crees que a las langostas solo se les ordenó dañar a los hombres, y no a las plantas o a otros animales? —era una pregunta retórica, si hubiese querido responder algo no me hubiese dado tiempo—. Yo te lo diré, se les ordenó dañar a los seres humanos porque somos enfermizos, nuestra naturaleza es despiadada y destructiva, somos traicioneros, mentirosos y embusteros, sádicos, crueles y faltos de remordimiento. Pero por encima de todo, las langostas querían acabar con nosotros porque somos poderosos, y lo que es peor, porque somos demasiados. ¿No es magnífico?

Se levantó, y las patas de madera de la silla chirriaron al roce con el suelo.

—Pero no has contestado a mi pregunta Sarah. ¿Tienes miedo? —la media difuminó una mueca de satisfacción—. Si, claro que lo tienes, pero todavía no llegas a comprenderlo. ¿Sabes qué es lo que diferencia a otro mamífero de un humano? El mamífero puede tener miedo al fuego, al frío, al hambre, al dolor o al abandono, pero nunca, nunca jamás podrá temerse a sí mismo. Ese terror es especial, es un don solo otorgado a los elegidos, es una droga que paraliza el sistema nervioso y libera la adrenalina, es un narcótico adictivo como el que más, y una vez lo pruebas no puedes dejarlo. ¿Sabes lo que digo?

Continuaba recogida sobre mí misma, no acababa de comprender sus téticas explicaciones, pero me inquietaban, me hacían experimentar un pavor psicológico que antes no hubiese podido siquiera imaginar que existiese.

—Es normal que hoy no hables. ¿Pero sabes qué? Dentro de poco suplicarás que te dirija la palabra —se acercó lentamente—. Y no lo harás porque me consideres como un amigo, ni porque realmente quieras hablar conmigo, sino porque en poco tiempo te darás cuenta de que si no dialogas con alguien te volverás loca. Es egoísta, ¿no te parece? Hablarme solo en tu propio beneficio. Pero no sufras, lo tengo más que asumido, es parte del juego. Es más, se trata exactamente de eso, de ver cuán egoísta puedes llegar a ser.

Siguió aproximándose, y palpé instintivamente a mi alrededor con la mano derecha, sin saber muy bien lo que hacía.

—¿Es esto lo que buscas? —me mostró las tijeras, brillantes en su mano derecha—. ¡Oh, pero que emocionante! ¡Esto va a ser mejor de lo que esperaba!

Comenzó a reír enloquecido, como si algo le hubiese hecho muchísima gracia. Daba vueltas con los brazos extendidos rayando las paredes con la cizalla, y ese chirriar sordo se coló en mi cerebro como un insecto.

—Gracias Sarah. De verdad, lo vamos a pasar genial. Este sera nuestro pequeño secreto.

Las tijeras ahora se abrían y cerraban cercenando el aire con un molesto siseo.

—Sí, eso es lo que haremos, jugaremos a este juego sin que nadie se entere. ¿Te parece correcto? —de nuevo me miró como esperando una contestación.

No dije nada, no hubiese podido articular palabra, Escondí la cabeza entre las rodillas y me rodee a mí misma con mis bracitos que ahora sentía débiles e inútiles. Él corrió y se detuvo a un palmo de mis pies, después se agachó para quedar a mi altura.

—Mírame...

Apreté las extremidades con más fuerza, esperando ilusamente que aquello me protegiese.

—He dicho que me mires.

No gritaba, apenas alzaba la voz, pero la amenaza se dejaba entrever entre sus vocablos pausados. Alcé la cabeza lentamente, con los ojos todavía cerrados, y sentía que cada segundo que pasaba sin abrirlos me estaba jugando la vida. Finalmente, reuní el valor para levantar los párpados, y el primer bombeo de mi corazón fue tan violento que me paralizó parte del pecho. Allí estaba, su rostro sin rostro, su expresión sin gesto, sus mil posturas engañosas y su mirada demoníaca.

—Toma, si vas a hacerlo hazlo ahora —me tendió las tijeras, y vi el puñal reluciente ante mí—. Vamos, cógelas.

Una vez pasé los dedos por los agujeros del asidero, me cogió la mano y aproximó las cuchillas a su cuerpo, apoyándolas donde debiera estar el corazón.

—Adelante, clavámelas —su sonrisa estaba petrificada como si de una postal se tratase, y otra vez ladeó la cabeza de forma característica, como había hecho antes en la silla.

No podría cuantificar el alcance de ese terror. Tenía las tijeras asidas por el puño y su órgano vital al alcance. Mi cabeza procesaba las posibilidades a una velocidad vertiginosa. ¿Y si la puñalada no lo mataba? ¿Y si lo enfurecía más? No tendría nada que hacer contra su cuerpo adulto, más de dos veces el mio. Por otra parte, al fondo de la habitación veía la trampilla abierta, y cada uno de mis músculos deseaba salir corriendo por ella. Toda fibra de mi cuerpo estaba tensa, lista para el asalto, y los poros de mi piel escupían sudor; habían comenzado a quemar toxinas antes siquiera de que hiciese uso de ellos.

El momento se prolongó sobradamente, cada suspiro resultaba una exhalación que podía ser la última o la primera, y la sensación de que los segundos se ponían en contra mía resultaba agobiante y pesarosa, desesperante. Él parecía tener todo el tiempo del mundo, ni tan solo daba la sensación de pestañear, pero yo sabía que en cualquier momento volvería a moverse y mi oportunidad se habría esfumado.

Al fondo, la claridad se colaba por la apertura del techo bañando de luz los peldaños de la escalera. Aquel contraste de tonalidades blanquecinas significaba la libertad, y estaba tan cerca que si echase a correr solo tardaría unos instantes en alcanzarla. Entonces recordé que me faltaba un zapato, y mi confianza se desplomó estrepitosamente. Estaba atrapada, me alcanzaría antes de dar tres pasos. No tenía escapatoria.

Movió la cabeza, descansándola hacia el otro lado, y solté un alarido tan fuerte que me ensordecí a mí misma. Él comenzó a reír de nuevo, y era un sonido dantesco el que escapaba de sus labios, una carcajada luciferina. Inclino la frente hacia atrás para descargar más plácidamente las risotadas, y pude ver que la piel de su cuello era

lisa y sin arrugas, y que la nuez apenas se distinguía tras ella. Tuve pensamientos oscuros, y quise desgarrar su garganta para que dejase de reír de aquel modo. Por una fracción de segundo, tal cual él había definido antes, tuve miedo de mi misma.

El grito fue desgarrador, tanto que traté de zafarme de sus brazos sin abrir los ojos. Gateé por el suelo al borde del colapso, temiendo que una de sus manos me agarrase los tobillos. Estaba aturdida y desorientada, y sentía que la situación se me escapaba de las manos. El aire estaba cargado, lo percibía como un velo traicionero tras el que pudiesen esconderse mil amenazas. Cuando me atreví a mirar, la trampilla estaba a tan solo unos metros. Ya había pasado la mesa, y estaba a punto de alcanzar la silla en la que él estaba sentado cuando desperté. Pero ¿Por qué había gritado? ¿Realmente le había clavado las tijeras? Cuando el ritmo cardíaco es tan frenético la mente puede jugarle malas pasadas, y yo ya no era capaz de discernir entre lo que era real y lo que era solo un producto de mi imaginación distorsionada.

Entonces todos los sonidos cesaron, y la sensación de que me acechaba era más intensa ante la imposibilidad de escrutar sus movimientos a mis espaldas. Me cogería, seguro que me atraparía. Aunque avanzaba hacia las escaleras, cada vez las veía más distantes e inalcanzables, y en un ataque de pánico la insensatez se apoderó de mi cuerpo, anulando mi voluntad y haciendo que cambiase ligeramente de rumbo hacia la mesa, bajo la cual me guarecí una vez más.

Inmediatamente me asaltó un nuevo pensamiento. ¿Estaba muerto? ¿Podía interpretar el cese de los alaridos como el final de su vida? ¿Lo había matado? ¿Había asesinado a una persona? Entonces me di cuenta de que todavía tenía las tijeras en mi mano derecha, y su visión me causó tal estado de confusión que tuve que alzarlas para verlas mejor. No había sangre, ni una sola gota de sangre, y ambos filos brillaban en la oscuridad dando fe de ello.

Todo el vello del cuerpo se me erizó al unisono, y entonces la escuché de nuevo, aquella risa repugnante y maliciosa que me martilleaba el cráneo. ¿Hasta qué punto el miedo truncaba mis percepciones? ¿Le había clavado las tijeras y entonces gritó, o fue el grito el que me hizo pensar en algo semejante? Estaba jugando conmigo, su maldad era fría, densa y premeditada; su mirada grotesca y sus intenciones perversas.

Aquello no era sino una puesta a prueba, y la víctima del dantesco análisis era yo misma. Mi captor parecía conocer al milímetro cada impulso de mis neuronas, cada reacción desesperada de mis nervios. Manejaba el terror a su antojo como quien hace malabares con dos pelotas de feria, sabía qué hacer y qué decir, cuándo y cómo. Sabía hacer que cada célula de mi cuerpo se estremeciese ante sus trucos macabros, y ejercía su don para el mal con alevosía, disfrutando con cada muestra de sufrimiento que yo le regalaba.

—Pronto comprenderás Sarah... pronto entenderás que en realidad esto no importa nada. Pasarás a ser un cero a la izquierda más pronto de lo que nadie desearía, dejarán de buscarte y de escribir tu nombre en carteles antes siquiera de que enloquezcas, cuando las noticias premien al populacho con algo más interesante en que malgastar su compasión. ¡Ah! Pero no llores mujer, si te digo todo esto es por hacerte un favor. Créeme cuando te digo que sin esperanzas todo será más fácil. No puedes lamentar la pérdida de algo que ya distes por perdido.

Se levantó. Solo podía verle las piernas, el resto del cuerpo se perdía por encima de la mesa bajo la cual me hallaba. De pronto comenzó a tararear algo.

—Uuuuun, dooooo, treeeeee... tooooocaaa la pareeeeee —sus pasos le aproximaron a mí—. Un, doooooos, treeeeeees...

Me tapé los oídos, no soportaba el fluir de su voz zalamera, ni la delicadeza con la que cada sílaba escapaba de entre sus labios. Entonces, como la primera vez que le vi, golpeó la madera con los nudillos cerca de mi cabeza: «Toc, toc».

—Uuuuuun, doooooos, treeeeeees, toooooca la paareeeeeeed —«Toc, toc».

Era la peor de mis pesadillas, su música lograba enturbiar mi mente castigada, y yo trataba de silenciar sus susurros melódicos a toda costa, hasta el punto que sin ser consciente de ello comencé a golpear mis propias orejas con los puños cerrados.

—Por favor... por favor... ¡Por favor, por favor, por favor! ¡Para por favor! ¡Para!

Se agachó una vez más, la cabeza ladeada como nota emblemática de su escenificación.

—Shhhhhht, shhhhhht —me mandó callar con el índice junto a su boca—. No te hagas daño Sarah, deja algo para los demás.

Pero yo seguía golpeándome a cada lado cerca de la sien y conteniendo la respiración. Su sonrisa me resultó sorda, distorsionada por el repiqueteo de mis propios porrazos voluntarios. Casi deseé morir en aquel instante, su imagen se confundía en mi cabeza dentro de una mezcolanza psicótica y esquizoide, y yo solamente podía desear que el mal sueño acabase cuanto antes.

Sus carcajadas eran cortas y átonas, como pequeños estertores. Se puso de cuclillas frente a mí una vez más, y colocó su mano diestra sobre mi tobillo descalzo, que aparté instintivamente.

—Escucha lo que voy a decirte Sarah. Nunca, nunca más me desobedezcas. Quiero ser bueno contigo, pero si te portas mal tendré que castigarte.

Su discurso escapaba a mi capacidad cognitiva. ¿Cuándo le había desobedecido yo? Recordé cómo oí que gritaba en el momento en que encontré el dibujo del baúl, y sentí un escalofrío.

—No me importa que enciendas la luz cuando yo no estoy, pero cuando sepas que voy a bajar quiero que la apagues. ¿Lo harás por mí?

No podía concebir el hecho de que su forma de hablar fuese tan compasiva, tan engañosa y traicionera. Únicamente sus facciones ocultas le delataban, haciendo gala de la ironía con que pinclaba cada oración.

—No me decepciones Sarah... tú no. No me vendas por treinta monedas de plata.

«Judas» Esa palabra me sobrevino como un jarro de agua fría: Judas, el traidor bíblico, el impostor que había vendido al mesías por un puñado de monedas. El nombre penetró en mi cerebro y fui incapaz de arrancarlo de ahí. Mientras el rostro de mi captor me amenazaba desde la sombra, yo asociaba sin haberlo planeado el nombre a cada uno de sus movimientos, a cada uno de sus gestos desfigurados, a su enigmática identidad y a su crueldad sin precedentes. Judas...

Mi cuerpo comenzaba a mostrar deficiencias expresivas, ya no era capaz de cuantificar mi terror mediante ninguna postura. Mis ojos estaban secos e irritados de tanto derramar lágrimas, mis párpados pegajosos y mis labios impregnados de un agrio sabor a sal. Mis manos ya no temblaban y mis piernas apenas respondían. Estaba rendida, la mirada perdida en algún punto indefinido de la negrura, y mi mente inmersa en una suerte de evasiva que me privaba de cualquier tipo de atención. Judas seguía hablando, pero yo ya no lo escuchaba, no podía continuar haciéndolo.

—¿Lo ves? Lo pondremos ahí en la pared, para que te sientas como en casa —me decía sosteniendo mi dibujo en alto.

Como si pudiese penetrar en las líneas del esbozo, mi imaginación me trasladó a nuevos horizontes. En mi deseo febril, caminaba de la mano de mi padre por el acantilado mientras él me instruía con algún extraño simbolismo de esos que tanto me fascinaban. Mis recuerdos se paseaban entre aquel escenario y el salón de mi casa, donde seguramente las piezas del ajedrez todavía estarían tal cual quedaron tras la última partida. Pensar en él resultaba doloroso, más aún cuando sabía que me estaría buscando, que gritaría mi nombre en cada esquina hasta quedar sin voz, y que no desistiría jamás en su empeño.

Traté de apartar su figura de mi cabeza, pero no me quedaban fuerzas. Solo deseaba volver a verle a la orilla del mar, las olas salpicándonos los pies y su mano dibujando intrigantes trazos en la arena. Sin embargo no podía centrarme en la nostalgia de esos momentos, constantemente vislumbraba su tez desfigurada al llegar del trabajo y ser consciente de mi desaparición. Su mirada enajenada me robaba el alma, y estaba segura de que era tal cual yo la imaginaba, de que su sufrimiento le descompondría el rostro desencajándole la mandíbula y palideciendo su piel.

No lo soportaría, de la misma forma que yo jamás soportaría mi encierro, el nunca superaría mi pérdida, nunca hasta saber cada detalle, hasta conocer el más insignificante de los procedimientos que me habían traído a este lugar, a la oscuridad perpetua que me envolvía.

Judas seguía delante de mí, pero parecía haberse dado cuenta de yo ya no le prestaba demasiada atención, de que no me era posible continuar haciéndolo. Entonces, haciendo gala de esa inmensa comprensión que lo invadía por momentos, torció las manos poniendo las palmas hacia arriba, en un gesto que interpreté como: «Es suficiente por hoy».

Mis pronósticos resultaron ser bastante acertados, pues inmediatamente se levantó para marcharse escaleras arriba. Lo peor de todo era la normalidad de cada uno de sus movimientos, que transmitían que nada de lo que allí ocurría estaba fuera de lo comúnmente aceptable. Ni tan solo cerró la trampilla, que permaneció abierta unos segundos hasta que su cuerpo volvió a adentrarse en las penumbras.

Noté que dejaba algo encima de la mesa, pero no pude ver el qué, seguidamente se detuvo junto a la pared al otro extremo, y vi como con total parsimonia sacaba un rollo de celo de sus bolsillos, y uno a uno iba cortando trocitos con ayuda de las tijeras; pude contar hasta cuatro. Finalmente, subió los peldaños con lentitud, y esta vez sí trabó el portón, y escuché la losa deslizarse y las débiles muestras de luz que se colaban por las rendijas se desvanecieron. Ahora estaba a solas con mis miedos.

Es curioso, pero dejé de temer a la oscuridad en el momento en que salió de la habitación. Asimilé que no había nada fluctuando en el aire que pudiese dañarme, y

perdí la clase de inquietudes que quitan el sueño a cualquier niño. Lo que a mí me amenazaba era real, y superaba con creces cualquier siniestra inventiva por terrible que resultase.

Salí de mi escondite y caminé hacia donde creía que se hallaba el interruptor. No me fue difícil encontrarlo, y la luz recorrió la estancia fulminando las sombras y ofreciéndome un leve respiro. Sobre la mesa había pan y agua, y un pequeño envoltorio con algunas lonchas de jamón. De pronto me di cuenta de que estaba hambrienta.

Arrastré la silla hasta dejarla cerca de la mesa y me senté. Era la misma silla en la que él había estado minutos antes, pero no me importó. Cogi la barra de pan, y como no tenía ningún cuchillo para abrirla, coloqué las lonchas de jamón encima de la corteza y comencé a devorar con tiria, sorbiendo de tanto en tanto un buen trago de agua para desanudar las bolas de mi garganta. Engullí la mitad del pan con el fiambre, y cuando este se acabó, me comí a mordiscos lo que quedaba de la barra, que aunque estaba un poco dura me supo a gloria. Apuré hasta la última gota de agua, y noté que un liviano sueño se adueñaba de todo mi cuerpo. No obstante recordé lo que Judas había dicho sobre la luz, y me levanté para apagarla.

Al alzarme, me quedé quieta un segundo y di media vuelta. En la pared, y sostenido por los pedazos de celo que había visto manipular a Judas, estaba mi dibujo, como una broma de mal gusto que me impidiese olvidar el alcance de mi pesadilla.

Accioné el pulsador, y un sentimiento contradictorio me asoló cuando me hallé a mi misma cobijada por la oscuridad reinante. Resultaba ardua tarea describir mi estado de ánimo. Estaba avergonzada por el orín que manchaba mi ropa, estaba muy asustada, y si hubiese tenido suficientes agallas para ello, hubiese estado furiosa, furiosa con el mundo.

Me arrastré hasta el sitio más confortable que conocía dentro del agujero, el lugar al que ya había recurrido en un par de ocasiones bajo la mesa de madera. Me hice un ovillo como hiciese un perro asustado, apoyando la cabeza en un brazo y cubriéndola con el otro. Tenía los pies helados, sobre todo el descalzo, así que me incorporé un instante y me cambie el zapato que me quedaba de pie, dejando el calcetín donde estaba y equiparando así a duras penas la sensación térmica.

El suelo era duro, áspero y frío. Cerré los ojos queriendo soñar con algo más confortable, pero no conciliaba el sueño. Lo más cercano que experimenté fue un frágil sopor que pugnaba por adormecer mis músculos doloridos. Una lágrima se formó bajo los párpados y escapó de mi ojo derecho, superando la nariz y resbalando hasta el suelo. Quería salir de allí, que la puerta se abriese y una voz familiar pronunciase mi nombre. Y mientras me debatía entre la veracidad de mis falsas promesas, el cansancio ganó la batalla al dolor y mi cuerpo se rindió a sus debilidades. Me dormí queriendo pensar que despertaría en la cama de mi habitación, con olor a café y a tostadas calientes y un cuenco de leche con cereales aguardándome en la cocina.

15  
EXTRAÑAS REVELACIONES

La llamada lo cogió de improvisto. Sentado en el sofá-cama de su apartamento, cerca de aquel buda que hacía las veces de puff. Esteban dio otro mordisco a su sándwich de pavo, que había sido ligeramente aderezado con aceitunas rellenas y papas. La televisión estaba conectada, aunque él no le prestaba demasiada atención, simplemente la tenía de fondo para amortiguar las evidencias de su voluntaria soledad.

El telefonazo normalmente le hubiese malhumorado, pero era ya miércoles y los efectos de la resaca habían desaparecido por completo. Sin dejar que sonase dos veces, alargó el brazo y se hizo con el interfono del aparato, tragando el último bocado antes de contestar con el paladar aún repleto de restos.

—¿Sí?

—Esteban, tienes que venir a la redacción.

—¿Qué ocurre?

—Nos has metido en un buen lío.

Alcanzó el mando a distancia de la tele y bajó el volumen hasta un nivel apenas audible.

—¿Qué clase de lío?

—Ha llamado Hernán Ramos, el director del preventorio.

—Sí, sí, sé quién es. ¿Qué pasa?

—Estaba histérico, dice que te comunicó expresamente que no publicarás una foto de las que hiciste.

—¡Ah! Bueno, aquella imagen de los ancianos. No veo que pueda tener de ofensiva —se llevó el sándwich a la boca.

—¿Entonces es cierto?

—¿Cierto el qué?

—Que te pidió que no hicieras la foto.

—Sí, pero ya estaba hecha. ¿Qué podía hacer yo?

—¡Deja de comer, esto es serio Belmez!

—Está bien, está bien... Llamaré para disculparme. ¿Puedo acabarme el sándwich?

—Más vale que lo hagas, y de manera convincente.

—¡Pero por el amor de Dios! ¿Qué es lo que te ha dicho?

—No lo sé... mencionó algo de un suicidio.

—¿Un suicidio? ¿Pero qué está pasando aquí? Esto no tiene ni pies ni cabeza.

—Por eso quiero que llames y te enteres de lo que ocurre. Probablemente sea una tontería pero no quiero que involucren al periódico en nada así.

—¿En nada cómo?

—Todo esto me recuerda a la persecución de los *paparazzi* a Lady Di.

—¿Lady Di? Por Dios Jorge no saquemos las cosas de madre. Yo no he perseguido a nadie.

—Lo sé, lo sé... esto parece demasiado incluso tratándose de ti.

—Vaya, ahora tendré que darte las gracias, muy amable. Además, y sin ánimo de ofender, la mayoría de esos viejecitos tenían y un pie en la tumba.

—¡No, no! No ha sido un anciano. La del suicidio ha sido una chica, una trabajadora del centro.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

La imagen le sobrevino de pronto, aquella joven de la fotografía, sus ojos oscuros y sus cabellos negros y lacios, la expresión indefinible de su rostro y su postura tan poco estudiada, su vestimenta sencilla y su inverosímil capacidad para haberle pasado desapercibida cuando sacó la instantánea.

—No lo sé Esteban, eso es lo que me gustaría averiguar.

—Espera, espera. ¿Dijo quién era la chica? —la posibilidad de que fuera ella se le presentaba horrorosa.

—Pues no, no dijo nada. Será alguna de las que aparece en las fotos. Ahora que lo dices le oí mencionar un nombre exótico. Casiopea, o algo por el estilo.

—¿Casiopea?

—Joder, ya te he dicho que no lo sé, estamos perdiendo el tiempo.

—Tienes razón, voy a llamar a ver qué demonios pasa, pero tú haz el favor de tranquilizarte. Luego te llamo.

—Será lo mejor. Hasta luego entonces.

—Adiós, ya te digo algo.

Colgó el teléfono, atónito por cómo se había desarrollado la conversación. Era lo último que hubiese esperado después de escuchar las primeras palabras de Jorge Granados, director del periódico Urbe. Encendió su ordenador portátil y buscó en internet el número del Preventorio, que para su sorpresa tenía página web propia. Marcó los nueve dígitos sin más dilación y su móvil comenzó a emitir los primeros tonos de llamada.

—Residencia del Preventorio le atiende Susana. ¿En qué puedo ayudarle?

—Buenas tardes, ¿podría hablar con el director?

—Veré si está disponible. ¿Quién le digo que llama?

—Esteban Belmez, el fotógrafo. Él sabrá quién soy.

—De acuerdo. Espere un segundo si es tan amable.

Una tediosa versión del *Aleluya* de Haendel lo entretuvo durante el minuto largo que estuvo aguardando. Después la voz de la mujer volvió a sonar al otro lado del hilo.

—¿Señor Belmez?

—Sigo aquí.

—Mire, el señor Ramos no puede atenderle en estos momentos.

—Entiendo... ¿puedo llamar más tarde?

—Si le soy sincera no creo que hoy vaya a poder hacerse con él.

—Ya veo, solo quería mostrarle mis condolencias por lo de esa muchacha —improvisó.

—¡Ah! No se preocupe, Aristeia está mucho mejor. Con lo guapa que ha salido en el periódico... es una lástima.

—¿Aristeia? ¿Es la chica de la foto del patio?

—Sí. Ya está en planta, le han abierto el régimen de visitas.

—Dios, yo pensé que estaba muerta.

—Sí, todos estábamos muy asustados, la verdad es que debemos dar gracias por cómo han ido las cosas, después de todo.

Se hizo un silencio breve.

—Señor Belmez. ¿Sigue ahí?

—Sí, sí, disculpe. Es que la noticia me ha cogido por sorpresa... no esperaba que mejorase tan pronto.

—Pues ya le digo, no se preocupe que la chica está estable. Yo misma transmitiré su interés al señor Ramos, si así lo desea.

—No será necesario. Pasaré a verlo en otro momento.

—Como quiera. ¿Desea algo más?

—A decir verdad, me gustaría hacerle una pregunta.

—Usted dirá.

—¿Cómo ocurrió todo? Quiero decir... ¿cómo intentó suicidarse?

—Según tengo entendido se abrió las venas dentro de la bañera —afirmó con voz severa—. Podría haber sido una desgracia.

—Dios —la imagen del cuerpo desnudo de la joven en su propio baño de sangre lo perturbó—. ¿Sabe qué motivos podría tener para hacer algo semejante?

—Mire señor, eso ya sería meterme en camisa de once varas. No puedo responderle a esa pregunta.

—No se preocupe, lo comprendo. Ya hablaré de eso con Ramos.

—Eso mismo iba a sugerirle.

—Gracias por su atención señora, me ha sido de gran ayuda —zanjó cordialmente Esteban.

—No hay de qué, que pase una buena tarde.

—Igualmente, hasta luego.

Estaba más desconcertado que antes, si cabe. ¿Qué llevaría a una joven tan guapa como aquella a querer quitarse la vida? Y todavía peor, ¿qué relación podía tener eso con las fotografías que se habían publicado en el periódico? O era muy corto de miras o aquello no tenía ni pies ni cabeza, era un auténtico disparate.

Escribió un mensaje de texto y lo envió al móvil de Granados: «No prendas fuego a la redacción, la chica no está muerta. Cuando sepa algo más te llamo». Después se acabó su sándwich de pavo, las papas no estaban siquiera crujientes.

Miró su reloj de pulsera, eran algo menos de las siete, y pensándolo bien no tenía nada que hacer en casa. Además, estaba más animado de lo normal y le sentaría bien un poco de aire fresco. Pensó en coger el Renault pero no había pagado el seguro ni pasado la ITV, así que buscó las llaves de la Lambretta, una moto tipo Vespa de los sesenta que aunque tampoco había pasado la inspección al menos sí tenía seguro obligatorio, y resultaba algo más discreta, o eso pensaba él.

Embutido en su chaqueta de piel de imitación, Esteban recorrió de nuevo la sinuosa carretera que habría de llevarlo hasta el preventivo. El otoño ya estaba bien entrado y el aire dejaba caer soplos invernales que anunciaban la estación próxima. Cada vez anochecía más pronto, y el ascenso a la montaña fue perpetuado esta vez en una palidez azul sobrecogedora.

Ya casi había llegado. Pasó por el lugar en que la vez anterior estaba aparcado el Volkswagen azul, y continuó hasta tomar el camino de tierra y toparse con el veterano, aquel árbol gigantesco que parecía observarlo todo desde su melancólica caída de las hojas. Cuando bajó de la motocicleta y se quitó el casco, recordó cómo aquel anciano de rojo se había abrazado al tronco, y no pudo evitar acariciar la corteza al pasar de largo. El edificio se mostraba opulento en los tonos grisáceos del crepúsculo ya consumado, y no se veía un alma, parecía una casa encantada.

Pronto se halló en el corredor principal. Los tubos halógenos alumbraban de forma intermitente el hall, que se perdía a izquierda y derecha. Esteban recordaba el camino a la sala de juegos, y puso rumbo a ella. Al acercarse a la puerta pudo escuchar una vocecilla que escapaba del interior y entró con cuidado, no queriendo interrumpir. Para su sorpresa, allí solo había una mujer, y no parecía tan mayor como para ser una interna. Sentada en la mesa del bingo, hacía rodar el bombo sin cesar, mientras recitaba de carrerilla un discurso ininteligible.

—... todas las mujeres, y... fruto... vientre...

¿Estaba rezando? Esteban captaba palabras sueltas, pero aquello le sonaba vagamente al Ave María. Se acercó con suma delicadeza.

—Señora. ¿Se encuentra bien?

Pero la mujer lo ignoraba, seguía a lo suyo haciendo girar el bombo como en estado de trance, sus palabras enturbiando más la escena, si eso era factible.

—¡Hijo! ¡Ha venido a verme! —se dirigió a él de pronto, los ojos iluminados y la manivela todavía girando.

Esteban sintió que alguien lo observaba. Desvió la mirada y reconoció a Ramos junto a la puerta que daba al patio. El director le indicó con un gesto que le siguiese la corriente a la señora, y él titubeó un instante sin saber qué hacer.

—Sí madre... He venido a verla. ¿Cómo se encuentra?

—Javier. ¿Por qué nunca vienes a visitarme? Te estaba esperando. He hecho ese arroz que tanto te gusta.

Un brillo sobrecogedor apareció en sus ojos, como si en algún lugar recóndito de su cabeza, la mujer fuese consciente de su propia farsa. A Esteban no se le daban bien aquel tipo de situaciones, estaba rígido, y Ramos lo azuzaba con señales desde el otro extremo de la habitación para que continuase.

—Su arroz es el mejor del mundo madre —trató de salir del atolladero—. No sabe cuántas ganas tenía de comer un plato con usted.

La mujer enmudeció en un semblante de extrañeza.

—¡Tu no eres mi Javier! ¿Quién eres? ¿Quién eres?

Esteban imploraba para sus adentros que el director interviniese, y al fin este pareció compadecerse de él.

—Venga señora Julia, acompáñeme. La cena está servida —la ayudó a levantarse—. Hoy tenemos un rico puré, ese que a usted le gusta tanto.

—No me gusta el puré —se quejó ella, todavía observando a Esteban.

—Claro que sí, ya verá, esta vez ha salido mejor que ninguna otra. Está exquisito.

Su rostro se desfiguró en una mueca de poco convencimiento. Resultaba graciosa después de todo. Ramos sonreía, una cuidadora entró y se llevó a la anciana con toda la paciencia del mundo, a pasos lentos y descompasados. Por ende, únicamente quedaron ellos dos.

—Tiene vocación. Con un poco de esfuerzo sería un buen voluntario.

—Quizá, vine porque oí que había una vacante.

Aunque no lo había dicho pensando en Aristeo, Ramos lo interpretó así. Su expresión se hizo gélida. Desde el luego el comentario no había estado muy fino.

—¿A qué ha venido?

—Dígame usted.

El director pareció plantearse si continuar la conversación o despacharlo sin más.

—Siéntese —le indicó una silla con la mano diestra, para luego hacer él lo propio y tomar asiento justo enfrente.

—¿Y bien?

—Le dije que no publicase esa fotografía. ¿Por qué lo hizo?

—No vi nada malo en ello. Sinceramente.

—Pues mire por dónde señor Belmez, su desfachatez ha estado a punto de provocar la muerte de una persona.

—Pero bueno esto es absurdo... no veo cómo pueda estar relacionado lo uno con lo otro.

—Ahí le doy la razón en parte, debí haberle explicado mejor las circunstancias que han desembocado en esto.

—¿Cuáles son? —espetó Esteban a la defensiva.

—Le menté en cierto modo, el otro día cuando tomó la foto —le estaba costando abrirse, pero eran notorios sus esfuerzos—. No eran los ancianos quienes me pidieron no aparecer en el reportaje.

—Fue ella —se adelantó el fotógrafo, y Ramos asintió con la cabeza.

—¿Recuerda que no era yo quien tenía que recibirles inicialmente?

—Pues no, la verdad es que no estaba muy puesto en el tema.

—Da lo mismo. Había discutido el tema con ella días antes, y no sabe lo testaruda que puede llegar a ser cuando quiere. Como siempre, al final acabé cediendo y les atendí personalmente, pero debió haber sido ella quien los guiase por el centro.

—Nadie diría que es usted el jefe.

—Eso es lo de menos. El caso es que a ella nunca le ha gustado relacionarse con la prensa, y mucho menos aparecer en ella. Tenemos la misma discusión cada vez que se nos presenta una ocasión parecida.

—¿Y es eso motivo suficiente para suicidarse?

—Para ella sí —aseveró el doctor—. Mire, usted no lo entiende y no le culpo por ello. Aristeia sufre de depresiones, algo que para usted no tiene importancia para ella puede magnificarse hasta cobrar una importancia tremenda.

—¿Aparecer en un periódico? —replicó incrédulo.

—Sí, aparecer en un periódico. Por increíble que le parezca.

Ambos se estudiaban minuciosamente, sus posturas eran demasiado distantes como para hallar consenso, y una vez más fue Ramos quien buscó suavizar el tema.

—No espero que lo comprenda señor Belmez, pero es la verdad.

—Me es difícil creerle. Ahí hay algo más, y usted lo sabe tan bien como yo. Además, usted mismo ha dicho que discutieron por el tema, si sabe que le afecta tanto... ¿por qué no se lo pidió a otro?

—Pues precisamente por intentar ayudarla a superar ese trauma, es algo superior a ella. Y por supuesto que hay más, pero esa foto fue el detonante, se lo aseguro.

—Quizá debiera preguntárselo a ella. Así acabaremos con esta discusión inútil.

—Es libre de hacerlo, aunque le aconsejaría dejar las cosas como están. No ganaría nada.

—Dígame una cosa. ¿Por qué es tan proteccionista con ella? No acabo de entenderlo. Después de todo es una trabajadora más. ¿O me equivoco?

Esteban acababa de dar con el punto débil de Ramos, que se revolvió en su silla ofendido.

—¡Por supuesto que Aristeia no es una trabajadora más! Puede preguntarle a quien quiera del centro. Aristeia es la mejor cuidadora que hemos tenido nunca. Todos aquí la adoran y la admiran.

—¿No afectan sus depresiones al trabajo? Es difícil imaginar que una persona tan inestable sirva para esto.

—Se equivoca otra vez señor Belmez, este sitio es perfecto para ella. Aquí no sufre esos achaques, no podría haber un entorno más propicio para ella, y si la conociese sabría que estoy en lo cierto. La residencia la ayuda de la misma forma que ella ayuda a los ancianos, es algo recíproco.

Esteban estuvo a punto de reír.

—Perdóneme, y sin ánimo de ofender. Pero me da la impresión de que están todos locos. No sé por qué demonios ha llamado a mi periódico para causarme problemas. De verdad que no lo entiendo.

—Estaba furioso, eso es todo.

—¿Lo ve? Eso sí me lo creo. ¿Por qué no se sincera de una vez y me cuenta lo que está pasando?

—Ya lo he hecho. Si no le convence es problema suyo.

—Mira Hernán, y permíteme que te tutee. Ni siquiera el suicidio tiene sentido. ¿Cómo se supone que una persona se corta las venas en la bañera de su casa y sobrevive? ¿Salió a ponerse un esparadrapo?

Por un momento el director quedó reflexivo, probablemente intentando discernir de dónde había sacado aquella información.

—No tendría por qué darte explicaciones, pero la encontró una vecina.

—¿Entró a pedir sal?

—¡Pues no! ¡Mira por dónde! Resulta que su marido estaba pegándole una paliza, y encontró a Aristeia moribunda cuando trataba de refugiarse en su casa, como había hecho tantas otras veces.

Esteban aseveró el gesto, borrando de su semblante el sarcasmo y la ironía.

—Puede comprobar la denuncia si quiere. La mujer corrió a casa de Aristeia en busca de ayuda. No tenía a dónde ir y ella la había ayudado varias veces. Además, como nunca sale por las noches sabía que estaría allí. ¿Le convence esta historia? —había furia en su mirada—. Llamó al timbre y aporreó la puerta sin obtener respuesta, lo cual le pareció muy extraño, teniendo en cuenta que había varias luces encendidas. Y entonces, gracias a Dios, y no me importa si fue buscando cobijo o queriendo ver qué pasaba, decidió entrar por la ventana de la cocina, que no estaba bien cerrada.

Belmez examinó con cautela los ojos de Hernán, y parecía decir la verdad. Había emociones impresas en cada una de las palabras que desgarraban su garganta.

—En su declaración, la vecina afirma haber entrado al aseo en busca de algo con que desinfectar sus propias heridas. Y allí encontró a Aristeia, bañándose en su propia sangre. ¿He de ser más explícito, o ya se hace una idea?

Esteban había palidecido. Los detalles de la narración habían acabado por convencerlo muy a su pesar, y le producía una sensación macabra tratar de recomponer los sucesos. La pregunta seguía siendo la misma. ¿Qué? ¿Qué arrastra a una joven a hacer algo semejante?

La charla pasó a ser algo más distendida, y aunque no acababan de cuajar las piezas del rompecabezas, ya no recelaba tanto sobre Hernán. A pesar de que sonaba raro, siguieron tuteándose.

—¿Entonces vas a tomar algún tipo de represalias contra mí o el periódico?

—Claro que no. Cuando llamé a la redacción estaba algo nervioso, nada más.

—Te lo agradezco, no creo que llegases a nada, pero me ahorraras más de un quebradero de cabeza.

El director esbozó una sonrisa, se había relajado considerablemente tras soltarlo todo. Belmez volvió a dirigirse a él.

—¿Y cómo está ella?

—Saldrá del paso, había perdido mucha sangre pero lograron reanimarla. No se cuántos litros fueron, pero tengo entendido que necesitó una transfusión importante.

—¿Está consciente?

—Sí, pero no quiere hablar con nadie. Supongo que estará avergonzada. Permanecerá unos días más en observación, los médicos tienen miedo de que vuelva a hacer una locura.

—¿Qué crees? ¿Volverá a intentarlo?

—Me gustaría poder decir que no, pero no lo sé...

—Oye, te pido disculpas por lo de antes, suelo ser así de escéptico por costumbre.

—Aceptadas, a decir verdad mi llamada al periódico tampoco estuvo muy acertada.

—No te preocupes, hablaré con Jorge y se le pasará el enfado. Por otra parte, si puedo hacer algo para reparar el daño ocasionado no dudes en decírmelo. Nunca imaginé que una foto causara tanto revuelo. Ojalá mis exposiciones generaran tanta controversia.

—¿Has expuesto alguna vez?

—Poca cosa, es un mundo difícil. La gente que decide lo que es arte hoy en día hace demasiado tiempo que lleva corbata, pero el arte está en las calles.

—Si montas algo dame un telefonazo. Tengo curiosidad por ver lo que haces.

—Eso está hecho.

Por un momento volvió a mirar a Ramos con recelo, su cambio de actitud era un tanto exagerado. ¿Ahora se interesaba por su trabajo? No obstante nada alimenta más la vanidad de un artista que el interés de un desconocido, y Esteban optó por darle un voto de confianza.

—Estoy peleando por conseguir un hueco en alguna galería importante.

—Te deseo suerte —el director se levantó, estaba claro que quería dar por terminada la tertulia.

—Gracias.

Estrecharon las manos, y bajo esa amabilidad por parte de ambos había algo ficticio. Por mucho que se esforzaran, sus personalidades seguían chocando.

—¿Crees que debería ir a verla? —preguntó Esteban una vez en el pasillo.

—No, la verdad es que no lo veo muy apropiado.

La mujer que había estado dando vueltas al bombo del bingo merodeaba por el hall. Ramos aprovechó para cambiar de tercio.

—Ya está otra vez. La gente no sabe hasta dónde puede llegar el alzheimer. ¿La ve? Dentro de nada probablemente vuelva a sentarse en la mesa de juegos.

—¿Por qué lo hace?

—Sus hijos dicen que ha sido muy bingüera toda la vida. La enfermedad le ha hecho olvidarse de ellos, de sus nietos y de aquellos que fueron sus amigos. Pero eso no es lo peor, Julia no recuerda cosas elementales como comer o lavarse. A veces hace un amago de levantarse pero no se mueve de la silla, como si no supiese andar, y se mira los pies preguntándose qué pasa. No obstante siempre recuerda ir a la mesa a jugar al bingo, resulta casi cruel.

—Venga aquí señora Julia, ya ha paseado suficiente por hoy —Ramos la cogió del brazo—. Es hora de ir a la cama.

Esteban miró el reloj, eran algo más de las nueve. El director captó su extrañeza.

—No todos se acuestan a estas horas, los que se defienden por sí mismos tienen libertad de horarios. Hay televisión en todas las habitaciones, y en casos como el de Julia una cuidadora les hace compañía hasta que se duermen —se dirigió de nuevo a la mujer—. Venga señora, acompáñeme por aquí.

Entró con ella a una habitación en la que había varias enfermeras, y dijo algo a una de ellas, que se hizo cargo del asunto.

—Disculpa, pero no podía dejarla en medio del pasillo.

Esteban asintió con la cabeza, y salieron al exterior por la entrada principal.

—¿Acabas ya?

—En realidad hace rato que he terminado.

—Siento haberte entretenido.

—No, no, tampoco tenía nada mejor que hacer.

—Te acompaño hasta el coche entonces.

—No he venido en coche —se rió abiertamente Hernán.

—¿Te llevo a algún sitio? —señaló la Lambretta cerca del veterano.

El director abrió los brazos sin moverse del sitio, y todavía sonriente le dedicó al fotógrafo unas últimas palabras.

—Esta es mi casa Esteban, yo vivo aquí.

El viaje de vuelta se diluyó entre conjeturas y extrañas revelaciones. Belmez se esforzaba por creer a pies juntillas lo que acababa de escuchar, pero aún así había algo que se le escapaba, una sensación molesta que lo llevaba a dar más y más vueltas a todo cuanto acababa de suceder. La carretera pasaba ahora en un segundo plano a sus percepciones, estaba tan obnubilado por aquel quebradero mental que tomada cada curva de forma mecánica, con los ojos en el asfalto pero la mente perdida en algún otro lugar muy distante de allí.

Desde el primer momento la chica le había llamado la atención. Aristeia... el nombre resultaba curioso, sugería algún tipo de deidad griega. Sus ojos lo habían atravesado desde el papel fotográfico, y había publicado aquella foto casi como una provocación, aunque claro está, nunca imaginó los alcances de su inofensiva acción. Seguía sin creer posible que alguien, por muy depresivo que fuese, se suicidase al toparse consigo mismo en el periódico matutino.

Hernán, por su parte, era hermético, engañoso. Una persona difícil de catalogar, hierática y cambiante, a veces amable y otras tantas furiosa, casi desesperada. ¿Qué había entre él y la chica? Por muy bien que trabajase Aristeia la defensa que Ramos ejercía para con ella resultaba un tanto exacerbada, no era algo dentro de lo común. Esteban había trabajado para muchas personas a lo largo de su vida, y nadie hubiese dado la mitad por él de lo que el director daba por ella.

¿Debía ir a verla al hospital? ¿Por qué él no quería que lo hiciese? Lo había mencionado en dos ocasiones y en las dos Hernán rechazó la posibilidad, aunque eso sí, de la forma más sutil que le fue posible. También cabía la posibilidad de que estuviese desvariando, pero aunque nadie le había dado vela en aquel entierro, se sentía poderosamente atraído por los misterios sin resolver, y para qué engañarse, sumamente atraído por ella.

Paró la moto en el arcén y giró la llave de contacto. El motor dejó de rugir, se quitó el casco y se aproximó a un espectacular mirador que había a su derecha. Las parejas solían aparcar allí a admirar el paisaje y lo que después surgiese, pero aquella noche no había nadie. Las estrellas titilaban en lo alto como motitas incandescentes, y la ciudad brillaba a sus pies inmersa en la sosegada noche. Esteban sacó el móvil de su bolsillo y marcó de memoria el número de Jorge Granados.

—¿Sí?

—Oye Jorge no te preocupes, ya está todo solucionado.

—Me alegra oír eso. ¿Cómo ha ido?

—Nada, Ramos ha reconocido que estaba algo histérico y me ha dado la razón —mintió—. Se le fue un poco la cabeza.

—¿Entonces no hay problema?

—No no, ya está todo arreglado. Eso sí, me ha comentado que sería conveniente que pasase a ver a la chica, a la del suicidio.

—¿Para qué?

—Bueno, dice que padece depresiones y que sería de ayuda que le pidiese disculpas, que así no se sentiría tan avergonzada por lo que ha hecho.

—Ya veo. Pues ve, ve, si es lo que hay que hacer hazlo.

—Sí, puede que mañana me pase. ¿Tu suegra sigue trabajando allí?

—Sí, sigue allí, ¿por qué?

—Hazme un favor y averíguame el número de habitación, así no hago cola en recepción por la mañana.

—Está bien, luego te mando un mensaje.

—Oye, una cosa más, ¿te han pasado alguna nota de prensa sobre el suicidio?

—Sí, y es una historia bastante curiosa. La policía nos la hizo llegar esta tarde. Dicen que la encontró la vecina de pura casualidad, cuando huía de su marido, que por lo visto le daba a la bebida y a ella, no se a cual de las dos más fuerte.

—¿Tienes que hacer chistes de todo?

—Ya me conoces. El caso es que entró a la casa queriendo refugiarse y se dio de narices con el pastel. ¿Por qué lo preguntas?

—No, por nada, solo quería ver si las versiones coincidían. Parece que Ramos dice la verdad.

—Sí, oye, qué te iba a decir yo. Podrías sacarme alguna foto del hospital, una foto de la fachada, cualquier cosa me sirve. Las fotos del archivo se han usado ya demasiadas veces.

—¿Para cuándo la quieres?

—Para incluirla en la edición de mañana.

—Joder...

—Bueno, si no puedes no pasa nada, hazlas y ya me las pasas. Mañana tiraremos de archivo una vez más.

—No no, está bien. Ahora me paso, todavía estoy encima de la moto. Llevo la cámara en el asiento.

—Ah, no cambiarás nunca Esteban.

—Sí, creo que a estas alturas ya no tengo remedio. Qué le vamos a hacer.

—Bueno, espero la foto entonces, y ten cuidado, al final te vas a cansar de tanto revelado y acabarás comprándote uno de esos aparatos demoníacos con flash y tarjeta de memoria.

—Correré el riesgo.

—No te entretengo más entonces. Ya hablamos.

—Eso es, hasta luego.

—Y no hagas ninguna locura, que te co...

Esteban no le dio tiempo a terminar, colgó el teléfono y volvió a arrancar la Lambretta, que escupía hollín blanquecino por el tubo de escape cada vez que la ponía en marcha. Se puso el casco y continuó descendiendo la ladera, ahora con la mente en blanco. Se había dado cuenta de que de nada servía conjeturar, y estudió la idea descabellada de visitar a Aristeo, mientras el eco del sonido de su moto se perdía en la montaña y se internaba en las luces fluorescentes de la ciudad.

16  
LA HABITACIÓN 204

Las calles, a pesar de ser apenas las diez de la noche, habían entrado en un estado de languidez insólito. No era que no hubiese gente, o que el tráfico hubiese disminuido, pero Esteban ignoraba su presencia hasta el punto de hacerlos desaparecer. El cielo plomizo había dado paso, poco a poco, a un color azul marino espeluznante, más claro en donde la silueta de la montaña se recortaba contra el cielo. Las masas caminaban abstraídas de todo cuanto les rodeaba, aisladas por medio de cascos que emitían músicas estridentes, o pensamientos que no les permitían ver con nitidez a dos metros por delante de ellos. Aquel día Esteban era uno más, y se perdía entre sus trayectos caóticos como otra mota insignificante del puzzle que formaban unos con otros.

La Lambretta lo condujo a través de una amplia avenida por donde no pasaban demasiados vehículos. A pesar de la chaqueta el aire había helado sus manos y su rostro, pues el casco no era integral —tal cosa hubiese quedado ridícula en conjunto a su moto *vintage*—. Para llegar al hospital tuvo que atravesar la ciudad y adentrarse en la zona norte, y allí los edificios eran más jóvenes y lustrosos que en el centro, no obstante su arquitectura resultaba fría, casi tétrica, en comparación con las familiares construcciones del casco antiguo.

Cuando se apeó de la motocicleta junto a la verja del hospital, se percató de lo pobre que era el alumbrado público en la zona. Las calles estaban en penumbras y, como si todo el mundo hubiese sido tragado por la tierra, no se veía ni escuchaba a nadie. Abrió el compartimento del asiento, sacando con cuidado su mochila negra, y cuando atravesó la entrada a los jardines tuvo que mirar atrás, no le era demasiado agradable dejar su medio de transporte aparcado en aquel lugar tan poco halagüeño.

Al acercarse a la puerta de urgencias se respiraba aquel aire de fatalidad desagradable, esa sensación acrecentada por los malos recuerdos que en ese lugar se recaban a lo largo de una vida. Todo en aquel fotograma era enfermedad, penurias, desesperanzas y tristeza, pero también, aunque en menor parte, alegrías y buenas noticias, recuperaciones y lo que se suele decir milagros. La cámara captó hasta el último matiz de aquellas percepciones cuando el flash iluminó el encuadre, aunque solamente alguien como Esteban era capaz de sacarle tanto sentimiento a la fachada de un hospital.

Retomó el camino hacia la Lambretta después de hacer unas cuantas fotos. No lo había pensado antes, pero probablemente Granados necesitase unos planos de día, así que tendría que volver por la mañana. Se había ya montado en la motocicleta cuando notó que su móvil vibraba en el bolsillo del pantalón, y como siempre que aquello sucedía, rechistó en voz baja para aquel que se atreviera a infortunarlo.

—¿Quién será a estas horas...?

Para su sorpresa y satisfacción, cuando alcanzó el teléfono este ya había dejado de vibrar, era un mensaje de texto, y no podía ser de otro que de Jorge Granados: «Ya he hablado con mi suegra, la chica está en la habitación 204».

La habitación 204... de pronto la visión del hospital se tornó a un color rojo carmín, una tonalidad chillona y atrayente que lo llamaba para sus adentros. La habitación 204. Ya había insertado las llaves en el contacto, pero sin pensarlo las extrajo y se quedó sentado en el asiento, su cabeza desmontando las diferentes posibilidades. Sin duda era bastante descabellado presentarse allí como una visita, ¿qué iba a decirle a la chica?, pero otra parte de su cuerpo ajena al control de su voluntad ya se había levantado y había recorrido medio trecho en dirección a la puerta de entrada.

Penetró los muros con unos leves síntomas de mareo, y omitiéndolos, aprovechó la distracción de la recepcionista para colarse en el pasillo de urgencias. Una luz verdosa lo impregnaba todo, como si se tratase de un ente con vida propia que se adhiriese con furia a las paredes. El olor a lejía parecía anunciar una reciente desinfección, de mobiliario, de cuerpos, y de almas, almas errantes en sus dolorosas enfermedades que habían impreso su huella mortuoria en cada rincón del triste escenario.

A su derecha e izquierda pasó varias salas de espera que, vacías, hablaban de soledad y abandono. A esas horas de la noche se aparcaban los dolores a un lado, como si molestasen más de lo habitual. Los familiares de visita volvían a sus casas con la sensación de haber contribuido mínimamente a la salvación de sus propios espíritus, aunque remordiéndose en su conciencia porque sabían que no volverían hasta dentro de un largo tiempo, si es que volvían. Después, de puertas adentro, quedaban aquellos a los que el cuerpo ya no les permitía abandonar aquellos muros prefabricados, esos que esperaban a que la parca se apiadase de ellos tumbados en un lecho frío de una habitación compartida.

Esteban no soportaba los hospitales, siempre que pisaba uno de ellos un sentimiento claustrofóbico se iba adueñando lentamente de él. No obstante aquel día anduvo abstraído de esas y otras impresiones desagradables, tenía muy claro que quería llegar a la habitación dos cero cuatro. Accedió a la segunda planta por los ascensores, y compró una botella de agua grande de una máquina expendedora junto a los montacargas. Con un poco de suerte la enfermera de guardia no preguntaría, y pensaría que estaba velando a alguno de los pacientes y que había salido momentáneamente para hacerse con la bebida.

La psicología funcionó a medias. Cuando pasó junto a la mujer de bata blanca, esta se quedó mirándolo, seguramente tratando de discernir si efectivamente Esteban estaba pasando la noche allí o era un intruso. Puede que fuese la pereza, o tal vez la cara de no haber roto un plato que puso el fotógrafo, pero el caso es que la oronda enfermera no se movió del sitio, se limitó a pasar página de la revista que sostenía entre las manazas rechonchas. Él, por su parte, deseaba casi con desespero haberse internado en la parte correcta del pasillo, pues equivocarse de habitación daría con su plan al traste. Sus ojos se clavaban en el número de cada puerta disimuladamente, mientras sentía en la nuca el escozor de la mirada furtiva de aquella mujer vigilante.

Ciento noventa y ocho, doscientos, doscientos dos... doscientos cuatro. No tuvo tiempo para pensarlo dos veces, giró el pomo y penetró en la estancia, que se perdía en las tinieblas de una noche de otoño. Cerró tras de sí, la espalda apoyada contra la puerta, y vio que la primera cama estaba vacía. La habitación se dividía en dos partes mediante una tela azul que la atravesaba de lado a lado, otorgando algo de intimidad a cada una de las dos literas: la primera inocuada, la segunda oculta tras el velo. Como si fuese un niño travieso que se cuela en una propiedad ajena a por su pelota de fútbol, el corazón comenzó a latirle fuerte y constantemente.

Se acercó muy lentamente, mientras su ángulo de visión jugaba con él como en una broma macabra. Cada paso que daba lo acercaba más a los pies de aquella cama con ruedas. La frialdad del metal y de los mecanismos arcaicos bajo el colchón lo turbaron, pero más lo hizo aquella silueta desdibujada sobre el blanco ominoso de las sábanas ásperas. Era capaz de distinguir unas piernas estilizadas, el lienzo se escurría definiendo sus curvas y marcando el recorrido hasta las caderas, perfectas y prietas. Después la cintura, y unos discretos pechos que apenas se adivinaban bajo el ropaje de cama. El rostro dormía.

Esteban quedó paralizado, como una escultura de hielo que tuviese sus horas contadas, viva solo en la fugaz noche para derretirse por la mañana. Estaba comenzando a arrepentirse de haber entrado allí cuando un fuerte sonido a sus espaldas lo sobresaltó. Dio la vuelta a toda prisa y vio que la puerta estaba abierta de par en par; el ruido probablemente provocado al chocar esta contra la pared. La enfermera oronda cerró los ojos en un gesto de culpa por el escándalo provocado, para acto seguido dirigir una mirada de pocos amigos al fotógrafo: había descubierto su farsa. La chica de la cama seguía sin moverse.

—¿Quién es usted?

—Dios, que susto me ha dado —trató de ganar tiempo él—. Soy su hermano.

Acabó de pronunciar la frase sin creerse lo que acababa de decir, su mentira se desmoronaría tan rápido como un castillo de naipes. El semblante de la mujer, de hecho, no resultaba demasiado satisfecho con su torpe explicación, había alzado la mano a modo de reprimenda cuando una nueva voz la interrumpió a sus espaldas.

—¿Qué ocurre?

Por alguna extraña razón a Esteban se le erizó todo el vello del cuerpo, aquel melódico susurro lo sobrecogió en parte por lo inesperado, y en parte por el suave deje de la tonalidad con que había llegado embelesando sus oídos.

—¿Conoce a este señor? —preguntó la enfermera a la chica, Esteban todavía incapaz de girarse.

—Sí, es mi hermano, ha salido a por una botella de agua.

Aquello era lo último que hubiese esperado Belmez y, torpemente, alzó la bebida en un gesto de idiotez difícilmente descriptible, zarandeándola para que el líquido hiciese algo de ruido. La expresión de la enfermera, no obstante, no había cambiado un ápice. Pasaron unos segundos hasta que volvió a hablar de nuevo.

—Está bien, no hagan ruido. Los demás duermen hace rato —y con esto desapareció, cerrando ahora con mucha más delicadeza que con la que se había abierto paso instantes atrás.

El silencio arrojó a la pareja en un manto de distanciamiento y rareza. Esteban se preguntaba mil cosas a sí mismo mientras daba media vuelta para encontrarse cara a cara con ella. ¿Qué hacía él allí? ¿Cómo iba a justificar su presencia? ¿Estaría ella disgustada con él por la foto del periódico? ¿Por qué había apoyado su coartada afirmando que era su hermano? Todas las cuestiones se diluyeron ante la visión de sus ojos, aquellos luceros oscuros que lo habían atrapado desde la primera vez que los viese en la fotografía. La palabra era y seguiría siendo «ficticio», había algo falso en aquella mirada penetrante y oscura, un doble sentido que escapaba a simple vista. El fotógrafo la examinaba como si estuviese perpetuando una de sus sesiones de revelado, pero ella era como un negativo que no se deja positivar, un enigma cerrado de sonrisa engañosa que lo observaba tranquilamente, esperando a que él diese el primer paso.

—Hola —acertó a decir torpemente, sintiéndose estúpido desde la primera sílaba—. Probablemente te preguntes quién soy y qué hago aquí.

—¿El agua es para mí? —lo interrumpió ella—. Tengo sed.

Esteban se aproximó nervioso, solamente lo suficiente como para pasarle la botella. Después se retiró a pequeños pasitos hasta dónde estaba, mientras tanto ella conseguía abrir el tapón y bebía a morro el primer trago.

—¿Por qué has hecho eso?

—¿El qué?

—Decir que yo era tu hermano.

—Llevo ya unas cuantas horas tendida en una cama, a estas alturas se agradece casi cualquier tipo de conversación. Además sé quién eres, y tengo curiosidad por saber qué es lo que te ha hecho venir hasta aquí a estas horas de la noche —lo miró sonriente, nadie diría que había intentado suicidarse tan recientemente—. Porque algún motivo habrá...

—En realidad quería pedirte disculpas.

—¿Disculpas?

—Sí, por la foto del periódico. Ramos me dijo que detestas ser un personaje público.

Su rostro era inexpresivo, solo sus párpados se estiraron hasta dejar la totalidad de sus globos oculares al descubierto. Después, volvieron pausadamente a su lugar de origen, y toda la atención siguió recayendo en sus engañosos iris marrones.

—Ramos tiende a exagerar las cosas— sin saber muy bien por qué, a Esteban le dio la impresión de que no decía la verdad—. No tenías por qué pedirme perdón, pero ya que estás aquí lo acepto y te lo agradezco.

Otra vez más nada tenía sentido, después del cirio que había montado el director por la dichosa instantánea, ella le restaba toda la importancia de un plumazo. Alguno de los dos mentía, si es que no lo hacían ambos, y aquello le hubiese dado igual a Esteban en otras circunstancias, pero el hecho de que todo girase en torno a una de sus imágenes, lo empujaba inexorablemente a querer descubrir lo que realmente se escondía tras aquella absurda disputa. Como se suele decir simple y llanamente: le habían tocado los huevos.

—Entonces. ¿No te ha molestado que se publique la foto?

—Mínimamente, sabía que algún día tenía que pasar.

La chica hablaba como quien sorbe su café en una cafetería. Normalmente los seres humanos son de psicología débil, el hecho de permanecer en la cama de un hospital tras su propia tentativa de muerte es algo que minaría la confianza de cualquier persona, y no obstante ella permanecía hierática y sosegada, como el agua que en lugar de enfrentar un terreno fluye por él.

—Te puedo preguntar por qué te molesta tanto salir en la prensa?

—La verdad es que no. Sin ánimo de ofender, pero no es asunto tuyo.

Se respiraba un aire incómodo. Esteban, que todavía estaba de pie, comenzó a cuestionarse si había hecho bien yendo allí. Para su sorpresa, fue ella quien rompió el hielo.

—Leí tu entrevista, la que te hicieron en el Urbe.

—¿Ah sí? ¿Y que te pareció?

—Bastante graciosa la verdad.

El calificativo de «graciosa» no resultó demasiado alentador, Esteban frunció el ceño.

—Sobre todo la parte en que relatas algunas de tus excentricidades. Me encantó aquello de tu colección personal.

—¿La de los gatos? —siempre se entusiasmaba cuando le preguntaban por su trabajo.

—Sí, la misma. De hecho me preguntaba si serías uno de esos.

Él la inquirió con la mirada, ¿a qué demonios se refería?

—El tipo de gente que dice apasionarse por un animal y luego no tiene ninguno en casa —Esteban suspiró molesto—. No me lo digas... ¿alergia verdad? Justo lo que pensaba.

Conversar con ella era más bien aguantar sus embistes, bajo cada oración de su retórica inocente se amagaba un irónico doble sentido. Resultaba exasperante y divertido, hacía tiempo que Esteban no topaba con semejante facilidad verbal.

—Pues no, mira por dónde —tomó asiento en un sillón reclinable cerca de la litera—. Tuve uno hasta hace bien poco, pero murió de viejo, se llamaba Sirius.

—¿Sirius? —soltó una risotada—. Me alegra oír eso, de verdad.

Mientras ella respondía con la cabeza ligeramente ladeada, él reparó en algo que no había visto hasta entonces, ahora que estaba más cerca. Aquello le produjo un pequeño calambre en la nuca, pues aunque Aristeo no habría cumplido los treinta, las raíces de sus cabellos eran pálidas. Las canas nacían en su frente y se diluían en el negro turmalina del conjunto de sus cabellos. ¿Qué clase de mujer tiene unas canas tan pronunciadas a los veintitantos? Esos signos de vejez prematura descolocaron a Esteban por completo. Había escuchado decir que el pelo puede clarear o incluso caerse debido a los nervios o algunas deficiencias vitamínicas, la miró de arriba abajo, sus marcadas curvas le hicieron descartar la segunda posibilidad, era delgada pero no como para sugerir ningún síntoma de desnutrición. ¿Qué habría pasado por aquella cabeza? ¿Qué la perturbaba tanto como para atacar su sistema nervioso con tal ferocidad? ¿Qué secreto escondían sus naturales movimientos y su sonrisa afable?

—Sácame de aquí.

—¿Qué?

—Sácame de aquí, por favor. Necesito ir a casa.

Su mirada lo atravesó, entretanto él no salía de su asombro. Resultaba casi enternecedor verla en ese estado implorador. Como por arte de magia, su gesto había cambiado de aquella pasividad irónica a la súplica, y eran apenas perceptibles los movimientos que ejecutó su rostro hasta adoptar dicha postura, como si hubiese permanecido estático. Sin embargo transmitía, y mucho.

—No puedo hacer eso —pronunció él con dificultad, casi deseoso de arrastrarla consigo fuera de aquel lugar—. Lo siento.

Aristea esbozó una mueca de asentimiento, como si esperase esa respuesta desde un primer momento. A él le pareció que hacía esfuerzos por ocultar su decepción, y tras unos ensanchados segundos de silencio, comenzó a sentirse incómodo.

—Bueno. Había venido únicamente a pedirte disculpas. Creo que es mejor que me vaya.

Se levantó azorado, sin querer mirarla a la cara, aquella mujer ejercía un extraño poder sobre él, hasta tal punto que su propia voluntad se perdía en la oscuridad de sus ojos. Ella no dijo nada, pero él podía sentir su enigmática presencia a sus espaldas, escrutándolo y analizando cada uno de sus pasos. Cuando tuvo el puño cerrado

sobre el pomo de la puerta, volvió a escuchar aquella voz, y la imagen de sus labios carnosos moviéndose con sutil sensualidad lo zarandó. Su subconsciente le estaba jugando una mala pasada.

—No te vayas. Quédate por favor.

No necesitaba decirlo más alto ni proferirle una entonación especial. Esteban se giró hipnotizado, y observarla de nuevo lo sumergió en un singular estado de agitación.

Era de gran intensidad y carácter el mutismo que los envolvía, una quietud solo perturbada por sus propias voces, que sin quererlo se vieron enredadas hasta altas horas de la madrugada. Halaron de cosas sin importancia, como dos amigos que cansados de tocar temas delicados pasan simplemente a hacerse compañía, y aunque no era el caso, una extraña complicidad se descubría a medida que avanzaba la conversación. Quizá engañado por esa sensación agradable de mutua confianza, Esteban se atrevió a dar el paso.

—No lo comprendo —ella lo miró divertida—. Dime, Aristeia ¿por qué querría quitarse la vida alguien como tu?

Era una de esas preguntas que sin importar cómo se formulase, siempre estaba envenenada.

—¿De verdad quieres que te responda a eso?

Tenía gran habilidad para hacer recaer la responsabilidad en terceras personas. Esteban se encogió de hombros.

—No es tan sencillo. No es algo que se pueda explicar con unas pocas palabras.

—Déjalo, da igual. Ha sido una estupidez por mi parte.

—No, no, está bien. Es normal que preguntes —ladeó la cabeza—. La mayoría de gente que conozco quiere hacerlo y no se atreve. Preguntarme, quiero decir. Creen que si lo hacen me voy a romper en mil añicos o algo parecido, pero no saben lo equivocados que están.

Él no salía de su asombro, resultaba algo psicótico verla hablar de forma tan natural después de lo que había pasado.

—Tienen a atribuir demasiada importancia a su propia persona, como si descubrirse capaces de destruirme les hiciese sentirse importantes. ¿Pero sabes qué? No lo son, al menos en ese aspecto. ¿Los motivos de mi desesperada acción? Son más complicados que eso. El cerebro humano es más complejo de lo que imaginamos, puedes soportar mil penurias, o extrañarte sintiendo satisfacción al vislumbrar ciertos horrores, y luego derrumbarte por el detalle más insignificante. Es esa pequeña bofetada que te da donde más te duele, en un lugar que ni siquiera sabías que existía. Dios nos hizo caprichosos Esteban, a su imagen y semejanza.

—¿Crees en Dios?

—¡Ha! Esa si que no la esperaba.

—¿Y bien?

—A mi manera, creo en algo. Siempre me ha parecido muy triste pensar en que todo termina sin más después de la muerte. Toda una vida equivocándonos, aprendiendo, evolucionando... ¿para nada? Que tragicomedia.

Estaba visiblemente animada por la charla, las cuestiones que él le lanzaba a quemarropa parecían proporcionarle entretenimiento, más que otra cosa. Esteban llegó a plantearse si sus contestaciones eran ciertas o formaban parte de su juego.

—¿Y tú Esteban? ¿Crees en algo?

—Hmmm...

—¿Sí o no? No es algo que tenga que pensarse.

—No lo sé, hay demasiadas cosas sin sentido en el mundo.

—¿Esa qué clase de respuesta es?

—No me lo he planteado seriamente. ¿Acaso no puede uno vivir sin más?

—¿Vivir sin más? Que falta de romanticismo.

—¿Qué tendrá que ver el amor con esto?

—¿Amor? Nadie está hablando de amor. Te hablo de levantarte una mañana y sentir de pronto que todo encaja, que cada minúsculo mecanismo de este mundo tiene su por qué, su pequeña función en el rompecabezas.

—Siento habérmelo perdido.

—Yo siento que no seas capaz de tomártelo en serio.

—Sí me lo tomo en serio, solamente discrepo, nada más.

—Entonces déjate la ironía en casa.

—Habló la reina de Saba.

—¿Lo ves?

—¿Ver el qué?

—¡Bah! Da igual, déjalo estar.

Muy a pesar de Esteban, había algo de química entre ambos, unas tímidas chispas incandescentes que lo quemaban entre frase y frase. Aquello era algo difícil de encajar en su estilo de vida solitario, en su alocada forma de ver la vida y las cosas en general. Él era Esteban Belmez, el fotógrafo *freelance*, y quedaba mucho menos heroico al añadir la coletilla de «esposo de». En cualquier caso estaba desvariando, y eso no podía ser bueno.

—¿Te gustaría tomar un café? —¿Pero qué demonios estaba diciendo?—. Quiero decir, cuando te recuperes. Me gustaría invitarte, por las molestias causadas.

—¿Un café? Despacio vaquero —se burló ella de su nerviosismo—. No suena mal del todo.

¿Pero qué le estaba pasando? Le sudaban las manos, todo el cuerpo le ardía inexplicablemente y el corazón le bombeaba a un ritmo desbocado. Estaba atarantado, como un adolescente al que están a punto de regalarle su primer beso, y ella, por la forma en que lo miraba, parecía divertirse viendo su estado alterado. Hacía años que no tenía aquella sensación, aquel escozor en la boca del estómago y el vacío temporal ante cada respuesta, como si se jugase la vida cada vez que abría la boca. Al final, como siempre, acabó diciendo una estupidez.

—¿Por qué no ahora?

—¿Ahora, aquí? No sé siquiera si puedo tomar café todavía.

—No creo que te mate.

Se levantó, el café había resultado una excusa barata para salir de allí. Estaba diciendo demasiadas tonterías y no se reconocía a sí mismo. Él no solía actuar de aquella forma, solía tener el control de la situación, pero había algo en Aristeia que le provocaba una extraña inquietud. Una especie de respeto que la hacía más atrayente, más inalcanzable y exótica.

Cerró con cuidado la puerta al salir de la habitación, la enfermera oronda lo miró desde su butaca rancia con cara de mala leche. Esteban pasó junto a ella y se detuvo cerca, frente a la máquina de bebidas calientes, buscó monedas sueltas en el bolsillo y le dio al botón de café con leche, uno solo de azúcar. Repitió la operación y cuando tuvo un vaso humeante en cada mano, recogió el cambio con dificultad y puso rumbo a la dos cero cuatro. Su amiga la enfermera lo miró de soslayo.

—Son los dos para mi —dijo para evitar problemas.

La mujer no se inmutó, dando un lametazo a sus dedos índice y pulgar para pasar página de su revista del corazón. Pronto, Esteban volvió a internarse en las penumbras de la habitación.

—Gracias —susurró Aristeia calentándose las manos con el vaso.

—No hay de qué.

La charla parecía haberse congelado, como si al salir de la habitación Esteban hubiese perdido todo el acercamiento previo. Los sorbos de café se sucedían ruidosos ante la falta de palabras, pero él, bebedor compulsivo donde los haya, acabó pronto el suyo y se vio casi obligado a decir algo.

—Aristeia es un nombre curioso.

—¿Por qué no hablamos un poco de ti? Esto parece un interrogatorio —él se encogió de hombros—. Significa la que brilla, la que destaca entre las demás.

—Que incandescencia.

—¿Siempre haces eso?

—¿El qué?

—Ese tipo de comentarios sarcásticos.

—Supongo. Soy así, qué le vamos a hacer.

Ella se acercó el vaso a los labios, y el humo que manaba de su interior se antepuso a la visión directa de sus ojos, como un velo sobrenatural que acrecentara el poder de su enigmático brillo.

—¿Sueles hacer esto con frecuencia?

—¿Visitar a desconocidas en un hospital a medianoche? No, es la primera vez.

Aristea acabó su café y alargó el brazo para dejar el vaso vacío en la mesita de noche. Esteban no pudo evitar fijarse en los vendajes.

—Voy a hacerme el alta voluntaria.

—¿Qué?

—Me va a dar algo en esta cama. No soporto estar un minuto más aquí.

—Nadie va a darte el alta a estas horas.

—Entonces me voy sin más.

—¿Pero qué dices, te has visto el brazo?

—Son solo unos puntos, volveré a que me los quiten, o lo haré yo misma.

—Mira, vamos a hacer una cosa. Duérmete, y yo me quedaré aquí por si te despiertas y necesitas hablar con alguien. Mañana por la mañana que te vea el doctor, y hacemos las cosas bien hechas.

—¿De verdad vas a quedarte?

—No tengo nada mejor que hacer —mintió, tenía que revelar las fotos de la fachada y sacar otras por el día, pero pensó que podría hacerlo en orden inverso.

—Pero si acabas de conocerme.

Inexplicablemente aquello le provocó una punzada en el pecho.

—Me caes bien, y no quiero que te desangres en un callejón. No es tan difícil de comprender.

Aristea esbozó una sonrisa, como conmovida por la pronta dedicación de Esteban. Después, sin decir nada más, se tapó con las sábanas y cerró los ojos. De haber sabido en que derivaría la situación el fotógrafo no la hubiese invitado a café, sin duda no era el brebaje más apropiado para conciliar el sueño. A pesar de todo, la joven apenas se movió en un par de ocasiones, y pronto se quedó dormida.

Poco después Esteban se arrepintió de su decisión descabellada. ¿Qué se puede hacer en un hospital a las dos de la mañana? Se levantó con delicadeza, tratando de no despertarla, y acercándose a ella para observarla con detenimiento. La luz de la luna se colaba por la ventana, impregnando el ropaje de cama y su piel, que tomó prestado un tinte azulado sobrecogedor. Sus canas brillaban ahora, contrastando más aún con el resto de sus cabellos, y en el brazo que no tenía vendado Esteban pudo ver unas líneas más claras que el conjunto de su epidermis, de pigmentación más débil: eran cicatrices.

—Dios, ¿pero qué es lo que te pasa? —murmuró entre dientes.

Había varias de ellas, y atravesaban sus venas. ¿Cuántas veces había intentado quitarse la vida? Se llevó una mano a la boca, asustado. ¿Por qué Hernán se empeñaba en protegerla? ¿Por qué permitía que trabajase allí siendo tal su estado psicológico? Rápidamente toda aquella atracción fatal que había creído sentir se evaporó, dando paso a un desconcertante sentimiento de lástima. Al hablar, al moverse o al gesticular, Aristeia no daba señales de ser una persona perturbada, ni profundamente depresiva. ¿Qué era lo que le llevaba a desear con tanta desesperación su propia muerte? «Una bofetada donde más te duele», habían sido sus palabras.

Se dejó caer en la butaca exhausto, y el respaldo del sillón cedió con un chirrido hasta quedar reclinado al máximo. Esteban se maldijo por el escándalo provocado, y su mirada se perdió en el techo blanquecino, mientras daba vueltas y más vueltas al asunto sin sacar nada en claro. Así se perdió en los minutos y las horas, tratando de encontrar explicación a alguno de los incontables misterios que se le presentaban, y cuando parecía que llevaba allí toda una eternidad, un pesado sopor comenzó a adueñarse de su cuerpo.

Inclinó la cabeza para mirar por la ventana y vio que estaba amaneciendo, después miró hacia la cama, y lo que descubrió allí lo horrorizó de tal manera que fue incapaz de efectuar un solo movimiento. Aristeia estaba de pie, descalza sobre las sábanas que antes la cubrían y que ahora estaban en el suelo. Sus piernas desnudas se perdían bajo los flecos de la bata verde de hospital que cubría su cuerpo. En su mano derecha, sostenía un hilacho de vendajes enredados que caían hasta casi tocar el piso. Se había arrancado los puntos, y de su muñeca izquierda brotaba la sangre generosamente, manchando su indumentaria y empapando las telas bajo sus pies.

—¿Pero qué has hecho?! ¡¿Estás loca o qué?!

—Shhhht —le mandó callar con el dedo—. Déjame por favor. Necesito irme. Tengo que irme a casa.

Estaba perplejo, se había levantado de un salto y ahora estaban frente a frente, casi podía tocarla. Sin apartar un instante la vista de su herida abierta, vio que ella se acercaba, y cuando reunió el valor para volver a mirarla a los ojos, estaban tan cerca que sentía su respiración en los labios.

—¿No es esto lo que querías?

El corazón le dio un vuelco, era la sensación más macabra que había experimentado en su vida. Entonces ella se acercó más aún, sus ojos clavados en los suyos, sus narices acariciándose y sus bocas a punto de tocarse. Era tal su terror que la proximidad de los cuerpos no lo excitó lo más mínimo, al contrario, le provocó náuseas, y empezó a sentirse mareado. Cuando al fin entraron en contacto percibió el sabor a muerte... y despertó.

Estaba empapado en sudor hasta tal extremo que la camiseta se le pegaba al pecho. Al principio no supo dónde estaba, pero después recordó el hospital y reconoció el techo blanquecino y el sillón sobre el que estaba acostado. Miró por la ventana, y todavía era de noche. Después comprobó el reloj, y las agujas seguían girando en el buen sentido. Al mover la cabeza y contemplar las sábanas arrugadas en el suelo, experimentó una siniestra sensación de Deja Vú; aquello lo había vivido antes. La cama estaba vacía y, sobre ella, una bolsa verde de plástico languidecía dejando entrever lo que guardaba para sus adentros; la bata verde del hospital. No había rastro de Aristeia.

17  
LLUVIA DE MADRUGADA

Belmez salió a toda prisa del hospital, el corazón todavía azorado por unas extrañas visiones que solo recordaba a medias. La enfermera de guardia volvió a ignorarlo a su paso, y él decidió seguir adelante sin detenerse, lo último que quería es que lo relacionasen con la marcha de Aristeo. En realidad, lo que había hecho la joven no constituía delito alguno, otra cosa era que resultase más o menos coherente salir a la calle en sus condiciones, sin haber recibido el visto bueno de un profesional médico.

Esteban miró su reloj de pulsera, apenas se había dormido media hora y en ese tiempo ella no podía andar muy lejos. No obstante no la buscaba, lo único que quería era volver a casa y meterse en la cama; ya ni podía ni tenía ánimos de hacer nada más por la chica.

Cuando llegó al exterior, un golpe de aire gélido lo devolvió a la siempre cruel realidad de las cosas, sus últimas horas de existencia no habían tenido ninguna clase de sentido, y mucho menos aquella particular cruzada que había emprendido, para intentar comprender por qué esa atrayente mujer de ojos oscuros actuaba como actuaba.

Las calles eran ahora más lúgubres, si cabe, que cuando llegó al hospital. De un enorme tubo en el tejado del edificio, manaba un vapor grisáceo que Esteban no quiso preguntarse de dónde provenía. En la puerta de urgencias un hombre de unos cincuenta años fumaba nervioso un cigarrillo rubio, caminando de un lado a otro en círculos y con la mirada perdida en el pavimento negruzco bajo sus pies.

—Disculpe. ¿No habrá visto salir a una chica morena hace poco?

Sus últimas palabras dieron paso a las primeras gotas de lluvia, que como si llevasen esperando toda una eternidad, comenzaron a estrellarse contra el suelo violentamente. El hombre dio una postrera calada a su cigarro y su cara se iluminó con la ceniza roja. Su expresión era la de alguien abatido y desesperanzado, aunque aquello no sorprendió al fotógrafo teniendo en cuenta dónde se hallaban. Al fin, el tipo expulsó una bocanada de humo y tiró la colilla al suelo. Sin pronunciarse, alzó una mano para señalar a sus espaldas, y allí estaba.

Esteban la vio diluirse entre las sombras, cerca de la entrada a los jardines del hospital, su silueta se perdía entre los barrotes, ya al otro lado de la valla, y sus andares eran tal cual él los había imaginado, firmes y sensuales a la par.

Corrió tras ella, entretanto se decía a sí mismo que aquello era lo correcto, que no podía dejarla en su estado vagando por la ciudad fría y húmeda a aquellas horas de la noche. Además estaba lloviendo, y él no era médico, pero el frío no le pareció muy recomendable después de haber perdido tal cantidad de sangre. Fuese como fuese, sus pasos raudos lo llevaron a seguir su estela, y para cuando estuvo al otro lado de la alambrada ella pasaba junto a su Lambretta.

—¡Hey! ¡Espera! —indudablemente podía escucharlo desde aquella distancia, pero no se detuvo—. ¡Aristeo, vamos, esto es una locura! ¡Deja que te lleve a casa al menos!

Su cuerpo se estancó bajo la lluvia. Vestía una sudadera gris con capucha y unos pantalones de chándal oscuros. Aún así y lo desaliñado de su indumentaria, la joven mantenía intacta aquella aura de misterio que tan atractiva la hacía.

Esteban dejó de correr, y continuó acercándose ahora a pequeñas zancadas. Ella se dio la vuelta, y tenía la capucha medio retirada a causa del viento. Estaba empapada, su sudadera gris tomaba un color más pobre a causa del agua que la impregnaba, y de sus cabellos se escurrían grandes gotarrones que le recorrían el rostro desnudo; parecía que estuviese llorando.

Sin pensarlo dos veces, él posó sus manos sobre los hombros de ella, y esa fracción de segundo resultó ser explosiva. Fueron apenas unas milésimas en que sus miradas se cruzaron bajo la lluvia de madrugada, y el suave contacto de aquellas ínfimas partes de sus cuerpos provocaron un fognazo intangible al fotógrafo, que haciendo acopió de toda la seguridad que tenía en sí mismo, cogió de la mano a la chica y la arrastró hasta el portal más cercano.

Ella se dejó llevar sin rechistar, ahora como una marioneta malherida, resultaba curioso el contraste de sus múltiples estados de ánimo, y todo lo que antes fuera sagacidad y entusiasmo ahora se intuía en una fragilidad quebradiza, casi dolorosa.

—Podemos esperar a que pare —propuso él soltándole la mano.

—No por favor, llévame a casa.

—Nos vamos a mojar un poco —señaló la moto en la acera de enfrente.

—Me da igual, solo quiero irme a casa, de verdad.

Era difícil darle un no por respuesta, Esteban se quitó la chaqueta tres cuartos y se la pasó por encima de los hombros.

—Espera aquí un momento.

Corrió bajo los furiosos impactos que el torrente le propinaba, y con algunos esfuerzos arrancó la motocicleta. Después entregó el único casco que tenía a Aristeo, y esta se lo colocó sobre la capucha gris. Cuando se sentó a sus espaldas, Esteban notó cómo sus brazos lo recorrían desde atrás asiéndose por delante de su estómago. Aceleró, y el sonido del escape se dispersó en el aguacero, mientras la Lambretta comenzaba a recorrer las calles de la ciudad dormida.

Ella alargaba el brazo para ir indicándole el camino, y él, entornando los ojos emborronados por el agua, seguía sus instrucciones que lo llevaron a través de todo el barrio norte hasta la salida a la autovía. ¿Dónde demonios vivía? Detuvo la motocicleta en el arcén, tenía la ropa mojada y comenzaba a sentir frío. Ella pareció adivinar su desconcierto.

—No está muy lejos.

Volvieron a emprender la marcha en medio de lo que parecía una tregua atmosférica, la tromba cesó como lo hace una tormenta de final de verano, y la luna hizo algún que otro amago de asomar entre las nubes blanquecinas amparadas por la noche. Esteban maldijo en silencio a Aristeo por no haber sido capaz de esperar un par de minutos a que amainara.

Pronto tomaron un desvío que él conocía muy bien, era la carretera que antiguamente llevaba a Faro de San Lucas, esa pequeña población costera en la que una semana atrás se había reunido con Ricardo Tarrasa, director del periódico Rotativo. Ahora la vía apenas era transitada, la construcción de la autovía algunos años atrás la había relegado a un segundo uso, y solo era frecuentada por los escasos propietarios que poseían alguna finca a lo largo de su trayecto; dedujo que Aristeo era uno de ellos.

Los rayos lunares hacían esfuerzos por filtrarse primero entre las nubes, y luego entre la espesura de los árboles otoñales a ambos lados de la carretera. Los pocos que lograban colarse alumbraban con luces tibias fragmentos de asfalto resquebrajados, como tierra árida y seca que ansiase saciar su sed. Al fin, Aristeo señaló un nuevo desvío y la Lambretta saltó a un camino sin pavimentar, levantando una buena polvareda a su paso e internándose en la oscuridad. Debían estar llegando.

La luz del faro de la moto apenas se topaba con nada que alumbrar, y así permaneció algún tiempo mientras lentamente y padeciendo toda clase de baches se sumergían en la noche cerrada. Esteban se dio cuenta de que Aristeo se aferraba a su cuerpo ahora con más fuerza, y pensar en su cálida respiración tras la nuca le produjo un agradable estremecimiento. Llegados a un punto ella le hizo una última seña, y él reconoció tras la alambrada aquel Volkswagen azul que vio aparcado cerca del preventivo cuando fue a sacar las fotos. La verja de metal labrado que lindaba con los terrenos de la finca estaba abierta, y el fotógrafo la atravesó deteniéndose junto al coche. Desde allí atisbó la casa de los únicos vecinos que parecía haber en la zona, y no pudo evitar pensar en aquella historia de cómo la habían encontrado en la bañera.

Ambos se apearon de la moto, y mientras ella se quitaba el casco, él trataba de imaginarse cómo había sucedido todo. Desde luego los detalles parecían indicar que

había sido tal cual la versión de Hernán: Primero la verja abierta, después la casa de los vecinos, y ahora reparó en que ninguna de las ventanas tenía barrotes. Además, estas quedaban a una altura de poco más de un metro, con lo que cualquiera podría haberse colado por una de ellas con un mínimo esfuerzo. No resultaba tan inverosímil, al fin y al cabo.

Caminaron hasta la puerta de entrada, Aristeo buscó entre unos arbustos cercanos, y pronto halló una llave que seguidamente y sin dilación introdujo en la cerradura. Al abrirse, el mecanismo emitió un sonido seco y rudimentario. Sin empujar el portón, Aristeo dio media vuelta y se encontró cara a cara con Esteban. Le devolvió el casco e hizo lo propio con la chaqueta, estaba tiritando.

—Gracias por todo —le dio la espalda y el fotógrafo se encontró con un portazo en sus narices.

Esteban quedó atónito. Cuanto menos hubiese esperado que lo invitase a pasar, aunque únicamente fuese para entrar en calor y tratar de secar un poco la ropa. Enfadado, se desnudó de cintura arriba y se puso la chaqueta directamente sobre la piel —al menos esta era impermeable y el forro lo reconfortó ligeramente—. Caminó hacia la Lambretta malhumorado, sintiéndose estúpido por haber sido tan generoso con ella. ¿Y qué había recibido a cambio? Una noche en vela y la vergüenza de ser despachado de aquella manera tan poco convencional.

Se alejó de allí con la luna como único testigo, y mientras escapaba a toda velocidad de Aristeo y de su propia humillación, se preguntaba qué era aquello que la joven necesitaba hacer con tanta urgencia. De haber ido caminando, hubiese tardado horas en llegar. Una mujer que decide ir a pie hasta aquel recóndito lugar en medio de una noche lluviosa, o bien esconde algo, o bien —y esta era la hipótesis que más abrazaba Esteban—, no estaba muy cuerda. Como cuando defendió a aquella camarera negra, se sintió mal al darse cuenta de que era su propio dolor el que le hacía pensar en la palabra loca, y siendo consciente de sus propias flaquezas humanas, recorrió el camino de vuelta a su única guarida, aquel estudio en el que encontraría una buena colección de fotos y la nevera vacía.

Aristeo cerró la puerta tras de sí con un involuntario portazo, dejando a Esteban empapado y con el ceño fruncido. Volver a vislumbrar los pasillos en penumbra de aquella casa le provocó una desconcertante sensación. Su ropa estaba fría y pesada, y en el hall todavía podía ver esparcidas las prendas que había llevado la última vez, antes de querer despedirse del mundo. Todo presentaba el siniestro aspecto de un paisaje después de la catástrofe. Objetos olvidados por doquier y un diploma tirado en el suelo, su marco hecho trizas y los cristales describiendo cómo se había producido el impacto. «Aristeo, o la que brilla», podía leerse entre los vidrios.

El silencio era único testigo de sus razones, de sus oscuros motivos para querer abandonar la vida. Solo ella sabía el mal que se gestaba en su interior, y solo ella era suficiente para dictar si este se prolongaba o desaparecía junto a su existencia terrenal. La muerte era la única salida.

Se desnudó mientras caminaba, y la escena le resultó un tanto familiar. A medida que se quitaba la ropa mojada, iba recogiendo del piso lo que ya dejara días atrás. El rastro lo llevó ineludiblemente a la entrada del baño, y allí el desastre podía intuirse en cada baldosa, en cada fractura del espejo que distorsionaba su imagen en mil diferentes.

Un poso rojizo se descubría en el fondo de la bañera vacía, había restos de sangre en el borde de la misma, y algunas manchitas cerca en el suelo. Las medias marrones languidecían arrugadas junto a ellas, y Aristeo las utilizó como bayeta improvisada, haciendo esfuerzos por eliminar las pruebas de sus actos desquiciados. Abrió el grifo de la ducha, poniendo todo su empeño en hacer desaparecer el tinte escabroso que tapizaba el fondo del baño. El agua se escurría por el desagüe en remolinos color rubí, y solamente cuando el líquido fue incoloro Aristeo se incorporó y cortó el riego.

Sintió un escalofrío en la espalda, fue hasta su habitación y allí se puso una muda limpia de ropa interior, y se vistió con unos vaqueros anchos y una sudadera negra; calcetines a rallas y zapatillas de deporte. Las prendas secas se le antojaron cálidas y confortables como ninguna. Echó el resto a la lavadora, todo menos las medias manchadas que fueron a parar directamente a la basura. Ya en la cocina abrió la nevera, había poco más que huevos, patatas, y una bolsa blanca con algo de fiambre. Cogió esta última y una botella de agua fresca, poniendo rumbo a la sala de estar, donde la esperaban vigilantes las muñecas de porcelana sobre el baúl, inexpresivas e inmutables como siempre. Sus rostros blanquecinos parecían aún más pálidos que en su recuerdo, como si el ser cómplices de sus achaques suicidas les hubiese robado el aliento.

Dejó la bolsa y la botella a un lado, y se permitió el lujo de encender la llar. Para ello, dispuso unos cuantos troncos apiñados los unos contra los otros y, con la ayuda de unas pastillas incendiarias, las llamas emergieron tímidas e incandescentes. Tuvo que hacer aire con una revista vieja durante algunos minutos, hasta que al fin halló el éxito en su empresa y el fuego comenzó a devorar la madera con intensidad. Tras calentarse las manos heladas, volvió a lo que estaba.

El baúl le pareció más pesado que nunca, se había quedado sin fuerzas tras su propia tentativa de muerte y le costó sobremanera arrastrar el lustroso arcón. Las figuritas de porcelana se tambalearon como la virgen en una procesión de semana santa y Aristeo siguió empujando con empeño hasta sentirse mareada; había perdido demasiada sangre y todavía no estaba recuperada del todo.

Se incorporó, había logrado desplazar el arca un buen trecho, lo suficiente. Aturdida por el esfuerzo, se sintió liviana. Sus ojos oscuros se abrieron hasta el extremo, en una expresión que hubiese horrorizado al mismísimo diablo. Estaba frente a frente con sus miedos, sus flaquezas y sus actos enajenados. Se encontraba ante los pasajes más sinuosos de su propia naturaleza, los más horribles e inexplicables, los más macabros e intangibles. No obstante necesitaba aquello como una droga, como opio que acallase sus quejidos lastimeros, y sin más espera ni ceremonia, se inclinó, y ante ella se abrieron las puertas del infierno.

18  
AUSENCIAS PROLONGADAS

Sarah comprendió que había algo que daba más miedo que ver a Judas, y era no volver a verlo. No sabía cuanto tiempo hacía desde la última vez que su silueta se deslizara por aquellas escaleras, pero ya debía contarse en días. Desde que estaba en el zulo solo había comido una vez, y después de aquello no había vuelto a encontrarse con su siniestro captor. Una idea desesperada en su cabeza. ¿Y si no volvía jamás? ¿Y si la dejaba morir allí lentamente? Después imaginaba el trascurso de la vida mientras ella permanecía allí encerrada. Imaginaba a su padre enloquecido buscándola en cada rincón, en cada esquina de su querido Faro de San Lucas. Era casi capaz de verlo en la puerta de su habitación, observando cómo la había dejado ella, y recreándose en esos momentos que tal vez ya nunca se repetirían.

Las clases del colegio habrían seguido su curso con normalidad. Quería poder pensar que algunos de los niños la echarían de menos, pero a decir verdad no tenía demasiados amigos. Tal vez algún profesor sí la echase en falta, pero pronto acabarían retirando su pupitre para no herir la sensibilidad de aquellos que seguían jugando, riendo, y disfrutando de su infancia. La inocencia de Sarah, por contrario, se perdía con cada segundo de oscuridad.

¿Y Judas? ¿Tendría él una vida normal? Le resultaba impensable concebirlo paseando por las calles en que ella había crecido, hablando con las gentes que conocía y mostrándose compungido ante la noticia de su desaparición. ¿Tendría familia, una mujer que fuese capaz de amarlo? ¿Sabría ella de su existencia, sabría que la tenía allí encerrada? Pensar en tales hechos y sus macabras consecuencias la sumía en un pozo de angustia. A veces se figuraba que Judas era alguien que ya conocía. San Lucas era pequeño, y en un lugar así nadie es extraño para nadie. Esa idea era tanto o más perturbadora que todas las demás juntas.

Tenía pesadillas. Se acurrucaba bajo aquella mesa que era su mayor cobijo y, durante los estrechos lapsos de tiempo en que dormía, su subconsciente la martirizaba con nuevas teorías, a cada cual más rocambolesca. En ocasiones soñaba que Judas se quitaba la máscara y resultaba ser su padre, otras tantas al descubrir su rostro se encontraba con su madre, que se había convertido en un recurrente de sus malos sueños.

Solo muy de vez en cuando su mente le regalaba un pequeño respiro, permitiéndole viajar a aquel paisaje que tanto había aprendido a añorar: el Acantilado de los Inválidos. Allí, durante el corto trance en que su cerebro lograba engañarla, era feliz. Junto al escarpe olvidaba que tenía que despertar, olvidaba la existencia del dolor y la pena, y se extasiaba correteando por el césped mientras las briznas le acariciaban los pies descalzos. Las olas rompían en la base del desfiladero y, como siempre había hecho, ella se acercaba al borde del precipicio para verlas más de cerca. Su asombro estallaba de satisfacción al vislumbrar de qué forma la espuma salada ascendía con cada embiste, cambiando de color y pasando por tonos cobrizos que se tornaban esmeralda y rojo carmesí.

Su padre, tal cual lo recordaba, se colocaba tras ella y posaba sus manos sobre sus pequeños hombros. De pronto, la gravedad desaparecía, y Sarah se daba cuenta de que no tenía los pies en el suelo. De la mano de su progenitor, se elevaba primero involuntariamente, y después llena de gozo. Ambos volaban alto adquiriendo aceleraciones inusitadas, y el paisaje quedaba insignificante a sus pies. Posteriormente caían en picado sintiendo la fuerza y la omnipotencia del viento en sus rostros y su ropa alborotada, planeaban paralelos a las aguas cambiantes y las acariciaban a toda velocidad, generando dibujos que se perdían en las profundidades del océano.

Trazaban formas que ambos conocían bien, se soltaban y perpetraban un baile de figuras al son de la música de las olas. Por ende, uno delineaba el primer arco y el otro completaba el símbolo, y allí quedaba grabada la figura del pez, el Ichthys, en el medio de las aguas revueltas. Sarah se alzaba a toda prisa por los aires para ver bien el emblema, pero al girarse el mar embravecido lo había borrado. Entonces buscaba a su padre, y con horror se daba cuenta de que este también había desaparecido. Unos densos nubarrones negros se adueñaban de la escena, y algo provocaba en ella un cambio que la hacía ser consciente de que estaba soñando. Se le olvidaba volar, y de improvisto, su cuerpo desfallecía con furia ahora que de nuevo existía la gravedad. El mar se secaba ante sus ojos azules, cada vez más cerca, y justo antes del impacto, se despertaba.

Pronto tuvo tanta sed que dejó de importarle la integridad de los libros de la habitación contigua. Hizo brotar agua de aquel grifo cercano a la estantería, y como ya pasara la primera vez, el aire de las tuberías provocó que el líquido elemento surgiese a borbotones salpicando los alrededores. Dejó pasar un rato hasta que poco a poco el caudal se normalizó, y entonces se inclinó para beber, y su sed era tal que encontró el agua deliciosa, fría y apaciguante. El hambre, no obstante, seguía acosándola cada vez con más insistencia.

No tardó mucho en darse de bruces con un nuevo problema. No tenía dónde hacer sus necesidades, y se encontraba con la vejiga llena y el estómago revuelto. Este estado de incomodidad la hacía todavía más vulnerable, como al prisionero que desnudan para que no escape. Sarah descubrió lo caprichosa que puede llegar a ser la naturaleza humana, y como la psicología jugaba un papel fundamental en el estado anímico de las personas. Trataba de convencerse a sí misma de que saldría de allí, pero los retortijones minaban su confianza y la hacían sentirse débil e impotente. Llegó un momento en que las punzadas de dolor fueron tales que no pudo soportarlo más, y allí, en una esquina vacía cercana a las escaleras, se bajó las braguitas y se levantó la falda.

No le preocupaba orinar —al fin y al cabo eso ya lo había hecho antes—, apagó la luz por un instante, y mientras defecaba en la oscuridad la devoraba por dentro toda la vergüenza del mundo, como si estuviese llevando a cabo la acción más terrible jamás perpetrada por el hombre. Sin quererlo, lloró una vez más.

Caminó desconsolada y sin motivación alguna hasta el baúl de los disfraces, y se hizo con una capa negra y un chaleco de pastorcillo color beis. A continuación se allegó desganada a su guarida bajo la mesa, y allí utilizó el chaleco como almohada y la capa como manta. Los pies se escurrían por debajo debido a su corta talla, helados, y aquel que no tenía zapato asomaba negro como el hollín y algo irritado por las asperezas del suelo. Abatida, dejó que el sueño le robase la conciencia una vez más.

En el zulo nunca se dormía de tirón, y si alguna vez esto sucedía no había conciencia de ello, pues la luz siempre era la misma, proporcionada por aquellos tubos amarillentos. Nada permitía el privilegio de controlar las agujas del reloj, al despertar todo seguía igual, inmutable y pesadoso, asfixiante. Aquella vez, por contra, Sarah se despertó con la humedad clavada en los huesos.

El olor a tierra mojada lo impregnaba todo, un aroma que en principio le pareció incluso agradable. Se incorporó sintiendo todo el cuerpo entumecido y miró a su alrededor. Las paredes escupían lágrimas marrones que se deslizaban en sinuosos recorridos hasta tocar el suelo. Una de ellas había atravesado su dibujo colgado de la pared justo por el lugar en que ella estrechaba la mano de su padre, emborronando los trazos y separando ambas figuras de forma simbólica. Sin saber muy bien por qué, se tomó ese detalle muy a pecho, le había dado la vuelta al hecho de que Judas tuviese aquel dibujo, y ahora lo veía como una toma de contacto con el mundo terrenal que le habían arrebatado.

La luz llevaba lustros encendida, no la había apagado desde que su secuestrador se marchase, salvo para hacer sus necesidades. Uno de los tubos había comenzado a parpadear, Sarah arrancó su dibujo de la pared mohosa y lo puso sobre la mesa soplando donde estaba mojado. Otra gotera descendía directamente encima de la madera y, aunque no era una eminencia de la física, Sarah no tenía duda alguna de que fuera estaba lloviendo. Aquello borraría casi cualquier pista sobre su paradero. Marcas en la tierra dejadas por la furgoneta, colillas, pisadas, todo se desvanecería. Ya solo le quedaba la vana esperanza de que alguien encontrara el zapato que le faltaba, aún sabiendo que aquello tampoco garantizaba nada.

A pesar de sus agoreras conjeturas, halló un hilo de luz al que aferrarse. ¿Y si Judas no volvía porque lo habían cogido? Quizá estuviesen haciéndolo declarar en aquellos mismos momentos, quizá dentro de muy poco la trampilla se abriese y alguien la llevase lejos de aquel lugar, y la devolviese a su padre enajenado. Sus ojitos azules todavía llenos de vida se iluminaron ante esa nueva posibilidad.

En el suelo habían comenzado a formarse pequeños charcos, y no es que el zulo fuese a inundarse, ni mucho menos, pero resultaba más claustrofóbico, si cabe. Sarah recogió su improvisada manta y su almohada, depositándolas sobre la tabla. Repentinamente, se dio cuenta de que la madera debía estar mucho más templada que

el gélido piso, y cuando se aupó con las pocas fuerzas que le quedaban, algo llamó su atención al otro lado de la estancia, un ratoncillo gris con los pelillos alborotados, que dedujo habría salido de su escondite a causa del agua.

—¡Hey! Ven aquí ratoncillo —lo llamó, y sus propias palabras le parecieron estúpidas.

El roedor se levantó sobre sus dos patitas de atrás, tenía unos ojitos minúsculos y el hocico rosado, a Sarah le robó una sonrisa.

—¿Qué haces? Ven, vamos. Enséñame de dónde has salido.

Su padre le había contado un vez que los ratones son unos supervivientes natos, decía que si un barco se inundaba eran los primeros en correr al lugar más seguro; que si se encontraban encerrados siempre hallaban una salida. Aquella idea la maravilló, teniendo en cuenta sus circunstancias.

—Venga, no tengas miedo. No te voy a hacer daño.

El animalillo la miraba estático, como si comprendiese todo lo que ella le decía. Todavía erguido, se llevó las patas delanteras cerca de la boca, e hizo unos rápidos movimientos con la cabeza, como si quisiese olfatear algo. Sarah estaba tan absorta en él que por un momento olvidó dónde se hallaba. Bajó de la mesa con cuidado para no asustarlo, y se sentó en el suelo. El ratoncillo retrocedió un trecho y luego volvió a darse la vuelta. Al correr, su cuerpecillo parecía deslizarse como por arte de magia, y su cola, también rosada, se contoneaba ligeramente a cada paso.

—Shhht. No te vayas. Ven.

Sarah comenzó a llamarlo con siseos, como se llama a un gato, y extendiendo la mano hacia él como si tuviese algo que ofrecerle. Para su sorpresa, el ratón avanzó un trecho en su dirección.

—Eso es, ven bonito, un poco más —y el roedor siguió acercándose con cautela.

Con suma paciencia, y sin apenas pestañear, perseveró en su empeño hasta casi poder tocarlo. Estaban tan cerca que podía sentir la respiración del animalillo en la punta de su dedo índice. Tenía su pequeño hocico a tan solo unos milímetros de su piel, y la olfateaba curioso y juguetón. Sarah se atrevió a mover el dedo, y el ratoncillo quedó paralizado, inseguro. Quedaba ya muy poco, movió la mano lentamente en su dirección, y él permaneció tieso, como si tuviese las mismas ganas de que alguien lo acariciara que ella de tocarlo. Cuando por fin puso el índice sobre su cabecita, un fuerte sonido retumbo sobre sus cabezas, a ella se le escapó un chillido, mientras que el roedor corrió a refugiarse. Solamente le dio tiempo a verlo entrar en la habitación de los libros.

Sarah reptó hacia atrás, hasta volver a su escondite bajo la mesa. La losa siguió moviéndose despacio, tan poco a poco que le pareció que aquel sonido jamás cesaría. Poco después la trampilla se retorció, reconocía ya el sonido de las bisagras, era inconfundible. Una vez la madera retumbó contra el suelo del piso superior, se hizo el silencio. Normalmente Judas no se andaba con rodeos, y a Sarah le resultó extraño que nadie se internase en el agujero. Los segundos se hicieron densos y espaciados, había retrocedido tanto que dio con su espalda en la pared, y una gotera se le escurría por el cuello. Entonces escuchó movimiento, y sin previo aviso, alguien lanzó una bolsa de plástico de arriba abajo. Cayó al pie de las escaleras, y el hecho de que muy cerca estuviesen sus propios excrementos la hizo temblar de pavor. Desde arriba podrían verlos.

Algo más cayó por la apertura, una cosa pequeña y brillante que desde donde estaba no pudo asimilar con certeza. Al tocar el suelo emitió un sonido metálico que se prolongó como un tintineo con sus pequeños rebotes. La trampilla se cerró con un portazo y el sonido de la losa volvió a retumbar sobre su cabeza. ¿Qué significaba aquello? ¿Qué nuevo truco le había preparado Judas? Durante un buen rato no se movió, se sentía vigilada. La idea de que alguien la espiaba la amedrantaba. Llevaba ya demasiado tiempo allí dentro para mostrar signos de valentía, y de no ser por lo que ocurrió a continuación, puede que hubiese quedado allí hasta desfallecer.

El ratoncillo volvió a salir de su escondite. Sarah lo vio emerger de la habitación de los libros, e imaginó que tendría su guarida en algún lugar detrás de aquella estantería, o del enorme baúl de los disfraces. El roedor fue directo a meterse en la bolsa de plástico que habían lanzado desde arriba. Ella gateó bajo la mesa, queriendo ver qué hacía. El plástico se revolvía a causa de los movimientos del animalillo, que hurgaba a conciencia dentro del envoltorio. De pronto, apareció de nuevo, y lo que llevaba colgando de su pequeña boquita la dejó atónita: jamón, una enorme tira de jamón más grande que su propio cuerpo.

Sarah se apresuró a levantarse, había olvidado de repente todas aquellas conjeturas sobre si la espiaban o no. El ratón tropezaba y perdía su tesoro a cada pequeño trecho, pero volvía sobre sus patitas y se hacía de nuevo con él, arrastrándolo incluso de espaldas. Cuando Sarah llegó a la bolsa, él ya estaba traspasando la puerta que lo llevaba al otro cuartucho.

Dentro del fardo halló lo que en aquellos momentos se le antojó como un auténtico festín. Había un paquete blanco repleto de queso en lonchas, y otro con varias cortadas de jamón serrano, este rasgado por las fauces de su pequeño amigo. Se puso a devorar allí mismo, comía con tanta ansia que se le formaban nudos en la garganta. No se levantó a beber una sola vez y apenas masticaba. En casa, quitaba la grasa del jamón porque no le gustaba, ahora le parecía un regalo de Dios, y se le escapaba entre los labios colgando en pequeños hilillos. Todavía no había acabado un bocado y ya tenía más queso en la boca, mezclaba ambos ingredientes con tiria, tanta que las mandíbulas comenzaron a dolerle de tanto movimiento. Aquello solo le había pasado alguna vez de tanto reír, ahora por desgracia los motivos eran bien diferentes.

Comió hasta no dejar nada y recuperó algo de color, tenía el estómago hinchado y se sentía algo reconfortada. El ratón había desaparecido, y ahora que no quedaba nada que meterse entre pecho y espalda, el miedo la atenazó de nuevo. Era un pavor difícilmente descriptible, porque... ¿cómo se teme a algo que apenas se intuye? No sabía qué hacía allí ni que iban a hacer con ella, pero ahora tenía claro que Judas la conocía. Sabía su nombre, tenía su dibujo... era mucho más de lo que cualquiera podría soportar, y sin embargo allí estaba, de todos modos no podía hacer nada para cambiarlo.

Recordó el sonido metálico, aquel segundo objeto que había caído desde arriba, mucho más pequeño que la bolsa. Había tintineado cerca de allí, pero no lograba encontrarlo. Se puso en pie para revisar los alrededores con más detenimiento, y entonces encontró lo que buscaba. Estaba frente a ella, en el segundo peldaño de la escalera. Era pequeña, y no iba acompañada de ningún llavero. Pesaba poco y parecía nueva, de un color plata brillante. Sarah examinó la llave de latón con detenimiento. Le venía a la cabeza un único lugar donde utilizarla, la puerta trabada que había intentado abrir en primer lugar cuando llegó al agujero, y se dirigió a ella con cautela.

La cerradura estaba en el centro del pomo circular, y la llave entró y giró con mínimo esfuerzo. El portón se deslizó sobre las bisagras sin emitir sonido alguno, era de un material ligero similar a la madera, pero menos robusto, y cuando topó con la pared deshizo un pequeño trecho del recorrido, dejando a la vista un nuevo tramo de oscuridad.

A Sarah y no le amedrantaban tanto esa clase de miedos absurdos, estaba aprendiendo a temer las cosas que podrían dañarla de verdad, y las penumbras —cuando se hallaba sola—, no eran más que eso: inofensiva negrura. Se adentró en las sombras y descubrió que se hallaba en un pequeño pasillo, si es que se le podía llamar así. Mediría apenas un metro de ancho por dos de largo, y albergaba a su vez dos puertas más, una a la derecha y otra al fondo.

La de la diestra estaba entreabierta, y cuando atravesó el umbral dio de bruces con una inesperada sorpresa; había una cama individual, de cuerpo entero. Era baja, y la colcha se ocultaba bajo una gruesa capa de polvo, pero no le importaba, aquello era un regalo del cielo. Había pasado tanto frío que sintió un deseo irrefrenable de meterse entre las mantas para no volver a salir, pero siguió la lógica y continuó inspeccionándolo todo antes de hacer nada. En la habitación apenas había más sitio para otras cosas, y solamente encontró una pequeña cómoda encajonada entre los pies de la cama y la pared; los cajones estaban vacíos.

Regresó al pasillo, y allí se dio cuenta de algo que no había percibido antes, y es que tanto en el dormitorio como en el estrecho corredor no había goteras. Caminó hasta el fondo y abrió la puerta que quedaba. Tampoco esperó hallar un retrete y una pequeña ducha, sin siquiera mamparas. Su contento inicial dio paso a un presentimiento nefasto. ¿Cuanto tiempo pretendía Judas retenerla allí? ¿Esperaba que hiciese vida “normal” entre aquellos muros? ¿Había preparado el zulo a una conciencia para aquel siniestro propósito? Casi prefería la frialdad de su escondite bajo la mesa, era rudimentario, incómodo y áspero, pero no había sido planeado... ¡Era algo casual, fortuito, pero estas nuevas habitaciones habían sido concebidas con una finalidad concreta!

Eso sí era miedo. Saber que aquella mente obsesa llevaba tiempo maquinando todo aquello. Eran demasiadas piezas de un puzzle que nunca llegaba a encajar; los dibujos; los libros; los disfraces; su rostro bajo las medias y sus discursos pesimistas; las goteras; la trampilla y la losa; y ahora una cama y un cuarto de aseo. Era una auténtica pesadilla, y no había forma de escapar de ella.

Sarah se estremeció al ver un rollo de papel higiénico en el suelo; su terror había alcanzado un nivel humillante, y se dio cuenta de ello mientras lo recogía y salía al salón principal. Se acercó al pie de las escaleras, los envoltorios del fiambre todavía estaban allí. En la esquina: la mayor de sus vergüenzas. Tapó los excrementos con tiras de papel y los recogió con la bolsa de plástico. No quería que la castigaran por aquello, y mientras hacía esfuerzos por detener sus arcadas, deshizo sus pasos hasta

el baño y los tiró por el retrete, plástico incluido.

Fue hasta el dormitorio, y quitó la colcha de la cama con cuidado para que el polvo no alzase el vuelo. La espolvoreó en el mismo lugar donde acababa de recoger sus desechos, dando palmadas a la tela para que escupiese toda la suciedad, y tosiendo con cada sacudida. Solo cuando el tejido estuvo todo lo limpio que podía llegar a estar, se dio por satisfecha. Recogió la capa y el chaleco de pastorcillo, guardándolos en el baúl, y se hizo con su dibujo, que estaba encima de la mesa todavía con varios pedazos de celo colgando.

Ya en lo que serían sus aposentos, devolvió la colcha a la cama, y se esforzó por pegar el boceto arriba del cabezal, cerca de un sencillo crucifijo de madera que se le antojó como una broma de mal gusto: allí no veía a Dios por ninguna parte. Ineludiblemente aquello le hizo recordar de nuevo los atardeceres en la playa de Faro de San Lucas, y a su padre jugueteando con la arena. Se metió entre las mantas con la sensación de haber llegado a casa tras un día largo y agotador, pero no estaba en casa. Se hallaba encerrada en el juego endémico y maniaco de un personaje con el que no quería jugar, atrapada en la voluntad desconocida y cambiante de aquel que se escondía avergonzado tras una terrible mascarada.

No había tregua en el miedo ahora dulce y calmado. Era un terror sosegado y calmo que tintaba hasta el último rincón de sus aposentos. A aquella habitación apenas llegaba la luz del salón principal, pero al menos era más confortable. Dio muchas vueltas antes de decidir si quedaba de cara o de espaldas a la puerta, sus terrores se desdibujaban en sombras puntiagudas cuando la miraba de frente, o en molestos escozores en el cuello cuando se encaraba a la pared. No habría tranquilidad para Sarah, y ni los colchones más mullidos ni las mantas más cálidas podrían borrar la expresión de horror de su rostro; demasiado cansado como para componer gesto alguno; demasiado inquieto como para dejar de hacerlo.

19  
LA VIDA ENTRE PENUMBRAS

**Diario de Sarah Trellis.**

Soñé con la luz del sol. Soñé con la hierba verde y con las olas rompiendo en la base del desfiladero. Una vez más, como una escena recurrente que se repetía en cada una de mis febriles ensoñaciones. Al despertar resultaba más doloroso que si hubiese tenido una pesadilla. Reconocí el tacto de la cama mullida y no quise abrir los ojos, pensando que quizá, todo hubiese sido tan solo un mal sueño y al abrirlos me encontraría en casa. Pero el olor a encierro delataba la falsedad de mis deseos quebradizos.

Como siempre, era de noche. La luz artificial de las lámparas casi se había convertido en una segunda oscuridad, artificial y fría, carente de la tímida calidez de los rayos solares en otoño. Al levantarme, el tacto de mis pies descalzos con el piso me devolvió a la cruel realidad de mi existencia. Fui al cuarto de baño, y comprobé que la ducha funcionaba. De ninguna manera pensaba desnudarme en aquel lugar, pero sí aproveché para beber agua de la alcachofa.

Cuando llegué al salón, vi que se habían secado los chorreones de las paredes, pero que todavía quedaban pequeños charcos en el suelo. La mesa de madera, por su parte, estaba oscurecida allá por donde había corrido el agua. No se por qué, pero la frescura y el olor a tierra húmeda me hicieron pensar que fuera debía estar amaneciendo. Cerré los ojos y dejé correr la imaginación por un instante, mas la nostalgia me resultaba demasiado dolorosa como para sumergirme en esa clase de recuerdos.

Por primera vez desde que llegara, me propuse examinar la trampilla con detenimiento, era de una madera gruesa y maciza, y al golpearla, devolvía un eco sordo y robusto prueba de su resistencia. Traté de empujarla, tímidamente primero y con vehemencia más tarde, pero no conseguí más que sentirme débil y delgaducha.

Bajé las escaleras presa de un silencioso desasosiego. ¿Cómo podía pasar el tiempo allí dentro? ¿Qué podía hacer yo siendo víctima de aquel encierro? Únicamente tenía fuerzas para volver a meterme en la cama, a fantasear con el día en que lograra salir de allí, y eso fue lo que hice incontables veces, durante las primeras horas y los subsiguientes días de mi particular infierno.

Judas apenas bajaba al zulo, y había en su forma de actuar algo que me desconcertaba. No me había tocado, nunca me había puesto la mano encima ni me había infringido daño físico alguno. ¿Para qué me encerraba allí dentro? Los detalles parecían hablarme de una siniestra finalidad que nunca me era desvelada. ¿Por qué tomarse tantas molestias en mantenerme prisionera entre aquellos muros?

En muchas ocasiones me lanzaba bolsas de comida desde arriba, sin siquiera asomar su silueta a las penumbras. Descubrí que no le gustaba que lo viese a la luz de las lámparas, siempre me gritaba que las apagase antes de descender a la oscuridad, y comprendí por qué vociferaba en aquella ocasión en que yo ni me había atrevido a moverme. La única luminosidad restante era la que se colaba por el hueco de la trampilla abierta.

De vez en cuando me bajaba algo de comida caliente: sopas, purés, alubias, cocidos, e incluso lentejas. Mi paladar, acostumbrado a la fuerza al fiambre empacado, aprendió rápidamente a apreciar ese tipo de manjares. No obstante me ponía nerviosa la presencia de Judas, que se sentaba en las escaleras a verme comer, como quien alimenta a una cobaya y se detiene a observar su comportamiento.

Me di cuenta de una cosa: nunca me dejaba un cuchillo, quizá por pura prudencia, o tal vez porque recordaba el estado colérico y descontrolado que había alcanzado con unas tijeras en la mano. No importaba que hubiese pan o un trozo de carne que cortar, solo se me estaba permitido el uso de la cuchara. Una vez me dio un par de hamburguesas en un plato acompañadas de un tenedor, pero por la forma en que yo miré el cubierto me lo retiró y lo cambió por un cucharón soper. Tampoco hubo más tenedores.

Con el tiempo llegué casi a acostumbrarme a su presencia. Al fin y al cabo no hacía más que sentarse en los peldaños mientras yo comía en la mesa. No pronunciaba palabra, y a duras penas se le intuía parpadear bajo las medias, que cada vez me parecían de un color distinto, no se si porque las cambiaba o porque mis percepciones comenzaban a jugarme malas pasadas.

Recordé lo que me había dicho, de que llegado un momento le suplicaría que me hablase, pero la idea se me antojó ridícula. ¿Por qué habría yo de querer conversar con él? No había persona en el mundo con la que deseara dialogar menos que con él.

Me agradaba más comer sola. A veces, el ratoncillo volvía a salir de su escondite y yo le daba pequeños trocitos de jamón o de queso. Era curioso, pero le gustaba más lo primero, y ese detalle dinamitó todos los clichés que guardaba sobre los pequeños roedores y el queso. Pensé en ponerle un nombre, pero aquello significaría reconocer la larga duración de mi cautividad, y todavía no estaba preparada para asumir tal cosa; saldría de allí antes de bautizar al ratón, me prometí. Pronto, muy a mi pesar, fue evidente que comenzaba a hacer demasiado tiempo desde que viese la luz del día por última vez. Semanas cuanto menos, extensas y vacías como una mancha negra sobre blanco.

Judas me trajo zapatos nuevos y ropa de chándal. Cuando esto ocurrió, mi pie diestro llevaba tanto tiempo descalzo que se me habían formado duras asperezas en toda la planta. Se quedó en pie frente a mí, hierático, y al principio creí que quería observar cómo reaccionaba ante su inesperado regalo. Poco después intuí lo que en realidad deseaba, y el cuerpo se me paralizó de pavor y rechazo mientras él se mordía el labio inferior y se ruborizaba bajo la máscara.

Comencé a desnudarme lentamente bajo su mirada pegajosa, convenciéndome a mi misma de que aquello no tenía tanta importancia, y queriendo superar el trance a la mayor premura posible. Me quité el suéter y la falda con decisión, al igual que el zapato y el calcetín sucio, cuyo olor me hizo sentirme avergonzada. Cuando quedé en bragas no me atreví a continuar, me tapé los pechos apenas sugerentes con el antebrazo izquierdo, mientras la mano derecha era puro temblor junto a mis caderas, mezcla de miedo y rabia. Judas no dijo nada.

Me sentía más vulnerable y frágil que nunca, como si la desnudez fuese además de física: mental. Cerré los ojos con fuerza, apretando los párpados con tanta firmeza que todo daba vueltas a mi alrededor. Deslicé el dedo índice por debajo de la goma de las braguitas, y me las quité conjuntamente con lo que me quedaba de dignidad. No podía mirarle a la cara, pero le imaginé sonriendo tras la malla y le odié con toda mi alma. «No llores Sarah, no llores», me decía a mi misma, «...ya has derramado demasiadas lágrimas, no llores Sarah, no le des ese gusto...», pero noté cómo una gota resbalaba por mi mejilla. «¡No llores, no llores, no llores!».

Me acerqué a la mesa cabizbaja, y busqué entre el montón de ropa algo con que tapar mis vergüenzas. La mirada de Judas se me anclaba en el cuello como una carga molesta y pesadosa, entretanto yo comenzaba a preguntarme de dónde habría sacado aquellas prendas que olían a nuevo. Hallé las braguitas, y me disponía a ponérmelas azorada cuando un susurro a mis espaldas me invitó a detenerme.

—Shhhht... ¿No vas a lavarte antes? Esa ropa está limpia.

Nunca había despreciado a nadie de aquella forma. Giré la cabeza para mirarlo a los ojos, mientras mi cuerpo desnudo ardía y se consumía en mi propia ira, una ira tan poderosa que llegó incluso a asustarme.

Salí de allí a grandes zancadas y me metí en la ducha. El agua estaba helada y quise gritar, pero ya me había humillado suficiente a mi misma. Judas me había seguido hasta la puerta, y yo podía sentir su presencia vírica a mis espaldas, a la par que me enjabonaba el pelo con un bote de champú que hallé junto al desagüe.

La forma en que me espiaba de manera tan descarada y furtiva avivaba partes de mí que ni tan solo conocía, unos malos sentimientos que me sorprendían por su fiereza y fogosidad. Deseé verlo morir, deseé hacerle daño y humillarlo como él había hecho conmigo, encerrarlo en un agujero hediondo y alimentarlo a base de raciones de fiambre empacadas a través de la apertura, para ver cómo corría desesperado a hacerse con ellas. El asco que sentía hacia él era tan grande, que ante mi propio

asombro fui capaz de girarme y dirigirle la palabra.

—Has hablado —me miró sin comprender—. Dijiste que no hablarías hasta que te suplicase.

Sus ojos se hicieron grandes tras el nailon, mezcla de sorpresa, enfado y abatimiento. Estuvo a punto de decir algo, pero se había quedado sin palabras. Derrotado y furioso como un niño pequeño, dio media vuelta y desapareció en las penumbras. Yo, demasiado cansada como para celebrar su reacción, continué duchándome ahora en la intimidad.

La trampilla se cerró con un estruendo y todo se tornó negro como la pez. Por un momento pensé que se había quedado dentro del zulo, y la idea me aterró, pero escuché la losa moverse y supe que se había marchado. Anduve a tientas por el pasillo, dejando un rastro de agua tibia a mi paso y haciendo vanos esfuerzos por apartar de mi cabeza los miedos irracionales que me asaltaban. Cuando emergí del pequeño pasillo y toqué con la mesa, la bordeé en busca de la pared y el interruptor.

La luz me concedió un respiro, pues aunque no me gustaba reconocerlo la oscuridad todavía lograba inquietarme. Desnuda y empapada, fui hasta el baúl de la otra habitación y me sequé con la capa que antes utilizase como manta. Tenía el pelo enredado, y se me pegaba al cuero cabelludo de forma molesta y produciéndome picores, aún así, me sentí limpia y reconfortada cuando me puse las braguitas nuevas y el chándal.

Lo que en un principio había creído que eran zapatos, eran en realidad unas cómodas y cálidas zapatillas negras de mi número, cosa que me sorprendió considerablemente. Tanto cuidado por parte de Judas me pareció extraño y fuera de lugar. «Es un ser despreciable Sarah». No me agradó nada tener que recordármelo.

Me gustaba la soledad, era mi mejor compañera entre los cuatro muros que limitaban mi existencia. Cuando estaba sola podía recrearme en mis engañosas esperanzas, podía recordar cómo era la vida cuando todavía se le podía llamar así y pensar en las cosas que hice bien o mal cuando era libre. La soledad adquirió nuevos e inesperados significados para mí, era un estado en el que yo establecía las reglas del juego. La soledad, por cruel, me hizo fuerte y olvidadiza, pero también resentida y rencorosa. La soledad magnificaba mis buenos recuerdos y me ayudaba a eliminar los desagradables, me hizo hallar verdades donde antes solo hubiera incertidumbre, y dudar de lo que otrora fuese indudable. La soledad, por su carácter, me hizo valiente y temerosa; me moldeó a su imagen y semejanza, y me enseñó a estar sola.

Aprendí también de lo que llamamos silencio, supe que no existía, y pude cerrar los ojos y percibir los más mínimos ruidos a mi alrededor. Muchas veces sonreía al escuchar pequeños arañazos en los intramuros, pues sabía que el ratoncillo andaba escarbando por algún lado. En ocasiones, si lo llamaba, asomaba de la habitación del baúl como si hubiese acudido a mi voz, aunque por supuesto yo atribuía esto al mero quehacer de la casualidad. Me propuse seguirlo hasta averiguar su escondite, pero siempre lograba escabullirse ante mis narices y desaparecer en algún lugar tras los libros de la enorme estantería. La idea de sacarlos todos me parecía además de una tarea pesada, impropia, pues no quería dejar al descubierto su hogar. A fin de cuentas, el ratón era el mejor amigo que hallaría entre aquellas paredes, y lo último que hubiese deseado era importarlo.

Durante algún tiempo no hubo más platos calientes. La trampilla se abría en contadas ocasiones, solo las suficientes para mantenerme con vida a base de pan y algo de companaje, y yo seguía sin comprender para qué me habían llevado allí, me costaba demasiado aceptar que alguien pudiese disfrutar por el mero hecho de mantenerme prisionera.

Mis pensamientos contrariados podían ser mi cárcel o mi mayor liberación. La claustrofobia de mis aposentos era demasiado para una niña de doce años que había olvidado ser niña, y en los segundos lúgubres de mi nueva existencia, maldije en silencio al mundo entero por su olvidadiza felicidad frustrada, por su quieto e inmutable devenir. maldije las agujas del reloj y su impasible tic tac, su despiadado e incesante girar de manivelas, que no se detendrían siquiera ante la propia muerte.

Me hallé abandonada a mi propia suerte, con la certeza de que pronto ya nadie me buscaría —dudaba incluso si ya habían dejado de hacerlo. Y lo oí todo y a todos, y ese odio era diferente al que me inspiraba Judas: rencoroso e infantil porque nadie vino a buscarme, liviano y cambiante porque no podía dejar de creer que todavía lo harían. ¿Qué me quedaba aparte de mis ridículas esperanzas? ¿Qué, además de los sueños cada vez más lejanos e inalcanzables?

Dormir llegó a ser peor que estar despierta. Me levantaba llena de experiencias olvidadas y veneno en el corazón, mi resentimiento crecía con cada instante de esas vivencias falsas y anodinas que no hacían sino enfurecerme más y más, y sin darme cuenta, la que un día fue Sarah Trelis quedó enterrada bajo capas y capas de oscuros y vengativos sentimientos.

Sumida en la infinita opacidad, olvidé lo que era la risa; olvidé lo que era el viento y la forma en que me acariciaba la cara; olvidé lo que era el sol y su cálido abrazo; la luna llena y el color de las estrellas; olvidé la espuma de las olas y el olor a sal; y también el sabor de un beso en la mejilla; no supe más lo que era sentirse amada, y de no ser porque aún recordaba a mi padre, hubiese dejado de saber amar.

Nunca apagaba las luces a no ser que Judas tuviese intención de bajar, pues no quería enfadarlo. Su carácter distante resultaba perturbador, siempre vigilante y atento a mis movimientos, silencioso y aparentemente apacible. Me preguntaba por qué jamás me dejaba ver su rostro. Quizá —y esa era la posibilidad que más me asustaba—, por miedo a que reconociese su semblante, quizá la razón fuese simplemente la falta de agallas, o la vergüenza de quien sabe y no quiere saber de su propia naturaleza monstruosa. Fuese como fuere, la nula posibilidad de adivinar sus gestos me acongojaba.

Esta vez se había tomado muy a pecho lo de no hablarme, cosa que agradecí sustancialmente. No obstante la carencia de palabras lo deshumanizaba más todavía, haciéndolo incomprensible y aterrador como nunca. Siempre se sentaba en las escaleras a escudriñar, y a mi me parecía ver una sonrisa de satisfacción bajo la malla, cada vez que mi mirada se perdía en la luminosidad de la trampilla abierta. Era un trayecto imposible; no había otra forma de huir de allí que pasando por encima de él.

Los primeros días había sido más descuidado, y pronto entendí que este hecho no era casual. Cuando llegué al zulo Judas tenía el terror de su lado, esa clase de horror paralizante que me hubiese impedido salir de allí, aunque me hubiese dejado a solas y con la salida despejada. Ahora, por el contrario, él podía creer que yo había superado esa clase de miedos primeros. Solo yo sabía cuánto se equivocaba...

El tiempo dejó de ser tiempo, ya nada importaban las horas y los segundos, si todos habían de hablar de la misma oscuridad. Ineludiblemente, algunas veces me preguntaba cuánto haría que estaba allí dentro, creía haber deducido un sistema que me permitía saber si era de día o de noche, pero era demasiado rudimentario y torpe como para fiarme de él. Suponiendo que Judas hiciese “vida normal”, cada vez que me daba de comer debía pertenecer, por fuerza, a la franja horaria entre el amanecer y algo después del crepúsculo. Teniendo en cuenta que cuando comía de caliente volvía a alimentarme al cabo de unas horas, aquello no podían ser sino el almuerzo y la cena. Contrariamente a esto, si se limitaba a lanzarme comida por el agujero, era yo la que debía llevar los cálculos, y siempre acababa perdiendo la cuenta porque los alimentos podían durarme varios inmensurables días; me regía únicamente por mi propia hambre.

Se fundió otro tubo, y cada vez llegaba menos claridad a mi habitación. Por las noches, o lo que yo creía que eran las noches, me arrodillaba junto a la cama y le rezaba un Padre Nuestro al crucifijo inerte de la pared. Mi dibujo todavía colgaba cerca, y con el tiempo su visión me hablaba de algo tan lejano que me sugería una vida pasada, como si nunca hubiese paseado de la mano de mis padres por aquel bello acantilado.

Bajo la cama, escondía el zapatito de charol con el que había llegado al agujero. En esos instantes de fe obligada y desesperada, lo ponía encima de la colcha y rogaba a Dios que alguien encontrase el que faltaba y la pista se trajese hasta mí. Sabía que era aferrarse a un clavo ardiendo, pero tenía la necesidad de creer en algo, por ridículo que resultase. Al terminar, colocaba la suela contra la planta descalza de mi pie y respiraba aliviada al comprobar que todavía me venía bien: era la prueba de que no había crecido mucho, y por lo tanto de que no llevaba tanto tiempo como creía en el zulo.

Se apagó un tubo más, y comencé a temer que acabaría arrojada por el vacío de la oscuridad absoluta. Aprendí cuales eran los mejores momentos para asearme, Judas rara vez volvía cuando acababa de marcharse, y yo aprovechaba esos instantes para ducharme, siempre algo intranquila por si el sonido del agua me desprevenía de un repentino regreso. Si algo me inquietaba, sacrificaba la higiene en pos de mi integridad, pudiendo pasar jornadas y jornadas sin tocar el agua más que para beberla.

La luz era ahora tenue y fantasmagórica. Solo restaban tres lámparas en funcionamiento, y ante tal panorama decidí actuar antes de que fuese demasiado tarde. Desplacé la mesa bajo los focos, y desensrosqué dos de los tres tubos activos dejando uno en marcha. Cuando este comenzase a parpadear encendería uno de los otros, y así prolongaría por algún tiempo mi inevitable paso a la negrura. Tuve que realizar la operación con la corriente dada, pues de lo contrario no habría visto dónde ponía los pies ni las manos. Cada vez se respiraba una mayor tristeza, la pobre luminosidad era otro factor psicológico que combatir y yo ya estaba demasiado agotada como para hacer frente a nada.

Cuando Judas volvió a bajar, no me hizo siquiera apagar la luz, era ya tan sutil que no le molestaba. Me miró con jovialidad, como si supiese lo que yo había hecho y aquello le provocase alguna clase de diversión. Para mi sorpresa, algunos días después descendió con una pequeña escalera de mano y tubos de recambio. Yo me metí en la habitación, no sabía qué hacer ante su presencia durante tanto tiempo, y tampoco tenía nada que llevarme a la boca con lo que distraerme. Trabajó durante largo rato, y me sobresalté al escuchar un taladro perforando la pared. ¿Para qué demonios iba a necesitar un taladro? Se suponía que solo iba a cambiar unas lámparas

fundidas.

Me metí entre las mantas, pensar en lo que pudiera estar haciendo me inquietaba, y no tenía cómo medir el tiempo, pero con total seguridad estuvo allí durante al menos un par de horas. Al fin, el ansiado silencio me dio un respiro. Pisadas en los peldaños, la trampilla encajando en la apertura, y la losa deslizándose: esos sonidos significaban paz, una paz momentánea y volátil que sin duda era mejor que nada.

Sali de mi escondite con el corazón palpitante. Cualquier cosa nueva en el zulo resultaba motivo de alegría y pavor al mismo tiempo. Alegría porque rompía la negra monotonía de mis tormentos, y pavor porque tras cada novedad se adivinaba una perversa finalidad que siempre me era vetada.

Todo era oscuridad, pero comenzaba a saber moverme a ciegas por mi reducido palacete, caminé casi directamente hacia la mesa y el lugar en donde estaba el interruptor. Cuando palpé la pared y topé con el pulsador, supe que algo iba mal: lo habían cambiado. Apenas tuve tiempo de pensármelo dos veces y la luz fue dada, pero no era la clase de luz a la que estaba acostumbrada. Un fognazo púrpura recorrió toda la estancia pintándolo todo de su particular tono espeluznante.

—¡Ah! —chillé como una estúpida ante el espectáculo.

Examiné la pared, y vi que no habían modificado el interruptor, sino que junto al antiguo había uno nuevo. Una regleta subía hasta la pared y se ramificaba por el techo hasta dar con dos nuevas lámparas enormes, cada una de las cuales sostenía dos tubos violetas más largos que los blancos ahora apagados. El ratón había salido también a observar el extraño acontecimiento.

—Ven aquí ratoncillo. ¿Qué te parecen nuestras nuevas luces? —giró la cabecita, y se plantó sobre las patas de atrás de forma ya característica—. ¿Te gustan verdad? Tienen algo mágico.

No me pregunté los motivos que Judas tendría para instalar esas luces tan raras, por una vez me dejé llevar y disfruté de lo que veía. La mesa brillaba en un baño purpúreo precioso, y los objetos proyectaban oscuras sombras que no daban miedo ante el contraste de colores. Jugué a crear figuras con las manos, pero siempre se me había dado fatal, apenas logré desdibujar la silueta de una paloma deformada, y hasta el ratón parecía estar divirtiéndose con mis torpes hazañas.

—¿Cuáles prefieres? —encendí las luces de siempre, y ahora todas funcionaban, la mezcla de ambas tonalidades llegaba a deslumbrar, apagué las nuevas, y ahora los tubos ya no escupían rayos amarillentos, sino haces de luz blanca ominosa que destruían las sombras por doquier. Creo que fue la primera vez desde que había llegado que esbocé media sonrisa por algo que había hecho Judas.

Era triste ser feliz con tan poco porque esa felicidad no era real, era una quimera necesaria, un subterfugio inventado de mi mente horrorizada, el espejismo de una sombra, tan imprescindible como el aire que llenaba mis pulmones. En algún lugar profundo de mi alma yo sabía que aquello era una farsa, pero tuve que hacerme la loca para escapar a la locura, y reír por fuera mientras lloraba por dentro.

Esa noche, me alegré el hecho de que Judas no bajase al zulo. Encendí las luces de color, y el ratón y yo nos dimos un buen festín con la comida que nos arrojaron desde las alturas. Yo intentaba hacer que subiese a la mesa, pero él no acababa de fiarse. Era astuto y rápido, inteligente como nunca hubiese imaginado, y apenas escuchaba la losa se apresuraba a esconderse en su guarida, de modo que Judas jamás llegaba a verlo. Bajo el haz violeta, sus pelillos blancos brillaban puntiagudos y desaliñados dándole un aspecto picaresco y gracioso. Cada vez se dejaba tocar más y me hacía más caso, había aprendido muy bien aquello de «no muerdas la mano que te da de comer», y yo disfrutaba con su compañía, me hacía sentirme menos sola y me arrancaba las sonrisas más sinceras que uno podía esbozar en mi situación.

Hubiese querido jugar con él, pero no sabía cómo hacerlo. Había probado a lanzarle pequeñas piedrecillas que encontraba en el suelo, y para mi sorpresa él iba en su busca, pero en lugar de traérmelas se las llevaba corriendo y las escondía vete a saber dónde. La primera vez que vi aquello solté una auténtica carcajada.

Después de la cena, corría a sus aposentos detrás de la estantería, girándose de vez en cuando para ver si yo le daba una última loncha de algo para llevar. La mayoría de las veces le tiraba un trozo de jamón —que era su manjar preferido—, y entonces se marchaba agradecido, arrastrando su botín con la boca. De forma premeditada, y prolongaba al máximo esto último, porque sabía que una vez se fuese no lo vería hasta el día siguiente, y la soledad regresaría para envolverme en su manto de frialdad.

Todas las noches que podíamos estar solos se repetía aquella misma rutina, y al despedirme de mi pequeño amigo, yo tenía mis propias costumbres y manías marcadas. Rezarle al cristo crucificado se había convertido en una obligación diaria, y el zapato era el mayor objeto de mis plegarias. «Por favor señor, que alguien lo encuentre, que alguien lo encuentre». Era un acto de fe tan descabellado que llegaba a sentir lástima por mi misma, pero por alguna razón era incapaz de irme a dormir sin entonar mentalmente aquellos ruegos. «Por favor, por favor señor, sácame de aquí, que alguien encuentre el zapato, que alguien lo encuentre». En ocasiones incluso besaba la punta de charol del que yo tenía y, finalmente, lo comparaba con la planta de mi pie descalzo. Los dedos comenzaban a escapar a la silueta del zapatito, pero yo ni quería ni podía verlo. «Todavía me viene bien, todavía me viene bien», y lo guardaba bajo la cama.

Pasó el tiempo, hinchado y desfigurado ante mis ojos como un ente caricaturesco que no hiciese sino confundirme y desorientarme. Como en un estado de anulación mental, comencé a repetir siempre las mismas cosas. Ni siquiera el ratón conseguía ya hacerme dibujar una sonrisa. Mis esperanzas, por absurdas e improbables, se fueron desvaneciendo poco a poco en la negrura de las paredes, entre aquellos peldaños desgastados y las mantas de mi pequeño camastro. No había ya motivación alguna para la vida, que se me había escapado entre los dedos como hielo derretido, quemándome las palmas antes de su caída sin rumbo. Y como en un acto enajenado volvía a entonar aquellas palabras interiores: «Que alguien lo encuentre señor, por favor que alguien lo encuentre».

Me sentía estúpida e inservible, sentía que mi vida no importaba nada, que lo mismo daba ya morir que permanecer encerrada en aquel agujero durante cien años. No había espejos en donde mirarme, pero noté que la piel me picaba y estaba más sensible de lo normal. No era estúpida, y pronto supe que las culpables eran las lámparas púrpuras que en un principio tanto me habían gustado. Su luz era hermosa y dañina como la más bella de las telarañas, atrayente pero destructiva. Había oído hablar de máquinas que servían para mantener a la gente morena, quizá aquel fuese el propósito de Judas, dorar mi piel de forma artificial mientras el sol no pudiese tocarme. Solamente pensar en ello me produjo arcadas.

Caí enferma de fiebres, unas fiebres como no había conocido. Entre ensoñaciones extrañas y agoreras, fui extrañamente consciente de que Judas me cuidaba. Estuve días y días tendida en la cama, no hubiese sabido decir cuántos aunque hubiese tenido un reloj y un calendario. Mi maquiavélico captor trajo la silla del salón a la habitación, y me obligaba a tragar unas pastillas que yo no me atreví a preguntar para qué eran. Durante el tiempo que duró mi enfermedad, no hubo más paquetes de fiambre, comía sopas, purés de verduras y caldos de cocido que me hacían recuperar el color. Me sentía tan débil y apagada que aparté a un lado mis miedos y me aferré a aquellos platos calientes como si la vida me fuese en ello. Quería vivir, quería salir de allí para volver a abrazar a mi padre, y en mis febriles desvaríos fui más consciente de ello que nunca.

Poco a poco los dolores de cabeza y las surrealistas ensoñaciones desaparecieron. Me sentía como si un huracán me hubiese alzado por los aires y luego me hubiese dejado caer a cientos de metros de altura. Pero me estaba recuperando, y curiosamente solo tenía ganas de una cosa: ver a mi amigo roedor. Cuando Judas se marchó, me levanté para hacerle ver que ya me encontraba mejor, con algo de suerte me lanzaría algo de comida y podría reunirme con el ratoncillo. Tenía tantas ganas de verlo...

La losa se movió y bloqueó la trampilla, entonces llamé a mi compañero escurridizo.

—¡Pssst! ¡Ratón! ¿Dónde estás?

Me di cuenta de que todavía no tenía nombre, llamarlo ratón después de tanto tiempo resultaba frío e impersonal, y él no se merecía eso.

—¡Ratoncillo! ¡Sal de tu escondite! ¡Tengo que ponerte un nombre! —murmuré entre dientes cerca de la estantería.

Tardó largo rato en acudir a mi llamada, como si estuviese indignado por mi larga indisposición. Me alegré verlo salir de detrás del enorme estante, con sus pelillos alborotados como acostumbraba. Su contoneo me resultó más gracioso y animado que nunca, y me hizo darme cuenta de lo mucho que estaba empezando a quererlo.

—Ven aquí, vamos a ver que nos dan hoy de comer —salí al salón con él siguiendo la estela de mis pasos.

Esperamos largo rato, yo le lanzaba piedrecillas y me reía viendo cómo se las llevaba a su cuarto. Sentía curiosidad por saber dónde las escondía, pero por miedo a asustarlo no me levanté de donde estaba, él acababa volviendo y entonces yo le lanzaba otra y otra más.

El sonido nos cogió desprevenidos a ambos, yo estaba sentada en el suelo y apenas me dio tiempo a ponerme en pie. Él, como siempre, corrió a esconderse, y yo me sentí aliviada por ello.

La trampilla se abrió con el estruendo al que me tenía acostumbrada y Judas golpeó con el pie la madera un par de veces para indicarme que apagara las luces: iba a bajar. Obedecí sin rechistar, y me amagué en el angosto pasillo que daba a mi habitación, asomando la cabeza para ver qué pasaba. Lo que visualicé a continuación me

dejó helada.

Judas descendía los peldaños con algo en las manos, una especie de soporte lleno de pequeños cirios encendidos que brillaban en la oscuridad. Su silueta se desdibujaba en muchas diferentes, proyectadas por cada una de las velitas que sostenía cuidadosamente. Cada trecho andado me hablaba de algo funesto y sin sentido, y estaba tan nerviosa que no acababa de ver qué era realmente aquello que cargaba con ambas manos. Entonces comenzó a entonar aquella cancioncilla y comprendí todo de repente.

—Cuuuupleaaaños feeeliiiiiz —su susurro me envenenó la sangre, y su voz era trémula y risueña, una burla estudiada—. Cuuuupleaaaños feeeliz...

Sus pasos se detuvieron en tierra firme, y supe que aquello con que cargaba era un pastel. Las medias brillaban a la luz de las velas tornando su rostro en una escultura de sombras terrorífica, ya de por sí cambiante y ahora magnificada por el fluir de la luz de las velas, que se escurría en cada poro del tejido augurándome un mal presentimiento.

—Teee deséamooooo Saaaaraaah —se acercó en silencio hasta mí interrumpiendo su canción, inclinándose para que la tarta quedase entre sus ojos y los míos—. Cuuupleaaaaños feeeliiiiiz.

Estaba petrificada, de por sí la imagen ya resultaba suficientemente macabra, pero no era eso lo que más me preocupaba, sino el hecho de que él pudiese conocer la fecha de mi nacimiento. ¿Tanto tiempo había pasado dentro del zulo, o era solo un truco más de Judas para atormentarme? Fuese como fuere, mi alma se consumía como el oxígeno que hacía de combustible de las llamas, en una danza encarnizada y mortal.

Eran sus ojos, los míos, y entre ambos el fuego, el fuego del mismísimo infierno contoneándose al son de mis horrores.

—Vamos, pide un deseo —se le escapó una carcajada, suave y solemne como todo lo que salía de su boca—. ¿A qué estás esperando? Sopla.

No se cómo fui capaz de expulsar aquel bufido, sobre todo teniendo en cuenta que sentía que me faltaba el aire. Las llamas temblaron y se apagaron sumiéndonos en la tinieblas, y como de costumbre, la única luz que quedó fue la que se colaba por la trampilla abierta. Judas, satisfecho, dio media vuelta y caminó hasta la mesa, depositando sobre ella la tarta y las velas, humeantes ahora en su propia agonía. Me di cuenta de que además de eso, portaba una bolsa de plástico colgando de su mano diestra, y de ella sacó un par de paquetes de fiambre a los que me tenía acostumbrada, y algo más voluminoso, rectangular y envuelto en papel de regalo.

Subió las escaleras entre risitas y rápidas miradas, y me abandonó en la lobreguez cerrando la salida y sepultándose con aquello tan pesado que siempre arrastraba. No me quedaba valor para abrir el regalo, pero la duda me quemaba y me llamaba a hacerlo. Me aproximé con cautela al lugar donde sabía que estaba el interruptor y encendí los tubos blancos. El paquete estaba envuelto de un papel rojo vivo y atrayente, y rodeado por un lazo violeta que me recordó a la tonalidad de las lámparas.

Con apenas un suave tirón, el nudo se deshizo y el cordón púrpura cayó a ambos lados de la caja. Sostuve la caja entre mis manos y comprobé que apenas pesaría medio kilo, si llegaba. La zarandé, y algo se movió en su interior golpeando las paredes de cartón con un sonido sordo. Reuní la valentía necesaria para rasgar el papel de regalo, y bajo él descubrí unos códigos de barras y unos números de serie que no me gustaron nada: no era el tipo de caja con que envolverían el regalo en una tienda.

Con las manos temblorosas y el corazón en un puño, alcé la tapa de la caja y, antes de que me diese cuenta, mis gritos retumbaron en las paredes del zulo resquebrajando el aire y mis vanos e inútiles sueños. Enloquecí, lancé la caja con todas mis fuerzas contra la pared, y mi regalo se salió de su interior y cayó al suelo sin emitir sonido alguno; mis alaridos lo ocultaron entre sus fauces. Allí, frente a mis ojos, estaba el objeto en el que había depositado todas mis débiles esperanzas, el zapato que me faltaba, todavía sucio de tierra y con el charol apagado por el polvo.

Gritaba y gritaba fuera de mí, destrozada y desesperada. Corrí hacia el zapato y lo cogí con ambas manos, retorciéndolo con fuerza y queriendo romperlo. Tan solo logré soltar la hebilla y darme con una mano en la pared. Me hice sangre en los nudillos, y aunque me retorcí de dolor, el verdadero daño estaba afincado mucho más hondo, rasgándose desde dentro.

Caminé azorada hasta mi habitación para hacerme con el otro zapato, y volví a la sala de estar con la tonta idea de comprobar si eran iguales. Quizá todo había sido una broma molesta de Judas, sí, debía ser una broma. Comparé el tamaño y los materiales, y muy a mi pesar eran idénticos. ¿Cómo había sabido Judas hacerme tanto daño? Llorando, me quité las zapatillas y traté de ponerme aquellos absurdos zapatitos que tanto odiaba, estaba tan nerviosa que apenas atinaba con el pie dentro, y cuando al fin lo hice, mis mayores temores se hicieron realidad.

—¡Si que me cabe! ¡Si que me cabe! —aullaba haciendo esfuerzos para encajar el pie.

Pero no me cabía, y no pude sino abandonarme a la evidencia con medio talón fuera, la mano repleta de sangre y el alma hecha pedazos.

20  
EL ANAQUEL PERDIDO

**Diario de Sarah Trellis.**

Gran parte de lo que algún día fui murió en aquel siniestro treceavo cumpleaños. Nunca sabría si realmente había sido la fecha de mi nacimiento, pero aquel día fui concebida en las tinieblas. Atrás dejé muchas cosas, los años de inocencia perdida y los dolorosos recuerdos; las alegrías merecidas y los buenos momentos. Me fueron arrebatados los cimientos de mi fe, que se tambaleaba temerosa de desmoronarse en cualquier momento. Me robaron la cordura y los buenos sentimientos, y por encima de todo, me privaron de lo que me había mantenido viva en aquel oscuro paraje: la esperanza.

Apagué las luces y me abandoné a mi lóbrego destino. Me encerré en mi habitación sin querer saber nada de nadie, envuelta en una negrura que ahora me resultaba casi reparadora, una compañera quieta y silenciosa que me ayudaba a esconderme de la vida que tanto temía y detestaba.

Dejé de comer, ya nada me empujaba a querer hacerlo, y pensé en la muerte como sinónimo de paz, como un final digno a mis torturas. Pero la parca era escurridiza y engañosa cual la vida misma, y me evitaba por mucho que yo me empeñase en alcanzarla, ya fuese a base de inanición o puro desespero.

Judas, llegado un momento se percató de mi hundimiento, y como cuando tuve fiebres, se sentó junto a mi cama para incitarme a comer. El muy cabrón no había acabado de jugar conmigo y yo de nada le servía muerta. Empecé a ingerir alimentos con la misma dejadez con que había dejado de hacerlo, y sentí que la vida me pedía disculpas por volver a correr por mis venas. Ya no me impactaba de igual manera ver su rostro enmascarado, pues el día de mi nuevo nacimiento me había curado de mis miedos. Ya nada tenía que perder, y ese hecho, aunque yo todavía no lo sabía, me hizo ser más libre dentro del agujero.

Mi cuerpo se acabó recuperando, pero las heridas del corazón ya jamás cicatrizarían. Cuando reuní el coraje necesario para emerger del dormitorio, hacía mucho frío y las paredes volvían a escupir agua por doquier. Junto a las escaleras hallé uno de los tediosos paquetes que Judas me arrojaba, y encima de la mesa, uno al lado del otro y más limpios y brillantes que nunca, estaban los causantes de mi pesadilla: los zapatos, expuestos deliberadamente para que no olvidase el alcance de mi particular vía crucis.

Estaba famélica, y visto el poco éxito de mi huelga de hambre decidí llevarme algo a la boca. El envoltorio de jamón serrano estaba rasgado, y si me hubiese sido posible habría sonreído por ello, pues eso significaba que el ratón se las había arreglado bien en mi ausencia.

Allí estaba, expectante junto al marco de la puerta, y observándome con sus ojillos como si comprendiese todo lo que me pasaba. Desganada, le lancé una loncha de su manjar preferido, pero él se quedó estático, al parecer ya se había puesto las botas antes de mi llegada.

Le lancé una piedra, y él corrió a cogerla, debí gesticular lo más parecido a una mueca alegre que mis músculos me permitieron. Se levantó sobre sus dos patitas de atrás, entretanto agarraba el pequeño canto rodado con las delanteras, y lo que hizo a continuación me robó el aliento. En lugar de esconder la piedrecilla como siempre hacía, correteó en mi dirección a pequeños trechos, indecisos e inconclusos. Yo estaba sentada en el suelo cerca de las escaleras, y no podía creer lo que estaba viendo. El ratón se detuvo frente a mi, pensándose si efectuar un último movimiento, y de improvisto, lo tenía corriendo por encima de mis piernas y escalando hasta mi estómago. Me hacía cosquillas, sus patas recorrían mi cuerpo generándome agradables escalofríos, y sin quererlo, me hallé a mi misma riendo.

Me recosté en los escalones y él se agarró a mi ropa para no caerse. Lo tenía muy cerca del rostro, y cuando nuestras miradas se cruzaron, ladeó la cabecita con un gracioso contoneo y soltó la piedra sobre mi pecho. Sin darme tiempo a reaccionar, dio un salto y salió disparado hacia su cuarto.

Lo seguí, estaba segura de que él quería que lo hiciese, y cuando entré en la habitación alcancé a ver el movimiento fugaz de un libro, en el estante más bajo del anaquel metálico.

—Ahí estás...

Caminé hacia el lugar indicado con sigilo. El estante inferior estaba repleto en casi su total extensión de juegos de mesa y otros cachivaches, pero cerca de la esquina, y casi junto al fregadero, habría una veintena de libros apilados los unos contra los otros de forma descuidada. Con un poco de suerte, mi vista no me habría engañado y el ratón se escondería próximo al que yo había visto moverse.

Sin hacer ruido llegué hasta allí, y con suma delicadeza cogí el tomo blanco y lo deslicé fuera del mueble; no me fijé siquiera en el título. Tras él, hallé más de lo que había esperado encontrar. Lo primero que vi fue un montoncito de pequeñas piedras, que sabía muy bien de dónde habían salido. Estaban meticulosamente depositadas las unas sobre las otras formando un montículo, y yo añadí la que me había dado el ratoncillo completando la obra. Al fondo, en la pared, y oculto por el cuerpo de uno de los libros adyacentes, estaba el agujero, una apertura cavernosa de medidas apropiadas para mi amigo, y cuyas paredes se perdían en su propia opacidad; era la guardia perfecta.

Coloqué el libro que había sacado en su sitio, amagando el secreto del ratón, y en ese mismo instante supe cómo iba a llamarse. Tenía ante mi un tomo desgastado de tapas duras color hueso, y en el lomo podían leerse el título y el autor: *Don Juan*, de Lord Byron. Sin duda Don Juan era un nombre con demasiada poca clase para mi compañero, y él se merecía algo más que eso. Ostentaría el título de Lord, acorde a su inteligencia y buena presencia; se llamaría Lord Byron, el señor de los ratones.

La idea me pareció tan graciosa que volví a reír, era increíble cómo aquel animalillo lograba animarme hasta en la peor de las coyunturas. Si hubiese estado allí lo hubiese bautizado en aquel preciso instante: «Lord Byron, amo y señor de todos los roedores». De solo pensarlo se me iban las fuerzas.

Sentada en el suelo, me di cuenta por primera vez de lo enorme que era la estantería, un enorme anaquel perdido en la misma oscuridad de mis aposentos. Allí había cientos de libros en los que apenas me había fijado desde que llegara. Los había repudiado, había descartado totalmente su uso porque pensaba que mi estancia en el zulo tendría carácter pasajero, pero ahora las cosas habían cambiado.

Decidí ojear aquel que me había servido para darle nombre a mi compañero, volviéndolo a sacar de su sitio y abriéndolo para echar un vistazo. Reconocí la estructuración de las palabras, y supe, por la forma en que estaban dispuestas, que no se trataba de un texto en prosa, sino de poesías. Los versos se sucedían unos a otros con armonía, y traté de entender lo que algunos de ellos querían decir. No lograba comprenderlos del todo, pero aquel tal Lord Byron hablaba en su mayoría de romances y conquistas mujeriegas. Leí entre líneas también lo que me pareció el retrato de una relación homosexual, y aquello al principio me extrañó, pues no imaginaba que la literatura tuviese un carácter tan transgresor. Sin darme cuenta me metí de lleno en las estrofas, devorándolas de forma desordenada y salteada, Byron relataba las aventuras y desventuras pasionales del tal Don Juan y, de vez en cuando, destilaba unos versos que lograban tocarme, por su suave sensibilidad entre tanto sexo y desenfreno:

«...El amor es una fuerza caprichosa. Bien lo he visto  
Resistir a las fiebres causadas por su calor,  
Pero sorprenderse por una tos o resfriado  
Y más que unas anginas ser reacio al tratamiento.  
Amor está presto contra cualquier dolencia noble,  
Pero le disgusta hacer frente a una enfermedad vulgar,  
que un estornudo interrumpa sus lamentos

o una inflamación enrojecza sus ojos ciegos...»

Y de la misma forma que con el amor, hallé reflexiones sobre los recuerdos y la soledad. Me encontré inmersa en los pensamientos de un personaje inventado, que intuía tenía mucho más del autor de lo que él mismo había querido dejar entrever.

«...No lo advertimos. La sangre fluye demasiado deprisa;  
Pero así como desembocan las corrientes en el océano,  
Nosotros nos sumergimos en las emociones pasadas...»

La lectura resultó ser todo un descubrimiento, aquellas letras, dispuestas de la forma correcta, lograron trasladarme a las inquietudes de otra persona. Era como viajar sin moverse, un pequeño y ansioso respiro para mi mente, que se hallaba ya al borde de la demencia. Fue una medicina inesperada, una aspirina contra mi soledad forzada y mi aislamiento concertado, una cura efervescente que calmaba momentáneamente el torrente de mis penas, relegándolas a un segundo plano mucho menos doloroso.

Dentro de aquel cuarto había muy poca luz, y debía forzar mucho la vista para poder ver algo con claridad. Discurrí que era mejor devolver el ejemplar de Lord Byron a su lugar, pues no quería dejar la guarida de mi amigo al descubierto. Antes de relegarlo a su sitio, no pude poner remedio al movimiento de mis manos, que ya buscaban unos últimos versos trascendentales entre aquella maraña de rimas. Sin quererlo, di con unos que casi me hablaron de mi misma, de mi soledad y mis pensamientos de muerte.

«...Dos o tres parecen pocos y uno es nada.  
En el desierto, en el bosque, entre la gente o en la playa  
Sabemos que la soledad impone su mando  
Y que se enseñoorea asiduamente de estos lugares,  
Pero en magnífica galería o en una gran sala,  
Igual en edificio moderno que en los de antaño,  
Algo así como la muerte se nos acerca al sentir  
Que nosotros somos uno y que ella es para todos...»

Las ideas de aquel Lord mujeriego y vicioso fueron el primer alimento intelectual que engullí dentro del agujero, pero después vendrían muchos más. Aquel mismo día me levanté del suelo y examiné las diferentes alternativas que se me presentaban. Había un autor recurrente a lo largo de toda la pequeña biblioteca: Shakespeare. Yo había oído hablar de él, y por lo poco que sabía sus escritos habían alcanzado las más altas cotas de la literatura universal. «Por fuerza —pensé— debe de ser bueno».

Había muchos títulos con su nombre y uno que me sonaba por encima de todos los demás: *Romeo y Julieta*. Pero yo no era una de aquellas remilgadas niñas a las que les apasionaban los cuentos de hadas, es más, siempre me habían aburrido, y aquello me sonaba más bien a príncipe busca princesa; no me apetecía. Seguí indagando, *El rey Lear*, *Otelo*, *El mercader de Venecia* y uno que logró interesarme por la sola fonética: *Macbeth*. Lo cogí de entre la maraña de obras olvidadas y lo llevé conmigo hasta la sala de estar. El lomo estaba lleno de polvo y cuando soplé se alzó en un vuelo misterioso y prometedor.

Olvidé momentáneamente mi cautiverio. Sostener aquel libro entre mis manos era como detenerme frente a una ventana cerrada que estaba a punto de ser abierta. Estaba incluso nerviosa, y para mi satisfacción y sorpresa no lo estaba por algo malo. Comencé a leer invadida por una extraña emoción, cada palabra del relato desgranaba una bella poesía, y yo no entendía demasiado de rimas ni de métrica, pero el ritmo se intuía en cada entonación de los versos.

*Macbeth* hablaba de la traición y de sus consecuencias. El relato me atrapó en sus fauces con una fiera que antes no había conocido, quería saber qué sucedería a continuación en aquella corte manchada por el ansia de poder, descubrir los entresijos de los traidores y ver si finalmente se salían con la suya. Me gustaba, sobre todo porque aunque vil y despreciable, el propósito de aquellos que traicionaban al rey tenía un fin concreto: la obtención de poder. Era detestable, pero más o menos comprensible, y casi deseé ser capaz de adivinar de igual manera los motivos de mi clandestinidad.

Consumí las páginas de *Macbeth* aquella misma noche, su magia me invadió y me hizo salir de aquellas cuatro paredes por un breve y magnífico espacio de tiempo. Fue algo parecido a la libertad, a volver a correr descalza por la hierba verde. Durante ese asombroso viaje fui el espíritu apesadumbrado del rey asesinado, fui el miedo de los inocentes acusados y el carácter despiadado de lady Macbeth. Sentí lástima por los soldados muertos en vano, su honor mancillado tras un fallecimiento indigno, tachados culpables de un regicidio que no habían cometido.

Sentí una inesperada nostalgia al cerrar las tapas del tomo. Aquel había sido mi primer libro, mi primera verdadera lectura voluntaria, y había conseguido robarme un pedacito de mi alma. Mi corazón ya siempre estaría manchado con la tinta de aquellos versos magistrales. El aroma de las páginas marrones era embriagador e hipnótico, invitaba a acariciarlas y releerlas una y otra vez, y empujaba a ver aquel ejemplar antes inservible como un bello tesoro.

Después de *Macbeth* vinieron muchos más, primero de Shakespeare, después de otros incontables autores. Aprendí a profesar un respeto especial por el dramaturgo inglés. Sus obras, breves y contundentes, siempre se centraban en las debilidades humanas, describiéndolas de forma bella, cruda y veraz, todo a la par. Aquel *Romeo y Julieta* que en un principio había despreciado resultó ser un retrato perfecto de la venganza y sus fatales alcances. Las familias Capuleto y Montesco quedarían grabadas a fuego en mi memoria, así como el amor prohibido de sus más jóvenes miembros. El final de *El mercader de Venecia* me privó de la respiración, sublime y sumamente inteligente. Aquel discurso sobre la forma en que debía cobrar la deuda el mercante judío, sin derramar una sola gota de sangre, hizo que la mía ardiese de emoción. Jamás habría podido inventar algo similar. ¿Cómo podía Shakespeare dejar la respuesta ante las narices del lector y conducirlo de tal manera que solo se diese cuenta al final? Era puro arte.

Judas estaba sospechosamente satisfecho con mi nueva afición por la lectura. En ocasiones incluso se marchaba si veía que estaba enfrascada en alguna de aquellas novelas. De igual forma que todo lo que hacía, me resultaba ilógico e incomprensible, pero agradecía el hecho de poder estar más tiempo a solas con mis pensamientos.

Más tarde comenzó a soltarme unos siniestros discursos sobre lo que, según su parecer, él y yo nos asemejábamos, y aún queriendo ignorarlo aquello me ponía los pelos de punta.

—No lo comprendes Sarah, tú y yo somos iguales —que dijese aquello me perturbaba notablemente, sobre todo viendo sus labios moverse detrás de las medias elongadas hasta el extremo—. Es únicamente que aún no puedes verlo, pero no somos más diferentes que una manzana recién cogida del árbol, y una que ya ha empezado a pudrirse.

Yo trataba de seguir comiendo y hacer oídos sordos, pero él estaba más que dispuesto a que escuchase su charla. Si era necesario incluso se acercaba a la mesa, abandonando su puesto de guardia en las escaleras.

—¿Has pensado alguna vez en ello Sarah? ¿En por qué se pudren las cosas? Es el aire que respiras, ese mismo que te da vida, el que las oxida y las carcome hasta hacer que tenga sentido la palabra putrefacción. La naturaleza está envenenada pequeña, medítalo en profundidad. Piensa en una planta, en cómo se alimenta de cuanto tiene a su alrededor y lo succiona de igual forma que una detestable sanguijuela, que no te engañe su aspecto inofensivo, no coge más porque no puede.

Daba vueltas en círculo, cual profesor de academia que medita su valiosa lección.

—Las personas no somos diferentes Sarah, es solo que por suerte o por desgracia hemos sido dotadas con mayor capacidad de movimientos. Pero la existencia, por definición, es cruel y egoísta, cada despreciable animal que puebla este mundo no lucha por más que por su propia supervivencia, y nosotros somos el peor de todos. Somos engañosos, mentirosos y rencorosos, seguro que lo has aprendido de esas obras Shakespearianas que tanto te gusta leer.

Yo permanecía en silencio, algo dolida al reconocer la razón en sus palabras. Realmente era cierto que aquellos libros me apasionaban por su fiel retrato de las flaquezas humanas. De todos modos, en rara ocasión me atrevía a decir nada, y simplemente esperaba a que Judas diese por terminada su presentación. A veces, podía prolongarse por un buen rato.

—Pero mírate, eres la manzana recién caída, todavía ni te has recuperado del impacto. Es normal que no puedas ver más allá de lo que te han enseñado tus insulsos libros de religión. ¿Que Dios es bueno, que nos creó a su imagen y semejanza? Por favor... me entran ganas de vomitar. ¿Por qué iba a alguien querer crear unas criaturas tan desechables como nosotros, sino para sentarse y admirar el espectáculo? Estúdialo con detenimiento Sarah, ¿por qué ese ser mágico y barbudo no se detuvo a erradicar la pena y el dolor antes de desterrarnos a estas tierras áridas? Somos su circo personal, puro entretenimiento, y nada más.

»Quizá nosotros, en nuestro estúpido afán por difundir su palabra, construimos el coliseo romano para ver matarse a nuestros semejantes. Al fin y al cabo no es tan distinto de lo que él hace, es casi lo mismo, solo que a menor escala. ¿Recuerdas lo que te decía de la putrefacción de las cosas? Ahora estás blanca, impoluta, pero pronto comenzarás a plantearte muchas cuestiones, si es que ya no lo has hecho. ¿Por qué no han venido a por ti? ¿Por qué alguien como yo te encierra entre estas paredes mohosas? ¿Por qué se han olvidado de ti tan pronto? ¿Por qué tu madre te abandonó cuando tenías solo nueve años?

Aquella pregunta fue la que más daño me hizo de entre todas, denotaba que Judas me conocía mejor de lo que yo pensaba. Muy a mi pesar, destellaba retazos de verdad en sus afirmaciones hirientes y afiladas como dagas.

—Porque sí, Sarah, porque no podría haber sido de otra forma, porque nuestra forma de ser nos hace decepcionar a los demás y decepcionarnos a nosotros mismos. Respóndeme a una cosa pequeña, ¿quieres a tu padre verdad?

Yo asentí con la cabeza, temerosa de que mi respuesta se volviese contra mí, pues Judas sabía jugar con los sentimientos como un malabarista con una sola pelota de goma.

—Bien. Ahora dime otra cosa más. ¿Cuántas veces le has hecho daño? ¿Cuántas veces le has visto sufrir por ti y no has hecho nada por cambiarlo? ¿En cuántas ocasiones has visto la decepción en sus ojos?

Solamente el silencio le fue devuelto por respuesta. Recordé mis años de mutismo tras la partida de mi madre, recordé cómo le había echado a él la culpa de todo, y como tardé años en perdonarlo. Ni siquiera entonces fui capaz de pedirle disculpas, o decirle lo que en realidad había pasado por mi cabeza durante todo aquel tiempo. Me sentí culpable y avergonzada, Judas tenía razón, no me había portado bien con la persona a la que más quería, y eso me quemaba más que cualquier encierro o grado de oscuridad.

—¿Lo ves? Has sido muy egoísta Sarah. ¿Cómo pretendes que nadie venga a rescatarte después de lo que tú has hecho?

«Mi padre vendrá, él no dejará de buscarme», pensaba yo. Por muy mal que yo hubiese hecho las cosas, el vendría a buscarme, él vendría. Pero la verdad era que no había venido nadie, y que dentro de aquel paraje cavernoso la duda era el peor enemigo de la conciencia.

—Estas sola, y cuanto antes aprendas a aceptarlo antes acabará tu sufrimiento.

Aquellas palabras se me metían en la cabeza como veneno, y por mucho que hiciese yo por deshacerme de ellas, se hacinaban en algún lugar del que me era imposible arrancarlas.

Comencé a leer cada vez con más apetito y la lectura se convirtió, junto a los ratos que pasaba con Lord Byron, en la única vía de escape a mi pesadilla psicológica. Pasaban los días, las semanas, y los meses, perdiéndose como las presas de una gigantesca tela de araña. El dolor, por doler tanto se hizo olvidadizo, y los recuerdos, por sus esperanzadoras promesas, se convirtieron en pasajes borrosos de una existencia pasada. Nada me quedaba ya, y poco a poco llegué a aceptarlo y ser consciente de ello. Aprendí a soportar la vida en el zulo y traté de ser lo más feliz que podía con lo que tenía.

Lord Byron empezó a saber cuál era su nombre, y acudía presto cada vez que lo llamaba. Los tiempos en que ambos nos estudiábamos con timidez habían dado paso a una confianza plena, y ahora correteaba fácilmente por encima de mi cuerpo y se dejaba acariciar por mis manos. Aquel ratón era realmente excepcional, ¿cómo podía la gente mostrar tal animadversión por unos animales tan inteligentes? A veces, cuando leía recostada, se ponía sobre mi pecho y hacía como si él también leyese.

Juntos descubrimos la belleza de mil mundos diferentes, vendimos el alma al diablo por la juventud de Dorian Gray, y lloramos al saber —gracias a Calderón de la Barca—, que la vida es sueño y los sueños sueños son. Devoramos los cuentos de Edgar Allan Poe, temblamos con *El cuervo* y palpítamos con *El corazón delator*, sentimos miedo con *El barril de amontillado* y nos fascinaron *Los crímenes de la Rue Morgue*. Agradecí que en muchos de los libros se incluyese una pequeña biografía del autor, algunos estudiosos afirmaban de Poe que había muerto de un delirium tremens. ¿Cómo era posible? ¿Una mente tan privilegiada? En uno de sus relatos, hallé un apunte que me pareció perfectamente aplicable a mi pequeño amigo Lord Byron: «Hay algo en el amor desprendido y sacrificado de un animal que llega directamente al corazón de aquel que ha tenido frecuente ocasión de conocer la miserable amistad y la débil fidelidad del hombre».

Descubrir a cada autor, conocerlo a través de sus palabras inmortales, resucitar sus ideas y casi poder tocarlas... La magia de la literatura se había adueñado de mi alma. Y era difícil poder pensar en algo tan entusiasta dentro del agujero, pero creo que en parte, era feliz. Me encantaban los escritores clásicos, había algo en su forma de escribir que me cautivaba. Y sus obras, eran tan trascendentales, tan atemporales, que era como si ellos mismos hubiesen esquivado la muerte y todavía hoy permaneciesen con vida.

De forma algo egoísta, me alegró darme cuenta de que al igual que me ocurría a mí, muchos de aquellos bohemios se habían sentido solos y atormentados, y en ese efímero contacto de cuando las mentes conectan sin tocarse, logré sentirme algo más comprendida.

Dejé de acordarme de mi padre, dejé de esperar que viniese a salvarme. Era mejor abandonarse a la idea de que no iba a salir de allí. Al menos, sin esa clase de ensoñaciones me resultaban más llevaderos los días. Muy dentro de mí, sentía que estaba renunciando a una parte de mí misma, que estaba rechazando lo que Sarah Trellis había sido algún día, y me sentía culpable por hacerle eso a mi padre, por querer olvidarlo, pero era ya la única forma que tenía de permanecer cuerda en mi cárcel de piedra.

En alguno de aquellos lúgubres pasajes de mi infancia perdida, me convertí en una mujer. Fue mientras leía uno de mis libros —no recuerdo cuál—, había tenido molestias estomacales durante los últimos días y unas migrañas insufribles que antes jamás había conocido. Mi padre, el bueno de mi padre, me había hablado en alguna ocasión de cómo sería aquel momento. El pobre hombre se las había ingeniado para explicarme lo que hacían las mujeres antiguamente, cuando no existían las compresas, y aquella anécdota que seguro tanto le había costado contarme fue mi salvación. Cogí la capa negra, la misma que utilizase de manta en los primeros días, y la rasgué sin mucha dificultad. Con ella improvisé una especie de pañal que yo misma habría de lavar a mano después, no era un remedio milagroso, pero era mejor que nada.

Me acostumbré a la humedad del invierno y a la frescura del verano. Allí dentro nunca hacía calor y después de largos meses comencé a aceptar que debía llevar allí mucho más de un año, quizá dos. Me habitué a mi habitación en penumbras y a las duchas de agua fría, a la silueta de Judas descendiendo las escaleras y a su retórica pesimista. Dejaron de sorprenderme sus muecas ocultas y sus gestos imaginados; y aquellas medias marrones, pasaron del miedo al simple y llano aburrimiento. Al fin y al cabo, y fuese como fuese, Judas jamás me había puesto una mano encima, y si no lo había hecho en el tiempo que llevaba en el zulo, dudaba que fuera a hacerlo ahora.

Él seguía empecinado en hacerme ver que ambos no éramos diferentes, y con su insistencia, llegué a reconocer la razón en alguno de sus argumentos. Detestaba al ser humano, probablemente porque se odiaba a él mismo más que a nadie. Me hablaba del egoísmo, de la venganza y de las más burdas pasiones. Me hablaba de la traición y de la débil fe de los mortales, y yo algunas veces hasta le replicaba, le había perdido el miedo incluso a eso.

Todavía, en algunas ocasiones, me sorprendía a mí misma con la mirada perdida en la trampilla, y era curioso, pero realmente no había intentado escapar de allí ni una sola vez. Si hubiese oído el valor de alguno de los personajes que leía y admiraba, sin duda habría echado a correr en un descuido de mi captor, pero aquello no eran las páginas de una novela, mi pesadumbre era real y lo verídico, por fuerza, resulta más complicado que lo falso. Una historia se inventa para que tenga sentido, pero la vida real no tiene por qué tenerlo.

Recordé el incidente de las tijeras, había estado a punto de llegar a los peldaños y ascender hacia la libertad, pero en el último momento me había amedrantado y me había escondido bajo la mesa. Ese recuerdo me pareció tan lejano y distante, que la evidencia cayó sobre mí con contundencia: llevaba allí mucho, mucho tiempo, demasiado como para que ninguna vana esperanza hubiese sobrevivido a mi tormento.

Tiré la toalla; desterré de mi interior hasta las más débiles ensoñaciones; arranqué de la pared de mi habitación el cristo crucificado, pues estaba visto que Dios no iba a acudir a mi llamada; rasgué también aquel dibujo que solo me atormentaba y lo lancé echo una bola bajo la cama. Todo fue a parar allí, todo cuanto me molestaba: allí dejé los zapatos de charol y todos los sueños que los habían acompañado; mi vergüenza y mis miedos más inusitados; olvidé incluso el desprecio por un ser, que por ser el único que ya conocía comenzó a parecerme hasta humano. Yo no estaba hecha para odiar a nadie eternamente, y si había de vivir allí hasta el último de mis

alientos, iba hacerlo lo mejor que pudiese.

Aunque Judas jamás llegó a cumplir al cien por cien su promesa de no hablarme, casi llegué a agradecerlo. Byron era mi único verdadero amigo allí, pero con él no podía hablar, y si lo intentaba recibía caricias a cambio. Muy a mi pesar, me hallé ante la necesidad de conversar con alguien, y en silencio, comencé a apreciar aquellos discursos de negra moral que me transmitía. Me di cuenta de la gran falta que me hacían, cuando llamando a Lord B la garganta comenzó a dolerme. Noté que estaba reseca, y que cada vez me costaba más alzar la voz. Probablemente el verdadero causante de mi dolencia fuese el frío, pero yo lo atribuí al poco uso de las cuerdas vocales.

—El ser humano...

—Es vil y despreciable —cortó a Judas— ¿Es eso, no?

Su mirada era puro fuego, en su enseñorada postura probablemente no me había imaginado capaz de contestarle.

—¿Qué?

Verlo enfadado todavía me aterraba, pero hice de tripas corazón y me obligué a mirarlo a los ojos.

—Me lo dices todos los días, creo que ya está bastante claro.

Las manos me temblaban, tuve que cerrar los puños para que no se me notase. No obstante, él me observaba como si pudiese oler el miedo.

—¿Y qué me dices? ¿Estás de acuerdo?

No supe si la pregunta iba con segundas, sus gestos amagados no me desvelaban sus intenciones. El corazón me palpitaba con fuerza, tanta que me hacía daño en el pecho, como un peso que me impedía respirar con normalidad.

—No... no creo que todos sean así. También hay hombres buenos —tragué saliva.

—¿Y qué son los hombre buenos? No, solo existe la maldad disfrazada, la maldad que por falta de golpes no sabe que es mala.

Sus argumentos me resultaban rebuscados, a veces incluso faltos de inteligencia. Los repetía una y otra vez, a veces cambiando las palabras, pero la base siempre era la misma: la manzana verde y la podrida. Me parecía estar discutiendo con un niño de menor edad que yo, cabezota y empecinado en llevar la razón. ¿Por qué ese afán en hacerme ver las cosas tan negras? ¿Por qué esa obsesión por hacerme pensar como él pensaba? Quise preguntarle esas y muchas más cosas, pero no esperé poder formular la cuestión que formulé:

—¿Por qué nunca te quitas esas medias?

Lo dije con desgana, abatida, pero no me atreví a alzar la vista. Había llegado un punto en que me daba igual cual fuese su reacción. La monotonía de mis días era demasiado densa como para permanecer callada un segundo más, y al hablarle, una extraña sensación recorrió mis venas, una adrenalina que jamás antes había experimentado. Por un instante, me sentí viva de nuevo.

## 21 ALCOHOL DE QUEMAR

El sonido del tren sacudía su cabeza con un traqueteo nostálgico. El tren siempre había significado eso para él, una partida o un regreso, pero aquel día las sensaciones eran un tanto diferentes. Unas tímidas lagrimillas se escurrían de sus ojos mientras el vagón se alejaba lentamente del andén, las puertas se habían cerrado y su vida había quedado tras ellas, ralentizándose y perdiéndose a sus espaldas como siluetas de vapor entre la niebla matutina.

No era lo mismo, esta vez no era lo mismo, porque sabía que era una partida, pero que jamás habría regreso. Se imaginó a sí mismo volviendo a recorrer aquellas calles años después y vio a un extraño, a un muchacho asustado que se marchó para volver hecho un hombre, el hombre que nunca había esperado ser. Pero... ¿Qué se puede hacer cuando la vida deja de ser vida, cuando tras de uno solo queda la tristeza y la memoria? Marcharse era la única salida, no podía quedarse allí, el recuerdo era demasiado poderoso en cada chaflán, en cada avenida, y él únicamente quería olvidar.

A cada paso atarazado de la máquina, sentía que un pedazo de su alma escapaba por la ventana, y las lágrimas, primero cautas, pasaron a ser un auténtico reguero. No le importaba llorar y no se esforzó en secarse las mejillas rosadas; el llanto era para él la única señal de que todavía era capaz de sentir, de que quemaba en el corazón todo cuanto había pasado. Sus dieciocho años eran todo temblor e inexperiencia, y ahora se encontraba solo ante el mundo, un mundo que desconocía y que tenía miedo de conocer.

Él fue quien la encontró por la mañana, cuando volvía de trabajar. Los ojos le escocían por el humo de los cigarrillos y la ropa le olía alcohol ajeno, el de los clientes que cada noche se embriagaban en el bar donde se ganaba unos duros. Aquel no era un sitio para él, nunca lo había sido, aquellos pobres bebedores tenían miradas cansadas, malgastadas por los años vacíos; eran todo lo que él siempre había temido ser algún día. Ir allí cada fin de semana era como una advertencia: «Haz algo con tu vida, no la desaproveches». Y por Dios que el mensaje calaba hondo viendo aquellos rostros compungidos.

Cuando al alba cerraba la persiana, acertaba por la avenida el largo kilómetro que lo separaba de su casa paterna y único cobijo. Los pies encallecidos le escocían a cada paso recordándole el significado de la palabra dolor, pero se alentaba pensando que solo le quedaba un trecho más, una pequeña caminata para meterse en su cama caliente y dejarse llevar por los sueños hasta la hora de comer.

Subió a pie los peldaños que lo llevaban al tercer piso de un modesto bloque de viviendas, y allí, sacó del bolsillo de los vaqueros la llave que habría de entrar en la cerradura. Cuando se dispuso a meterla, vio que del agujero ya colgaba otro juego de llaves, una vez más. Aquello nunca era buena señal, nunca. Por mucho que pasaran los años, jamás le había perdido el miedo a aquel llavero con un escudo de la BMW; el llavero de su padre.

Abrió la puerta con el corazón en un puño y nada más hacerlo escuchó el rugir de una televisión encendida, el volumen demasiado alto, el resto de la casa demasiado silenciosa. Dejó ambos juegos de llaves en la mesita del recibidor y caminó con cautela por el largo pasillo en penumbras. A su izquierda, la cocina, solo sombras y el sonido de un par de moscas; más adelante y a la derecha, la sala de estar, y el lugar al que más temía asomarse. Sus pasos eran lentos y temerosos, agoreros de algo que podía haber pasado y nunca llegaba a pasar.

—Señor, el billete por favor —le devolvió a la realidad la voz del revisor.

—Sí, claro.

Sacó de su bolsillo la cartera de piel y mostró el papel arrugado. El hombre lo miró con extrañeza y él recordó de pronto que había estado llorando. No se molestó en decir nada, simplemente esperó a que este decidiese marcharse. A fin de cuentas, su estado de ánimo era problema suyo y de nadie más.

De nuevo el traqueteo y la nostalgia, algún que otro chirrido en los railes que se le antojaba como un verdadero grito de auxilio, el que pedía él por que alguien lo despertase de aquella pesadilla. Enfrente, al otro lado del pasillo, tomaron asiento una madre y una hija —dedujo—, la madre estaba enfrascada en una revista del corazón mientras la niña se esforzaba por colocar una mochila en el portamaletas, demasiado alto para ella. Cuando al fin se acomodó, quedó mirándolo estáticamente, con la noble curiosidad de una inocencia de menos de diez años. Sus ojos le dieron más ganas de llorar, como si ella pudiese ver dentro de él, como si fuese la única persona capaz de comprender lo que le pasaba.

Y el pasillo, la luz apagada y los tonos grises, la tele encendida y el volumen ensordecedor haciendo mella en sus oídos. La voz de un noticiero, algo sobre un accidente de tráfico; y la puerta mal engrasada gime al abrirse; la oscuridad; el miedo recorriendo su cuerpo; y el silencio entre tanto sonido, un silencio de muerte. El olor a encierro, aire viciado entrando por sus fosas nasales, y unos ojos abiertos, el pánico que se adueña de todo. El sonido de sus propios pasos en la alfombra. Está sucia, a alguien se le ha caído un plato y los trozos asoman por doquier; el sofá, y una silueta, quieta, imperturbable, blanca a cada destello del televisor encendido. Él la llama, pero ella no responde, no se mueve, sus brazos tendidos sobre el regazo; y el color rojo, el color rojo de la vida que se escapa, la vida que ya no volverá.

—¿Mamá?

Cervezas vacías sobre la mesa, latas que hablan de lo que ocurrió, pero él no quiere escucharlas; y la madre que no responde, la madre que no se mueve ni parpadea, y el rojo sangre deslizándose desde su pecho hasta sus piernas, cayendo hasta sus pies descalzos. El televisor que no calla; y su cabeza a punto de estallar; un fuerte dolor en el pecho; y ganas de gritar, pero no grita, no puede siquiera hacer eso.

—¿Ma... ?

Y la voz que se quiebra; las lágrimas que escapan a su control; los puños cerrados y la impotencia; el corazón que se rompe, que se despedaza en mil recuerdos rotos; y los ojos que no aceptan lo que ven; la voz que sigue llamando a la madre aunque sabe que está muerta.

—¿Madre...?

El tren se detuvo en una parada y varias personas se apearon. Otras tantas entraron al vagón, casi repleto, pero nadie se sentó junto a él, debía de ofrecer un aspecto lamentable. Lo observaban, notó las miradas clavadas en la nuca, oyó que alguien susurraba algo y los odió a todos, pero ellos no tenían la culpa de nada. Y otra vez la bocina, y los motores que se ponían en marcha, el paisaje perdiéndose en las ventanas y los ojos que descuidan el interés por él.

Se enjugó las lágrimas, y apretó su mochila negra contra el pecho, como queriendo protegerla. El tiempo se desvaneció en las escenas cambiantes que vislumbraba a través del cristal, montañas, árboles y bosquejos que parecían despedirse de él, pero era él el que se despedía de todos ellos. El muchacho había muerto, había nacido el hombre.

No era un trayecto largo, pero el ferrocarril se movía a una velocidad tediosa: no le importaba, no tenía prisa por llegar a ningún lugar. Las vías se internaban en túneles atravesando las entrañas de los montes, y ni tan solo cuando el tren se deslizaba en la oscuridad el muchacho parpadeaba, continuaba estático, la vista perdida en la negrura de los vidrios. La línea ferroviaria lo llevaba lejos de lo que había sido su hogar, en su idea insensata de escapar de su pasado. No sabía que el ayer siempre vuelve, que el ayer siempre persigue y persevera, no sabía que la distancia no es más que tierra de por medio.

—Disculpe. ¿Se encuentra bien?

El bar estaba repleto, el olor a cigarrillo barato lo impregnaba todo. La camarera le dirigió una expresión de impaciencia.

—Una cerveza por favor —se limitó a responder.

Ahora él estaba del otro lado de la barra, del lado de las miradas carcomidas y recelosas, de los ojos consumidos por tiempos poco amables y punzantes: los

tiempos que le había tocado vivir. Era casi paradójico, se estaba convirtiendo en lo que siempre había detestado, en aquello que siempre había temido y despreciado con tanto ahínco.

A sus espaldas la puerta se abrió, y la brisa nocturna le llegó hasta la nuca envolviéndolo en el abrazo de un frío recuerdo, el de un vagón que se abrió en una parada sin nombre. Su memoria guardaba el momento como si de ayer mismo se tratase, la madre y la hija, los viajeros curiosos, y su rabia contenida, su ira contra el mundo. La mochila negra apretada contra su pecho, en ella llevaba todo cuanto le quedaba, y sus manos temblorosas mientras se levantaba de su asiento y se apeaba del tren.

Ya nadie lo observaba, pero él seguía sintiendo que tras de sí todo el vagón permanecía vigilante. Dio un traspies y la bolsa salió volando, la mochila negra donde guardaba todas sus pertenencias. Al caer se hizo daño en las rodillas, probablemente tuviese sangre, pero no se paró a lamentarse, solo quería recuperar sus cosas. Sus brazos se perdieron en una marea de piernas, pertenecientes a aquellos que atravesaban la estación en su frenético ajetreo. Estaba asustado, había perdido de vista la bolsa tras los pies de un hombre trajeado; sus zapatos negros brillantes como ningunos otros. Se levantó, la vista todavía clavada en el suelo, cuando una voz le instó a alzar la mirada.

—¿Te has hecho daño?

Vio la mano tendida hacia él y algo se le removió en el estómago, estaba demasiado sensible y un gesto amable le afectaba más de lo habitual. Se limpió las palmas en los pantalones antes de saludar al hombre, que lo recibió con la más amplia de las sonrisas y su mochila negra suspendida del otro brazo.

—¿Qué llevas aquí que guardas con tanto recelo muchacho? —era una pregunta retórica, en un segundo se hallaba escarbando en el interior del zurrón—. Pero qué tenemos aquí. ¿Te gusta la fotografía?

No le agradaba que manejasen su cámara, pero estaba demasiado cansado como para protestar, el hombre se puso el aparato en las narices y empezó a toquetear el enfoque, al parecer sabía lo que hacía.

—¿Me dejas? —no le dio tiempo a contestar, el tipo se dio la vuelta y sacó una instantánea del tren—. Ten, tienes una buena máquina chaval.

Su forma de hablar hizo que lo mirase con más detenimiento, en realidad era más joven de lo que en un primer momento le había parecido, no llegaría siquiera a los treinta.

—¿Cómo te llamas chico?

—Esteban, Esteban Belmez.

Y una vez más volvía al bar y al estruendo que causaban sus ocupantes. No sabía por qué motivo su cabeza viajaba a aquellos recuerdos. ¿Cuanto hacía, diez, doce años? Ya era hora de olvidar, sorbió un buen trago de su cerveza recién pagada y la dejó caer sobre la mesa con un estruendo. «Latas de cerveza vacías», lo atormentó su pensamiento como en un sueño, «un plato roto en la alfombra, y unas llaves tintineando en la cerradura, las llaves de...».

Llegó a la calle donde vivía algo más sobrio que de costumbre. Se había marchado del pub sin terminar la última consumición. ¿Qué clase de farsa era aquella? Ya estaba bien de castigarse, al menos por aquella noche. Vio la silueta escurrirse bajo un coche, era un gato negro, de aquellos de sus fotografías; si hubiese llevado la cámara le hubiese sacado un retrato. Se acercó al portal con desgana y buscó las llaves en los bolsillos, el animal maulló a sus espaldas y una voz retumbó en su cabeza; le extrañó que no fuese la suya: «Me preguntaba si serías uno de esos... el tipo de gente que dice apasionarse por un animal y luego no tiene ninguno en casa...».

—¿Quién me manda... ?

Dio media vuelta en busca del gato, murmurando entre dientes, y allí estaba, a menos de dos pasos de él, sentado en el suelo y observándolo con total parsimonia. Esteban se agachó y lo llamó con siseos y extendiendo la mano derecha, y el animal se acercó con movimientos señoriales, como si comprendiese que acababa de ganarse el cielo.

—Vamos, ven aquí, estás de suerte pequeñajo.

Lo cogió y él se dejó hacer. El fotógrafo, a pesar de todo, sabía manejarse bien con los animales, siempre le habían gustado.

—¿Cómo te vas a llamar? —le inmovilizó con una mano las patas delanteras y con otra las traseras, y lo puso panza arriba para ver si era gato o gata—. Casiopea, te vas a llamar Casiopea —dibujó una sonrisa en los labios.

Cinco minutos más tarde estaban compartiendo lo que quedaba en la nevera, un paquete de salchichas de Frankfurt, crudas, como a él le gustaban. A Casio no le parecieran tan sabrosas, y tuvo que darle algo de jamón york en lonchas. Acababa de llegar y ya era el ama de la casa, después de tragar delicadamente los trocitos de fiambre se relamió, y a los pocos segundos estaba encima de la cama ronroneando y haciendo monerías. Era graciosa, y aquella noche hizo que se sintiese menos solo.

Se acostó, extrañado por la asombrosa habilidad que tenía para desvestirse, hacía muchos sábados que no llegaba tan sereno a casa, es más, no recordaba la última vez. Se sintió reconfortado, era como ganarle una pequeña batalla al alcohol, tan detestable y necesario en su vida. Dios, entre semana no bebía ni una gota... ¿Por qué era incapaz de hacer lo mismo en vísperas de festivo? Casio pareció comprender su desasosiego y se acercó a hacerle unas caricias, habían conectado a la perfección desde el primer momento.

La luz de la luna se colaba por las ventanas, iluminando sectores de pared repletos de fotos: sus fotos. Aquel mural de imágenes era mucho más de lo que en realidad parecía, cada instantánea significaba algo muy especial para él. La primera era aquel tren detenido en el andén, gente anónima entrando y saliendo; ni siquiera la había hecho él, pero significaba el comienzo, el comienzo de todo cuanto era y cuanto había deseado ser. Era la imagen que debiera representar un nuevo inicio, aunque en realidad, lo único que le inspiraba era culpabilidad, la de alguien que dio la espalda a su propio pasado. Después había muchos retratos de gatos, le fascinaban porque como él, estaban obligados a la supervivencia en un terreno que cada vez se parecía menos a su hogar, eran criaturas realmente asombrosas, independientes, casi orgullosas. Un perro es servicial por naturaleza, leal y cariñoso, pero un gato... a un gato no te lo ganas así como así.

Casio empujó las mantas con el morro y él dejó que se metiese entre las sábanas junto a su brazo. Desprendía un calor agradable, un calor que hacía mucho tiempo que había olvidado y le provocó un dulce sopor. Siguió mirando sus cuadros: aquellos felinos, en su alocada idea de lo que era el verdadero arte, representaban todos los valores que un hombre podía admirar. Esteban era fácilmente herido en su dignidad, sentido, y eso hacía que conectase especialmente con aquella clase de animales. Entre todos ellos, había una foto algo más grande que las demás: era Sirius, el gato más inteligente que jamás había conocido.

Lo encontró en la calle, en una noche cerrada de frío invierno, el pobre estaba empapado y famélico, al borde de sus fuerzas, y lo llevó consigo a casa para curarlo. El gato blanco y negro de raza europea apenas comía, solo quería esconderse, que lo dejaran en paz, y Esteban comprendió lo que en realidad le ocurría. Hasta entonces no había congeniado demasiado con los animales, pero cuando entendió el sentimiento de aquel pobre gato harapiento, se le rompió el corazón. Quería estar solo, estar solo para que nadie lo viese morir. Esa fragilidad, ese honor, esa determinación, hicieron que el fotógrafo nunca mirase igual a un felino, aprendió a amarlos y, por encima de todo, a respetarlos.

Aquella misma noche tomó la determinación de no dejar que muriese, aquel animal merecía la vida más que muchas de las personas que él había conocido. Le dio de comer con una jeringuilla de plástico e hizo que bebiese de igual modo. El animal, demasiado cansado para quejarse, se dejaba hacer. Pasaron la noche en vela, una noche silenciosa únicamente perturbada por la música de la lluvia, y cuando a altas horas de la madrugada el cielo se despejó, Esteban vio la enorme estrella brillando en lo alto. Conocía su nombre, era la más brillante del cielo nocturno vista desde la tierra, un lucero ominoso que parecía desafiar al propio firmamento desde las alturas. Así fue como su compañero recibió un nombre digno de su valía: Sirius.

Contra todo pronóstico el animal sobrevivió, y Esteban supo ver en sus ojos. Había agradecimiento, admiración, y allí, en la misma cama en que ahora descansaba, le había tomado aquella enorme fotografía, la primera de su más valiosa colección. Después de esa vendrían muchas más, pero ninguna igual. Cada uno de los animales que retrataba tenía su propia personalidad, algo que la mayoría de las personas ignoraba.

El día que Sirius murió, ya de viejo, no fue a esconderse. Esteban lo acarició mientras encima de su sofá y arropado por las mantas, el gato se despedía de la vida. El animal se había ganado la más digna de las partidas, pero el hombre había ganado mucho más, el honor de acompañarlo en el último viaje que habría de emprender. Juntos lloraron el adiós, y Esteban, como siempre, en su particular interpretación de todo cuanto zarandeaba su vida, sintió que dentro de él algo cambiaba para siempre.

El sueño se lo llevó aquella noche con una sonrisa en los labios, el calor de Casio lo reconfortaba y le hacía recordar la clase de hombre que era. Él era Esteban Belmez, el fotógrafo *freelance*, incorruptible por testarudo y débil por bondadoso. Le gustaba ser así, siempre le había gustado. La noche lo entregó a su cansancio arropándolo en un manto de satisfacción, la luna menguante continuó desplazándose en el cielo como por arte de magia, alumbrando una a una todas aquellas fotografías magníficas, las de un genio incomprendido que además de en sueños seguía soñando en vida.

Allá, en lo alto, anclada en la cima de una enorme atalaya imaginaria, e incandescente como el más ancestral de los fuegos, ardía fulgurante la más grande de las estrellas, la que habría de recordarle que hasta en el cielo, hay astros que deslumbran con más pureza que otros.

22  
SOLO TIERRA DE POR MEDIO

—¿Y bien? —Esteban dio otro mordisco a la tostada, entretanto todavía se preguntaba por qué estaba en aquel lugar.

—Tengo algo que puede interesarte.

Jorge Granados se inclinó sobre la mesa con una incipiente sonrisa en los labios y el fotógrafo frunció el ceño mientras apuraba su café con leche. La cafetería le parecía ahora como parte de un extraño sueño, los sonidos confundiendo a sus espaldas y su atención fija en Jorge. Conocía esa sonrisa, su compañero estaba tramando algo.

—Pero por favor, antes de que digas nada al menos escucha lo que tengo que decirte.

—Sin interrupciones entonces.

Hacia algunos años que se conocían, y aunque a veces se hablaban como si fuesen extraños, en realidad eran más amigos de lo que en un principio pudiese parecer. No obstante, la relación jefe-empleado había terminado por amanerarse su forma de comunicarse hasta un punto si no extraño, algo rebuscado.

—El otro día Ignacio tuvo una conversación con Ricardo Tarrasa, al parecer bastante sustanciosa —hizo un gesto con los dedos, a la par que Esteban recordaba su propia reunión con el director del Diario Rotativo, y el desafortunado incidente racista con aquella camarera negra—. Según dicen le hizo una oferta que no pudo rechazar, aunque yo imagino que la verdad dista un poco de estos rumores. No se por qué me da que fue Ignacio quien acudió a sus oficinas para pedir algo de limosna, y no le culpo... sea como fuere me da igual, no es por eso por lo que te he hecho venir hasta aquí.

—Quieres que...

La mirada que le lanzó Granados era una respuesta en sí misma, y aun así tras unos segundos el director del Diario Urbe lo sacó de posibles equívocos.

—Sí, quiero que tú ocupes su puesto.

Esteban lo tanteó y le pareció que su colega iba en serio. Aquello sí que no se lo había esperado.

—Supongo que querrás que me deshaga de mi cámara...

Encontró el silencio por respuesta, y realmente no había buscado más que eso. Estaba abstraído en sus pensamientos, cavilando con minuciosidad sus escasas opciones, y su amigo lo observaba tenso, como si la vida misma le fuese en ello.

—¿Me puedo quedar su despacho? —bromeó al fin.

—Sabes que Ignacio no tenía despacho.

—¿Mismo sueldo?

—Mismo sueldo.

—¿Horarios desbaratados y el móvil siempre a mano?

—Eso mismo.

—¿Paga extra y jamón por navidad?

—Negociable.

—Me lo quedo.

Sería imposible definir cuál de los dos estaba más asombrado: Jorge no había imaginado que él opusiera tan poca resistencia, y Belmez jamás hubiera dicho que algo así pudiese sucederle con tanta facilidad. Tenía un puesto fijo, y ni siquiera se había quejado por tener que dejar a un lado su cámara analógica. A fin de cuentas ya era un hombre con pelo en el pecho, y no podía seguir andándose con tonterías de ese tipo, no obstante sintió una pequeña punzada cuando la palabra tontería rondó su cabeza.

—Supongo que ya no quedan idealistas —acertó a decir entristecido por un instante—. Esteban Belmez, el fotógrafo *freelance*, acaba de dejarse comprar por su amigo y jefe de turno.

—Gracias por la parte que me toca, pero deja que te diga algo: Ser un idealista es fácil cuando uno tiene dinero y no debe preocuparse por el alcance de sus ideas, pero cuando uno pertenece a la escala más baja, y sin ánimo de ofender, hay que tener valor para defender aquello que puede quitarle el pan de mañana.

Un leve brillo apareció en los ojos del reportero; las palabras de su ahora jefe por contrato habían logrado conmovirlo.

—Siempre has sido de letras —sonrió—... ¿Sabes? Le hice un hueco especial a aquella foto.

—¿Qué foto?

—La del día que nos conocimos, cuando encontraste mi cámara y sacaste una panorámica del andén.

—Creo que en la vida había visto a un chaval tan asustado. Dios... ¿cuanto hace de eso, quince años?

—Uno arriba uno abajo, los que has tardado en darme un empleo.

—¿Y dónde la tienes colgada, con los gatos?

—Con los gatos.

—No me lo puedo creer.

Se acordó de Casio, y se sintió livianamente feliz al pensar en aquella nevera vacía y en cómo iba a llenarse. Los dos se darían un buen atracón para celebrarlo.

—He recogido a uno de la calle, una gata, se llama Casiopea.

—¿De qué me suena eso?

—Me acordé de ti y de cuando te equivocaste con el nombre de aquella chica.

—¡Ah! La joven suicida —a Esteban le molestó la ligereza de aquellas palabras, pero no dijo nada, había aprendido que un hombre dice en muchas ocasiones cosas que verdaderamente no piensa—. ¿Qué fue de ella?

—No tengo ni idea, no me quedaron demasiadas ganas de verla después de aquel portazo en las narices. Solo sé que sigue de baja por depresión, o algo por el estilo, me encontré con Hernán hace poco, por casualidad, y me dijo que apenas sale de su casa.

—¿Cuánto hace de eso, dos meses?

—Más menos.

—Ya... la verdad es que fue un poco raro, todo el tema del suicidio y la que se montó por aquella foto insulsa que publicamos. Días después estuve pensándolo y no tuvo mucho sentido.

—Gracias, señor, creí que ya nadie iba a darme la razón.

—Y no te la doy, se te fue un poco la cabeza con ese asunto.

—Tú no la viste. Tú no estuviste frente a ella en aquella cama del hospital, te aseguro que de lo contrario no hablarías así.

—Puede —apuntó algo escéptico.

—Yo hable con ella, yo vi las vendas, vi las cicatrices en la otra muñeca y aquellas canas que cubrían todas las raíces de su pelo. Te aseguro que era una estampa

para no olvidar.

—Eso y el portazo —bromeó Granados.

—En fin, ahora ya es lo de menos. ¿Cuándo se supone que empiezo?

—Ignacio ha tenido la decencia de darme quince días para que busque a otro, así que todavía puedes tomarte unas pequeñas vacaciones.

—¿Puedo pedir un adelanto? Para ponerme al día.

—Ya estabas tardando...

El invierno ofrecía una de esas treguas brillantes y verdes que se aprecian más por estar rodeadas de tanto día gris y sombrío. Los dos amigos se despidieron con un abrazo en la puerta de la cafetería, y quedaron en verse algún día sin determinar en los quince anteriores a la incorporación de Esteban a la plantilla.

El fotógrafo caminó pensativo por la avenida, meditando sobre los giros del destino y esa clase de cosas en las que uno piensa cuando cree que su vida está a punto de cambiar. Curiosamente, sentía como si un gran peso le hubiese sido quitado de encima, y es que estaba muy bien todo eso de sus alocados conceptos artísticos, pero de algo había que vivir, y debía sentirse agradecido por poder trabajar haciendo fotos, fuese con la cámara que fuese.

En realidad su empecinamiento en seguir utilizando su vieja máquina, estaba originado por la necesidad de regresar a un pasado del que él mismo había huido, un pasado para olvidar que no podía ser olvidado. Su madre había muerto por un fallo multiorgánico apuñalada en el sofá de su propia casa. ¿Qué podía hacer él, aparte de correr? Al padre lo encontró la policía en la cocina, con un tajo en el cuello que lo había dejado moribundo. Esteban escuchó sus sollozos de muerte mientras en las escaleras del rellano llamaba al número de emergencias, pero no hizo nada, dejando que la vida lo abandonase lenta y agónicamente. Debiera haber acabado con su último aliento, pero se había comportado como un auténtico cobarde. El hombre que había en la cocina había asesinado a su madre, y él no tuvo agallas siquiera para mirarlo a los ojos y decirle cuánto lo detestaba.

Recordaba las botas de los agentes de policía pasando junto a él escaleras arriba. Todo se le antojaba como un sueño narcótico y desbaratado, y nada se le ocurría para despertar de él más que permanecer allí sentado bajo la mirada cautelosa de los vecinos, que acudieron al escuchar sus gritos y no se atrevían a acercarse, probablemente porque pensaban que él era el autor de la carnicería.

Sacaron al padre primero, en una camilla rígida con asideros y patas desplegadas. Tuvo que apartarse para dejarlos pasar. Era tético, se alegró de que no llegase vivo al hospital, no hubiese soportado un proceso judicial que lo dejara en la calle a los diez años; para eso también era demasiado pueril.

Ironías del destino, fueron sus tíos paternos los que acogieron bajo su techo, pero la ira y el desengaño ahondaban en él desmesuradamente, y aunque no era rencoroso jamás olvidaba, y su madre estaba enterrada.

—¿Cuántas veces os pidió ayuda mi madre?

Y por toda respuesta recibía el chirriar de las cucharas soperas arañando el fondo de los platos, y unos sorbos ruidosos que le hacían tener malos y oscuros pensamientos.

—¿Cuántas veces? —los miraba a los ojos y solamente hallaba vergüenza y posturas cabizbajas.

Cuando llevaba allí algo más de tres meses los escuchó decir que no podían seguir con aquella situación, y discutir sobre las posibles excusas que podrían darle para que se marchase. Les ahorró el mal trago y aquella noche se fue sin más. Nunca tuvo noticia de que lo buscaran.

La que hasta entonces había sido su casa le pareció formar parte de una ensoñación pasada, cuando aquella misma madrugada y entre penumbras, rasgó el precinto policial con la misma llave que abriría la puerta de entrada. Dentro hacía frío. Habían cortado la luz y avanzó diluyéndose en las tinieblas del pasillo. Todo estaba igual que la última vez, aquella mañana fatídica en que se dio de bruces con la muerte. En el salón aun encontró aquel plato hecho trizas sobre la alfombra, ni tan solo se habían dignado a retirar la colección de latas de cerveza vacías. El mando de la tele estaba sobre la mesita, y el sofá... al sofá no se aventuraba a acercarse.

La puerta de la cocina estaba entornada, y la quietud se quebró en un chirrido cuando la empujó hacia las sombras. Casi le fue posible reconstruir los hechos ante la sola visión del lugar. Sus tíos se habían tomado muy a pecho aquello de no tocar nada. Fueron ellos quienes recogieron sus cosas después de que el suceso llenara innumerables portadas, él les había pedido que trajeran su cámara de fotos pero no se molestaron en llevarle más que un par de mudas de ropa. Se les pasó por alto, dijeron...

Había una silla tirada en el piso y sangre por doquier, era vergonzoso que nadie se hubiese prestado a limpiar aquello. El líquido se había secado formando costras oscuras en el suelo y en la encimera, y él las estudió en silencio antes de entornar de nuevo la puerta y dirigirse a su habitación. Allí fue donde se derrumbó.

Aquel lugar era todo lo que su vida había sido hasta entonces: fotos, apuntes, libros, pósteres, noches en vela y largas mañanas de domingo, cuando volvía de trabajar en el pub. En aquel cuarto había coleccionado cromos a los diez, besado a su primera chica a los quince, y revelado su primer carrete a los diecisiete, con materiales prestados, las persianas bajadas y métodos de principiante. Ahora todo eso se dispersaba en la mezcla de un mal recuerdo que superaba todo lo demás. Se acabó, una parte de su vida había terminado repentina y abruptamente arrojándolo a un precipicio de miedos e inseguridades.

Su cámara estaba allí, donde siempre. La había escogido junto a su madre, en uno de los escasos días en que ella no iba borracha como una cuba. Había sido una madre coraje, una mujer increíble, no podía culparla por darse a la bebida en los últimos años de su vida. Había aguantado hasta su adolescencia, cuando él ya era un proyecto de hombre y a ella no le quedaban fuerzas que esgrimir. El médico forense dijo que iba bebida cuando la mataron y eso le impidió defenderse. Esteban rezaba por que la borrachera hubiese amortiguado el dolor de las puñaladas, pero se sentía estúpido depositando sus esperanzas en tan burdos pensamientos.

Cogió la máquina fotográfica y fue como si todo cuanto había sido alguna vez se evaporase, como si el hilo de la vida se le hubiese quebrado a medio camino. Tragó saliva e hizo esfuerzos por retener unas tímidas lagrimillas que se le habían fugado del alma, pero no le fue posible, y unas gotas escurridizas bajaron por sus mejillas. Llenó una mochila negra con algo de ropa y el dinero que guardaba en el último cajón. Encima de todo puso su más preciada posesión y el único objeto de valor que poseía: la cámara de fotos.

Deshizo el pasillo sin mirar atrás, sintiendo la punzada del adiós en el corazón a cada paso que daba. Cuando estuvo ya en el recibidor, deslizó los dedos por la mesita donde siempre había dejado las llaves, en una caricia imperceptible. Esa fue la despedida de Esteban Belmez, al día siguiente se subió a un tren que habría de alejarlo de sus recuerdos, en busca de una nueva vida. Pero el pasado siempre vuelve, y la distancia es solo tierra de por medio...

Ahora bien aprendida tenía esa lección, años después, mientras paseaba despreocupado por la avenida durante lo que sería otro punto de inflexión en su infructífera existencia. Tenía un puesto fijo y una nueva cámara esperando a la vuelta de la esquina, era tiempo de perdonar, de perdonarse a uno mismo y tratar, de una vez por todas, de emprender un nuevo camino.

Casi sin darse cuenta, se había adentrado en un espeso parque repleto de pinos. Su frondosidad resultaba exuberante para la época del año, y el tapiz en tonos ocres del suelo, junto a las distintas escalinatas de piedra que salvaban los desniveles, hacían que el lugar fuese algo enigmático y embriagador. Caminó respirando la paz profunda que se desprendía por doquier, y dejándose embelesar por el sonido del agua, que en algún rincón cercano caía recreándose en su propio eco.

Conocía el lugar, no muy lejos de donde se hallaba había una fuente, y junto a ella un jardín que otrora ofreciese un certero baile de agua, y ahora solo era un estanque vacío y lleno de hojas secas. Hacia allí dirigió sus pasos, y casi había llegado cuando la vio y comprendió por qué no había podido olvidarla.

Aristea estaba sentada en un banco de piedra, leyendo un libro entretanto unos niños jugaban cerca de la fuente. Sus cabellos brunos como el carbón se mostraban plétóricos a ambos lados del rostro, y ya no había rastro alguno de las raíces blancas que tanto lo habían desconcertado en el hospital. Sus ojos oscuros, clavados en las letras de aquel libro de tapas desdobladas por el uso, se le aparecieron más ficticios que nunca, de una fragilidad y un brillo indescriptibles. El fotograma le resultó extrañamente familiar: una mujer misteriosa guarecida entre los pinos; su presencia casi desapercibida, apagada por las risas ajenas de un grupo de juguetones acompañantes, que únicamente habían cambiado su edad, y ahora eran niños en lugar de ancianos. Uno de ellos se acercó a la joven y la zarandé por el brazo. De pronto Esteban se percató de que llevaba allí espiando un buen rato, y tuvo el tiempo justo para esconderse tras unos zarzales y darse cuenta de que estaba haciendo el idiota.

El corazón de la palpitaba con fuerza dando fe de su comportamiento absurdo, pero hizo un esfuerzo por sobreponerse y echó un vistazo entre las ramas, queriendo ver qué sucedía y por qué aquel chaval había acudido a ella con tanta premura.

La cosa resultó ser bien sencilla: el chiquillo señalaba hacia la fuente, donde otro niño de unos nueve años se retorció en el suelo agarrándose una rodilla dolorida. Aristeia alzó la vista de la novela con parsimonia, y miró primero al que le hablaba y luego al que estaba tendido en el suelo. Sus ojos eran fuego mientras el crío seguía zarandeándola, y con la vista clavada en el chico malherido quedó estática, como si hubiese vislumbrado por un instante al mismísimo lucifer.

¿Pero qué estaba haciendo? El que había ido a avisarla advirtió que algo no marchaba bien, y retrocedió asustado. Esteban pudo leer el miedo en la expresión del niño, y reconoció el sentimiento porque él también lo sentía. Temía que ella pudiese hacer una locura, dados sus antecedentes, y permaneció oculto, alegrándose ahora de estar bajo el cobijo y el anonimato que le ofrecían los arbustos.

Aristeia, tras unos instantes de incertidumbre angustiada, se levantó, y él notó como la adrenalina le recorría el cuerpo. La joven dejó caer el libro a un lado y él se sorprendió a sí mismo tratando de leer el título. Estuvo a punto de salir de su escondite, pero vio que ella se acercaba a la fuente y contuvo la respiración.

—Shhhht... ¿Te has hecho daño? —y su sonrisa era maquiavélica de diccionario—. Ven, deja que te vea esa herida.

El niño se puso en pie, y curiosamente ya no se quejaba por el dolor, hipnotizado por las palabras melódicas de la extraña que había acudido a ayudarlo.

—¿Es aquí? —el crío gritó cuando ella presionó la herida por encima de los pantalones. El que la había avisado observaba con desconfianza.

—Creo que ya está bien —argumentó en un torpe intento de alejarla de su amigo.

Pero ella, caso omiso a la petición implícita, deslizó la mano en una caricia desde la rodilla hasta el tobillo del chico, y comenzó a desdoblarse la pernera dejando al descubierto su pierna paliducha. La sangre había descendido hasta el calcetín y se perdía en la negrura de la tela, y Aristeia arremangó la pernera por encima del muslo hasta que se mantuvo suspendida por sí sola. Fue entonces cuando Esteban comprendió horrorizado el sentido de la locura.

—¿Pero qué...?

Aristeia, como víctima de un grotesco arrebato, esparcía la sangre por toda la pierna del chaval, que intentó instintivamente zafarse de ella. Lo asió del abrigo con la mano que tenía libre y continuó restregando la otra por encima del líquido rojo, tintando la piel blanquecina de un tono rosado inquietante. El muchacho parecía querer gritar, pero no estaba muy seguro de lo que allí estaba pasando y reprimió su alarido en una expresión de pánico y desconcierto. Lo más aterrador, no obstante, era la mirada demente de Aristeia, que estaba como sumida en un extraño trance.

Esteban no pudo permanecer impasible un segundo más y salió de su escondite azorado, pero el niño que había avisado a Aristeia se le adelantó, empujándola y separándola de su compañero, que todavía estaba helado por el sin sentido. El fotógrafo retrocedió entonces queriendo que no lo hubiesen descubierto, y vio como los chavales salían corriendo de allí perdiéndose entre los árboles.

¿Qué coño había sido eso? Tratando de no hacer ruido volvió a asomarse y comprobó que Aristeia seguía tendida en el suelo, estudiando su mano diestra como si no comprendiese de dónde provenía la sangre. En pocos segundos su expresión tornó de asombro a rechazo, y del rechazo al miedo. ¿Pero miedo de qué? ¿De sí misma? La verdad es que inspiraba verdadera lástima, porque ni ella misma parecía entender el alcance de su vesania. Esteban apareció de entre la maleza y le ofreció su mano. Ella, perpleja, probablemente se preguntaba desde cuándo estaba allí, pero no dijo nada y aceptó la ayuda que se le ofrecía. Él la esgrimió con fuerza y tiro de ella hasta alzarla. Pesaba poco, y su cuerpo inánime como el de una marioneta dio de bruces contra el suyo.

No hubo palabras; allí estaban de sobra. Esteban la sostuvo agarrándola por debajo de los hombros, y para cuando quiso darse cuenta ella lo estaba abrazando. Era raro, inesperado, pero sin llegar a incomodarlo. No se escuchaba un alma en derredor, únicamente la música del agua cayendo sobre el agua. Los árboles eran testigos cautelosos de los atípicos sentimientos que allí habían aflorado, y poco a poco, Esteban también cruzó los brazos por detrás de la espalda de ella.

—¿Qué es lo que te pa...?

No pudo concluir la pregunta, acallado por un beso robado que sin saberlo había deseado. Se dejó hacer con los ojos abiertos por la sorpresa y ella lo miró mientras sus labios todavía estaban juntos, en una llamarada que le desnudó el alma e hizo que todo el vello de su cuerpo se erizase. Nunca había visto esos iris tan de cerca, y todo cuanto pudo o fue capaz de discernir sobre ellos era nada. Esos luceros eran toda una mascarada, no había en ellos el más mínimo brillo delator de un sentimiento, ni forma alguna de descifrar su significado. Eran simplemente magníficos, algo fuera de lo común, pero él era Esteban Belmez y tendía a idolatrar sobremanera este tipo de imágenes estáticas.

—Sácame de aquí, por favor.

Era la segunda vez que se lo pedía.

La llevó a su casa. Aristeia tomó unas pastillas que extrajo del bolso y le pidió que la dejara descansar un rato. Él accedió ofreciéndole su propia cama y Casiopea se despertó curiosa, olisqueando aquí y allá y haciendo caricias al bolso, cuyo material parecía atraerla especialmente. Esteban la llamó desde la cocina.

—Ven Casio, déjala dormir.

Era curioso cómo habían degenerado los acontecimientos en aquella situación. Pensándolo bien era totalmente surrealista el que ella estuviese allí, en su casa, tomando pastillas y desnudándose para meterse en su cama. Aunque claro, dicho así sonaba mucho más prometedor de lo que en realidad era. Esteban preparó café para la vigilia, y cuando iba a preguntarle si ella quería una tila o algo por el estilo, vio como se deslizaba bajo las sábanas en ropa interior. Tenía las piernas prietas y esbeltas, y los pechos pequeños. Sus curvas se perdieron bajo las mantas antes de que él pudiese articular palabra.

—¿Te apetece tomar algo?

—No gracias, solo quiero descansar —y luego añadió—. Cuando despierte, tal vez.

Quedó dormida casi al instante, su rostro amparado por la quietud de quien vive en sueños. Y mientras sorbía su café, Esteban se preguntó qué serían aquellas pastillas que había tomado; algo fuerte al parecer. Casio seguía ronroneando por encima de la cama, manifestándose completamente satisfecha con la llegada de la nueva inquilina.

—¡Pssst! ¡Casio ven aquí, que vas a despertarla! —murmuró entre dientes.

Pero la gata la tomó con el bolso una vez más, embistiéndolo con una suerte de cabezazos zalameros hasta que rodó y cayó al suelo. Desde luego se lo había puesto en bandeja: sin buscarlo, disponía del pretexto perfecto para recoger la bolsa y de paso echar un vistazo a la composición de los medicamentos.

Permaneció así durante un buen rato, inmóvil, taza de café en mano y la intención clavada en aquel bolso negro. No era la clase de persona que hurga en los asuntos privados de otra, pero la escena del parque había sido demasiado extraordinaria como para no incitar su curiosidad. Difícilmente aguardó de ese modo minuto tras minuto, sabiendo que la oportunidad se le fugaba de las manos, y debatiéndose entre sus principios más nobles y sus debilidades más ocultas, hasta que al fin, y más por indecisión que por otra cosa, sintió la necesidad de salir de allí.

Bajó a la calle, y fue al cajero de enfrente a comprobar si Granados le había hecho un traspaso del adelanto. Satisfecho, sacó algo de dinero y se dirigió a la tienda de la esquina, donde compró café y unas bolsitas de té para ella. Sin saber muy bien por qué la había catalogado como adicta a la teína desde un primer momento. Además de eso se llevó unas latas de cerveza, tónica, y coca-cola. Cuando a los pocos minutos volvió, vio que ella se había vestido y que lo esperaba sentada en la cama mientras acariciaba a Casio.

—Hola. ¿No puedes dormir?

—No...

—He comprado café y té rojo, en realidad no es que tenga mucho más para ofrecerte,

—Lo siento, la verdad es que no debería tomar café.

—¿Cerveza, tónica, coca-cola? Están frías.

—Tónica.

—Claro —«No le gusta la teína, genio».

Fue hasta la cocina, y desde allí vociferó su nombre.

—Aristea.

—Lláname Aris, si quieres.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Adelante.

—¿Qué son esas pastillas que tomas?

Hubo un breve silencio.

—Bueno... esa de antes era un ansiolítico.

—¿No te molesta que lo pregunte verdad?

—No, no... es normal que quieras saberlo.

—¿Benzodiazepinas? ¿Diazepam? —ella frunció el ceño, sorprendida de que él conociese el medicamento—. Yo también lo tomé hace algún tiempo, cuando era joven y prometía.

Aquello último hizo que Aristea se relajase, Esteban regresó de la cocina con su refresco y una cerveza para él. Se sentó junto a ella, que sorbió un buen trago de tónica antes de volver a hablar.

—¿Las has hecho tú? —señaló las fotografías de los gatos.

—Sí.

—Me gustan —las estudió con detenimiento—. Son diferentes, es como si estuvieses decepcionado con el mundo y ya solo los comprendieses a ellos.

—Algo parecido —se sonrió él—. ¿Sabes? Dicen que hay cierto arte que los artistas no muestran, porque si alguien llegara a comprenderlo entendería más de la cuenta.

—¿Quién lo dice?

—Oscar Wilde, pero suena mejor así. El caso es que hay ciertas obras que dicen demasiado de uno mismo, obras que si vieses la luz desnudarían el alma del poeta, del pintor, o del escultor que esculpe sobre la roca.

—Esas son las mejores.

—Para el arte, pero no para el artista.

Ella le dirigió una mirada de soslayo, y él lo interpretó como un interés inesperado.

—¿Y es esta una de esas obras?

—Lo es, pero nadie llega a comprenderla, así que por el momento no he de preocuparme —respondió divertido.

—Y por supuesto no vas a explicarme lo que significa...

—Bueno, te diré algo. Soy una persona especialmente meticulosa con las miradas, y nunca jamás había encontrado unas miradas tan cercanas a la mía —hizo una breve pausa—. Creerás que estoy loco, pero a estos animales, a cada uno de ellos, le arrebataron algo. Un hogar, una sonrisa, un plato de comida, una caricia... es esa falta lo que yo veo en sus ojos, esa necesidad de tocar algo que ya se evaporado. Esa tristeza de saber, que la pérdida es tan grande que ya jamás será reparada.

»Todas esas fotografías hablan de sentimientos muy humanos. Fíjate en los iris, nos empeñamos en aparentar que somos una raza superior, pero esas retinas transmiten lo mismo que nosotros sentimos. Frío, hambre, soledad, miedo, pena, alegría, enfado, resentimiento... El hombre se esfuerza inútilmente por rechazar su propia condición animal. Nos vestimos con telas caras, eliminamos el vello de nuestros cuerpos y hacemos lo indecible por aparentar algo que nunca fuimos. ¿Pero sabes qué? Al final somos débiles ante el hambre, miedosos ante la adversidad y orgullosos ante nuestras propias faltas. Es eso y nada más lo que tanto nos afanamos en ocultar.

—¿Y cómo se expresa eso en las fotos? —lo desafió ella.

—No se expresa, y eso es lo mejor del arte —Aristea era todo intriga—. Se intuye, y cada cual hará su propia interpretación de lo que ve.

—Entonces no tiene sentido. ¿Por qué hacer algo que no va a entenderse como uno quiere que se entienda?

—Porque es un auténtico reto, y porque siempre hay alguien, aunque no lo creas, que siente y palpita contigo, que tiene la misma visión del mundo que tú. Es casi una búsqueda, un subterfugio a la soledad. ¿No crees que valdría la pena encontrar a esa persona, aunque solo fuese una?

—No te hacía así...

—¿Cómo?

—Profundo.

—¿Y cómo me hacías?

—No lo se... más de la prensa amarilla.

—Pues ya ves... así soy. Idealista e insensato.

—¿Insensato?

—Por demasiado idealista.

Silencio. Sonrisas camufladas y una complicidad evidente. Esteban Belmez no se había equivocado con ella, y todo hubiese sido perfecto de no ser por un recuerdo recurrente, un momento de sangre y miradas dementes entre las flores.

—Puede que el arte sea una verdad camuflada —dijo ella al fin.

—Lo es. Si uno sabe ver, hallará la verdad entre las mentiras del arte.

—¿De dónde sacas esas citas?

—Supongo que serán diferentes ideas que junto para hacerlas mías, en realidad no tiene tanto mérito.

—Podrías haber sido escritor, hubo un tiempo en que yo misma quise serlo.

—¿Y por qué no lo intentaste?

—Porque nunca hubiese sido capaz de mostrar lo que escribía.

Las piezas cayeron por sí solas, y ella se dio cuenta de que acababa de darle la razón.

—Dicen que hay cierto arte, que el artista no muestra por decir demasiado de él, por ser tan cierto que le desnuda el alma. ¿Recuerdas?

—*Touché.*

Hablaron largo y tendido, de innumerables temas que iban desde la literatura hasta la política. Se sentían a gusto el uno con el otro, pero a medida que avanzaba la conversación el recuerdo hacia mella en Esteban, y por más que lo intentaba no podía apartar de su cabeza lo sucedido en el parque, el miedo y el sin sentido... la locura.

—Sigues de baja. ¿Verdad?

A ella le suponía cierto esfuerzo responder a esa clase de preguntas, pero él pensó que en cierta forma se sentiría en deuda con él. Era la segunda vez que la ayudaba, y la primera le había pagado con un portazo en las narices.

—Prefiero no hablar de eso.

Frialdad, distanciamiento.

—Lo siento... es solo que pareces tan normal, que no llego a comprender ciertas actitudes. No tienen sentido.

—No pretendo que lo comprendas.

Lo estaba estropeando todo, ella se había puesto a la defensiva.

—No quería molestarte.

—Pero lo has hecho.

—Disculpa, supongo que a veces la curiosidad me puede.

—No se trata de disculpar a nadie. No se puede deshacer lo que ya se ha hecho —Esteban no tuvo respuesta para eso—. Te agradezco que me hayas traído a tu

casa, pero no ha sido una buena idea. He de irme.

—¿Y ya está? ¿Sin más?

—Sí, ahora soy yo quien lo siente.

—No vas a arreglar nada huyendo de tus propias actitudes erráticas... Yo podría ayudarte...

—No he pedido tu ayuda —se levantó.

—¡Pero yo te la ofrezco!

—Basta Esteban, se acabó.

—Mira, no sé qué es lo que te pasa, pero yo he pasado por algo parecido. He tomado esas mismas pastillas que tú tomas durante mucho tiempo. ¿Por qué no dejas que te ayude?

—¡He dicho que basta!

Ahora ambos estaban de pie, y él estaba altamente sorprendido por el temperamento de ella. Sus ojos, sin haber cambiado un ápice, irradiaban una cólera indescriptible.

—¿Y qué me dices de lo de antes? ¿Eso tampoco ha sido nada?

—No se de qué me hablas.

—De esos chavales, de lo asustados que estaban.

—¿Asustados? Le he limpiado la herida. ¿Por que habría de estar asustado?

—¡Porque te has vuelto loca, estabas fuera de ti misma!

—¿Yo? ¿Loca? ¿Tú te estas oyendo? ¡Eres tú el que suena demente!

—Está bien, si eso es lo que quieres creo que tenemos poco más que hablar.

—En eso estoy de acuerdo.

—Ahí tienes la puerta entonces.

Y se marchó, él avergonzado de su propio orgullo, hierático mientras señalaba el lugar de salida; ella silenciosa e inexpressiva, sus ojos oscuros guardianes de sus más profundos secretos. El portón se cerró esta vez suavemente, pero dolió más que el más fuerte de los portazos. La soledad fue una puñalada, sobre todo después de haber sentido esa conexión especial que tan pocas veces se siente. Esteban Belmez cayó abatido y desorientado sobre las mantas revueltas de la cama, mientras Casio trataba de consolarlo.

Había algo malo en aquella mujer, algo insondable que escapaba a sus miras. Los intentos de suicidio, sus cambios de humor espontáneos y aquella actitud enajenada. Todo se mezclaba en una amalgama errante de sentimientos inconclusos, de actos sin sentido, de miedo a lo que se desconoce. No había orden alguno en la mente de aquella muchacha, todo era caos, caos aterrador y desquiciante.

23  
SOBRE LA VIOLENCIA Y LOS SENTIDOS

Esteban todavía no era del todo consciente de lo sucedido el día anterior. En su cabeza, un extraño organigrama había comenzado a tomar forma, pero nada tenía sentido. ¿Por qué reaccionaba así Aristeo? ¿Cuál era el secreto que tanto la atormentaba? Dio vueltas y más vueltas al tema, pero solo era capaz de recordar aquel chaval en el parque, la rodilla sangrando y ella esparciendo el líquido por la pierna como si se hubiese vuelto loca. Obsceno no era la palabra, ni llegaba a ser macabro... ¿Sexual? Quizá, pero algo raro tratándose de una mujer, ni la más perturbada actuaría de ese modo.

Encendió el portátil, que últimamente apenas utilizaba. Tuvo que conectarse a una red wifi ajena para poder acceder a internet, pues la escasez de los últimos meses no le había permitido pagar su propia línea. No sabía muy bien lo que estaba haciendo, ni qué era lo que esperaba encontrar, pero su ansia de respuestas le hizo teclear algunas palabras en el buscador: «Violencia en las mujeres».

Aquello no le servía, todos los resultados hablaban de violencia contra la mujer, pero él quería información sobre algo bien diferente: «Mujeres violentas». La pantalla mostró, una vez más, webs que no le interesaban para nada, en su mayoría asociaciones de mujeres que se hacían llamar agresivas a sí mismas, toda una patochada. ¿Cómo sintetizar en una sola frase lo que había visto en el parque? ¿Era aquello violencia o no era esa la palabra adecuada? Entonces, cuando estaba a punto de teclear una nueva búsqueda, un enlace le llamó la atención: «Perfil del psicópata». Así de claro, así de contundente, probablemente una exageración, pero aun así pinchó la noticia y comenzó a leer el artículo.

«La mayoría de especialistas convergen en que la psicopatía no es una enfermedad, sino un trastorno de personalidad antisocial. ¿Qué es lo que rige pues, a este tipo de personas? ¿Son conscientes de sus actos? ¿Se puede decir que estén locos? Se conocen casos de asesinos en serie, violadores y psicópatas de toda índole que llevaban una vida totalmente normal hasta ser descubiertos. Son personas aparentemente comunes, con su trabajo, su familia, y en la mayoría de los casos puestos de alta responsabilidad: políticos, banqueros, policías, médicos...»

Cuando Aristeo llegó, todos estaban reunidos alrededor del veterano, y el árbol se mostraba más lustroso que nunca a pesar del invierno, quizá en contraposición a las caras largas y compungidas que lo rodeaban.

Muchos se acercaron a saludarla, pero ella solamente tenía ojos para el ramillete de flores blancas que había apoyado en el tronco. Sería, recibió a cada uno de los ancianos, en especial a los cuatro que siempre habían estado a su cargo. Alicaídos, abatidos, casi irreconocibles por la pérdida, le dieron la bienvenida en silencio. Faltaba uno. La partida del quinto miembro del grupo los había destrozado por completo.

—¿Cómo murió? —preguntó ella a Hernán, una vez estuvieron algo apartados.

—Me gustaría decirte que fue durmiendo, pero tuvo un infarto mientras comía. Nadie ha podido quitárselo de la cabeza.

—Dios... yo tendría que haber estado aquí. Con ella.

—Aris... hiciste todo lo mejor que pudiste. Nadie podía salvarla, ni siquiera tú.

La conversación se sucedía pausada, dejando tiempo a que las frases encajasen y encontrasen su lugar dentro del todo.

—Es irónico, ella era la que más bromeaba con eso de que el veterano los sobreviviría a todos.

—Y así es... puede que incluso nos despida a nosotros —contestó él mirando el árbol y restándole hierro al asunto—. ¿Cómo estás?

—Bien, supongo.

—Me gustaría poder creerte.

—Pues hazlo, es la verdad.

—Pasabais mucho tiempo juntas últimamente. Debe de haber sido un duro golpe para ti.

—Las pastillas me tienen algo atontada, no soy capaz de llorar, ni de reír con naturalidad, todo se sucede como a cámara lenta.

—Creo que nadie la ayudó tanto como tú Aristeo, puedes estar tranquila en ese aspecto.

—Ya... ¿Y sus hijos? ¿Han venido?

—Sí, están allí —señaló con la mirada.

Alejados del grupo, los hermanos permanecían vigilantes y poco conversadores. Ella toda de negro, con un peinado demasiado recargado para la ocasión; él algo más informal, con unas amplias gafas de sol que obstruían el paso a sus sentimientos. Habían venido a por la herencia y se habían hecho con ella antes de lo que hubiesen podido esperar.

—Supongo que estarán contentos. Ya tienen lo que querían.

—De eso precisamente quería hablar contigo.

«...Lejos de lo que pueda parecer, el psicópata posee una gran capacidad verbal y cierto encanto superficial, armas de las que se hace valer para embaucar a sus víctimas y obtener de ellas lo que desea...»

—Te presento al señor Victor Gadea, ha estado preguntando por ti.

Ella se dio la vuelta y vio a un hombre vestido de traje frente a ella, llevaba una cartera de piel marrón y tenía el rostro lleno de marcas de viruela.

—Señorita...

—¡Aquí no! —cortó ella antes de que pudiese decir su nombre—. Por favor, aquí no.

—Esta bien. Podemos hacerlo en otro momento si lo desea, pero los herederos legítimos han insistido en que se resuelva cuanto antes.

—Espere un momento, ¿de qué estamos hablando? —inquirió a Hernán con la mirada, pero fue el hombre trajeado quien respondió.

—La señora Margaret Roome quiso incluirla en el testamento.

Durante un momento no dijeron más y observaron a los ancianos, que poco a poco comenzaron a entrar al edificio. Fueron segundos cargados de pensamientos indescriptibles, y Hernán tuvo que convencerse a sí mismo de que el leve gesto que había tomado forma en los labios de Aristeo no era una sonrisa.

—¿Puede darme un momento?

—Claro, la esperaremos dentro —hizo una seña a los hermanos, que lo siguieron hasta el interior del recinto.

Hernán y ella quedaron a solas, y por un instante, todo pareció formar parte de un mundo que se derretía, de un castillo de naipes que se desmoronaba por su propio peso.

—¿Volverás?

—No lo sé, no creo que a los familiares de los internos les haga demasiada gracia.

—Todos saben quién eres Aristeo, no les va a importar lo del...

—Suicidio, puedes decirlo.

—Todos te conocen, aquí nadie desconfía de ti.

—Te la has jugado demasiadas veces por mí.

—Y volveré a hacerlo las veces que haga falta. Ya lo sabes.

El abogado de la familia esperaba en la entrada del edificio, y echó un vistazo al reloj de su muñeca izquierda levantando involuntariamente el maletín.

—Ya lo discutiremos.

Y el director quedó solo, atormentado por unas percepciones inciertas que no sabía si tomar como válidas. Ella no había llorado en ningún momento, pero tampoco él lo había hecho. ¿Estaba exagerándolo todo? ¿Eran aquellas impresiones una mera suposición cebada de desconfianza?

Se acercó al árbol, y no pudo evitar clavar su atención en aquel ramillete de flores blancas. También había una foto de Margaret, de sus años de juventud. Había sido una mujer guapa, esbelta y jovial, sonriente.

—Le ha dejado todo —lo sobresaltó una voz a sus espaldas.

—¿Qué?

El señor Don Pablo se había quitado la bata roja para la ocasión, y Hernán nunca lo había visto tan elegante, vestía un distinguido traje negro con corbata a juego, camisa blanca y zapatos radiantes. Se veía más delgado y tenía los párpados ennegrecidos. La pérdida le había afectado, sin duda alguna.

—Me lo dijo antes de morir: le ha dejado todo a Aristeo.

No podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Y sus hijos?

—La legítima, y poco más.

—¿Estás seguro? —el anciano asintió con la cabeza.

—Me lo contó aquí mismo, hace apenas unos días —acarició la corteza del árbol—. Sabía que ya no le quedaba mucho tiempo.

—Dime ¿Crees que hizo lo correcto?

Don Pablo se encogió de hombros.

—Hizo lo que ella quería, que al fin y al cabo es lo que importa.

—Ojalá estés en lo cierto.

«...El psicópata se define por la ausencia de empatía y remordimientos, y es incapaz de mantener una relación plena con otros miembros de la sociedad. Es egocéntrico, y concibe a los demás como meros objetos, vehículo para alcanzar sus propias metas. No necesariamente tiene que causar mal a otra persona, pero si hace algo en su beneficio es únicamente a modo de inversión, pensando que eso le reportará alguna ganancia en el futuro...»

No veía nada, le había dicho que se trataba de un juego y él se lo había creído, pero ahora estaba asustado. Tenía los ojos vendados y las manos atadas con cinta aislante, pero no trató de liberarse, pues sabía que aquello formaba parte de “su plan”. Debía permanecer en silencio, o se enfadaría otra vez, y él no quería que se enfadase.

Percibía el nerviosismo a su alrededor, y supo que todo había empezado. Le había prometido que si lo hacía bien no le haría daño, y aunque a su corta edad sabía ya sabía reconocer las mentiras, se aferraba a eso con toda esperanza. Solo quería que todo acabase, solo quería salir de allí cuanto antes. «Lo haré bien y podré irme pronto», pensó, «lo haré bien». Pero le temblaban las manos, y casi agradeció tenerlas atadas porque no quería que se diese cuenta.

«...El psicópata se rige por su propio código moral, lo cual no quiere decir que no tenga conciencia de los usos sociales. No obstante, solo siente culpa al faltar a su propio reglamento y no a los códigos comunes, adaptándose a estos únicamente para poder pasar desapercibido...»

—¿No está mal esto?

—Dijiste que querías jugar.

—Sí pero...

—¿Pero...?

Silencio.

—Tengo miedo.

—Es solo un juego.

Lágrimas que se escurren entre los vendajes, ojos ciegos rendidos a la oscuridad.

—No quiero.

—¿Qué es lo que no quieres? —la voz melódica respondía con su siempre amenazante dejo.

—No quiero hacerlo. No puedo.

—Claro que puedes. ¿O es que no quieres ayudarme?

—Sí, pero...

—Pensé que serías más valiente.

—¡Soy valiente!

—No es eso lo que veo. Me decepcionas.

—¡Soy valiente!

—Demuéstralo, y entonces te creeré.

Labios que se aprietan con fuerza, dientes que carraspean contra más dientes. Terror en el pecho, dolor en el alma, orgullo llamado a la voz de un niño que se siente solo.

—¿Cuánto tiempo?

—El que haga falta.

—¿Y si no lo hago bien?

—Entonces no habrá motivos para sacarte.

«...El psicópata siente necesidades particulares que necesitan ser atendidas y son satisfechas de formas poco comunes. Podría decirse que las acciones que lleva a cabo para apaciguar esa necesidad incipiente, son en sí un acto psicótico, y que estos actos, al no ser compartidos por la sociedad son incomprensidos y rechazados, lo cual no quita que los lleve a cabo de todos modos...»

Olor a incienso, siempre el mismo aroma. Había aprendido a aborrecerlo. Notó el aliento en la nuca y supo que ya no había vuelta atrás. Las manos le acariciaron los cabellos y el lóbulo de las orejas, para después bajar por todo su cuerpo en una caricia espeluznante. Los sentidos estaban acostumbrados a cosas peores que aquella, pero el preámbulo era siempre lo que más le aterraba.

De pronto sintió las manos desatadas, dejó de percibir la presencia a sus espaldas y pudo escuchar sus pasos en derredor. Sonido de muebles que se arrastran y los jadeos de quien empuja con todas sus fuerzas. Después paz, una paz tétrica y muda que no era sino el reconocimiento de sus temores. Bisagras que se lamentan al ejercer su función, y la madera robusta de una trampilla al golpear el suelo. El aire helado que escapa de un agujero, que lo envuelve y le cala los huesos. Pero el niño no tiembla, sabe que no debe hacerlo.

«...A día de hoy, entendemos la psicopatía como una combinación entre predisposición biológica y factores sociales. Aunque todavía no ha sido posible determinar con certeza los elementos que influyen en la predisposición genética, se sabe que su mente suele estar afectada por experiencias traumáticas vividas durante la infancia o adolescencia y que esto es lo que motiva al psicópata, de alguna manera, a querer vengarse de la sociedad por todo lo que le ocurrió...»

—Entra...

La voz, la voz sedosa que traspasa el córtex cerebral como una cucaracha, instalándose en el cerebro y desatando el horror más profundo. Y el niño obedece, no puede hacer más que obedecer. Camina, sin poder ya ocultar la flaqueza de sus miembros inferiores. Trastabilla y cae, pero es levantado rápidamente y animado a continuar por las manos, que le presionan la espalda orientándolo hacia su propia perdición. Y el suelo que se desvanece, la sensación de vértigo antes jamás experimentada, pasos que no encuentran tierra firme y unos peldaños que se internan en las profundidades de la tierra. Aire gélido, más frío que nunca, el corazón aterido que palpita y las manos que nunca se detienen, que continúan empujándolo.

El niño no grita, no se atreve a gritar, pues sabe que eso solamente empeoraría las cosas. Otro escalón, otra zancada que lo aleja de la cordura y lo lleva al mismísimo infierno. Quiere correr, pero la oscuridad lo envuelve en su manto de desespero, lo paraliza y mina sus fuerzas. Entonces las manos dejan de causarle presión en la columna y todo se desvanece, el tiempo se paraliza en un segundo en que las cartas ya han sido echadas y todo se ralentiza en una afasia de muerte.

«...Los psicópatas suelen actuar de forma organizada y planificada, en ocasiones incluso perpetran sus actos delictivos siguiendo un ritual que ellos mismos han elaborado previamente. Suelen ser muy habilidosos engañando y manipulando a sus víctimas. Sienten placer al llevar a cabo estos actos y nunca experimentan remordimiento alguno tras haberlos realizado...»

Ingravidez, la ingravidez pesada de quien sabe que está cayendo al abismo. Las manos que empujan con todas sus ansias y el cuerpo que desfallece, que se rinde a la negrura, el cuerpo que se golpea en la caída como un maniquí de escaparate. Rueda por las escaleras sin poder hacer nada para evitarlo, los brazos extendidos pretendiendo amortiguar el porrazo. Dolor al impactar contra el filo de los escalones, pero duele más la mentira, porque le dijo que no le haría más daño.

Se da la vuelta, llorando, sabe que desde arriba lo observa. No ve nada a través de las vendas, pero es capaz de generar con nitidez la imagen de la trampilla mientras se cierra. Escucha el sonido y sabe que todo ha terminado, lo que no quiere pensar es que no ha hecho más que comenzar.

«...Existe un alto nivel de reincidencia. Mientras no son descubiertos, los psicópatas suelen llevar a cabo sus actos psicóticos tantas veces como sienten la necesidad de hacerlo. No aprenden del castigo ni de los errores, e incluso una vez sometidos a tratamiento la mayoría vuelve a cometer los mismos delitos...»

No está solo; movimientos furtivos en algún lugar del sótano. Se quita las vendas y no es capaz de ver nada, exceptuando unas débiles líneas de luz que se cuelan por las rendijas de la trampilla. Pero el mueble es arrastrado de nuevo y los filos blancos desaparecen. Oscuridad, oscuridad como nunca antes hubiese sido capaz de definirla y el miedo a lo desconocido, a lo que acecha desde cualquier lugar en cualquier momento.

—¿Ha... hay alguien?

Su propio eco como respuesta, pero él sabe que hay alguien más. El silencio sinónimo de eternidad y la esperanza como quimera.

—¿Hay alguien?!

Y el sonido de los pies que se deslizan por el suelo, de pasos livianos que se acercan indecisos a donde él se encuentra, tan temerosos de su presencia como él de la suya.

Y de repente la luz, sin preámbulos ni medias tintas. La vista que tarda en acostumbrarse y la silueta que se aparece ante sus ojos como un espectro: allí estaba. Él sentado; ella de pie. Su cuerpo se delineaba delgado bajo un chándal raído y desgastado que le venía algo pequeño. Su piel era de un tono blanquecino insalubre, casi mortuorio; y sus ojos azules le atravesaron el corazón. Los cabellos de un rubio platino caían alborotados a ambos lados del rostro, y eran tan largos que algunos mechones le llegaban casi hasta el estómago. Permanecía estática, paralizada por la visión de algo que jamás había esperado ver, y conforme él la observaba se daba cuenta de lo flaca que estaba y de cuán marcados se perfilaban los pómulos en su rostro.

Sostenía algo con la mano derecha, y al principio no supo distinguir lo que era, pero luego lo reconoció como una loncha de jamón serrano. Ella vio que él la miraba y se apresuró a comérsela, como si tuviese miedo de que se la quitase. La engulló con tiria, introduciéndola con los dedos raquíticos en la boca, y luego continuó observándolo desde donde estaba, sin decir nada, sin moverse. Su rostro era extraño, resultaba evidente que era una niña y a la vez había algo en su expresión que la hacía vieja, abatida, cansada. Fue él quien se aventuró primero a hablar.

—Hola...

Pero ella no respondía, como si estuviese discerniendo si él merecía tal privilegio. Dio una zancada al frente y el muchacho se dio cuenta de que iba descalza, pues podía verle los huesecillos de los pies marcados en la carne blancucha. Tenía las plantas sucias, negras como el piso desigual sobre el que se sostenían, y la goma de las perneras se ceñía a mitad de los gemelos dejando las espinillas al descubierto.

—¿Cómo te llamas?

Ladeó la cabeza como si jamás en toda su vida le hubiesen preguntado algo parecido, sus mechones dorados se contonearon suavemente con el movimiento y sus ojos azules se iluminaron en un búsqueda de recuerdos que habían sido olvidados. Las manos le temblaban cuando las llevó cerca de la boca como quien teme decir algo, y movió los labios pronunciando palabras inaudibles que se perdieron en el aire. Tragó saliva, era consciente de que él no la había entendido. Haciendo esfuerzos trató de serenarse y entonces volvió a hablar, y esta vez su voz emergió como un quiebro, dulce y amarga al mismo tiempo.

—Me llamo Sarah... ¿y tú?



## PARTE TERCERA

24  
LA VIDA DEL METRÓNOMO

Por la mañana despierta a la misma hora que siempre, pero no se levanta, queda inerte contemplando el techo blanco de la habitación; a su alrededor solo el silencio. Después, en un profundo estado de languidez, logra alzarse de la cama. Apenas son las siete y el sol se cuele por las ventanas, un sol blanco que escasamente estimula los poros de su piel, blanquecina por el encierro y el resentimiento que recorre sus venas.

Supera los pasillos de la casa entre el juego de luces del amanecer y sus pies no sienten el frío. Se detiene frente a la puerta corrediza, cerrada, suspira antes de abrirla. La madera se desliza y ve las mismas cosas de siempre, pero sus ojos se pierden en un lugar antaño especial, ahora cenizas de un recuerdo. La tabla de ajedrez está impoluta, impecable, y todas las piezas están en su sitio. Como cada mañana, alcanza un trapo y les quita el polvo una a una, con minuciosidad; deben estar radiantes cuando ella regrese. Las devuelve a sus casillas, las mismas en que ella las dejó durante la última partida. Quiere conservar el tiempo, pero el tiempo se le escapa.

Los pasillos son su purgatorio y su corazón palpita a modo de metrónomo, porque ha de hacerlo y nada más. Marca el ritmo de una canción de réquiem, que nunca deja de sonar por la muerte jamás confirmada. Amadeo Trelis, todo recuerdos, todo momentos que se oxidan en el doloroso olvido de aquello que no se quiere olvidar. Lo mantiene vivo una contradicción, la de los hechos frente a sus propias convicciones: Necesita perderla pero quiere hallarla, necesita soñarla pero aborrece vivirla en sueños. Quiere verla despierto, daría su vida por hacerlo aunque solo fuese una vez.

Su sonrisa se hace eco en los lugares más recónditos de su mente. Era una sonrisa blanca, inocente, amparada por el contorno de unos cabellos de oro que robaban la respiración. Una sonrisa muda, silenciosa y frágil como el cristal de porcelana. Sana, eterna, jovial e inolvidable. La sonrisa más hermosa que jamás había tenido la suerte de vislumbrar.

Camina hasta su habitación y se deja caer contra el marco de la puerta. La cama está hecha, le ha quitado la colcha porque comienza a hacer calor. Sus libros del colegio están ordenados en las estanterías y su mochila de deporte negra pende vacía del respaldo de la silla giratoria. En un corcho cuelgan de la pared algunos dibujos que ella mismo hizo: el pantocrátor, la vésica piscis, el Ichthys y todos aquellos simbolismos que la fascinaban. Dios... ¿cómo había desaparecido sin más? ¿cómo se había vuelto tan negra aquella pesadilla?

Sin darse cuenta se lleva una mano a la boca, últimamente siempre lo hace, quizá para enmudecer un grito ahogado que nunca llega a pronunciarse. Los dedos le tiemblan, hace tiempo que no come nada de consistencia y las ojeras negras son protagonistas de su rostro. Siente odio, una rabia insana que lo devora por dentro. ¿Acaso es el único que se acuerda de ella? ¿Cómo puede ser el olvido una salida tan fácil? Para él no lo era, él no podía darle la espalda. Él no...

—Amadeo —aquello era lo que con más frecuencia escuchaba...

—Ni se te ocurra insinuarlo.

—Amadeo, déjalo ya. Va a acabar contigo.

Y el hilo telefónico hacía oídos sordos.

—¿Que lo deje? ¡Por el amor de Dios eres su madre!

—¡No va a volver Amadeo! ¿Es que no lo ves? ¡Han pasado cuatro años!

—¿Sabes qué día es hoy? ¿Acaso sabes qué día es?

—Yo no puedo seguir con esto Amadeo. Yo ya no puedo...

—¡¿Pero y si está viva?! ¡¿Y si todavía está viva?!

—Yo ya no tengo fuerzas...

—¡A la mierda tus fuerzas! ¡Tu hija puede estar pensando en ti, en mí, en que vamos a sacarla de dondequiera que esté!

Era desesperación el sentimiento que lo invadía, obligado a convencer a la madre de su hija de lo que para él resultaba tan evidente.

—Tu hija te espera Elena, tu hija te está esperando.

—No Amadeo... Mi hija está muerta. Hace tiempo que lo está.

Muerta. Parecía tan fácil adoptar la falsa promesa de paz, tan definitivo... Muerta, y ya está. Todo el mundo lo había aceptado. ¿Por qué no podía él hacer lo mismo? ¿Por qué? Y el tiempo, como arma arrojada que hiere y no da consuelo, lo separaba de sus ensoñaciones y lo encaminaba a su propia perdición. Tac, tac, cual metrónomo en el pecho. Tac, tac, tac, al unísono de sus propios latidos.

Caminaba abatido por el corredor, como herido de bala, ahora hasta la cocina. Pero no desayunaba, hacía largos meses que había dejado de hacerlo. La cafeína solo acrecentaba su estado de agitación ya de por sí exacerbado. Abría la nevera y alcanzaba un paquete de leche semi desnatada, como a ella le gustaba. Seguidamente, cogía un bol y echaba cereales en el fondo, para solo entonces verter el líquido sobre ellos dejándolos empapados, como a ella le...

Ese era el amanecer de Amadeo Trelis, siempre la misma rutina. Primero días, semanas que se convertían en meses, y meses que se hicieron años. Su voz se le manifestaba cada vez más escurridiza y esquiva, pues las fotos ayudaban a retener su rostro pero eran incapaces de mostrar nada más allá de lo físico. ¿Cómo sería ahora? ¿Cuán embelesador resultaría su tono? Amadeo se recreaba en sus quimeras creyendo que así la tenía más cerca, que así nunca la perdería. Habían pasado cuatro años, cuatro años ya... y no desde el día de su desaparición —él no hubiese podido tomarlo como referencia—, sino desde el último cumpleaños de Sarah en casa. Hubiese cumplido dieciséis aquel día. La última vez que la vio tenía solo doce.

Muchos reconocían la locura en sus ojos. Cuando paseaba por el pueblo las miradas lo recorrían mezcla de lástima y recelo. Se había convertido en Amadeo el desquiciado, ese hombre que no era capaz de aceptar la pérdida de su hija y vagaba solo por las calles, sin rumbo ni dirección establecida. En verdad lo hacía, esgrimiendo la vana esperanza de descubrir, tanto tiempo después, cualquier detalle que pudiese ayudarlo en sus pesquisas.

Las primeras horas fueron un martirio, los primeros días un infierno y las semanas solo la lenta confirmación de ambas cosas. Noches en vela entre el olor a sal y la tranquilidad quebrantada de Faro de San Lucas, un pueblo costero que antes no figuraba en el mapa. Una avidez periodística sin nombre golpeando su puerta a todas horas y ella que no está, lo único que a él le importa entre tanta algarabía. Batidas, pegada de carteles, ruedas de prensa... esfuerzos tirados a un pozo cuya agua no suena. Ningún indicio, ninguna pista... nada.

En el colegio dijeron que ese día se había peleado con otros dos niños algo más mayores que ella, y por un tiempo las hipótesis se centraron en ese hecho; un tiempo precioso que no volvería atrás. Poco después las sospechas cayeron sobre Javier Solbes, el marido de la señora Herrera, que era conocido en el pueblo por el tipo de antecedentes que hacen que uno no deje jugar a su hijo cerca. Habladurías o no, siempre se había dicho que al tal Solbes se le había incautado cierto material pornográfico poco ético. Los vecinos tuvieron que reducir a Amadeo cuando en estado colérico, destrozó las ventanas de casa del sospechoso con sus propias manos. Quienes presenciaron la escena aseguran que los puños eran carne viva cuando pudieron controlarlo, y que no dejaba de provocar a Javier para que bajase a la calle. Dios sabe qué hubiese pasado de haber sido así.

Había perdido el control, y más tarde el asunto se le fue de las manos a todo el mundo. Había quien afirmaba haber visto a la niña aquí o allá días después de su desaparición, pero lo cierto es que ninguna de las informaciones condujo a nada. Charlatanes, videntes, insensatos ansiosos de protagonismo... cada cual aportó su grano de arena para que aquello se convirtiese en un auténtico caos, entretanto cada vez más periodistas llegaban de todas partes.

Se habló de una posible muerte accidental, de que la niña pudo adentrarse en el mar y ahogarse. ¿Adentrarse en el mar en pleno otoño? En ese momento Amadeo se dio cuenta de que no sabían nada, absolutamente nada de lo que allí había pasado. Y aunque perdió la fe en los cuerpos que participaban en la investigación, algo le decía que Sarah seguía viva. Era una presión en el pecho, indescriptible pero presente, la frágil sensación de que todo cuanto lo unía a su hija no estaba roto, aún no.

El tiempo pasó y los porrazos en su puerta fueron cesando. La noticia fue perdiendo relevancia por la falta de novedades y ya únicamente reviscolaba cuando se cumplían dos, tres, seis, o nueve meses de la tragedia. Al año emitieron un especial en una cadena de televisión privada y los tertulianos se limitaron a recrearse en lo que ya se sabía, sin aportar un solo dato nuevo.

Su ex-mujer, que había vuelto al pueblo tras la desaparición, se marchó al cabo de algo más de doce meses. «Su vida no estaba allí» dijo, «Y Sarah ya no va a volver». Las palabras fueron un ente vacío para Amadeo, que estaba perdido en una búsqueda incansable que no habría de abandonar. «Yo te encontraré Sarah, yo no voy a dejarte...» Y así, comenzó a volverse extraño a ojos de los demás, insociable y solitario, huraño y resentido. «Solo espérame hija, solamente tienes que esperarme». Impotente por no hallarla, en ocasiones tenía la sensación de que no podía hacer más que aguardarla. Fue ese sentimiento de culpa el que lo arrastró a comenzar su descabellado ritual diario: Limpiaba el ajedrez, visitaba su habitación, le preparaba el desayuno y siempre servía sus cubiertos a la hora de comer y cenar. Como si ella estuviese allí, solo que no estaba.

«Dieciséis años, ya tendrá dieciséis» se decía a sí mismo en una afirmación, nunca dudando, como si al hacerlo fuesen a desmoronarse todas sus convicciones. «Dondequiera que estés ya eres toda una mujer, seguro que sabes cuidarte hasta que yo llegue». Empezó a pensar en voz alta, porque el silencio por toda respuesta le había devuelto silencio, y él quería más que eso. Aquello fue lo que faltó para acabar de esculpir su imagen perturbada. «No estoy loco, no estoy loco, únicamente espero su llegada. La gente no es capaz de entenderlo pero esto no es locura, es determinación. Cuando regrese todos me darán la razón... todos lo harán».

Sus únicas salidas a la calle eran el momento de tiempos mejores, el camino tras unos pasos que se habían desfigurado en la arena de la playa, o detrás de unas pistas que solo estaban en su cabeza. Se había quedado en el paro hacia seis meses, y pasaba las horas viviendo en el recuerdo de unas calles que ahora se le antojaban más herrumbrosas y tristes que nunca. De tanto en tanto se acercaba a la Iglesia de San Clemente, el único lugar en el que sentía algo de paz, y rezaba porque Sarah regresase. Fue así como entabló una estrecha relación con el párroco, que era la única persona que parecía querer escucharlo. Con el pretexto de una falsa confesión acudía a él cada vez con más frecuencia, y desahogaba sus penas sin esperar ya respuesta alguna, buscando el efímero consuelo que le proporcionaban unos oídos atentos a sus palabras.

Aquel día el templo estaba vacío. Últimamente apenas acudían fieles y la opulencia de la construcción se mostraba a sí misma oscurecida por la soledad. Era doloroso el símil: la casa de Dios construida por un pueblo que ya no se sentía pueblo de Dios. Los bancos vacíos, las miradas pétreas de los santos y la expresión desconsolada, casi enfurecida del pantocrátor, el creador que había perdido la fe en su creación. Amadeo caminó hacia el altar sintiéndose extrañamente sugestionado por el silencio, cuando de pronto vio una figura escurrirse tras el púlpito.

—¿Padre? —continuó aproximándose—. ¿Está ahí?

La sombra se irguió y se descubrió a sí misma como un cuerpo varonil, pero aquella no era la persona que Amadeo estaba buscando. Vestía el hábito, y en la mano diestra sostenía una regadera de color verde chillón.

—¿Busca al Padre Ferrán? Hoy no va a encontrarlo, ha tenido que viajar por asuntos personales.

—Entiendo...

—¿Puedo ayudarle en algo?

—Verá... suelo venir a que el padre me confiese, pero puedo volver mañana.

—Me temo que mañana tampoco lo encontrará, la partida del padre es por tiempo indefinido.

—¿Ha ocurrido algo?

—Al parecer su hermano ha sufrido un fallo cardíaco, es una persona mayor y los médicos no creen que le quede mucho tiempo.

—Ya... ¿y usted no podría?

—¿Yo? Oh no, yo no soy cura, me he quedado a cargo de las plantas mientras Ferrán esta ausente.

—En tal caso me marchó, siento haberle molestado.

—Espere un momento. ¿Usted no es...? ¿Es el padre de Sarah verdad? Ferrán me ha hablado mucho de usted.

—¿Ah sí? ¿Y qué le ha dicho?

—Dice que es usted una persona comprometida, que no desiste en su empeño.

—Vaya...

—También opina que debería usted dejar de atormentarse, que tanto sufrimiento es innecesario.

Amadeo frunció el ceño y estudió con detenimiento a la persona que le hablaba. Tendría unos cincuenta años, y uno de esos semblantes que a uno le parecen familiares desde el primer momento.

—Con todos mis respetos señor...

—Sastre, Juan Sastre —le extendió la mano.

—Con todos mis respetos le diré que no sabe de lo que está hablando.

Aquello cogió por sorpresa al hombre, que dejó la regadera a un lado y prestó toda su atención a Amadeo.

—El dolor es a día de hoy mi único consuelo. Es la prueba de que sigo queriendo, de que sigo buscando y anhelando como el primer día. No se equivoque, si el dolor muere yo habré muerto con él, porque es todo cuanto me queda de mi hija a día de hoy.

—Suenan paradójico.

—Puede que lo sea.

Las voces se antojaban cavernosas y perturbadoras dentro de la iglesia. Amadeo echó un vistazo al pantocrátor y se le formó un nudo en la garganta.

—¿Puedo preguntarle algo? —lo inquirió Sastre— ¿No ha pensado que quizá se la llevarán lejos de aquí? Quiero decir, desde el primer momento la investigación se centró en Faro de San Lucas, pero puede que la niña ya no estuviese aquí.

—Día y noche, le he dado vueltas al asunto hasta rozar los límites de la locura. De hecho hay quien ya piensa que estoy loco, pero no me importa. Yo veo demencia en lugares muy diferentes, veo locura en aquellos que tiran la toalla solo porque han pasado dos, tres, o cuatro años. Y quiero pensar que es eso, enajenación, porque no podría concebir ese abandono por dejadez o rendición. No me entra en la cabeza algo semejante.

—¿Qué cree usted?

Ojos que no ven nada, mirada introvertida que hurga en la decepción y el desconsuelo.

—No lo sé —sus retinas reflejan el brillo de una ciudad en llamas—. No lo sé...

—Señor Trelis... ha hecho todo lo que ha podido, más que eso, pero nadie puede vivir así. Usted no tuvo la culpa de lo que le pasó a su hija.

—No haga eso.

—Hacer el qué.

—Decirme que tengo derecho a vivir.

—Pero es que lo tiene.

—¿Y ella? ¿No cree que ella tiene derecho a reír, a correr, a crecer y tener una vida plena? —silencio, incomodo y profundo, pensamientos que fluyen en el aire—.

¿Quién va a devolverle el tiempo perdido?

El hombre lo miró con un gesto de contrariedad en el semblante.

—Entonces usted cree que todavía está...

—¿Viva? —había cierta amenaza implícita en su voz.

—¿Por qué ha venido señor Trelis?

Por un instante caviló como si buscara la respuesta.

—Ella solía venir aquí. Solíamos venir los dos. Nos sentábamos en primera fila y ella me avasallaba a preguntas sobre todo cuanto veía. Le encantaba estudiar las figuras del pantocrátor —señaló con el dedo—. Y yo trataba de entretenerla, de hacerla feliz. Nuestra relación había sido distante desde que su madre nos dejó, pero aquí... entre estas paredes de roca ella encontró algo que la trajo de nuevo a mí.

—¿Era religiosa?

—No, no creo que fuera eso. Sarah descubrió la abnegación de ciertas personas, y lo hizo a través del arte: gente que entregó su vida por construir algo como esto, de forma desinteresada y anónima.

—Perdone pero no le sigo.

—Estas piedras fueron la esperanza de Sarah porque... si había alguien capaz de dar la vida por una creencia, quizá valiese la pena creer en algo.

—Asombrosas conclusiones para una niña de doce años.

—Sarah no era una niña corriente, era un diamante en bruto. Poseía una inteligencia que —se dio cuenta de que estaba hablando en pasado y tuvo que detenerse—... Sarah es especial, y no podré cerrar los ojos y conciliar el sueño hasta que regrese, viva o muerta.

25  
JUEGOS A ESCONDIDAS

*Abajo en el túnel, la luz se ha apagado.  
Oscura es la noche, color olvidado.  
Abajo en el túnel, algo se ha quemado,  
arden pasajes de un tiempo pasado.  
Abajo en el túnel, la voz se ha callado,  
ya nadie la escucha, no deja legado.  
Abajo en el túnel, el tiempo ha cambiado,  
duelen los segundos, que se han reinventado.  
Abajo en el túnel, jamás nadie ha amado,  
se cruzan miradas, mas siempre de lado.  
Abajo en el túnel...*

### **Diario de Sarah Trelis.**

No me gusta que él esté aquí, me recuerda un tiempo que creí haber olvidado. Veo en su rostro el mismo miedo que yo misma sentí, un terror que me abandonó con los días de oscuridad hasta el punto de no recordarlo, de eliminarlo de mi cabeza como si jamás hubiese existido. Pero ahora está en sus ojos, en sus manos temblorosas y sus gateos bajo la mesa.

Al principio quiso hablarme y yo pensé que también quería hacerlo. Era todo cuanto había deseado desde que llegara al zulo, compañía, pero ahora esa compañía era incómoda y extraña, forzada como todo cuanto pasaba en el agujero. Sus vanos intentos por hablar conmigo no hacían sino alejarme más de él y su desesperación, entretanto en mi interior crecía un sentimiento desconocido.

La primera noche dormí bajo la mesa. Dios... se parecía tanto a mí que solo podía odiarlo, detestar cuanto representaba. Desde la negrura de mi habitación pude oír cómo le carraspeaban los dientes, pero no hacía frío, probablemente solo quería llamar mi atención. No hice nada, me quedé en la cama con las sábanas al cuello, sintiendo extrañeza por no experimentar ninguna sensación acorde a la situación. No había lástima ni pena, no había empatía ni la más mínima clemencia, las había perdido en el camino.

—Sarah —escuché que me llamaba—... Sarah, ¿puedo ir contigo?

Pero la cama era pequeña y yo ya casi estaba dormida. Sus palabras quedaron suspendidas en el aire como respuesta a sí mismas, envueltas en el silencio hiriente que llegó tras de ellas. Aquella era mi habitación, no iba a permitir que nadie me la quitase.

La noche fue larga, más que de costumbre, sobre todo teniendo en cuenta que en el zulo una noche duraba exactamente lo que uno quería que durase. No había luz que anunciase la mañana, allí el tiempo solamente era una caricatura de lo que debiese haber sido, y es curioso que no me molestasen sus muestras de sociabilidad, sino el posterior mutismo. Porque era yo quien se salía con la suya e inexplicablemente no me sentía ganadora de nada, más bien me preguntaba si el verdadero triunfador no estaría regodeándose en su trono y disfrutando del espectáculo.

Al fin, en algún punto entre tanta conjetura quedé dormida, y al despertar noté que las luces del salón estaban encendidas. Había dormido con la ropa puesta, así que me levanté con rapidez y me apresuré a ver qué es lo que pasaba. Iba a decirle a Carlos que apagara los tubos, que Judas tardaba en cambiarlos y únicamente había que prenderlos cuando fuera necesario, pero al llegar el don del habla me fue arrebatado. Estaba sentado a la mesa, engullendo la sopa de un plato caliente que todavía expulsaba vapor. El aroma llegó a mí como el final de un chiste de mal gusto. ¡Judas había estado allí, y yo no siquiera me había dado cuenta!

Estaba fuera de mí, enfurecida; aquel muchacho no solo se sentaba en mi mesa, sino que además se comía mi comida. Hice un barrido con la vista y constaté lo que ya sospechaba: un plato, dos personas.

No sabía decir si mis siguientes pasos fueron voluntarios o el producto de una enajenación transitoria, pero cuando quise darme cuenta había empujado al nuevo inquilino tirándolo al suelo y recuperando mi sitio. Devoré los fideos con la vista clavada en el fondo del plato, empujada por la gula de quien hace meses que no prueba nada cocinado. La sopa estaba tan caliente que me quemaba el paladar y la garganta, y unas lagrimillas escaparon a mi control recorriendo mi rostro. Carlos se quedó en el suelo, quieto, observándome, y cuando nuestras miradas se cruzaron no había odio en sus ojos. Era lástima, se compadecía de mí, y ese hecho me atravesó el pecho como una puñalada. ¿En qué me había convertido?

Cuando dejé caer la cuchara reconocí el sonido de la vergüenza. Me levanté sin decir nada, demasiado ruborizada como para hacerlo. Él se puso en pie tratando de aparentar normalidad, pero no pudo evitar echar un rápido vistazo al plato, que ya estaba vacío. Tampoco habló, permaneció estático quemándome con la mirada, como si aquello fuese a curarme, como si aquello fuese a devolverme a la niña que un día dormí bajo aquella misma mesa. Para bien o para mal, la poesía me había enseñado que la vida es muy poco poética, y que las cosas no se resuelven así, de repente, como por arte de magia. Un abismo se extendía entre la Sarah Trelis que entró en el zulo y lo que había sobrevivido de ella, un abismo más hondo e insalvable que la más profunda de las tinieblas.

Por toda solución podía hacer una única cosa, largarme de allí, y es lo que hice, salir de aquella estancia y regresar a mi habitación. Lo que entonces hallé fue el desencadenante de mi hundimiento, la prueba fehaciente de que no estaba haciendo las cosas a derechas, y es que sobre mi mesita de noche, había un plato humeante lleno de sopa, más apetecible que el mejor de los manjares. ¿Él había hecho aquello? ¿Él me había traído comida y yo así se lo agradecía? No sabía describir la decepción propia que me afligía en esos momentos, fue como una bofetada que me devolviese de pronto a la realidad.

Mentalmente me recreé en la visión de aquel plato estallando en mil pedazos, y en la furia del agua que escapaba entre la pasta con su tempestuoso baile, empapándolo todo. Pero como ya dije la vida nunca resulta tan poética, y la sopa seguía allí, sobre la mesilla. Me costó horrores alzar la caliente pieza de vajilla y llevarla hasta el salón, en donde Carlos examinaba mis acciones estupefacto.

Fue una peregrinación de vuelta a mis orígenes, los mismos que había desterrado para hacer del dolor algo más llevadero. A mi manera, dejar aquel plato sobre la mesa fue lo más parecido a pedir perdón, a reencontrarme con una parte de mi persona que se había evaporado. No obstante no era capaz de reconciliarme con aquella Sarah a la que le gustaba correr descalza en la hierba verde, aquella Sarah que lo dejaba todo por una partida de ajedrez con su padre. Eran recuerdos tan lejanos que se me presentaban ficticios, solo vivos por el remordimiento, por la culpa de quien sabe que no se comportó como debía cuando debía hacerlo. Ahora simplemente era tarde, todo había pasado y el cansancio había consumido mis huesos y lo que quedaba de mi espíritu.

Me encerré en la habitación, y encendí la lamparilla de noche que Judas me había dado algún tiempo atrás. Nunca llegué a comprender aquellos arrebatos de generosidad que lo invadían de forma espontánea, sobre todo en cuanto se refería a mis lecturas. Por alguna razón le gustaba que yo leyese, deseaba que lo hiciese. Jamás me molestaba cuando tenía un libro entre manos y continuaba renovando los ejemplares de la biblioteca para mi disfrute, pues ello suponía mi única distracción junto a

la amistad que mantenía con el pequeño Lord B. Sea como fuere la lámpara fue todo un regalo dada mi situación. Podía leer en la cama, y eso me era de gran ayuda los días en que me encontraba indispuesta o no tenía ganas de levantarme.

Últimamente pensaba mucho en mi reflejo, en cómo era y cómo sería ahora. En ocasiones, bajo la luz de los tubos del salón me parecía que mi piel estaba demasiado pálida y blancucha, y no era estúpida, sabía que esto era normal debido a la deficiencia total de luz solar, pero aun así resultaba impactante ver el nivel de palidez que había alcanzado mi epidermis.

Había aprendido a hablar y escribir como toda una señorita, bueno, en realidad más bien a escribir, porque hablar hablaba más bien poco. Las palabras de aquellas novelas que devoraba como llevada por el diablo, habían despertado en mí una pasión innata por la escritura y el buen hablar, y poco a poco, incluso comencé a hacer mis pinitos con la poesía —ni que decir que la calidad de mis primeros escritos era desastrosa.

Fue cuestión de tiempo que este diario se llenase de versos, de poemas inconclusos que no me atrevo a terminar. Cuando escribo poesía las palabras vienen solas a mí, pero el resultado de mis rimas siempre resulta ser una radiografía del sufrimiento, del miedo a la oscuridad y de los anhelos que jamás saciaré. Es contradictorio, pero no me duele exteriorizarlo, sino que me produce alivio, como si al hacerlo estuviese desgarrando realmente esos pedazos de mí y relegándolos al papel.

Muchas veces leo y releo estas páginas, aunque no sé qué es lo que busco en ellas: quizá a mí misma, quizá aquello que algún día fui. Me da la impresión de que me repito, de que solo hablo de mí y de mis pensamientos. El texto está plagado de divagaciones sobre las mismas cosas, sobre aquello que nunca hice y que hoy me gustaría hacer. A veces detesto con toda mi alma este diario de tapas oscurecidas que hallé entre los libros de la biblioteca. Deseo desgarrarlo y hacerlo trizas, lo quemaría si me fuese posible... pero después me doy cuenta de que estas páginas no son otra cosa que yo misma, mi evolución hacia el vacío perpetuo de estas cuatro paredes, hacia la salida inexistente de un agujero que cada vez se hace más angosto y estrecho, que cada vez me asfixia más y con más vehemencia.

En aquel momento, sin embargo, no escribí nada. Lo hago ahora que los recuerdos queman de nuevo, y es que en el zulo siempre se echan de menos aspectos de la vida en el exterior, pero nunca creí que echaría en falta nada de este agujero. Desde la habitación, escuché en silencio como Carlos se comía su sopa, a la vez que me preguntaba por qué había actuado de aquella manera. ¿Acaso los años de soledad me habían convertido en un ser insociable? De pronto un nuevo temor se unió a los que ya arrastraba a mis espaldas. ¿Y si algún día lograba salir? ¿Podría retomar mi vida en algún punto o ya no habría marcha atrás? ¿Estaría mi padre esperándome o me habría olvidado para eludir el dolor, igual que había hecho yo durante tanto tiempo?

¿Por qué había tenido que venir Carlos? Me había acostumbrado a vivir a mi manera en la oscuridad, pero compartir aquellas cuatro paredes con alguien iba a ser más duro de lo que había imaginado. ¿Por qué demonios le había traído Judas al agujero? ¿No tenía suficiente conmigo? De pronto quedé paralizada, todo el vello hirsuto de auténtico terror. ¿Se había cansado Judas de mí? ¿Era acaso Carlos mi sustituto? No me lo había planteado de ese modo, pero la sola idea hizo que todo mi cuerpo se estremeciese de auténtico pavor.

«Sarah, llevas años aquí. No te va a pasar nada» me tranquilizó. Una ducha rápida me ayudó a despejarme, estaba comenzando a pensar demasiado y eso nunca era bueno. Por momentos me parecía escuchar algo a mis espaldas. Dejaba la puerta abierta para que la luz del salón llegase hasta el baño, y con la presencia de Carlos ya no podía siquiera asearme con tranquilidad. Pensé en las veces que Judas me había espiado con su mirada furtiva, con el tiempo incluso me había acostumbrado a ello, pero con él era diferente... no quería que él me viese.

—Tendría que habértelo dicho —me sorprendió a la salida del baño—. No ha sido culpa tuya, tendría que habértelo dicho.

Al principio no entendí lo que quería decir, demasiado preocupada por cubrirme con una toalla raída que Judas había tenido la bondad de regalarme. Lo miré a los ojos y parecía sincero, supuse que se refería al incidente con la comida. Pasé de largo ignorando sus palabras y encerrándome de nuevo en la habitación. Su presencia era incómoda, hacía visibles mis faltas y mis debilidades, me recordaba lo que una vez fui. El portazo debió dejarlo desconsolado, tuve curiosidad por ver la cara que se le habría quedado, pero no abrí la puerta, sino que me vestí y me tumbé sobre la cama a releer una novela romántica barata. No había muchas de esas y se agradecía algo diferente, siempre me había gustado que me sorprendiesen y en eso no había cambiado.

Con los días lúgubres del zulo llegamos a respetarnos. Él sabía que mi habitación era sagrada y que no podía entrar en ella bajo ningún concepto. Yo, por mi parte, me limitaba a ignorarlo, o al menos a hacer que viese que lo ignoraba. En ocasiones, si lo cogía despistado observaba sus movimientos desde el quicio de la puerta. Era un niño bastante raro, podía permanecer sentado en la misma posición durante horas, sin hacer más que pensar en las musarañas. A sus espaldas yo lo estudiaba con detenimiento, a veces invadida por una extraña adrenalina ante la posibilidad de que se girase. Si esto sucedía, por supuesto mostraba un total desinterés por su persona. Con todo, tenía algo más para entretenerme a parte de los libros.

Aprendí a hacer como si yo no estuviese, y solo entonces sentí que quería llamar su atención. Era consciente de que yo misma había provocado aquella situación, pero no podía dejar de sentirme como una de aquellas atormentadas jóvenes que Shakespeare delineaba con maestría. Comencé a interesarme por sus pensamientos, pero no sería yo la que rompiera el silencio después de tantos días de hosquedad y pocas palabras. Me acercaba a él con la sutileza y torpeza de una niña grande que no sabe nada de la vida, y él, quizá por rechazo o simplemente por falta de miras, no parecía darse cuenta de nada cuanto pasaba.

Fue un detalle en particular el que cambiaría por completo la concepción de Carlos que se había formado en mi cabeza. Era una hora cualquiera, un segundo más dentro de la encrucijada temporal en que nos hallábamos. Judas había dejado caer uno de sus habituales paquetes de fiambre, y casi como personas civilizadas, ambos repartimos las lonchas de jamón y comenzamos a masticarlas en el salón. Él estaba en el suelo, cerca de las escaleras, entretanto yo me había acomodado en la única silla que había en la habitación. Escuché aquel sonido y lo reconocí al instante, de pronto caí en la cuenta de que hacía bastantes días que no veía a Lord Byron, y allí estaba, como siempre, erguido sobre sus dos patitas de atrás.

Me hallaba ya levantando la mano para llamarlo cuando, cual fue mi sorpresa, Carlos alzó una loncha de fiambre y Lord B clavó la vista en ella. Por ridículo que pueda parecer aquello incendié algo dentro de mí. No me quedaba comida, e hice señas al roedor para que se acercase, pero el animalillo parecía debatirse entre mis manos vacías y el festín que le ofrecía mi compañero. No sé si fue honor u orgullo el sentimiento que me fue amputado, pero aquella criatura era todo cuanto había tenido desde que llegase al agujero, y no podía creer que, poco a poco, fuese alejándose de mí en favor de aquel nuevo inquilino al que jamás había visto.

Aquello no podía estar pasando. No con Lord B, mi único verdadero amigo entre aquellas cuatro paredes de pesadumbre. Sin darme cuenta me puse a llorar a borbotones, y de tal naturaleza eran las lágrimas que apenas acertaba a ver a dos palmos delante de mí. Era un llanto silencioso y con sabor a sal, un aroma que me recordó a la espuma blanca de las olas de San Lucas. Sería tal vez una fibra rota, o el quiebro de mil hilos que se habían hecho una maraña con el tiempo, pero experimenté cómo el mundo se desvanecía a mi alrededor. Sentí cómo toda la mascarada elucubrada durante estos años se desmoronaba, dejándome desnuda ante una realidad en la que existían el dolor y la alegría, en la que los recuerdos herían y los anhelos se convertían en sueños fugaces e inalcanzables. Había vivido en una burbuja, en una mentira, amparada del ruido exterior y del terror por una falacia encubierta: la de olvidar quién era, la de abandonarme a mi destino forzado.

De pronto, sentí las patitas de Lord B recorriéndome el cuerpo, y una risa estúpida se me escapó entre los lagrimones. Después de todo me había escogido a mí. Carlos me miraba con su típico semblante de no haber roto un plato en su vida, recostándose como si la cosa no fuese con él, y yo, demasiado entretenida con el ratón, tardé un rato en darme cuenta de que algo no encajaba. Byron recorrió mi estómago y fue a parar a la manga izquierda de mi camiseta, en donde, por arte de magia, había aparecido media loncha de jamón. Miré a Carlos de nuevo, y su expresión me dijo lo que allí había pasado. No necesité más prueba que sus ojos para saber que él la había puesto allí, y ese gesto, me provocó un revolcón en el estómago que antes nunca había sentido.

Mientras acariciaba a Lord B, aprendí a ver a Carlos de una forma diferente, desde cero. Se había ganado mi confianza y mi respeto, y por alguna razón ese hecho me hacía sentir mejor. Quizá porque confiar en él significaba confiar en mí, cosa que no había hecho desde hacía mucho tiempo. Me derrumbé, como el muro de roca que se erige sobre unos malos cimientos, y supe que de las piedras caídas nacería una nueva Sarah: no la que entró al zulo, pero tampoco la que había crecido dentro de él.

26  
DIÁLOGO ENVENENADO

Era una oscuridad densa, omnipresente e inexorable, solo quebrada por el sonido de unas bisagras que se retuercen, por un eco aterrador que conmueve y estremece hasta el más sólido de los cimientos. De pronto el aire cambió, una nueva corriente se hizo presente en la estancia, y una tenue luz se coló a través de la trampilla abierta, recorriendo los escalones. En la negrura, únicamente se escuchaban los pies al topar con los peldaños en silencio, queriendo no perturbar tan guardada atmósfera, y alguien que espera, alguien que aguarda en la oscuridad a que la voz se propague en el aire.

—¿Estás despierto?

—Si —responde un susurro...

—No le habrás dicho nada...

—No.

Las zancadas finalmente se detienen, y las palabras surgen de entre la nada.

—Bien. No lo has hecho tan mal.

—¿Puedo salir ya?

—¡Shhht! Vas a despertarla.

—Dijiste que serían solo unos días...

—Ya está casi... pero quiero que hagas algo más.

—¿Y después podré irme?

—Después podrás irte.

Carlos evitó el escrutinio de aquellos ojos inquietos. Le asustaba verlos entre penumbras.

—¿Por qué cuando está ella te pones la máscara?

—Ella no sabe quién soy, ¿acaso quieres que me descubra?

—No... es que si no vas a dejarla salir... ¿qué más da? A ella le dan miedo las medias.

—¿Ah sí? ¿Eso te ha dicho?

—No. Pero yo lo sé. Nunca te mira a la cara cuando entras, en cambio a mí...

—¿A ti qué? No me irás a decir que esa niña te asusta.

—No... no es eso. Pero siempre está enfadada.

—¿Prefieres que me enfade yo?

—¡No! No quería decir eso.

—Entonces haz lo que te digo.

Como siempre la amenaza estaba implícita en la voz envenenada. Carlos hizo esfuerzos por no estremecerse, a él le asustaba más ver el rostro al descubierto, vislumbrar sus facciones aparentemente normales, sus contoneos con cada hilo de voz, sus muecas tan cínicas y poco estudiadas.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunta en una exhalación.

Los ojos se iluminaron y una desagradable sonrisa hizo mella en los labios.

—Quiero que le hagas daño.

El posterior mutismo lo infecta todo. Carlos sabe que no quiere hacerlo, pero no puede negarlo a quien lo demanda. Su corazón palpita en su pecho infantil con fuerza. Es lo peor que podría haberle pedido.

—No quie...

Las palabras se ahogan en un vaso de agua. El terror absoluto se apodera del niño, un miedo voraz y sin fundamento que toma el control de su cuerpo y lo deja sin respiración.

—¿Qué has dicho?

—No pue... no pu-puedo.

De pronto, la silueta se puso en pie y recorrió el trecho que le separaba del crío atormentado. Cara a cara, sus narices casi rozándose, y aquellos ojos vertiendo horror por doquier, insano e incontrolable.

—O le haces daño a ella, o yo te lo hago a ti.

Carlos estaba paralizado, herido en el alma por aquel pánico insondable que un niño jamás debiera experimentar. No puede articular palabra, no puede moverse, siquiera puede apartar su mirada de aquel pozo negro de perdición que son los ojos a los que mira. El rostro, no obstante, parece deleitarse con lo que hace, germinando el terror en lo más hondo del pobre muchacho.

—Solo quiero que la asustes un poco —dijo al fin—. Sarah no es el tipo de cría que se amedra con el daño físico. Quiero apuñalar su moral, su alma, y eres tú quien me va a decir cómo.

Al despertar, ella estaba mirándolo. ¿Por qué ahora? ¿Por qué precisamente ahora? La mecánica de la vida se burlaba de él, una vez más. Ella al fin parecía querer ser su amiga, y él debía a hacerle daño, él debía asestarle la última puñalada.

Carlos había crecido rápido, había experimentado el miedo en sus propias carnes y aquello lo había cambiado. No obstante se compadecía de ella, la veía más indefensa de como se veía a sí mismo. Nunca quiso bajar al zulo, nunca quiso hacerlo, pero allí estaba, y debía ejercer de víctima y verdugo. ¿Qué mente retorcida puede esperar algo así? ¿Meter a dos niños en un agujero y esperar a que se establezca la ley del más fuerte? Era perverso, horrible, una broma de mal gusto.

De solamente pensar en su figura quería morir. Ella parecía tranquila, parecía haberse acostumbrado a aquello, y Carlos no llegaba a comprenderlo. Quizá a ella nunca la había tocado, quizá él había experimentado el dolor físico y la niña no. Fuese como fuere, allí estaba, mirándolo, y en el fondo él sabía que estaba tan asustada como él, solo que no podía o no tenía fuerzas para exteriorizarlo.

A la hora de comer, la trampilla se abrió y cayó un paquete de fiambre, las fieras habrían de repartírselo. Pero las cosas habían cambiado en el agujero, Sarah recogió el bulto, y para sorpresa del niño, se acercó a él y se lo entregó sin siquiera abrirlo.

—Ten, pártelo tu.

Dios... ¿Por qué ahora? A Carlos se le hizo un nudo en la garganta, y ella sonreía, probablemente malinterpretando su gesto compungido como una muestra de emoción.

Jamón, siempre jamón, las mismas lonchas día tras otro, carentes de significado, ausentes de más motivación que la de comer para sobrevivir, para seguir contando

el día a día de la lobreguez sin sentido. Y un alma que sabe que traicionará al rostro que sonríe, un cuerpo que hierve por dentro al ser consciente de que es cuestión de supervivencia. O él o ella.

Los pedazos de carne son repartidos con la vergüenza de quien va a pecar y lo sabe. Los versos de la biblia se pasean por la cabeza de Carlos, pero aunque se los han hecho aprender bien no encuentra ninguno que describa aquella situación. Judas... que sátira, precisamente así se sentía él, como el personaje que ella más odiaba. La había oído repetir aquella palabra en sueños, incluso se le había escapado alguna vez al referirse a su secuestrador. «Pero él no es Judas —pensaba Carlos—. Judas se esconde tras la piel de cordero. A Judas no lo ves venir hasta que es demasiado tarde».

Comieron, comieron y él esperaba que con el hambre también desapareciese la vergüenza, pero eso jamás ocurrió. Guardaron algo para la noche, Carlos introdujo las sobras en una caja de latón que ella parecía no haber visto antes.

—Estaba en el baúl.

Sarah hizo un esfuerzo por sobreponerse a su desconfianza, y pronto sonreía de nuevo. Él se preguntaba si la había visto sonreír alguna vez antes de aquel día.

—¿Qué haces para no aburrirte? —preguntó ella, a lo que él se limitó a encogerse de hombros—. ¿Sabes leer?

—Sí, pero no me gusta. Es aburrido.

—¿Aburrido? Eso es que nunca has leído el libro apropiado.

Sarah se apresuro a entrar en la habitación de los libros, y pronto volvió con varios ejemplares en las manos.

—Ten, prueba con alguno de estos. Si sigues pasando las horas en blanco acabarás quedándote tonto.

Carlos cogió los tomos y estudió los títulos con recelo. *La historia interminable*, de Michael Ende, decía el primero de ellos.

—Esto es muy grande para mí —afirmó mientras contemplaba con estupor el volumen del libro.

—No.

—¿No qué?

—Nunca midas un libro por su grosor, sino por lo que encuentres dentro.

Carlos deslizó las tapas y ojeó las primeras páginas, no obstante no parecía demasiado convencido de lo que hacía.

—¿Tengo que leerlo ahora?

—Leelo cuando quieras, un libro nunca debería ser visto como una obligación.

—¿Dónde has aprendido a hablar así?

—Soy más mayor que tú.

—Ya... pero aquí dentro...

—¿Qué quieres decir?

—Aquí no tienes con quién hablar.

Eso le hizo daño, Carlos vio como el gesto de Sarah se descomponía en una mueca, para después tratar de sobreponerse.

—No siempre he vivido aquí —su voz era todo recuerdo y melancolía.

—Ya... pero llevas cuatro años...

De pronto Carlos se dio cuenta de que había hablado más de la cuenta.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Me lo ha contado...

—¿¿Judas habla contigo?!

—No... bueno, sí, algunas veces, cuando tú estás dormida.

—¿Y qué te dice?

Sarah, sin darse cuenta estaba agarrándolo de la ropa y dándole tirones para que respondiese. Carlos estaba algo asustado, no podía pensar con claridad. Por una parte no quería mentir a Sarah y por otra sabía que aquello le acarrearía problemas.

—Solo... no sé, me pregunta por ti...

—¿Que te pregunta por mí? ¿Y qué quiere saber?

—Si estás bien —mintió—. Si te enfadas conmigo o nos llevamos mal.

—¿¿Te ha dicho por qué me encierra aquí?!

—No. ¿Por qué tendría yo que saber nada?

Sarah lo soltó, la manos cesaron su fuerza y Carlos trató de reponerse. Ella había quedado inerte, en un extraño estado meditativo, los ojos perdidos en ningún lugar concreto y el cuerpo alicaído. De pronto, sin decir nada más, dio media vuelta y se marchó a su habitación. Carlos sintió que todos los avances logrados con ella se desintegraban, sintió que volvían al recelo y a la distancia, pero no sabía muy bien por qué. La soledad era de nuevo su única compañera, y se sintió aludido cuando, al cabo de un rato, se dio cuenta de que seguía en el mismo sitio, estático, sin hacer nada. «Si sigues pasándote las horas en blanco acabarás quedándote tonto», las palabras aún estaban frescas en su memoria, y ante él, aquellos libros vivos. Quizá fuese la simple necesidad de hacer algo para escapar de su asfixiante realidad, pero terminó por coger aquel ejemplar del que habían hablado, y comenzó a leer.

No supo cuánto tiempo estuvo enfrascado en aquellas páginas, que al principio le parecieron pesadas y largas, y a medida que avanzaba en el texto se le presentaban más apetecibles y livianas, pero el caso es que el sueño se apoderó de él, y las líneas comenzaron a bailar borrosas ante sus ojos. Cada vez con más dificultad atisbaba a leer aquellas letras que para su sorpresa habían logrado atraparlo, hasta que al fin decidió irse a dormir. Dobló la página en que se había quedado y fue a su único cobijo, bajo la mesa, a quedar a solas con sus pensamientos.

Cuántas veces había deseado que ella fuese a por él, que lo invitase al calor de las sábanas y el tacto mullido de un colchón. Ah, cuántas veces había soñado que ella le tendía su mano y juntos lograban salir de aquel agujero. Pero ella estaba demasiado herida, la oscuridad se había adueñado de parte de su corazón y ya ni siquiera parecía desear la luz, como si temiese romperse ante tal fognazon de vida.

El suelo era áspero y frío, y aunque había acumulado varios disfraces sobre los que tumbarse, Carlos se sentía dolorido cada vez que despertaba entre aquellos harapos. No era eso, no obstante, lo que más lo atormentaba, sino la distancia que lo separaba de ella. La admiraba porque aunque tuviese miedo no lo mostraba, cosa que él era incapaz de hacer. La admiraba por aprender a vivir entre aquellas cuatro paredes, por saber conformarse con sus libros y sus paquetes de fiambre.

Sentía una atracción magnética hacia su forma de ser, hacia su estudiada forma de hablar, y aunque le hubiese dado vergüenza reconocerlo, se sentía más seguro a su lado.

No sabía decir a qué hora fue, ya dejado llevar por el sueño, que algo le sobresaltó y despertó de improviso. Vio la sombra cernirse sobre él y quedó helado, rendido a su destino. Cerró los ojos, implorando que aquello fuese una pesadilla, y sin reunir el valor para abrirlos de nuevo sintió como una mano lo aferraba por su tobillo derecho.

—¡Shhht! Carlos, soy yo. Sarah.

—¿Sarah? —abrió los ojos esperanzado, y constató que efectivamente la figura no se correspondía con aquella que tanto lo horrorizaba—. ¿Qué pasa?

—Ven conmigo.

Le tendió la mano, y él, todavía aturdido por el sopor del sueño, tardó algo en corresponderle. ¿Estaba aquello ocurriendo de verdad? La luz penetraba en la estancia proveniente de la habitación de la muchacha, y no desde la trampilla, como estaba acostumbrado a observar cada vez que era despertado sin previo aviso.

Al fin, Carlos extendió el brazo y notó los dedos de Sarah entrelazándose con los suyos. Era un contacto agradable y cálido, a pesar de que los dedos de la niña eran delgados, casi huesudos. Ella lo condujo a través de los escasos metros que los separaban de su dormitorio, y allí, sin más, se metió en la cama. Carlos quedó en pie, sin saber muy bien qué hacer. Estaba nervioso, casi sudoroso, preguntándose si aquello significaba lo que él creía que significaba. Sarah, por su parte, se acomodó dándole la espalda y ocupando la mitad del colchón, como esperando a que él diese el último paso.

¿Qué hacer, sino meterse junto a ella entre las sábanas? Nunca había hecho nada parecido y el hecho lo ruborizaba, pero no estaba dispuesto a perder aquella oportunidad de conseguir un lecho mullido. Poco a poco, y con suma delicadeza, alzó la sábana para meterse en la cama, pero se dio cuenta de que llevaba el calzado puesto y tuvo que quitárselo. Finalmente, se sentó y fue reclinándose lentamente junto a ella, despacio, sin atreverse siquiera a mirarla.

Cuando por ende quedó quieto, un silencio total los envolvió, pero era un silencio bello, embaído por los sentimientos de dos niños que crecían demasiado rápido y se permitían el lujo de jugar a ser niños. El corazón de Carlos palpitaba con vehemencia, pero no por miedo como estaba acostumbrado, sino por una emoción que se le hacía indescriptible a su intelecto de trece años. Estaban de espaldas, y él se moría de ganas de darse la vuelta para observarla, para ver sus cabellos dorados descansando sobre la almohada. Había cierta belleza en ella, en su alma forjada a base de tormentos, y a pesar de su descuidado aspecto físico, sus ojos azules permanecían siempre encendidos en una llamarada, jamás tenue, jamás apagada por los acontecimientos parduzcos que los rodeaban en todo momento.

En un momento de valentía, o quizá de locura transitoria, el muchacho se armó de valor y dio la vuelta. Ella permanecía estática, puede que preguntándose qué demonios estaba haciendo. Ninguno de los dos había apagado la luz, y gracias a eso pudo estudiarla con detenimiento. Era hermosa, era lo más hermoso que él había visto nunca, sobre todo ahora, que se mostraba a sí misma frágil y vulnerable, tendida en aquella cama que la había visto crecer entre penumbras. Carlos se preguntó si cualquier otra persona hubiese desarrollado la personalidad de ella, viviendo en un agujero como ese. Le fascinaba el modo en que se había forjado un carácter propio sin más ayuda que el terror y la claustrofobia, y en cierto modo se sentía identificado, pues por desgracia él también conocía aquellos lúgubres sentimientos.

Quiso tocarla, no de manera egoísta, sino para hacerle saber que estaba allí, con ella, y que podía contar con su apoyo. Cada vez se sentía más alejado de la idea de hacerle daño, de la idea de obedecer unas ordenes impuestas que le resultaban imposibles de comprender, y olvidando por un momento las represalias que aquello pudiese ocasionarle, decidió no herirla de ninguna forma, nunca.

—Eres hermosa —dijo dejándose llevar por los sentimientos, ¿creía realmente sus propias palabras, o solamente se compadecía de ella?—. Nunca deberían hacerte daño.

Aquello último lo dijo más por sí mismo que por Judas. Se avergonzaba de haberse llegado a plantear algo semejante, y su vergüenza fue exteriorizada en forma de lágrimas, que se perdieron en la calidez del colchón sobre el que descansaban. Se sintió confortado de que ella no pudiese verlo, de espaldas como estaba, y aunque no reaccionaba, a él le gustaba imaginarla con los ojos abiertos, escuchando lo que él le decía y quitándose un gran peso de encima. Ojala fuese todo tan fácil.

Iba a tocarla cuando ella se giró, y sus ojos se encontraron de bruces. Esos ojos azules mágicos, guardianes de tantos sentimientos encontrados, de tantas contradicciones, de tantas penurias y recuerdos que escocían cada vez más con el paso del tiempo. A Carlos no le había dado tiempo a enjugarse las lágrimas, y fue ella quien borró su rastro con el dedo pulgar y un gesto de extrañeza en el rostro. No comprendía por qué lloraba.

Permanecieron así algún tiempo, no sabría decir cuanto. Mirarla era como ahondar en sus más profundos temores, como ir en busca de lo que quedaba de la niña y tratar de hacerlo revivir de algún modo. Era un azul tan intenso el de aquellos ojos que los mismos mares debieron sentir vergüenza al vislumbrarlos por primera vez, tan bello que el cobalto sintiera pudor de hacerse llamar a sí mismo azul de azules.

—Tu tampoco hablas mal —dijo ella, y la luz se apagó de pronto.

Carlos recordó lo estúpido que había sido al insinuar que hablaba demasiado bien para haber crecido allí encerrada. Se sintió mal por aquello, casi sin reparar en el cumplido que ella acababa de lanzarle. Pero ahora, en la oscuridad reinante, no podía hacer más que buscar su mano a tientas entre las sábanas. Al dar con ella, fueron los dedos de Sarah los que amarraron los suyos, y así, con la magia de aquel contacto efímero, dejaron volar sus mentes y permitieron ser arrastrados por el sueño. Antes de dormirse, un pensamiento apareció con claridad en la cabeza de Carlos; aquella era la oscuridad más hermosa que jamás lo había arropado.

**Diario de Sarah Trelis.**

Despertar resultó extraño. La magia se había evaporado, y Carlos dormía frente a mí con un hilillo de babas deslizándose desde su boca hasta la almohada. Me dio lástima. No me había portado demasiado bien con él. El pobre estaría rendido de cansancio y dolorido tras tantas noches durmiendo en el suelo. Ni siquiera yo pasé tantos días allá fuera, Judas me concedió la llave de la habitación mucho antes de lo que yo había tardado en compadecerme de Carlos. ¿En qué me estaba convirtiendo?

Me levanté tratando de no despertarlo. Estaba en la parte que daba a la pared, por lo que tuve que pasar por encima suya para poner pies en tierra. Una vez erguida, di media vuelta y me detuve a observarlo. Era como yo, solo que yo ya estaba perdida. Él, no obstante, todavía era inocente, aún no había permitido que la oscuridad del zulo se adueñara de su corazón y sus pensamientos. Muestra de ello era su miedo, su cobardía, pues quien teme algo aún no forma parte de ello. En cierta parte, le envidiaba.

Pensé en su familia. Alguien estaría buscándolo fuera —suponía yo—, pero él nunca había hablado de sus padres, hermanos, o más allegados. Yo tampoco lo había hecho, pero nos diferenciaba el hecho de que yo ya llevaba bastante tiempo allí dentro, y había aprendido a asumir ciertas cosas. ¿Cómo era posible que no se acordara de sus seres queridos? Era inadmisibles, algo que no lograba comprender. Seguramente —decidí—, eludía hablar conmigo de esas cosas para no mostrarse frágil. Yo, en sus circunstancias, quizá hubiese hecho lo mismo.

Le esperé en la sala de estar. De alguna forma un pensamiento se había abierto paso entre los demás, y no quería aguardar un minuto más para decírselo. Puede que fuese un acto altruista, aunque en realidad mucho tenía que ver con ello mi reciente temor a ser inservible a Judas, ahora que disponía de nueva compañía.

—Tenemos que salir de aquí —me miró despegándose las legañas, con cara de no saber si aquello estaba ocurriendo de verdad—. Carlos, nunca abandonarás este agujero si no hacemos algo. No quiero que te pase lo mismo que a mí.

—¿Cómo quieres que escapemos?

—Aún no lo se, pero ahora somos dos, puede que no tengamos otra oportunidad como esta.

Se me formó un nudo en la garganta, mientras pensaba en que seguramente, y dentro de poco, nada más estaría él. Yo ya no le proporcionaba diversión alguna a mi captor, había sido estúpida ocultándole mi terror y aquello ya no le divertía. Seguro, podía leerlo en sus ojos. ¿Por qué si no había traído a Carlos al zulo?

—Nos matará.

—Ya estamos muertos Carlos, y solo nos queda esta pequeña esperanza para volver a la vida — «si es que existe algún tipo de vida para mí ahí fuera».

Pude ver el miedo en sus ojos. La sola idea de enfrentarse a Judas hacía que se estremeciese todo su cuerpo. Yo, por mi parte, hacía lo indecible por mantener la compostura, aunque tenía más motivos que él para estar asustada.

—Una vez —continué—, traté de escapar —él se sentó en el suelo, prestándome toda su atención—. Le atacé con unas tijeras y me escabullí hacia la trampilla. Pude soñar con la luz, ver la claridad que se filtraba por la apertura y pugnar por alcanzarla. ¡La tenía tan cerca, a tan pocos metros!

—¿Qué paso?

—Me venció el miedo. Me entró un pánico tal que me llevo a esconderme bajo la mesa, abandonando las promesas que me ofrecía aquel tenue rayo de luz.

—¿Estuviste cerca?

—Casi pude rozar los primeros peldaños de la escalera... o al menos así lo recuerdo.

—¿Y si nos pasa lo mismo? ¿Y si nos entra miedo y no somos capaces de hacer nada?

Clavé mis ojos en los suyos, una burda estrategia para atraer su atención, y en realidad la única que conocía.

—¿Sabes lo que es estar cuatro años encerrada aquí? —se acomodó, nervioso—. Nada me puede asustar más que pensar en otro día en este agujero —mentí—. Ahora recuerdo aquel momento como algo mágico, casi imaginario. Pero fue muy real, y la vez que más cerca estuve de ser la Sarah Trelis que entró a este zulo.

Pronuncié mi nombre con cierto orgullo, recalcando el apellido Trelis a modo de muestra de admiración por quien me lo había dado. Me sorprendió escucharme a mí misma en términos tan seguros, después de tanto tiempo aprendiendo a renegar de mi pasado para evitar el sufrimiento. «¿Todavía estás ahí, esperándome?», lancé mis pensamientos al viento, «¿Aún me buscas por las calles de San Lucas?».

Carlos me miraba conmovido, entretanto hice un esfuerzo por contener las lágrimas.

—Carlos, escúchame. Seguro que tienes a alguien ahí fuera que te quiere, que daría lo que fuera por volver a verte. No cometas el mismo error que yo, no creas que algún día se abrirá la puerta para ti y serás libre, porque eso no pasará.

—Pero podemos morir...

—¿Y qué es la muerte comparado con esto? Si no salgo de aquí, ya da igual que viva o muera. Mi padre jamás sabrá lo que me pasó, pero al menos yo dejaré de sufrir día tras día. ¿De qué me sirve estar viva si no puedo amar, si ya no se reír ni llorar de alegría, si ya no puedo correr al aire libre y dejar que el viento me acaricie las mejillas? —comenzaba a hablar entre sollozos—. ¡Los libros están muy bien Carlos, me dejan vivir a través de otras personas, pero yo quiero vivir mi vida!

Él permanecía estático, algo aturdido por mis revelaciones, pero había conseguido incendiar su curiosidad, hacerle comenzar a creer que quizá fuera posible escapar.

—Me da miedo seguir aquí dentro —confesé al fin—, y no por Judas, sino por mí misma. Me estoy convirtiendo en otra persona, cada vez me cuesta más saber quién soy.

—¡Pero eres mi amiga!

—¿¿Tu amiga?! ¡Te he dejado semanas durmiendo en el suelo, pasando frío y sintiéndote solo!

—¡Pero a mí no me importa Sarah, ahora dejas que duerma contigo!

—Tu no lo entiendes Carlos. Yo estuve debajo de esa mesa, pasé mis primeros días allí, aterrorizada, llorando y cubriéndome con disfraces del baúl. Judas me lo hizo, y yo le odié con toda mi alma por ello. Ahora, sin embargo, te lo he hecho a ti. Me estoy convirtiendo en el verdugo.

—Tu no eres mala Sarah —para mi sorpresa, el niño estaba llorando—. Solo te has visto rodeada de maldad.

Me sorprendió su capacidad para formar una frase como aquella, a sus trece años. Una frase que me removió las entrañas produciéndome una indescriptible conmoción. «Tú no eres mala», que simple parecía dicho de aquel modo, y cuán complicada era la lucha en mi cabeza.

—Yo ya no sé quién soy...

Me faltaban los argumentos, tenía la vaga impresión de haber repetido este último anteriormente. Que estúpida era, haciendo el papel de mayor, de maestra de la vida, y desarmada ante un crío de trece años que parecía saber de la vida más que yo. Me di lástima a mí misma, y no había cosa que me repugnase en mayor medida. Sarah Trelis, la superviviente, rendida y puesta en evidencia por un niño.

No pensaba con claridad, mis ideas resultaban contrarias y carentes de sentido. Eso sí, al menos me daba cuenta de ello, y eso formaba una de las principales razones para querer abandonar el zulo. De no hacerlo, probablemente acabaría enloqueciendo del todo.

—Eres Sarah —Carlos se había levantado, caminando hasta mí—. Eres mi amiga, y voy a ayudarte a salir de aquí. Saldremos los dos juntos.

Amiga. Era su amiga. Así de fácil, como si solamente bastara decirlo para que fuese cierto. Era todo tan confuso, tan inestable y volátil ahora que ardía la mecha... La vida volvía a ser emocionante, regresaban los tiempos del no saber, del qué sera, del dónde estaré mañana. Era tan embriagadora la esperanza, que me dejé arrastrar por ella como quien se abandona a la corriente de un río manso. ¡Ah! ¡Cuántas emociones! Cuántas cosas que volver a ver, tocar y oler. Perfumes que rodeaban mis sentidos como si jamás se hubiesen marchado. ¿Acaso era cierto? ¿Acaso estaba soñando de nuevo?

Los días siguientes se sucedieron en una suerte de silencios conspiranoicos, un conjunto de miradas recelosas ante cada apertura de la trampilla, los ojos puestos en cada movimiento de Judas y el pensamiento abandonado a los sueños. ¿Cómo? Una y otra vez la misma punzada, acuciante en mi cabeza. ¿Cómo iba a salir de allí?

Únicamente tenía una cosa clara. Debíamos escapar los tres: Carlos, Lord Byron y yo. Para mi amigo roedor había dispuesto la caja de latón que Carlos halló en el baúl. Hicimos unos agujerillos que permitieran respirar al animalillo, y comenzamos a echar dentro de la cajita las lonchas de jamón que él tanto codiciaba. Pronto se familiarizó tanto con el pequeño habitáculo que incluso se metía en él cuando no había comida —lo cual nos facilitaba las cosas notablemente.

Seguidamente comenzamos a elaborar una especie de plan. Si queríamos huir del agujero debíamos organizarnos, pues tendríamos una única oportunidad. Y así, entre alguna que otra lectura y largos silencios, uno de los dos lanzaba al aire una propuesta y comenzábamos a discutirla.

—Debemos pensar en todo lo que hace.

—¿Qué?

—Tiene que haber algún punto débil. Un momento que podamos aprovechar para salir.

—¿Cómo vamos a salir si él siempre bloquea la entrada?

—Tenemos que hacer que baje.

—Estás loca.

—No hay otra forma de hacerlo, uno de los dos le distraerá y el otro aprovechará para hacerlo.

—¡¿Hacer qué?! —Carlos me lanzó una mirada de horror, y sus ojos se clavaban en mí como si yo fuese dueña de todas las respuestas.

—Huir, salir de aquí e ir en busca de ayuda.

—Eso no va a salir bien —yo sabía que tenía razón—. ¿Qué pasa con el otro? ¿Se queda esperando?

—Yo lo distraeré. Tú tendrás que salir corriendo y buscar ayuda.

—¿Por qué yo? ¿Por qué no escapas tu?

—Llevo aquí demasiado tiempo, no se si mis piernas aguantarían una carrera como esa.

Noté que me examinaba, y él a su vez se dio cuenta de que yo lo miraba. Pude leer en sus ojos la comprensión. Sabía que yo tenía razón.

—¿A dónde iré?

Estaba asustado, hacía esfuerzos por aparentar lo contrario, pero no era capaz de engañarme.

—Lejos. Corre lejos, donde no pueda cogerte.

—¿Y si me atrapa?

—No lo hará.

—¿Cómo puedes saber tú eso? Soy yo el que escapa. Si me alcanza me hará daño y a ti no te hará nada.

—¿Y qué crees que hará cuando se de cuenta de que has escapado y puedes avisar a la policía? —un corto silencio se prolongo ante la tosca expresión de ambos—.

Eliminaré las pruebas, y yo seré la primera de ellas.

—¡Pero yo volveré con ayuda!

—De eso se trata Carlos, de lo que tardes en traerla hasta aquí.

Después se abría la trampilla, caía algo de comida, y ambos la masticábamos sin mediar palabra, elucubrando individualmente acerca de los pros y los contras de cada propuesta.

Contrariamente a lo que en un principio había imaginado, el entusiasmo que me proporcionaba la idea de escapar no se mantenía siempre en su estado más álgido. Los días pasaban y solo éramos capaces de lanzar ideas absurdas al aire, ideas desesperadas que únicamente conducían a la perdición de uno o de ambos. Poco a poco, la ilusión fue diluyéndose en el olvido al que nos veíamos sometidos.

—¿Qué hiciste con las tijeras? —me preguntó Carlos en un momento dado.

—No lo recuerdo. Creo que se las llevó.

—Si al menos tuviésemos un arma...

Tenía razón. Judas era más grande, más perverso y más retorcido de lo que los dos juntos nunca llegaríamos a ser. Nosotros estábamos desarmados y desesperados, empujados solo por el miedo y la sinrazón; era un callejón sin salida.

Antes de lo que me hubiese gustado, dejamos de enredarnos en discusiones acaloradas sobre aquello que deberíamos hacer, y con tremenda tristeza e impotencia fui consciente de que la mecha se apagaba. Aquello tan solo había sido otro sueño inútil del que habría de despertarme, y la realidad que me aguardaba tras el telón era la misma de la que venía huyendo. No había esperanza para mí, no había nada que hacer en aquellas circunstancias. Estaba débil, cansada, pálida como la cal y hastiada de aquella vida miserable.

Cuatro años, cuatro años a solas con mis pensamientos y mis vanas ilusiones. Dejando el tiempo pasar a base de libros y poemas que no haría míos, que no comprendería del todo desde la oscuridad que todo lo empaña. Y así, harta de inventar juegos solitarios en los que nadie reía, caminé hasta la habitación y me dejé caer sobre la cama.

Incliné mi cuerpo y estiré el brazo hacia la oscuridad, debajo del catre. Allí, además de gran cantidad de polvo, habían ido a parar todos los objetos que deseché a lo largo de mi cautiverio. Los toqué y pude reconocerlos al instante, saqué los zapatitos de charol y los dejé caer junto a mis pies descalzos. Estaban muy sucios y se veían ridículos, resultaba extraño pensar que una vez los había calzado, cuando ahora la diferencia de número se hacía tan evidente. Seguí buscando y topé con algo que casi había olvidado. Una bola arrugada de papel que de no acabar allí debajo me habría llevado a la locura.

Desdoblé los pliegues y soplé sobre el folio. Una espesa capa de polvo alzó el vuelo, inundando la habitación y dejando ver los trazos del dibujo: Una familia reunida en lo alto de un acantilado. Mi madre, mi padre y yo. Detrás, la hoja estaba firmada por mí. Cuando me di cuenta ya lo había rasgado, una inesperada cólera se había apoderado de mis movimientos. Rompí, arranqué y corté con las manos hasta que el paisaje se vio reducido a unos cuantos trozos de papel sesgado, puzzle de mal gusto que ya no quería volver a reconstruir.

Dejé caer los restos a mis pies, observando su lenta caída y el poco gusto con que desfallecieron. Cerca de mis dedos se formó una imagen curiosa: dos trozos yacían de cara uno junto al otro, y cada uno de ellos tenía pintada una mano, que se extendía hacia la otra en un vago intento por aferrarla. Pero el vacío se interponía entre las extremidades, que nunca llegarían a tocarse. De pronto, mirando los trazos supe que sabía algo, algo que se me había ocurrido en aquel mismo instante y estuve a punto de olvidar.

—¡Lápices! —grité para que Carlos me oyera—. ¡Tenemos los lápices!

28  
DE LAS LUCES Y LAS SOMBRAS

La lluvia. Siempre la lluvia picando el asfalto, cayendo de lado en su desapercibida maestría, en su descontrol majestuoso y embriagador. Esteban se detuvo a contemplarla en un número perdido de una calle cualquiera: era un aguacero débil y constante, que casi acariciaba las aceras arrastrando la suciedad cuesta abajo. Aunque debiera estar nervioso, había decidido tomárselo con calma. Había logrado exponer algunas de sus fotografías en una pequeña pero medianamente importante galería de arte —todo un logro a decir verdad—. La presentación había pasado sin pena ni gloria, y ahora tocaba esperar el veredicto de la prensa especializada.

Se había afanado en enviar notas de prensa aquí y allá, convenciendo finalmente a la redacción de alguna que otra publicación a cubrir la noticia. No había ganado un solo céntimo con la exposición, y no obstante se sentía satisfecho de poder mostrar sus verdaderas obras al público. Aquella era su verdadera mirada, imágenes tomadas desde el alma y para el alma, aunque a decir verdad, le preocupaba que no hubiese alma alguna capaz de comprender su propósito.

Caminaba, a su manera henchido de orgullo por las avenidas desiertas de la ciudad. El atardecer estaba en su punto más álgido, y los tonos oscuros ganaban lentamente la batalla a la grisácea composición del cielo. Estaba a unas manzanas del local en cuestión. Desde la inauguración visitaba la galería día tras día, aunque fuese para ejercer su derecho de observador anónimo y estudiar el semblante de cada cual que se aventuraba a examinar su arte. Era su único y más preciado premio.

Anduvo soñador dejándose mojar por la lluvia. Desde donde estaba ya podía ver el cartel: *Suspiros en blanco y negro*, de Esteban Belmez. Se sintió de alguna forma halagado ante el anuncio, aunque nadie le había piropeado. «El ego del artista», pensó. Apenas había viandantes debido a la llovizna, miró por última vez a izquierda y derecha, y entró.

El sitio no estaba mal. No era uno de esos museos laberínticos con paredes por doquier que aparecen en las películas. La sencillez era allí la máxima; tabiques blancos y una distribución en ele del espacio, todo muy minimalista. La recepcionista lo saludó con el entusiasmo que acostumbraba; una estudiante de bellas artes que se regodeaba al poder relacionarse con artistas de su talla, si es que él tenía alguna. Esteban le correspondió con una sonrisa y continuó caminando, atravesando una puerta abierta y accediendo al lugar que había convertido en su santuario.

No vio a nadie, y no se sorprendió. La gente de a pie no era muy dada a emplear su tiempo en cosas como aquella. «Ver fotografías, que banalidad», ironizó para sí mismo. A él, no obstante, le llenaba como ninguna otra cosa pasar las horas allí, esperando la llegada de algún turista indiscreto que se atreviese a cuestionar su trabajo.

Se tomó su tiempo para observar cada una de sus obras. Curiosamente, y aunque fuese el autor, se sorprendía descubriendo cosas nuevas cada vez que las miraba. Era del pensamiento de que uno nunca es el mismo: «Vuelve la espalda y no verás lo mismo que hace unos segundos», solía razonar. El humano como ser cambiante, como ente en constante transformación que hace de su mirada un arte. La foto no cambia, pero sí los ojos que la miran.

Así, Esteban se sorprendía descubriendo nuevos juegos de luces y sombras, nuevos detalles antes desapercibidos en cada uno de los rostros retratados. Arrugas que inspiraban tristeza y uno solo vislumbraba si estaba triste, o gestos que hablaban de la vida y cuyo significado únicamente comprendía aquel que tenía ganas de vivir. Ah, que embelesadora esta suerte de raciocinio artístico y alocado que conformaba su persona, y que satisfacción la de haber llegado al punto de ser uno mismo, sin más preocupación por el qué dirán o los prejuicios inmaduros del que habla sin conocer.

Prosiguió con su examen de forma casi médica, un escrutinio minucioso de cada instantánea. Las había de todo tipo, pero la colección se componía sobre todo de esa clase de escenas que le robaban el aliento, esos momentos casuales y perfectos que tanto anhelaba immortalizar. Entre ellos, la mirada de su gata Casiopea, que se había ganado un puesto de honor junto al retrato de unos niños que jugaban a la peonza en un solar ruinoso. Fue mientras indagaba en esta última que escuchó un ruido y se sobresaltó.

No había lugar en aquella sala para un sonido como aquel: el de unos pasos silenciosos que se intuían al doblar la esquina. Alguien más estaba allí. ¿Pero quién? ¿Qué clase de persona se habría aventurado a guarecerse en aquella sala repleta de instantáneas? El sonido cesó, y Esteban caminó con cautela hacia el fondo del pasillo, donde este giraba a la izquierda en ángulo recto. Pretendía disimular —como siempre hacía—, aparentar ser un visitante más de la exposición y espiar a aquel individuo que observaba su arte. No pudo, no obstante, más que enmudecer, ante la visión de una silueta conocida que le evocó sinuosos sentimientos.

Allí estaba ella, de espaldas a él, detenida ante la fotografía más grande de la colección: un paisaje bucólico en el cual un grupo de ancianos sonreía entre los árboles de un pinar. Esteban no movió un dedo, aprovechando que todavía pasaba desapercibido, y empleando sus escasos segundos en admirar los cabellos negros de la joven. Sobrevino a su mente la imagen de otra estampa bien diferente, la de un pelo lacio y canoso cuyas raíces blancas lo perturbaban. Ahora ya no había rastro de ellas, y casi podría decirse que la mujer que tenía ante sus ojos, no era la misma que otrora visitara en la habitación de un hospital.

El espacio entre ellos se le antojó como algo infinito y a la vez efímero, como el efecto de una curiosa causalidad que había hecho que se encontrasen allí, en aquel preciso instante. No comprendía a Aristeia, y quizá fuese eso lo que la hacía tan enigmática. Había visto en ella comportamientos erráticos, y sin embargo sabía que algo escapaba a su control, algo intangible que le provocaba una inesperada atracción hacia su persona.

Recordó el beso, un beso robado y demente que le dejó un sabor a hiel en los labios. Ahora todo eran las paredes blancas, sus fotografías, y ella, que había ido a pararse justamente frente aquella en que aparecía. Esteban se acercó y pudo poco a poco ver su rostro, que derrochaba una belleza inquietante. Supo pronto que ella había notado su presencia, pero no se detuvo, y prosiguió su camino hasta detenerse a su izquierda.

Sin mirarse, ambos quedaron inertes ante la belleza de aquella imagen. Esteban pensó que todo volvía al lugar en que había comenzado, a aquella dichosa foto que le había robado el corazón a él, y la razón a ella. Tenía gracia, ella nunca había querido que se publicase, y ahora estaba allí junto a él, hilando un juego de silencios prolongados que no querían decir nada y lo decían todo al mismo tiempo.

—Es preciosa —dijo suavemente, y a Esteban se le formó un nudo en la garganta ante dicha afirmación, tales eras los sentimientos encerrados en la imagen.

—Siempre pensé que la odiabas.

—Y todavía lo hago, pero ahora creo que he llegado a comprenderla.

Hablaban ante la foto como si fuese todo cuanto los unía, como si al desaparecer esta, su conexión fuese a romperse para siempre.

—No lo capto.

—No es la fotografía lo que detesto. Sería perfecta si y no apareciese en ella.

—Pero... ¿por qué?

—No pretendo que lo entiendas. Simplemente no puedo dejar que me vean.

—¿Que te vean? ¿Quién? —a Esteban aquello le sonaba a manía persecutoria.

—Déjalo, de verdad, ya te he dicho que no lo entenderías.

—Dime una cosa Aristeia —caviló un instante—. ¿De verdad quisiste suicidarte por esto? —notó que sobrepasaba la línea—. Sé que es algo violento pero no puedo quitármelo de la cabeza.

Ella lo miró, dedicándole una sonrisa que habría hecho trizas el más duro de los corazones.

—No Esteban. Nadie se suicida por una fotografía. Ni siquiera yo —bromeó.

—Pero...

—Hernán me protege demasiado —se adelantó ella—. Sabe que me molesta aparecer en la prensa y lo exageró todo un poco —Aristeia parecía conocer todas sus

inquietudes, y las esclarecía de una forma tan natural que Esteban llegó a sentirse cómodo con la situación—. No se lo tengas en cuenta, es una buena persona.

Agotaba las vías de conversación de forma sencilla y cristalina, disipando las dudas de Esteban, así que este cambió de tercio.

—¿Te gusta la colección?

—Sí. Tiene algo que me recuerda las mejores cosas, esos pequeños momentos espontáneos que conforman nuestros recuerdos. Ojalá todos los míos fueran como estos —se deslizó a la derecha, señalando otra fotografía, en ella un hombre de avanzada edad esperaba el paso del autobús sentado solo en la parada—. Me gusta porque plasmas las cosas tal cual son, sin manierismos.

—No lo conocía. Me llamó la atención un par de veces mientras volvía del trabajo y decidí sacarle una foto —se aproximó Esteban—. Me gusta jugar a una especie de juego —admitió, y sus palabras sonaron extrañas para sus adentros.

—¿Qué clase de juego?

—Le adjudico una historia a los rostros que fotografío. Intento averiguar cómo han sido sus vidas por cada surco de su piel, por cada gesto involuntario y cada cana de sus cabellos —de nuevo la imagen del hospital se pasó por su cabeza, pero aunque la charla era distendida, no le pareció apropiado preguntar a una mujer por el estado de su masa capilar—. De hecho fue así como te conocí.

—¿Ah sí? —se sorprendió Aristeo—. ¿Y qué pensaste?

A Esteban le dio la impresión de que el miedo y la curiosidad se aunaban en esa pregunta, y aunque no recordaba con claridad todo lo que pensó en un primer momento de ella, sí tenía claro algo.

—Tus ojos.

—¿Qué pasa con ellos?

—Me dio la impresión de que se guardaban de sí mismos, de que no mostraban sentimiento alguno al mundo, y sin embargo transmitían cantidad de cosas.

—¿Como qué? —lo interrogó ella notablemente intrigada.

—No lo sé. No sabría explicarlo. De hecho lo que más me llamó la atención de ti fue no poder describirte con certeza. Fui incapaz de crear una historia para ti, y eso no me había pasado nunca antes —aguardó unos segundos, sopesando hasta que punto se había dejado llevar por su pasión artística—. Pero no te lo tomes a pecho, es solo un juego.

Aquello último sonó casi a provocación, aunque no fue esa su verdadera intención. Aristeo, al parecer divertida por la conversación, le lanzó una nueva pregunta:

—¿Por qué la publicaste? Hernán te advirtió de que no lo hicieras.

—Puede que por eso mismo. No le encontraba el sentido a su prohibición, y aunque no creí que pasará nada del otro mundo, decidí ver qué es lo que sucedía. Por supuesto nunca imaginé que se organizase tal desastre.

—¿Y qué es lo que te pasa conmigo?

Aquello sí que no se lo esperaba. La pregunta fue tan directa que le aceleró el latir del corazón. ¿Acaso estaba insinuando algo?

—No sé a qué te refieres.

—Primero publicas la foto, después me sacas a rastras del hospital y luego me encuentras en un parque y me llevas a tu casa. ¿Qué es lo que pretendes?

Se dio cuenta de que bromeaba. Tenía un humor algo ácido, pero Esteban supo reconocerlo, o al menos depositaba sus esperanzas en ello.

—Debí haberte impresionado. Porque ahora eres tú la que me persigue a mí —levantó los brazos para recalcar la evidencia del lugar en donde estaban.

—Será el síndrome de Estocolmo.

Sonrió. Esta parte de Aristeo le gustaba, casi le incitaba a coquetear con ella.

—He debido ser muy buen secuestrador para causarte tal impacto.

Esta vez a ella no le hizo gracia. Notó como una mueca se formaba en sus labios, un mal gesto que se apresuró a disolver en una sonrisa perfecta.

—Me gusta esta.

Aristeo señalaba con el dedo una imagen titulada “El árbol”, en la que un anciano vestido con un batín se abrazaba al veterano, el gran pino de la residencia de ancianos.

—¿Porque no sales tú?

La charla embelesó a ambos, y sin ser apenas conscientes recorrieron la amplia galería comentando esta y aquella fotografía, riendo y lanzándose pequeñas indirectas —algunas con más maldad que otras—. Cuando fueron a darse cuenta la becaria recepcionista había apagado la mitad de las luces y los invitaba a abandonar el local con una sonrisa.

—Los estudiantes también cenamos, de vez en cuando.

El regreso a la lluvia fue sinónimo de vuelta a la realidad. Esteban comparó aquella bofetada con lo que había sentido alguna vez, al abandonar borracho un local en busca de otro y descubrir que era de día.

—No llovía cuando llegué —dijo ella, y él cayó en la cuenta de que habría pasado allí casi toda la tarde. Recordó el día que la llevo a casa desde el hospital y cómo los dos acabaron empapados encima de su Lambretta.

—Puedo llevarte a casa, si quieres. Pero no me gustaría que volviesses a despedirme con un portazo en las narices.

Lo había dicho sin pensarlo dos veces. Descubrir cómo era el hogar de Aristeo era algo que le intrigaba sobremanera, y más aún, aunque no le gustara reconocerlo, imaginarse a él mismo con ella, encendiendo un fuego en la llar y manteniendo una de sus charlas irónicas.

—He traído el coche —señalo un Volkswagen aparcado en la acera de enfrente, y con sus palabras se desvanecieron todas las elucubraciones de Esteban, que creyó ver un ápice de tristeza en el rostro de la joven, quizá proyección de la suya propia.

Así se consumó la despedida: palabras que desean ser dichas y jamás se pronuncian, miradas que evitan cruzarse y pensamientos bajo la lluvia, siempre la lluvia picando el asfalto, cayendo de lado en su desapercibida maestría mientras ella se marcha, deslizándose en su descontrol majestuoso entretanto él quiere llamarla pero no la llama.

29  
VERDADES Y MENTIRAS

Despertó a medianoche, inquieto por algún detalle intangible que había dejado ir. En su delirio nocturno, soñó con cabellos blancos y ojos que no dicen nada, con fotografías que se reían de él a sus espaldas y mujeres que lo marcaban con el carmín de sus labios. Por mucho que intentase remediarlo, existía algo en su interior que le inquietaba, quizá un detalle que había comprendido sin saberlo, quizá una mera ilusión de sus sentidos mermados. El caso es que no podía dormir, y decidió levantarse para esta vez sí, comprobar que la nevera estaba llena.

Cogió un tetra brick de leche, recordando tiempos en los que ese era el único producto a degustar, y se sentó sobre la cama mullida, dejando exhalar un suspiro al comprobar que esa noche, la luna no había asomado a su ventana para guiñarle el ojo. Casiopea deambulaba somnolienta por el apartamento, queriendo averiguar a qué se debía tal escándalo, y él la miró ausente, preguntándose qué diantres le ocurría y por qué Aristeia ejercía un efecto tan narcótico en su persona.

¿Era amor aquello que sentía? Improbable, más bien una empatía cuyas razones no llegaba a vislumbrar. Se sentía en cierta manera protector con aquella chica cuya mirada no descifró; la mujer de cabellos y personalidad cambiantes, de la luz a la oscuridad, de la noche a la mañana, del ocaso al alba. Era tal el estado de sus devaneos mentales, que se sorprendía a sí mismo casi pensando en verso, con unos juegos de palabras que iban y venían en busca de respuestas, sin hallar más que silencio.

Fue así que surgió la idea, la brillantez de hablar con Hernán bajo algún pretexto y descubrir algo más sobre Aristeia. Era mayorcito para ir jugando a detectives —pero una conversación formal de tú a tú tampoco era perseguir a nadie con una gabardina—, y aunque tuvo sus dudas al final decidió hacerlo, puede que imbuido de alguna forma por su somnolencia interrumpida.

Se metió entre las sábanas dejando la leche en el suelo, y vio como Casio se acercaba y olisqueaba aquí y allá. Por alguna razón estaba algo más tranquilo, como quien soluciona algo y se va a dormir con el trabajo bien hecho, no obstante no le fue fácil conciliar el sueño, llenando su cabeza de quimeras y preguntas que debería lanzar al director del preventorio. ¿Qué le ocurre a Aristeia? ¿Por qué la protege tanto? ¿Cuántas veces ha intentado suicidarse? ¿Tiene familia?

Abatido, se dio cuenta de que no sabía nada de ella. Se sentía como un quinceañero que juega a descubrir cosas de la chica que le gusta, y en cierta parte puede que estuviese actuando de igual modo. ¿Qué hacía antes de trabajar en la residencia de ancianos? ¿De dónde es? ¿Cuántas veces se ha enamorado? Así lo venció el sueño, perdido entre cuestiones aparentemente inocentes que parecían no tener respuesta. ¿Quién eres tú, Aristeia?

La mañana lo sorprendió con los primeros rayos de luz. Se sentía cansado y el entusiasmo de la noche anterior casi se había desvanecido por completo. ¿A qué demonios estaba jugando? Esta última pregunta le pareció mucho más sensata que todas las anteriores. ¿Quién era él para indagar sobre la vida de nadie? Abrió la nevera, y le pareció que su vida se reducía a una clase de ritual repetitivo. Hacer fotos, comer y divagar. Cualquier estrella del rock hubiese hecho de estas premisas un lema.

Casio observaba, como siempre, y por un momento Esteban se sintió como la gata, siempre alerta ante todo cuanto pasaba a su alrededor, tratando de asimilar hasta el más mínimo detalle. Probablemente ese era el mayor misterio de Aristeia, el hecho de ser infranqueable, impenetrable para el entendimiento del ser humano. Dios, ya estaba pensando otra vez en ella.

Se aproximó al ventanal, abajo en la calle la mañana comenzaba a cobrarse sus primeras víctimas: madrugadores que a regañadientes partían a sus puestos de trabajo otro día más. ¿Acaso estaba la humanidad destinada a este tipo de existencia usual y repetitiva? La luna, como mofándose del fotógrafo, se dejaba ver a pleno sol, algo tenue mientras se diluía en el azul del cielo.

—Qué demonios, tampoco tengo nada que perder.

Y así, a los pocos minutos estaba encima de su Lambretta, conduciendo carretera arriba hacia el preventorio y disipando todas las dudas que habían surgido la noche anterior. Ahora sus inquietudes se reducían a una sola frase, y no eran ninguna pregunta, sino más bien un imperativo.

—Hernán, quiero escuchar la verdad.

30  
¿QUÉ HARÁS CUANDO LLEGUE LA HORA?

**Diario de Sarah Trellis.**

Lápices. Montones de lápices de punta roma incapaces de hacer daño a nadie. Eso es lo que teníamos: lapiceros de colores cuya madera languidecía por el encierro y la humedad a la que habían sido sometidos. A Carlos le pareció una locura desde el primer momento.

—¿En serio pretendes que utilicemos esto? —preguntó mientras sostenía indeciso un puñado de pinturas—. Ni siquiera tenemos nada con que afilarlos.

En realidad la idea podía parecer absurda, pero era lo único que se me había ocurrido: afilar aquellos pequeños puñales de madera hasta que se pudiesen utilizar como arma.

—Funcionará.

—Tú siempre dices eso.

—Porque lo creo de verdad.

Al final, Carlos callaba y esperaba a que le diese algún tipo de instrucción.

—Podemos intentar afilarlos contra la pared —dije, y él echó un rápido vistazo a los muros rugosos que nos rodeaban—. Hay que intentarlo, al menos.

Cogimos cada uno un puñado de colores. Yo probé primero, raspando delicadamente uno de ellos contra la pared. No parecía suceder nada. No obstante, incapaz de abandonar mi determinación, proseguí en mi empeño hasta ver que Carlos se contagiaba.

—Esto es absurdo —se quejó.

Yo no respondí, dejando claro que no iba a dar mi brazo a torcer con aquello. Al poco, ambos estábamos en silencio, deslizando madera contra cemento, y esperando ver surtir algún resultado.

No era tarea fácil. Necesitaba algo que se pudiese hendir contra carne humana, un artefacto afilado pero con resistencia suficiente para no romperse en el momento clave. Estaba dispuesta a utilizarlo contra Judas, pero pensar en un intento fallido me ponía los pelos como escarpías.

—Yo lo haré, Carlos. No te preocupes —sentí que él se avergonzaba, por no poder mostrarse más valiente que una niña—. Tú solo corre, corre como no lo has hecho nunca antes.

Silencio, únicamente acompañado por el rugir de la madera contra la pared, un sonido casi satisfactorio, pues significaba que algo estaba pasando en el zulo. Algo había cambiado.

Al poco tiempo, observé que un montoncito de serrín había aparecido en el suelo. Miré el lápiz con detenimiento, y aunque no era una obra de ingeniería, estaba bastante más punzante que hacía un rato. Se lo enseñé a Carlos, que asintió con la cabeza. Él ya tenía dos pinturas totalmente puntiagudas cerca de él, en el suelo.

—Puede que funcione —dijo, pero no supe discernir si sus palabras eran sinceras o solamente las pronunció por complacerme.

Los días pasaban ahora en una extraña distorsión temporal. Por una parte teníamos con qué distraernos, pero por otra un miedo aterrador nos atenazaba, el terror a un fracaso que significaría el final de todo.

Por las noches, nuestros cuerpos se juntaban cada vez más bajo las sábanas. Como si el contacto de nuestras pieles fuese a protegernos de lo que nos deparaba el destino. Crecíamos ahora como niños esperanzados, como dos adultos que juegan a ver el mundo con ojos nuevos una vez más. Saldríamos de allí, fuese como fuese.

Lord B estaba más agitado de lo habitual. El animalillo parecía intuir nuestros descabellados planes, y no hacía sino ir y venir de un lado para otro entretanto Carlos y yo nos dedicábamos a nuestros quehaceres. Todos los días hacíamos que entrase en la caja de latón, para que llegado el momento no tuviese miedo y fuese fácil sacarlo de allí. El roedor, obediente, nos complacía dejándose encerrar en la cajita, para enseguida comenzar a raspar sus paredes avisándonos de que quería salir de allí. Era casi como una metáfora de nuestro propio encierro, solo que a él nadie iba a hacerle daño.

—Sarah...

—Dime.

—¿Qué harás cuando llegue la hora?

Carlos clavó sus ojos en los míos como si en aquella cuestión le fuese la vida.

—Haré lo que tenga que hacer. No te preocupes.

—Pero y si te entra miedo...

—Si me entra miedo estamos perdidos. Por eso no puedo dejar que eso pase.

Traté de parecer convincente, pero en realidad estaba aterrada. La idea de empuñar uno de esos lápices endebles contra Judas me provocaba temblores por todo el cuerpo.

La trampa se abría solo de vez en cuando, dejando caer algo de comida. Al parecer a Judas no le apetecía jugar con nosotros últimamente, lo cual por una parte era todo un alivio y por otra un grave problema, pues para que el plan surtiese efecto nuestro captor tendría que bajar al zulo.

—¿Cómo haremos que venga?

—Pensaremos en algo.

Mis respuestas cada vez soliviantaban en menor medida las dudas de Carlos. Podía percibir cómo el miedo se iba apoderando de su cuerpo a pasos agigantados. De seguir así, seguramente no llegaría a tocar el primer peldaño de la escalera, cuando llegase el momento. Teníamos que salir de allí, y pronto, o todos los preparativos habrían sido en vano.

Nuestras conversaciones, antes vívidas y en cierta parte amenas, se habían tornado ahora oscuras y pesumbrosas. La proximidad de nuestra huida, y sobre todo las inquietudes que ello nos provocaba, nos convertía casi en dos extraños que solamente se miraban para comprobar cuán asustado estaba el otro. Por las noches, sin embargo, y a pesar de todos nuestro quebraderos de cabeza, nos permitíamos hablarnos con el corazón en la mano, inmersos en aquellas sábanas raídas que a duras penas nos protegían de nuestros propios pensamientos.

—Sarah.

—¿Qué?

—Eres muy valiente.

—¿Yo? ¿Por qué dices eso?

—Llevas aquí mucho más tiempo que yo, y no parece que tengas miedo.

«Estoy aterrada», pensé, pero no pude sino sonreír con un gesto tan frágil y quebradizo que hizo que me sonrojase.

—Tú también eres valiente Carlos, tú también.

Y el niño, aunque capaz de percibir las dudas en mi tono de voz, se serenaba con tan solo escuchar aquellas palabras de mi boca. Como si el hecho de decirlo hiciera que aquella afirmación fuese cierta.

Nos cogíamos las manos y, al apagar la lamparilla, aunque no podíamos vernos, yo sabía que él permanecía horas observándome en la oscuridad, consciente de que yo permanecía junto a él y casi tocándome con aquella mirada intangible, que sin embargo estaba ahí y a mí me reconfortaba.

Se acercó, tanto que pude notar su respiración cerca de mis labios. Era un aire cálido y curiosamente agradable, que me produjo un cosquilleo por todo el cuerpo. Aunque no le veía sabía que él tenía los ojos bien abiertos, y mi mano, que él asía con la suya cerca de su pecho desnudo, era testigo de un palpitar inusual de su corazón: unos latidos potentes y rápidos que traicionaban su silencio y mostraban su emoción.

No dije nada. Sin saber muy bien por qué, estaba asustada, pero no era miedo lo que recorría mis venas, sino un sentimiento desconocido hasta entonces que hacía que la sangre ardiese recorriendo mi cuerpo.

Se acercó más, o quizá fui yo, imbuida por aquellas extrañas sensaciones que jamás antes había experimentado. Casi podía notar sus labios contra los míos, y llegué a desearlos como quien se rinde ante el calor humano que nunca antes ha conocido. Nada más de leídas preservaba yo algún conocimiento sobre aquellos momentos, y poco sabía acerca de lo que una debía hacer en una situación como aquella. Así que cerré los ojos, pasando a otra oscuridad que aunque idéntica a la anterior, me parecía más comfortable.

Nuestros labios se tocaron, y todo el dolor guardado en mi corazón se disipó haciéndose trizas, estallando en una sola lágrima que se deslizó hasta la oscuridad de las sábanas. Yo no sabía besar, nunca había besado a nadie, y noté que mi pulso se aceleraba como celebrando aquel inusual acontecimiento. Mis labios secos pronto se abandonaron al fragor de aquel sentimiento mágico, que parecía darle sentido a la existencia en este mundo gris. Y así, me rendí ante aquel beso en la oscuridad, sintiendo que el universo se desintegraba a mi alrededor y ya solo existíamos él, yo, y nuestros recuerdos.

Desperté preguntándome si todo había sido un sueño. Busqué instintivamente la mano de Carlos en las penumbras, pero no hallé más que la cama vacía. Inquieta, me di cuenta de que podía distinguir formas en la oscuridad, y eso no era normal. Me di la vuelta, y atisé una puerta entreabierta por la que se filtraba un rayo de luz: las lámparas del salón estaban encendidas.

Me levanté, acuciada por el estupor de una sospecha que quería apartar de mi cabeza. Descalza, y con una camiseta vieja y unas bragas por toda indumentaria, me aproximé lentamente a la apertura. Avancé lo suficiente para poder escuchar voces, unas voces que me helaron la sangre por la incomprensión y el desasosiego.

No podía distinguir con claridad lo que decían, pero el tono casi distendido de la conversación me atribuló profundamente. ¿Qué hacían a mis espaldas? ¿Cuántas veces se habrían producido esos encuentros antes de que Carlos durmiese conmigo? Un potente pavor se apoderó de mi cuerpo, sabía que debía temer a Judas... ¿pero podía fiarme de Carlos? El recuerdo de nuestro beso se me antojó ahora macabro e insalubre, tan reciente y vivaz como lo guardaba en mi mente.

Decidí volver a la cama. No soportaba escuchar aquellas voces y, sobre todo, no quería descubrir lo que decían. ¿Tenía el enemigo dentro de casa? Era algo que se me antojaba más horrible que todos los días de oscuridad sufridos en el agujero. No, Carlos no haría algo así. Carlos era mi amigo.

No sabía decir cuanto tiempo permanecí despierta hasta que la luz se apagó. Me hice la dormida, pero esperaba con todo mi corazón que Carlos me despertase y me contase lo que había pasado, pues aquello confirmaría que la confianza depositada en él no había sido en vano.

Llegó a la habitación queriendo no hacer ruido y se metió entre las sábanas con toda la sutileza de la que fue capaz. Yo tan solo esperaba una palabra suya, una explicación, la demostración de que mis miedos eran infundados. Pero únicamente el silencio me arropó en un sentimiento nefasto, el de sentirme engañada por la única persona en quien confiaba.

En la negrura, mis ojos se clavaron en los suyos, dueños de un dolor inmenso que no los dejó conciliar el sueño. El nuevo día me sorprendió sin apenas haber dormido, con una luz que se encendía y Carlos entrando al cuarto como si nada hubiese ocurrido.

—Venga Sarah. Tenemos que afilar más lápices.

Discerní no decirle nada. Si tenía algo que contarme sería él quien decidiese hacerlo. De poco me hubiese servido para disipar mi desconfianza el hecho de preguntarle sobre lo ocurrido la noche anterior, pues aunque una vez me contó que Judas hablaba con él, ahora se me antojaba alta traición su silencio.

Seguimos afilando lápices, en una rutina absurda que ya solo servía para mantenernos distraídos. A lo sumo necesitaría un lápiz o dos, no tenía ningún sentido sacarle punta a todos.

Lord B seguía minuciosamente su entrenamiento, entrando y saliendo de la caja cada vez que se lo pedíamos, casi como si comprendiese que aquello resultaba de vital importancia para su supervivencia. Comíamos, afilábamos, jugábamos con Byron. Poco más quedaba ya que hacer dentro de aquella caverna de hormigón.

Yo me debatía una vez más entre la Sarah Trelis que llegó al agujero y la desconocida en la que había llegado a convertirme. ¿Cual de las dos saldría de allí, la inocente o la oscura, la alegre o la que había consumido su alegría, la que todavía tenía fe en las personas o la que desconfiaba de Carlos? La duda me corroía hasta tal punto que no podía soportarla.

—Nos vamos hoy, Carlos —le miré como nunca antes le había mirado, queriendo quizá extraer una explicación de su semblante descompuesto—. La próxima vez que se abra la trampa, lo hacemos según lo previsto.

No respondió, puede que temeroso de que hubiese descubierto su secreto. No tenía otra forma de averiguar su fidelidad que poniendo en marcha nuestro plan, y aunque el miedo hacía más mella que nunca en mi pecho, estaba determinada a hacerlo.

¿Quién saldrá del agujero? ¿La Sarah que corría descalza en la hierba, o la que languidecía día a día en una oscuridad insondable? ¿La Sarah que amaba a su padre, o la que le había olvidado para alejar de sí el sufrimiento?

Fue una espera tortuosa. Un espacio de tiempo en que el mundo parecía haberse detenido en augurio de una resolución, un final para la pesadilla que me había tocado vivir. Yo quería que la trampa se abriese cuanto antes, pues el valor siempre me era más útil en caliente que sosegado por la frialdad de los segundos que pasan.

No decíamos nada; estaba todo dicho. Únicamente quedaba esperar a que la historia terminase, para bien o para mal. Ambos aguardábamos en nuestros puestos, expectantes e hirsutos ante el más mínimo susurro, ante el menor atisbo de movimiento proveniente del piso superior. Siquiera había miradas, ni tan solo el más mínimo de los gestos estaba permitido. Lo que en el zulo había pasado en el zulo quedaba, ahora tocaba vivir... o morir en el intento.

Carlos estaba sentado cerca de las escaleras, entretanto yo me apoyaba contra la pared del fondo de la habitación, en el lugar más alejado de las mismas y cerca de la mesa. Aunque hacía algo de calor, me había puesto un viejo suéter de invierno, de modo que podía esconder dos lápices en la manga. Lord Byron estaba encerrado en su cajita de latón, cerca de las escaleras para que Carlos pudiese cogerlo al salir de allí, y mientras perdíamos la paciencia entre las sombras, tuve un bizarro sentimiento, una extraña añoranza por todo cuanto allí había, por todo lo bueno: Los libros, las horas de lectura y de aventuras en la oscuridad, mi pequeña habitación llena de recuerdos rotos, Lord Byron, y Carlos, en el cual había decidido confiar a pesar de sus encuentros secretos con Judas. ¿Era posible echar de menos aquello? ¿De veras existía tal posibilidad? Me sentía confusa, asustada y aturdida. La trampa se abriría tarde o temprano y no sabía si sería capaz de llevar a término la función, de escribir el último capítulo de mi tétrica historia.

De pronto un sonido, otra falsa alarma que aceleraba nuestros corazones al extremo. Nos mirábamos, buscando una salida en los ojos del otro, una excusa para abandonar nuestra descabellada estrategia, o un burdo pretexto para esconderse entre las sábanas y hacer como si nunca hubiésemos planeado aquello. Era demasiado tarde: la trampa se abrió y el cruce de miradas se convirtió en una improvisada despedida. Quizá no volviésemos a vernos, y ambos lo sabíamos. Quizá nunca llegásemos a ver el sol una vez más, pero merecía la pena luchar por ello.

Me dejé caer contra el suelo, desinflada, dejando de ejercer fuerza alguna sobre mis músculos mermados y languideciendo en una postura de muerte anunciada, como si de una broma macabra se tratase. Cerré los ojos y Carlos comenzó a gritar.

—¡No se mueve, tienes que ayudarla! ¡Está muy mal, creo que se está muriendo! ¡Va a morir, tienes que ayudarla!

Cerré los ojos, y el pánico que sentía era tal que pensé que Carlos decía la verdad, y poco a poco la vida me abandonaba sobre el duro asfalto. Era el mismo suelo frío que me recibió el primer día, hacía ya más de cuatro años. Y ahora todo se reducía a eso: el asfalto, Judas y yo. Nada se interponía entre nosotros además del miedo y la desesperación, armas que él enarbolara en su día pero hoy podían volverse en su contra.

No podía verle, pero podía sentir su presencia infecciosa a medida que se aproximaba. Carlos dejó de gritar, y supe que eso significaba que todo marchaba según lo previsto. Escuché su lento descenso, peldaño a peldaño, tan siniestro como su propia persona. Pasos impasibles e indiferentes, apenas perturbados por la idea de mi posible muerte. ¿Cómo podía alguien llegar a ser tan repugnante, tan vacío de sentimientos? Pensar en cuánto le odiaba me ayudaba a concentrarme en mi propósito, me ayudaba a saber lo que tenía en mi mano diestra y cómo debía utilizarlo. Así era más fácil. Si dudaba habría perdido.

Cada fracción de segundo era como jugarse la vida a la ruleta rusa, quieta, inmutable, esperando el preciso instante en que mi mano habría de alzarse para ejecutar sentencia. Pensé en muchas cosas durante aquel pequeño e infinito espacio de tiempo. Pensé en mi padre, como si pudiese tocarlo a través de la distancia y decirle que esperase, que pronto iría a su encuentro. Pensé en el cielo azul y en el color de las estrellas. Pensé en las rosas rojas y en cómo crecían preciosas entre la mala hierba.

Noté que el momento estaba próximo. Supe que él estaba ya muy cerca y que en unos instantes todo estaría hecho; la moneda había sido lanzada al aire y por todo resultado podía salir cara o cruz. Abrí los ojos, lo tenía justo enfrente, acucillado junto a mí. Pude ver su cuello, tan cerca que casi parecía fácil hacerlo. Mis dedos buscaron los lápices en el interior de la manga, se habían escurrido hacia el interior y por un momento me invadió el pánico. Entonces toqué algo con el dedo índice, e hice un esfuerzo por atraerlo hacia el resto de los dedos.

Judas se dio cuenta de que algo pasaba, al tiempo que logré asir el puñal improvisado de forma correcta. Ví a Carlos, y nuestras miradas se cruzaron en un último contacto efímero, un intercambio de sentimientos tal que no sabría describirlo. Judas me miró, y entonces alcé el puño.

—¡Sarah! ¡No!

Sentí que el mundo se desvanecía. Sentí que todo se evaporaba a mi alrededor y que ya nada tenía sentido. Se había acabado. Todo estaba perdido.

Judas me miró a través de la malla. Su expresión era confusa y colérica. Se dio la vuelta hacia Carlos para ver por qué había gritado y yo tuve la última oportunidad, tuve su nuca a unos centímetros de mis manos... pero no fui capaz de hacer nada. El miedo había vencido a Carlos... y me había vencido a mí.

—¡Corre Carlos! ¡Corre!

Pero Carlos no se movía. Carlos estaba clavado en el suelo, invadido por un pánico atroz que le impedía articular movimiento.

Judas se levanto, haciendo gala de su habitual parsimonia. Yo lloraba y Carlos también.

—¡Corre! —logré pronunciar en un último sollozo—. ¡Corre!

—¿Así que ibas a correr? —la voz viperina emergió con su habitual tono condescendiente—. ¿A dónde pretendías ir?

—¡Lo siento Sarah! ¡Lo siento! ¡Yo quería hacerlo... pero no puedo!

Me rompí el corazón. Me hizo trizas contemplarle allí delante, herido por el terror y solamente preocupado por haberme defraudado, por haberme fallado, a mí.

—¡Oh! Que enternecedor —Judas comenzó a caminar hacia él y Carlos se orinó encima—. Ahora resulta que has hecho nuevos amigos.

Después vinieron los golpes. Tantos y tan fieros que pensé que iba a matarlo. El sonido de los puños contra la carne solamente se veía apagado por mis gritos, unos gritos desgarradores que emergían sin control quebrando mi garganta.

—¡Déjalo! ¡Déjalo ya! ¡Lo vas a matar! ¡Para! ¡Para! —pero no pude hacer más que eso, quedarme sentada mientras aquel ser despreciable golpeaba una y otra vez a mi único amigo.

Sentí náuseas, aquello era peor de lo que nunca había imaginado. Era la primera vez que veía a Judas pegar a alguien, de hecho era algo a lo que le había perdido el temor con el paso de los años. Y ahora estaba frente a mí, y Carlos, que al principio también gritaba, restaba en silencio, un silencio de muerte que me heló la sangre.

Los golpes cesaron y yo solo podía ver la sangre, sangre rojo carmín en los puños de Judas, en el suelo, y en la cara de mi amigo.

—¡Carlos! ¡Carlos! ¡Carlos! ¡Di algo! ¡Carloos!

—No me gusta que jueguen conmigo —sentenció Judas, y tomándose su tiempo, arrastro a Carlos escaleras arriba, entretanto yo le veía desaparecer de mi vida para siempre.

—Carlos...

Yo le había convencido para ayudarme. Yo le había dicho que todo saldría bien, que juntos saldríamos de allí y escaparíamos de nuestra pesadilla. Y ahora veía su cuerpo flácido golpeándose contra las escaleras a medida que ascendía, elevándose hacia la luz que tanto habíamos anhelado, hacia la luz que tantos sueños había alimentado durante nuestras charlas en la oscuridad. Pero no así, nunca debió ser de aquel modo.

Mi mano derecha asía con fuerza el puñal, presa de una rabia como no había conocido antes, y vi como los pies de mi amigo desaparecían en el umbral de lo desconocido, y tras unos segundos la trampilla se cerraba de nuevo para mí, condenada eternamente a vivir en aquellas penumbras, una negrura que además de mi cuerpo, aquel día se adueño de mi alma.

Ya no quedaba nada.

31  
CONDUCTAS EXTRAÑAS

Tenía la sensación de que todo volvía al lugar donde comenzó: Una carretera gris, las líneas discontinuas perdiéndose bajo las ruedas de la Lambretta, y el asfalto mojado por las recientes lluvias, escupiendo agua a medida que la motocicleta se abría paso montaña arriba.

Recordaba los detalles como si de ayer mismo se tratase. Casi podía ver aquel Volkswagen aparcado en uno de los arcones y las hojas arrancadas por el otoño bailando en pequeños remolinos sobre el suelo. El paisaje había cambiado desde la última vez, pero en esencia era el mismo. El veterano lo recibió en toda su magnitud y a Esteban le pareció que su tronco era más grande y poderoso que nunca. Esta vez no había ningún anciano merodeando cerca y él tampoco llevaba consigo su cámara de fotos. Había venido a hacer algo diferente.

Aparcó la moto cerca de la entrada y pronto se vio inmerso en la tremenda quietud del lugar. Se respiraba una curiosa paz allí arriba, una paz melancólica, casi triste, que evocaba en él lejanos recuerdos, el sonido de un tren que partió para nunca volver atrás, y una vida abandonada que ya jamás retomaría.

Entró al recinto y se sorprendió al ver a Hernán en el pasillo, mirando al exterior por uno de los grandes ventanales que recorrían el amplio corredor. Casi como si le estuviese esperando, el director del preventorio giró noventa grados y le observó con una mirada turbia, preguntándose quizá por qué había vuelto a aquel lugar, en aquel preciso momento.

—Belmez... ¿qué le trae por aquí? —se adelantó hacia el fotógrafo.

—Quería hablar con usted, si no es mucha molestia.

Hernán lucía una barba corta y espesa que inspiraba confianza, se rascó el mentón dubitativo, para seguidamente hacer un gesto a Esteban, indicando que le siguiese.

Llegaron a su despacho, tras lo cual cerró la puerta y le invitó a tomar asiento. Esteban, sin rechistar, se aposentó en una de las sillas y esperó a que Hernán voltease la mesa y se dejase caer en un lustroso sillón de piel. Visto allí, evocaba un rey sentado en su trono, y en verdad así podía interpretarse: el preventorio se regía por sus leyes, allí él era el máximo responsable.

—Usted no es la clase de persona que desiste fácilmente... ¿verdad?

Por toda respuesta Esteban dibujó una sonrisa, Hernán parecía dispuesto a contarle un par de cosas y aquello lo tranquilizaba.

—He venido por Aristeia.

El director escondió un gesto divertido, como si sospechase el motivo de su visita y acabase de confirmarlo.

—¿Qué es lo que quiere saber? —preguntó algo intrigado.

—Antes que nada quiero que sepa que esto no tiene nada que ver con mi trabajo. Es algo personal.

—Adelante.

—Quiero ayudar a Aristeia.

Por su semblante, Esteban supo que aquello sí que no se lo esperaba. Hernán se reclinó sobre su asiento, depositando más atención en las palabras del reportero.

—¿A qué se refiere cuando dice que quiere ayudarla?

—Sé que algo le ocurre, pero no puedo hacer nada por ella si usted no me explica qué es lo que le pasa.

—¿Por qué este repentino interés? ¿Por qué debería creerle, señor Belmez?

—Porque le estoy diciendo la verdad. No pretendo sacar nada de esto. Quiero ayudarla —Hernán dudaba, no acababa de creérselo—. Piénselo... ¿qué beneficio podría obtener de esto?

—Y dígame, ¿qué es lo que le preocupa?

—Bueno, sé que se está medicando y he visto alguna conducta que no llego a comprender.

—Ah... Belmez. Aristeia posee muchas conductas incomprensibles. Es eso lo que la hace tan atractiva. ¿verdad? —Esteban no respondió, Hernán estaba poniéndolo a prueba, y se divertía con ello—. Sé a lo que se refiere. La ha visto hacer cosas extrañas, cosas que no haría una persona en su sano juicio. ¿Es eso?

No sabía cómo encajar la naturalidad de aquellas afirmaciones, parecía como si Hernán jugase con él. No obstante quería llegar al fondo de la cuestión, y midió sus palabras con cautela.

—Me preocupa que pueda hacer alguna locura.

—Por eso es de vital importancia que regrese aquí, con nosotros.

—¿Por qué ese empeño en protegerla?

—¿Por qué quiere usted ayudarla?

La conversación se tornaba por momentos en un reto, un diálogo en el que saldría triunfante aquel que poseyese mayor sagacidad e inteligencia.

—¿No ha recibido ninguna queja? ¿No le preocupa a los familiares de los enfermos que alguien como ella trabaje aquí?

—Innumerables, he tenido incontables reproches, pero creo que usted es un hombre de principios, y sabrá entender que haga oídos sordos ante semejantes memeces.

—Entonces a usted no le preocupa. No cree que suponga un problema el hecho de que ella trabaje aquí.

—Al contrario, solo tiene que preguntar a cualquiera de nuestros ancianos.

El cruce de miradas era inevitable. Ambos parecían tratar de discernir sobre los pensamientos del otro, para así poder sacar ventaja en aquella pequeña batalla intelectual que disputaban.

—Usted sabe algo que yo no sé.

Hernán se detuvo, meditativo, pensando hasta qué punto debía desvelarle la verdad a Esteban, y este supo captar sus dudas de inmediato, tan dado era a reconocer a las personas por la expresión de su semblante.

—Mire, Esteban. Entiendo que esté preocupado, yo mismo pasé por esa fase que usted atraviesa ahora. ¿Dice que ha visto a Aristeia hacer cosas extrañas? Ella me contó lo del parque, y le aseguro que eso no es nada comparado con lo que yo he visto —ahora estaba serio, solemne—. Una vez trató de suicidarse aquí mismo, en los baños.

—¿Qué?

—Yo mismo la encontré.

—Pero... ¿por qué? ¿por qué ese empeño en quitarse la vida?

—Esto es algo que solo sabemos un par de enfermeras y yo. Ahora usted también lo sabe, y espero que guarde discreción al respecto —Esteban asintió con la cabeza—. Hemos tenido quejas, y no por el trato de los pacientes, sino por su forma de actuar cuando hay niños cerca —hizo una pausa, como sopesando el efecto de sus palabras en el fotógrafo—. Ha sido muy difícil mantenerla en el centro, por eso quiero que entienda que no voy a permitir que venga usted, ni nadie, a meterse por medio.

Esteban no comprendía nada. ¿Niños? La escena del parque volvía a presentársele en la cabeza como una melodía macabra que no dejase de sonar. ¿Qué estaba ocurriendo?

—No lo entiendo. ¿Qué es lo que le pasa? —casi le dio miedo preguntarlo.

—Pierde el control.

—¿Que pierde el control? —Aquello era más serio de lo que había imaginado.

—Procuramos mantenerla alejada de ellos, por eso creemos que este es su mejor hábitat, rodeada de ancianos. Salvo pequeñas excepciones, aquí se encuentra a salvo.

«¿A salvo? ¿Y los niños, lo están de ella?» Una inquietud incipiente crecía dentro de Esteban, a medida que se daba cuenta del alcance del problema, y recordó de nuevo la sangre, y la mano de Aristeo esparciéndola por la pierna del crío asustado. Todo daba vueltas en su cabeza, como piezas rotas de un puzzle que no acertaba a descifrar. Había acudido al preventorio para saber la verdad, pero ahora casi le preocupaba descubrirla.

—Hernán, se lo pido por favor, y sin rodeos. Dígame qué es lo que está pasando aquí.

32  
LAS ROSAS ROJAS

**Diario de Sarah Trellis.**

La puerta ya no se abre, y yo solamente puedo pensar en Carlos. Paso las horas escribiendo mis tormentos en este diario, con la fútil esperanza de permanecer así viva de algún modo, de que dentro de algunos años, cuando ya no exista nada, alguien descubra mi historia y reviva el caminar de mis pasos.

No comprendo por qué a él sí y a mí no, por qué a mí nunca me ha puesto la mano encima. Si el terror que Judas ejerce en mí tiene una razón de ser, ahora estoy más alejada de ella que nunca. Poco he descubierto a lo largo de mi cautiverio sobre mi captor. Jamás he comprendido sus motivos, sus razones para mantenerme encerrada: puede que simplemente se divierta con ello, pero no lo creo. Judas siempre guarda una finalidad para todo cuanto hace; nada es dejado al azar.

Tengo que convivir con la visión de la sangre seca de mi amigo, pues no soy capaz de limpiarla y sé que él tampoco va a hacerlo. De hecho dudo que vuelva a abrir la dichosa trampilla jamás. Probablemente muera de hambre aquí dentro, y es curioso, pero únicamente soy capaz de preocuparme por Lord B y lo que será de él cuando yo no esté. Ya es lo único que me queda.

¿Qué habrá sido de Carlos? ¿Habrá muerto realmente? La imagen de su cuerpo golpeando los escalones me acompaña día y noche en mi cautiverio, como un añadido más a los recuerdos dolorosos que nunca volverán, y yo estoy harta, estoy harta de permanecer sentada mientras soy torturada con esta psicología tan vil y deplorable.

Sigo deseando salir de aquí, casi más que nunca. Sigo sentada en la misma esquina, empuñando los mismos lápices afilados, esperando que él baje. Pero no desciende los peldaños. Como si presintiera el alcance de mi desesperación, Judas ya no me visita, ni tan solo para contagiarme su terror vírico. Puede que sea esta otra clase de tortura, o puede que simplemente haya decidido dejarme morir, y librarse así de esta existencia que ya solo puede causarle problemas.

Quizá sea ya demasiado tarde, o tal vez siempre lo fue. Tal vez jamás tuve oportunidad alguna de escapar, pero en cierta parte me alegro de no haber abandonado dicha posibilidad hasta ahora, pues eso habría significado mi muerte, mucho antes incluso de lo que yo misma hubiese deseado.

¿Quién desea morir? Siquiera yo, aquí encerrada con mis propios pensamientos, puedo llegar a albergar tales ideas, soñando inútilmente con una vida que me espera fuera, con un porvenir bucólico que no llega nunca a materializarse. ¿Será acaso esa mi mayor debilidad? ¿La de guardar siempre en secreto una débil esperanza, un leve rayo de luz? Siento como si esto fuese a la vez mi cura y mi castigo, pues aunque no me permite morir tampoco me lleva a la vida, y yo ya no sirvo para dejarme embelesar por las palabras de los libros, ya no me dejo llevar por su magia ni permito que sus vocablos me mientan, porque el despertar es cada vez más doloroso... porque tengo miedo de que un día me haga tanto daño que desee abandonar la vida.

La repetición es aquí el máximo. Todo gira en torno a una rutina de muerte que se retuerce cual aguja oxidada de un viejo reloj. Cada paso que doy me lleva un trecho más cerca del fin, del momento en que mis penas habrán de desvanecerse y mi alma descansará. Miedo y excitación guardo ya alrededor de ese momento, en que mi corazón deje de latir y todo esto acabe, pues con mi último aliento se desvanecerán todos los posibles caminos, todos los desenlaces a esta historia triste que siento próxima a su final.

Y en mi oscuro existir, todavía me permito el capricho de la escritura, de la rotura de mis sentimientos en forma de versos negros que no hacen sino reflejar mi más lóbrega moral. Recorro mi vida en poemas sin comienzo ni término, que solo son capaces de reflejar mi momento, mi actual devenir, pues de tal fuerza son mis presentes vivencias, que apenas hay lugar entre las rimas para cosas que sucedieron ayer o sucederán mañana.

Rueda la vida, sin control, desaborida,  
amparada por la brecha de la huida.  
¿Qué es la partida? Solo sueño o ilusión,  
un helecho de esperanzas y mentiras,  
el derecho de dejar atrás la herida.

Poemas rotos que me persiguen en las noches de insomnio, de calidad dudosa y rima escasa, nula como la luz que llega a tocarme en este agujero repleto de sombras. Prosa poética con la que juego a la par que ella juega conmigo, último recurso para mantener a raya la línea de la locura, que atenaza cada noche con sobrepasarse y poner fin a mi ya endeble cordura.

Muertes anunciadas son sinónimo de sol,  
a la noche consumadas por cansancio y desazón.  
Raída capa porta la parca, en su paso aterrador.  
Los silencios acallados piden presto su favor,  
así pueda ser contado el final de este, mi horror.

Y así se suceden las horas sin fin, en una suerte de divagaciones sin conclusión alguna, que no hacen más que engrosar los motivos para una pronta partida a las puertas de la locura. Quizá, pensándolo bien, sea ese el mejor desenlace, alcanzar un estado tal que se desvanezca todo sufrimiento, todo recuerdo marcado con la huella del dolor y toda esperanza por salir de este agujero. No obstante, y antes de que eso suceda, estoy determinada a intentarlo una última vez, sea esta la decisiva, en que para bien o para mal todo esto acabe.

Hago esfuerzos por depositar la fe en mí misma una vez más, por ser capaz, si llega el momento, de alzar mi puño sin titubear, aunque en ello me vaya la vida. Y combato la mayor de mis obsesiones, que es la de haberme dejado tocar por la oscuridad de este lugar; el mayor de mis miedos, que se hace palpable al pensar que aunque logre salir del zulo, una parte de mí ya habrá perecido en él.

Como un juguete roto, me causo aflicción a mí misma pensando en tiempos en los que estaba completa, tiempos en que podía reír sin preocuparme por nada, o sin sentir que mis carcajadas se tornaban en sonidos vacíos y carentes de emociones. Estos cuatro años me han hecho mucho daño, tanto que no sé si realmente merece ya la pena tratar de salir de aquí.

Recuerdo a mi padre, y recuerdo a Carlos, como espejismos de personas que un día llegué a conocer. Ambos se marcharon sin más explicación que la del desconcierto, dejando unos huecos inservibles en mi corazón que ya no habrían de ser remplazados por nada ni nadie. Así es como me siento, como una vieja muñeca con la que ya nadie juega, llena de remiendos y cicatrices mal curadas de las que dejan marca, y entonces, me sorprende pensando en el acantilado, y en unas rosas rojas creciendo fuertes al borde del arrecife, como sinónimo de mí misma, como señal de que en el más insólito de los lugares, la vida puede originarse con gran debilidad y

belleza. Sea este quizá mi último delirio, el de unas flores rojas llenas de espinas, que emergen haciendo gala de su particular anatomía, como diciendo que están ahí, y que por muchas veces que sean arrancadas de esta tierra infértil, volverán a brotar.

*“He visto sucesos extraordinarios. He presenciado la vida, y he conocido la muerte en toda su magnitud. He visto estrellas corrientes volverse fugaces, a riesgo de desintegrarse en el espacio. He comprendido la ductibilidad de la materia, y he admirado las formas de la perfección etérea. He perpetrado horrores insondables, y he tornado la realidad en mentiras soportables. He cuestionado lo incuestionable, y he puesto en tela de juicio la anatomía de las rosas rojas.*

*¿Qué es lo que las hace tan extraordinarias? ¿Qué hace que el rojo carmín se apodere de sus pétalos, en ocasiones incluso suntuosos? ¿Qué se esconde tras los tallos cetrinos, tras los nudos de sus frágiles troncos, que soportan el arduo invierno aferrándose a la tierra? Resulta enigmática su belleza envenenada, su apariencia afable, que amaga innumerables espinas, advirtiendo que nadie ose tocarlas.*

*Su esplendor es tal, que he visto a hombres tratar de seguir sus pasos, siendo ángeles a la luz del sol, y encerrándose para si mismos en la noche, como la flor que se guarda de sus propios demonios cuando el crepúsculo se apodera del firmamento. El desconocimiento de los porqués corrompe al ser humano, que se afana en ocultar sus marcadas debilidades, y las almas malogradas se ceban en una burda demostración del mal en toda su esencia.*

*No hay colores distintivos en este tablero de ajedrez, en el que hoy es negro lo que mañana es blanco. Y el bien y la iniquidad prosiguen su perpetua lucha enzarzada, en la que no hay ya consecuencias para causas que fueron olvidadas, ni premio para los siempre falsos y solo momentáneos vencedores.*

*Extraños y maquiavélicos mecanismos son los que rigen este mundo, en el que se trata con la misma impunidad la bondad que la injusticia, y extraña es la morfología de las rosas rojas, y lo que hace posible que crezcan preciosas entre la mala hierba”.*

33  
UN PASADO PARA OLVIDAR

—Aristea tiene un pasado, señor Belmez.

—Todos lo tenemos.

—Aristea tiene un pasado oscuro, de esos que no conviene recordar.

Esteban comenzaba a perder la paciencia, deseoso de sacar algo en claro de aquella conversación que no hacía sino irse por las ramas.

—Usted no es de por aquí. ¿Me equivoco? —interrumpió Hernán sus pensamientos.

—No veo qué importancia tiene eso.

—La tiene, señor Belmez. Alguien de por aquí no lo habría olvidado.

—No le sigo. ¿Olvidar el qué?

—Lo que le sucedió a Aristeia, la prensa habló de ello durante años.

—¿Qué ocurrió?

—Aristea fue secuestrada cuando solo era una niña —Esteban sintió que recibía una fuerte bofetada, una sacudida que le dejó algo aturrido y desorientado—. Hace casi veinte años de esto, pero comprenderá que no es algo que se pase del día a la mañana, precisamente.

—No tenía ni idea —sus palabras sonaron estúpidas, a la par que se daba cuenta de que realmente no sabía nada de Aristeia...

—Ante algo así siempre quedan secuelas, uno nunca se recupera del todo. De ahí esos comportamientos erráticos por los que usted me pregunta. ¿Lo comprende ahora, señor Belmez? —la voz de Hernán era suave, como si estuviese explicando la lección a un niño.

—Yo pensé... llegue a pensar incluso que era una psicópata.

—¿Psicópata? No, por Dios ¿Ha oído hablar del síndrome del estrés postraumático?

Eran demasiados conceptos para ser asimilados tan rápidamente, a Esteban comenzaba a dolerle la cabeza.

—¿Y sus medicamentos?

—Señor Belmez, el diazepam es un ansiolítico, está indicado para este tipo de tratamientos. ¿Quiere que le explique lo que usted vio en el parque? ¿Eso que usted tacha de conductas extrañas o poco comunes? ¿Por qué cree que intento alejarla de los niños? ¿De dónde cree que proviene mi interés porque siga trabajando aquí, rodeada de ancianos?

Todo parecía lógico, y sin embargo, había algo dentro de Esteban que le impedía dar su brazo a torcer y rendirse ante tales explicaciones. Quizá, sin él saberlo, había deseado un pasado mejor para Aristeia.

—¿Quiere decir que lo que yo vi es algo normal?

—Es algo normal dadas las circunstancias —Hernán puso las manos sobre la mesa—. Mire, escuche, sé que esto es difícil de asimilar en un principio. Lo que usted presencié, no es más que una reacción natural dados los antecedentes de Aristeia. Para que lo entienda, alguien que sufre un trastorno por estrés postraumático, es altamente influenciado por aquellos estímulos que le recuerden aquello que sucedió. Así, a una persona que sobrevivió a un tsunami y ha desarrollado un TEPT, le podrá resultar difícil sentarse a contemplar las olas del mar. Dependiendo de la gravedad del caso, puede llegar a revivir esas experiencias traumáticas, recreándolas inclusive de forma física.

—¿Me está diciendo que Aristeia revive continuamente lo que le pasó?

—A groso modo, sí, aunque la cosa es un poco más compleja. El TEPT no tiene porque ser permanente, aunque hay casos en que nunca llega a desaparecer del todo. Las personas que lo desarrollan suelen haber sufrido amenazas físicas o psicológicas hacia su persona o sus seres queridos, siendo el tiempo durante el que han estado sometidos a dichas experiencias, altamente relevante en cuanto a la persistencia del trastorno.

—A más tiempo, más perduran los traumas.

—Más o menos. Mire, y ahora lo va a ver claro. ¿Sabe cual es uno de los factores que ayuda a diagnosticar un TEPT? La evitación de estímulos asociados al trauma. Aristeia podía haber escogido cualquier trabajo, y sin embargo decidió venir aquí, alejándose de todo cuanto teme y viviendo en un mundo seguro para ella. Aquí puede olvidar, puede seguir adelante.

—Comprendo...

—Insomnio, irritabilidad... Dígame, ¿no le parece que Aristeia sufre cambios de humor con demasiada facilidad?

Las pruebas eran aplastantes, sin embargo había algo que Hernán pasaba por alto, pues el hecho de poder ponerle una etiqueta a lo que le pasaba a Aristeia, no quería decir que no existiesen riesgos.

—¿Y qué hay del maltratador que fue maltratado, del que fue secuestrado y se convirtió en secuestrador? Usted mismo ha reconocido que Aristeia pierde el control.

—Pero sigue un tratamiento, no hay que preocuparse por eso.

—Tratamiento que no le impide montar escenas como la del parque.

—Mire, Belmez, ella confía en mí y yo confío en ella. Ese mismo día vino a verme, llorando. Llevaba tiempo sin perder los estribos, incluso comienza a saber estar cuando hay niños cerca, pero la sangre fue demasiado. Tiene que entenderlo.

—Hernán, con todos mi respetos. No creo que ignorar el problema vaya a serle de ayuda. Aristeia puede hacerle daño a alguien, o a si misma, ha entrado en una espiral suicida que no dice mucho a su favor. ¿Cuánto hace de la última vez, o de la última que sepamos? Esto no va a acabar bien y usted lo sabe tan bien como yo —Hernán parecía incómodo, tocado por los argumentos del fotógrafo—. Es más, ¿cree que si ella estuviese tan bien como dice trataría de quitarse la vida?

—Aristea lleva años sufriendo una fuerte depresión.

—Usted todo lo explica clínicamente, pero hay más, Hernán. ¿Qué clase de vida es esta para una joven como ella? Todo el día drogada a base de pastillas y rodeada de ancianos. Sin ánimo de ofender, ella se merece algo mejor, más teniendo en cuenta todo por cuanto ha pasado.

—Es la única vida que ella puede tener, señor Belmez. Como usted bien dice, si soltamos la cuerda, quién sabe lo que podría pasar.

34  
IRREFRENABLE

Aristea caminaba por la avenida pensativa, cavilando hasta qué punto su pasado iba a perseguirla el resto de sus días. Estaba cansada, muy hastiada de luchar día a día con una pesadilla de la que no acababa de despertar. Las pastillas la mantenían adormecida, en un estado inútil que aborrecía con toda el alma. Casi no podía ni reaccionar a los estímulos cuando las tomaba, casi ni vivía, envuelta en una desgracia de efecto narcótico que adormecía sus cinco sentidos. Por eso, y desde hacía tiempo, había decidido no seguir el tratamiento.

Llevaba diazepam en el bolso, por si acaso sufría una crisis nerviosa, y el peso que le producía acarrear con aquellas píldoras le entumecía el corazón. Había deseado que todo fuese diferente, llegar a superar sus traumas y poder pasear como alguien normal, como alguien que no ha sido marcado por el terror. Pero la realidad era bien diferente, y diecinueve años después de que todo comenzara, aún se sentía atrapada —si no física, mentalmente.

Y estaban sus actos, una forma de canalizar sus miedos que detestaba y a la vez sentía muy necesaria. Se justificaba pensando en lo que ella había padecido, pero en realidad no había justificación alguna para aquello que llevaba haciendo a escondidas desde hacía años. Era como una adicción, como asomarse al vacío y sentirse atrapada por el vértigo. Una atracción fatal y siniestra que por mucho que quisiese era incapaz de apaciguar: los niños.

Ejercían en ella un extraño efecto, en ocasiones lástima y en otras animadversión, algunas veces miedo y otras puro terror. Pasaba las horas espiando sus movimientos, estudiando cada uno de sus pasos en un parque o a las puertas de un colegio. Le fascinaba la forma en que sonreían despreocupadamente, y la gracia con que correteaban de aquí para allá sin más preocupación que la de poner un pie tras de otro sobre el asfalto.

Era una atracción insana que despertaba en ella bizarros deseos ocultos, pensamientos que temía fuesen descubiertos por los demás, pues sabía nunca serían aceptados. En alguna ocasión, mientras los observaba a través de las verjas de un colegio, algún padre le preguntaba cuál de ellos era el suyo, tras lo cual ella, sin responder, abandonaba el lugar avergonzada.

Después fue a peor. Ya no se sentía satisfecha con tan solo observarlos. Necesitaba estar más cerca, participar de sus juegos, sentirse como una más. Si ellos la dejaban, podía ser amable y agradable, pero esto no siempre era así, y en esas ocasiones sentía que algo le pasaba por dentro, algún mecanismo se activaba en su mente produciéndole una terrible frustración, tristeza, e incluso ira. Tenía miedo, de ellos y de sí misma, y desaparecía del lugar con avidez, temiendo que sucediese algo malo, aunque sin saber muy bien el qué.

«¿Por qué no me quieren, si yo solo quiero jugar con ellos? ¿Por qué, si yo solo quiero ser su amiga?» Y la frustración, el miedo y la ira crecían en ella a pasos desmedidos y descontrolados. «Dejadme jugar, dejadme jugar con vosotros». Sentía envidia de ellos, y no llegaba a comprender por qué nunca la dejaban unirse a sus juegos, tan inocentes eran sus intenciones. Así, la curiosidad fue tornada en obsesión, y pronto le resultó difícil controlarse, incluso cuando estaba en público.

En el preventivo se sentía tranquila, allí no había ningún elemento que le evocara malos recuerdos o le hiciese perder los estribos. Era agradable ayudar a los ancianos, y sentir que después de todo podía llegar a hacer cosas buenas. Pero también tuvo problemas: En una ocasión, al poco de trabajar allí, los familiares de un residente trajeron consigo a su hijo. Era un niño de nueve años, rubio y con los ojos azules, y ella quería estar con él. Todos se enfadaron mucho con ella porque no entendían que se lo hubiese llevado al sótano del edificio. No comprendieron que lo llevara allí para jugar al escondite, y que no pretendía hacerle nada malo.

¿Por qué nadie la entendía? Mientras Hernán tranquilizaba a los padres del crío, pudo escuchar algunas palabras sueltas: «Enferma», dijeron, y «debería estar encerrada». Aunque a ella le parecieron unos minutos, el director le aseguró que había estado varias horas en el sótano con aquel crío, y que los padres se habían preocupado.

Hernán no parecía mala persona, la convenció para que volviese a tomar las pastillas y durante algún tiempo ella le hizo caso. Él era el único que parecía comprender lo que le pasaba, y ella decidió contarle lo que le había ocurrido de pequeña. No obstante, y a pesar de las buenas intenciones de su amigo, ella era incapaz de confiarle todo cuanto hacía, sobre todo sus más turbios secretos.

«Venid, venid a jugar conmigo, aunque sea solo un rato, no voy a haceros daño».

Y así caminaba a sus treinta y un años —cinco después de aquellos leves incidentes en el preventivo—, las pastillas abandonadas al olvido y sus obsesiones en el estado más álgido que pudiesen alcanzar. Guardaba para sí un fuerte sentimiento de culpabilidad, que no sabía o no quería saber de donde provenía, y de manera inevitable, se detenía ante la visión de cualquier niño que se cruzara en su camino.

Era moreno, de cabellos lisos y mirada risueña. El pelo se arremolinaba en su nuca para caer desgreñado por ambos lados, cubriéndole las orejas y gran parte de la frente. Vestía un chándal azul marino, y se había soltado de la mano de su madre adelantándose por la avenida a paso veloz y jovial. Estaba repleto de vida, una vida que a ella se le antojaba mágica, intocable, una vida que sentía ganas de hacer suya, como si estando con él fuese a empaparse de su rebosante energía.

Sin darse cuenta, se había acercado a él interponiéndose en su paso y haciendo que se detuviese. Tendría unos seis años, y la miró con una de esas miradas que únicamente poseen los niños, mezcla de risa y curiosidad. Tendió la mano hacia él, y él la correspondió. Se sentía feliz de que no la hubiese rechazado, así que aferró sus dedos en torno a los suyos y, dando media vuelta, comenzó a caminar, llevándose consigo.

Se sentía feliz, inmensamente satisfecha y plena como si una parte vacía de su corazón acabase de completarse. Todo era perfecto a su alrededor de la mano de su amigo, y los acontecimientos parecían sucederse a cámara lenta ante sus ojos, que emocionados brillaban ahora con un resplandor especial.

Pronto, sin embargo, sintió que el niño tiraba de ella en dirección opuesta, queriendo soltarse, y los alaridos se mezclaron en su cabeza sin saber muy bien de dónde provenían. Gritos de él llamando a su madre, y gritos de una madre que ve que se llevan a su hijo. Asustada, Aristeo lo levantó en brazos y comenzó a correr. ¿Por qué no la dejaban jugar con él? Ella solo quería divertirse con él, para siempre, nada más le importaba.

Notó que la perseguían, todo el mundo corría tras ella, y ella les tenía miedo. Querían hacerle daño, la separarían de su amigo y les harían daño. Lo sabía, y por eso corrió más rápido, no quería que la cogiesen. El niño pataleaba, queriendo zafarse de ella, y ese gesto la hirió más que todos los demás, porque una vez más la rechazaban, sin que ella supiese por qué. Nadie quería jugar con ella.

Un hombre le salió al paso bloqueando su camino, y ella cayó al suelo con su amigo en brazos. El niño trató de escaparse pero ella lo agarró por los tobillos, mientras sentía como alguien la cogía por las espaldas.

—¡Mi hijo! —oyó que gritaba alguien—. ¡Suelta a mi hijo!

Y ella lo soltó, hecha un mar de lágrimas y desconcertada. No había hecho nada como para que no la dejaran estar con él un rato. Se levantó, tan asustada que sintió que las piernas le fallaban. Tenía miedo de aquellos desconocidos que la señalaban con el dedo. ¿Qué querían hacerle? ¿Iban a pegarle?

—¡Yo solo... yo solo quiero jugar con él! —estalló en un llanto descontrolado—. ¿Por qué nadie me deja jugar con él? ¡El quiere jugar conmigo! —señaló al niño, que la miraba asustado arropado por los brazos de su madre.

Entonces salió corriendo, huyendo de aquellos extraños que no la comprendían y querían hacerle daño, de aquellas personas que no la entendían y seguro que querían castigarla. Corrió, corrió, y siguió corriendo, las lágrimas secándose al viento y el corazón latiendo de puro terror. Algunos la perseguían, y ella no entendía el porqué de aquella intolerancia hacia su persona.

—¡Dejadme! ¡Yo no he hecho nada malo! —Huía a toda prisa por la amplia avenida—. ¡Dejadme! —Gritaba a la par que se sentía acorralada, acosada por todos.

Lo que no sabía Aristeo, es que ya nadie la seguía, hacía rato que los pocos que habían tratado de hacerlo, habían desistido en su empeño. Y así huía ella de los

fantasmas de su cabeza, rompiendo la quietud de unas calles silenciosas, que quedaban perturbadas a su paso solo por sus chillidos incoherentes.

35  
DE CÓMO CANALIZAR LA FUSTRACIÓN

—No podemos saber con seguridad si sigue el tratamiento. Se ven casos a diario, enfermos que no toman su medicación y acaban haciendo una locura.

—Belmez, yo siempre he hecho lo que he podido por ayudarla, cuando la he tenido cerca. Si bien ahora es verdad que únicamente puedo confiar en ella.

—¿Confiar en ella? No se puede confiar en alguien en el estado de Aristeia, es casi como jugar a la lotería.

—¿Y qué quiere que haga? ¿Me lo va a decir usted, señor Belmez, o va a limitarse a seguir poniendo en tela de juicio mis métodos?

—Lo siento, no pretendía ofenderle. Solo le estoy diciendo que me preocupa, y que deberíamos pensar algo al respecto.

—Mire señor Belmez, le voy a ser totalmente sincero. Creo que puedo confiar en usted —Esteban se sintió regocijado con aquel inesperado vuelco—. Me preguntaba si habíamos tenido quejas... pues bien, en una ocasión los familiares de un paciente trajeron con ellos a un niño. No es algo demasiado raro que traigan a los nietos de nuestros residentes cuando vienen de visita, aunque por supuesto desde aquel día nos encargamos de que Aristeia no entre en contacto con ellos.

—¿Qué es lo que hizo?

—Los familiares se dieron cuenta de que el niño había desaparecido. Al principio pensamos que era una chiquillería, que andaría escondido en cualquier rincón del preventorio. Pero pasaron las horas y no aparecía por ningún lado. Por aquel entonces yo ni siquiera sabía que Aristeia se medicaba y no me di cuenta siquiera de su ausencia, dado el revuelo que se había montado en torno a la desaparición del crío.

»Todos dejamos lo que estábamos haciendo para buscar al chico, incluso los ancianos que podían valerse por sí mismos ayudaron en la búsqueda. Yo mismo convencí a los padres de que no llamasen a la policía, queriendo preservar el buen nombre del centro, pero me daba cuenta de que de no aparecer pronto el crío, esta sería la opción más razonable.

—¿Cuánto tiempo pasó?

—Algo más de tres horas. Puede parecer poco, pero para unos padres desesperados eso es mucho tiempo. Ya habiendo agotado todas las posibilidades fue que tuve la idea de bajar al sótano, y allí los encontré.

—¿Qué estaban haciendo?

—Nada.

—¿Nada?

—El crío estaba llorando, y ella estaba sentada en las escaleras bloqueando la única salida. Simplemente mirándolo, sonriente, como si estuviese presenciando algo muy divertido.

—Dios... ¿y qué hizo?

—Por supuesto mi intención fue despedirla, pero primero traté de apaciguar a los padres del chico. No le conté a nadie lo que había visto allá abajo, esperando que ella pudiese darme una explicación razonable a lo que había pasado, y fue entonces cuando me contó su historia, empujada por un fuerte deseo de no perder su trabajo —Hernán suspiró, le costaba regresar a esos extraños recuerdos—. Yo recordaba haber sabido de su caso por la prensa, y fui incapaz de dejarla ir.

—¿Por qué me cuenta esto?

—Le cuento esto porque quiero que entienda que al igual que usted, yo también dudo. Pero creo que Aristeia ya ha sufrido demasiado, creo que sería injusto juzgarla de antemano, sin tener conocimiento de que haya hecho nada realmente punible.

Esteban titubeó. Quizá, después de todo, Hernán tuviese razón, y Aristeia no presentaba un peligro real para nadie.

—¿Cómo lo hace? ¿Cómo hace para confiar en ella tan plenamente?

—Se llama fe señor Belmez. Tengo fe en ella, y no se cómo, pero estoy seguro de que logra canalizar su frustración de alguna forma.

Aristeia se detuvo. Le faltaba el aliento y tenía la impresión de que ya nadie la perseguía. El coche estaba cerca, y trató de serenarse entretanto caminaba azorada hacia él, sintiéndose observada por todo aquel con quien cruzaba su paso.

Subió al Volkswagen y arrancó a toda prisa. El motor diésel rugió y tras meter la primera marcha, salió de allí dejando una estela de miedo a su paso. Estaba nerviosa, todavía temerosa de aquellos que querían darle caza, y aceleró al coger la carretera que habría de conducirla hasta su casa, el único lugar donde podía sentirse realmente a gusto.

Los árboles eran testigos de su paso, meciéndose con el viento a ambos lados de la vía. Y la grava suelta del asfalto, maltratado por los años, hacía que las ruedas patinasen ligeramente en cada curva, tal era la velocidad que ella imprimía al acelerador del coche.

El sol se colaba entre las ramas quejumbrosas provocando un espeluznante efecto de luz, unos rayos luminosos que se filtraban a duras penas entre la frondosidad de las copas, alumbrando trechos aleatorios de carretera y dotando a esta de un aspecto fantasmagórico a pesar de que era totalmente de día.

El vehículo escapó de este juego de luces y sombras para internarse en un camino particular, más despejado en las alturas, pero cubierto de maleza y sin asfaltar. Pronto, Aristeia avistó las puertas de su hogar y pudo respirar tranquila.

Detuvo el coche y entró a la casa como llevada por el demonio, tal era su estado de ánimo. Anduvo a través del pasillo hasta el comedor, y allí dio de bruces con el baúl, aquel baúl repleto de muñecas de porcelana inertes, de tez pálida y blanca como la misma muerte, que como si aguardasen su llegada le ofrecían su mejor sonrisa forzada, toda ella hecha de colorete y artificialidad.

Empujó el baúl con fuerza y las cabezas de las muñecas golpearon unas con otras en un sonido sordo. Arrastró el pesado arcón aún más, y a medida que lo hacía se descubrían unas líneas en el suelo, marcas del ir y venir de aquel robusto mueble de madera. Al fin, cuando hubo empujado lo suficiente para ver el secreto que allí se escondía, cesó sus esfuerzos y se permitió un pequeño receso para respirar.

Caminó entonces a su habitación, y de un pequeño cajón extrajo unas medias marrones, algo desgastadas por el uso. Volvió sobre sus pasos poniéndoselas en la cabeza, y se plantó una vez más frente al baúl y su secreto descubierto. El reflejo, en una de las ventanas, de su rostro guarecido tras aquella malla, le resultó desconocido, como si nunca hubiese visto a aquel que se escondía tras ellas.

Una vez más miró aquello que se descubría bajo el arcón. Allí guardaba sus juguetes rotos, los únicos que querían jugar con ella.

36  
ADIÓS

Y la trampa se abrió.

Ella estaba preparada, en el mismo lugar, aferrando sus puñales rudimentarios y más determinada que nunca a hacer lo que tenía que hacer. Los lápices no temblaban esta vez, ocultos en la manga de su suéter. Tampoco albergaba dudas en su corazón, pues había visto con sus propios ojos lo que le esperaba de no hacer nada. Era o él o ella. Estaba preparada.

Todo a su alrededor era ahora analizado con frialdad, la frialdad necesaria para llevar a cabo su cometido. Había perdido demasiadas cosas en el camino, demasiados amigos... demasiados recuerdos, y los sonidos giraban en torno a su silueta anunciando que había llegado su final esperado, su tan anhelado desenlace de la historia.

Las bisagras y su retorcer se le antojaron casi como una alegría, pues llevaba días sin comer, arrinconada en una esquina con un par de pinturas afiladas en la palma de la mano. Pensó que iba a morir allí mismo, que ya nunca se le brindaría otra oportunidad para siquiera intentar huir, pero allí estaba, como un regalo del destino, aquel sonido que otrora temió y ahora recibía con regocijo. «Baja los escalones, tan solo desciende una vez más», imploró en silencio.

Y escuchó el primero de los pasos, un eco sordo que se perdió en las profundidades de sus aposentos, avivando sus esperanzas y el latir de su corazón. «Baja, baja una vez más, acabemos con esto de una vez por todas». Sus temores habían desaparecido, y nada podía horrorizarla más que cuanto había acontecido en los últimos días. Ahora sentía ira, una ira calma y quieta que controlaba el lento y estudiado devenir de sus acciones. Podía hacerlo, y lo haría.

«Dos», otro peldaño más, como el lento sucederse de las agujas del reloj, que por tanto tiempo se habían detenido para ella y ahora deseaban enardecer, vivir de nuevo. Judas parecía temer algo, como si intuyese el cambio sufrido por Sarah, como si percibiese que dentro de ella algo se había movido y transformado para siempre.

Después vinieron los otros, sin tanta ceremonia como los primeros, zancadas rápidas y desenfadadas como las que escuchara el primer día que estuvo allí. Judas se detuvo al llegar a mitad de la escalera y allí se sentó, desvaneciendo las esperanzas de Sarah, que deseaba tenerlo cerca aunque fuese una última vez.

—Lo siento Sarah. Nunca quise que las cosas acabasen de este modo —ella no quería mirarlo, no quería darle la mínima oportunidad al miedo o al terror, pues de quedarle alguna posibilidad esta desaparecería con ellos—. Quería ser como tú... que tú fueses como yo.

Sarah permanecía cabizbaja, únicamente sus labios se movieron en un susurro.

—Yo nunca seré como tú —no supo ver de donde provenía el valor para responderle, pero lo hizo de forma suave y templada, casi comparable a la voz melódica que él solía utilizar.

—¿Qué?

—Que yo nunca seré como tú —no le dirigió la mirada, pero supo que los ojos se ensanchaban tras la malla—. ¿Qué pretendías, que fuésemos amigos? Ya no te tengo miedo, y a no me impresionan tus medias rotas ni tus trucos baratos.

Él se levantó, quizá ofendido, quizá furioso por aquellas palabras que escuchaba, y ella siguió sin mirarle a la cara, ya todo le daba lo mismo.

—Solo quería que fueses como yo... ¡Nunca te he hecho daño, nunca te he puesto la mano encima!

—¿Has venido a pedirme perdón? ¿Es eso lo que quieres?

Hablaba inmersa en un extraño estado alterado, apenas consciente de la relevancia de sus afirmaciones; su atención puesta exclusivamente en dos pinturas de colores, y en la fuerza con que las aferraba.

—¿Me perdonarías?

—¿Lo harías tú?

Judas salvó el último tramo de escalera, puede que después de todo Sarah tuviese su oportunidad.

—Pero yo te traje libros... creí que te gustaban...

¿Estaba llorando? ¿Eran aquellas palabras envueltas en lágrimas, o uno más de sus trucos?

—Me trajiste libros —Sarah no sabía si reír o llorar—. Me trajiste libros...

—¡Los cambiaba para que no te aburrieses, para que no quisieses irte!

¿Estaba aquello pasando realmente, o era una broma de mal gusto? De ser así Sarah quería despertar cuanto antes, volver a la realidad. Aquello no tenía ninguna gracia.

—¿Y Carlos? —preguntó, sintiendo a su pesar la punzada del miedo ante la posible respuesta.

—¡Está bien! ¡No le ha pasado nada, ya verás como pronto volvéis a jugar juntos!

Era como darle la vuelta a la película, como si ella tuviese el control de la situación y Judas estuviese asustado, aterrorizado por algo que ella no acertaba a ver. Hablaba de una forma tan infantil que casi resultaba ridícula, enloquecido de improviso por alguna razón intangible. Los músculos de la mano diestra de Sarah se relajaron, y supo que aquello no era bueno para su empresa.

—Mientes.

—¡No! ¡Te digo la verdad! ¡Está bien, ya lo verás! —caminó hacia ella, y los dedos de Sarah se tensaron de nuevo—. Yo nunca he querido haceros daño, solo quería que jugarais conmigo. ¿Comprendes?

—¿Que jugáramos contigo?

Estaba confundida, había esperado cualquier cosa menos aquello, aquella disparatada función que estaba presenciando.

—Yo solo... ¿por qué nadie quiere jugar conmigo?

Se dejó caer cerca de ella, de rodillas, implorando un perdón que no le sería dado. Sarah estaba estupefacta, era incapaz de reaccionar ante los inesperados acontecimientos que la atenazaban, pero como un mecanismo de defensa, ejerció más fuerza sobre los lápices, que guardaba a sus espaldas como el mayor de los tesoros.

Su corazón bombeaba ahora a toda prisa, y podía sentir el ir y venir de la sangre cálida recorriendo su cuerpo. No sentía miedo, pero Judas llegaba a inspirarle lástima. ¿Era capaz de empuñar un arma contra él?

Los cuerpos... cada vez más cerca, como atraídos por un siniestro magnetismo que no hiciera sino anunciar el final de uno de ellos. Ella quieta, inerte como una roca; él arrastrándose de forma quejumbrosa, humillado en un llanto desconcertante tan terrorífico como el más grande de los alaridos.

Todo acababa en aquel instante, y ella lo sabía. Todo cuanto había ocurrido dentro del zulo los había llevado hasta ese preciso momento, en ese preciso lugar.

Le tenía ya a poco más de un metro, demasiado lejos para hacer un gesto en falso y suficientemente cerca como para sentir su presencia perversa. ¿Alzaría el puñal contra él, contra la única persona que la había alimentado durante los últimos cuatro años?

Creyó que llegado el momento todo sería más fácil, que después de lo que había pasado ya no titubearía, pero se equivocaba. Su mano temblaba al igual que la primera vez, cuando sostuvo unas tijeras cuatro años atrás. Temblaba al igual que hacía tan solo unos días, cuando la falsa promesa de escapar de aquel lugar se llevó por delante a su único amigo.

Y Judas se acercó más, no dejaba de hacerlo. Pronto estuvo tan próximo, que Sarah sintió que era ahora o nunca.

Las miradas se cruzaron, siempre a través de aquella barrera de *nylon* a que estaban acostumbradas. Y una mano se alzó titubeante, desde la espalda hasta más allá de la cabeza. Una mano empuñando dos lápices de colores, que fueron hallados en el zulo y afilados en las paredes del zulo. Todo quedaba entre cuatro muros de cemento mal fraguado.

Los ojos, clavados los unos en los otros, ambos en una extrañeza de mirada melancólica, de adiós, de despedida. Y unos labios que se retuercen tras los hilos de unas medias para por primera vez, forman una sonrisa entrañable, casi tímida e infantil. Una sonrisa falta de rencores ni segundas intenciones, ausente de malicia o de burla. Era, a fin de cuentas, una sonrisa verdadera.

Y la mano que desciende, los ojos que se cierran al unísono por no querer o no poder ver y una lágrima que se desprende. Sarah no sabe si por dolor o de alegría, si por temor o esperanza, si por amor o por todas las cosas juntas.

Primero la fuerza sobre la carne, después un grito que sobreviene a otro, y finalmente una mano que se abre para dejar caer sus puñales improvisados, ahora llenos de un líquido caliente que le eriza el vello del cuerpo.

Silencio, un silencio de muerte, no sabe si ajena o propia. Todo se resume a la certeza de su ataque. Y los ojos que se abren sin atreverse a mirar, sin aventurarse a conocer el fatídico desenlace de sus actos.

Entonces lo ve: el cuerpo tendido sobre el asfalto gris, todavía con una sonrisa grabada en los labios, y la vida abandonándolo por su garganta resquebrajada. Sangre brotando de su cuello, formando un charco opulento en el piso; y dos lápices en el suelo, uno de ellos partido en dos mitades por la contundencia del impacto.

Luego, todo se desvaneció en una suerte de negrura, una suerte de abrazo negro que la envolvió en sus brazos, sumiéndola en el más profundo de los sueños. Estaba agotada, famélica y pálida. No podía más, las luces se apagaron para ella.

Despertó con el cuerpo entumecido. No sabía decir si había perdido la consciencia hacía horas o tan solo unos segundos. La respuesta la obtuvo al tratar de incorporarse, a través de la sangre todavía caliente del pavimento. El cadáver estaba igual que lo vio por última vez, con esa funesta sonrisa grabada en su rostro. De la garganta ya apenas brotaba nada, y Sarah sintió que sus manos querían deslizarse bajo la comisura de aquellas medias, hacerlas jirones y descubrir la cara de aquel que tanto sufrimiento le había causado.

Se acercó, sin hacer ruido. Sabía que estaba muerto y sin embargo todavía le producía un fuerte pavor. Sus ojos iban de la trampa a las medias, de la luz a la oscuridad de aquellos ojos turbios, sin saber qué hacer, sin saber si echar a correr o detenerse un último instante ante aquel siniestro antifaz.

El miedo le pudo, y caminó nerviosa hacia aquellas escaleras mal construidas descalza como iba, alicaída y sin atreverse a mirar atrás, tal era el pánico que le provocaba el ser que tenía a sus espaldas.

Cogió la cajita de latón en la que descansaba Lord Byron. Hacía algunas horas que el animalillo estaba dentro, y arañaba nervioso las paredes metálicas queriendo salir de allí, como una metáfora de ella misma y su desesperación.

—Shhht... Ya está Lord Byron... ya nos vamos.

Cuando puso el pie desnudo sobre el primero de los peldaños, casi ni podía creerlo. Ante ella solo la luz, en las alturas, una luz cegadora y casi purificadora que la llamaba con un susurro cálido: el de las promesas cumplidas.

Sin echar la vista atrás y con los ojos húmedos por una emoción indescriptible, se despidió de todo cuanto había significado su cautiverio y echó a correr. Hacía tanto tiempo que no corría...

37  
**FRÍO**

Emergió a la claridad aturdida y azorada por el único deseo de escapar, de correr y no detenerse nunca, lejos de allí, donde nadie pudiese encontrarla. No obstante se detuvo en seco en cuanto hubo pisado tierra firme.

Sarah vio las fotos y sintió que se le helaba la sangre. Había muchas, por todas partes, y ella conocía a una de las personas retratadas. Estaba conmocionada y no llegaba a entender el significado de lo que sus ojos veían. En las manos sostenía con cuidado la caja de Byron, que cayó a sus pies rodando y estando a punto de abrirse.

Fotografías, instantáneas de familia por todas partes. No obstante no era eso lo que más la atormentaba, sino la visión de aquel que frente a sí permanecía quieto, observándola y sintiendo casi tanto miedo como ella.

No comprendía nada, o no quería comprenderlo, y experimentó un frío repentino que iba más allá de lo físico. Un frío que amenazaba con asentarse en su corazón, ya por siempre desvaído de calor, para hacerse dueño de sus paredes mermadas a base de dolor y desengaños.

38  
CAUSALIDAD

En el exterior, los árboles permanecían inmóviles, apenas perturbados por la menor bocanada de viento. Esteban perdió la mirada en sus troncos tan perfectos y silenciosos, testigos mudos de cuanto allí se estaba diciendo y desvelando aquel día, y Hernán, rompiendo su estado meditativo, volvió a tomar la palabra.

—Es fe, señor Belmez. Yo no puedo llegar a creer que una persona como Aristeo haga algo malo, mis propios principios me lo impiden.

—Pero, ¿por qué? ¿por qué esa seguridad en ella?

—Porque he visto cómo trata a los ancianos. Sé que daría su vida por cada uno de ellos, si pudiese. Una persona que hace tanto bien no puede hacer mal a nadie.

—Le sorprendería la cantidad de gente que a escondidas se torna desconocida, totalmente diferente. Una cosa es lo que hacemos en público, pero en soledad todo cambia.

Hernán parecía disfrutar con la conversación, como si acabase de escuchar algo muy gracioso.

—Ahora le preguntaré yo algo, señor Belmez. ¿Por qué ese empeñamiento suyo? ¿Por qué se empeña en ver fantasmas donde no los hay?

—No lo sé... es una sensación que no puedo quitarme de la cabeza. He visto cosas tan raras en Aristeo... que no comprendo nada.

—¿La escenita del parque? ¿Otra vez?

—Y no solo eso... es su forma de hablar, la rapidez con que su carácter cambia, de la noche a la mañana. Es como si hubiese dos Aristeos: la dulce que usted defiende, y la rara e incomprensible a la que yo temo.

—¿Sabe qué? Piense lo que quiera, eso no va a cambiar nada.

—Solo digo que no deberíamos descartar ninguna opción. No podemos hacer oídos sordos y quedarnos cruzados de brazos. Debemos averiguar la verdad, afrontarla y ayudar a Aristeo como sea, pero hacerlo de veras.

—¿Y qué pretende que haga? ¿Perseguirla hasta su casa? ¿Espiarla a través de la ventana?

—No estoy diciendo eso.

—¿Entonces qué?

Se sentía acorralado, sus argumentos se ahogaban en un vaso de agua y comenzaba a pensar que realmente estaba algo paranoico, sacando las cosas de quicio.

—¿Y qué me dice de las canas?

—¿Las canas? ¿Qué importa si tiene canas o no?

—Usted no las ha visto. Son algo anormal, fuera de lo común. No conozco a nadie con su edad que tenga tantas y tan espesas como ella.

Hernán palideció, serio, solemne. Permaneció hierático unos segundos para de pronto, estallar en una sonora carcajada. Una risa que sin saber por qué, provocó un siniestro escalofrío a Esteban.

—Belmez. De verdad que usted no se entera de nada...

39  
**¿VOLVERÁS A SER TÚ, ALGÚN DÍA?**

No estaba preparada para algo así. Nadie la había prevenido de encontrarse con aquello que veían sus ojos, y no sabía qué hacer ni cómo reaccionar. Las fotografías daban vueltas en su cabeza. Estaban por todas partes, como prueba de que su vesania era real y de que aquello estaba sucediendo de verdad. Y frente a ella el desconcierto, aquel que la miraba con el corazón en la mano, sintiéndose quizá culpable, quizá contento de verla. Aquella persona que no había esperado ver de nuevo y ahora estaba allí, hermética e inalterable como un reflejo de ella misma. No entendía nada.

Las fotos le hablaban, pero ella no quería escucharlas. Las fotos le revelaban una verdad a voces que ella prefería desconocer, y las miró de nuevo con recelo, descubriendo que todas ellas eran de un padre y un hijo que se cogían de la mano.

—Sarah... yo no quería. Él me obligó a hacerlo.

Tenía el corazón roto. No interpretaba con claridad lo que allí estaba ocurriendo, y estuvo a punto de perder el conocimiento. Tuvo que apoyarse en uno de los muebles, y todos le parecían iguales, repletos de aquellas instantáneas que tanto horror le producían.

—Perdóname Sarah... ¡Quise decirte la verdad, pero tenía miedo!

Ella no medió palabra, tan perdida como se hallaba. Las fotografías iban y venían, persistentes en su empeño de revelarle una verdad que le había sido vedada, y ella las miró una vez más, en un postrero intento de comprenderlas.

Un padre y un hijo, un niño que conocía y que había creído muerto, pero ahora estaba frente a ella como un fantasma que regresase para atormentarla. Carlos tenía la misma expresión que en todas las fotos, una mueca de tristeza que robaba la respiración. La miraba avergonzado, apenas atreviéndose a levantar la vista, y ella reconoció la otra silueta de las imágenes; su perfil le era muy familiar.

—Era tu padre —acertó a decir en un sollozo—. Era tu padre y no me dijiste nada...

—¡Yo quería contártelo Sarah, de verdad! ¡Pero el me hubiese matado! ¡Me hubiese matado!

Todavía tenía la cara llena de moratones y el labio partido. Su aspecto evocaba verdadera lástima, pero a ella no le dio ninguna.

—Por eso hablaba contigo. Por eso hablaba contigo por las noches...

Se sentía vejada, traicionada por el único amigo que creía haber tenido, desorientada en un mundo que desconocía y no era como recordaba, ni como tanto había idealizado durante sus sueños en la oscuridad.

No podía más. Sentía que de quedarse allí los músculos le fallarían, puede que para siempre. Se agachó a duras penas y recogió la cajita de Lord Byron, que seguía arañando en su empeño por escapar.

Pasó al lado de Carlos, sin mirarlo, sin despedirse de él. No sabía dónde estaba la salida, pero le daba igual. Caminó desorientada a lo largo de un pasillo lóbrego, al final del cual había una puerta. Sus pies descalzos la condujeron hasta ella de forma automática, empujados por un deseo casi desvanecido que ya no sabía si albergaba con igual entusiasmo. El mundo no era como esperaba. Quizá, ya no quedase vida para ella.

Se detuvo ante la puerta y posó su mano diestra sobre el pomo. A su derecha, no quiso ver el fugaz reflejo de muerte que le ofrecía un espejo. Apenas vislumbró una fracción de segundo su propia imagen y se sintió aturdida, pues no conocía a aquella persona que veía. Así que, sin atreverse a mirar de nuevo, giró el picaporte y la luz del sol la recibió en un cálido y frágil abrazo.

40  
DE LOS NOMBRES OLVIDADOS

—¿Qué es lo que le hace tanta gracia? —Esteban se sentía ofendido. No veía el por qué de las carcajadas de Hernán.

—¿De verdad que no es capaz de ver más allá? ¿De verdad que no lo entiende?

—No —respondió resignado.

—¡Aristea no tiene canas señor Belmez! ¡Ni una sola! —Hernán estaba rebotante de júbilo, como si no hubiese escuchado nada tan gracioso en su vida—. Dígame, ¿cuándo vio aquellas supuestas raíces blancas?

—En el hospital, cuando fui a visitarla después de que —se sentía casi estúpido, por no saber ver a qué se refería el director—... después de que ella...

—¿Lo ve?

—¿Qué?

—¡Aristea se tiñe el pelo!

—¿Cómo?

—¡Que es rubia señor Belmez, lo que usted vio no es más que el color natural de sus cabellos!

—Pero...

—¡Pero nada! ¿Acaso cree que antes de ingresar pasó por el tinte?

—¿Y sus ojos? —lanzó al aire la pregunta casi sin darse cuenta, siendo aquellos luceros negros parte de su obsesión.

—¿Sus ojos? ¿Qué pasa con sus ojos?

—Nada, usted no lo comprendería.

Hernán caviló unos segundos antes de proseguir, pues sabía que se adentraba en terrenos pantanosos.

—Ya veo... Se refiere a ese jueguito suyo —Esteban se sintió traicionado. ¿Hasta qué punto le había contado ella?—. Ese juego en que trata de colocarle una historia a cada cual que retrata. ¿Sabe? Eso es más gracioso todavía.

Estaba comenzando a enfadarse, no toleraba que nadie se mofase de sus actitudes artísticas, por descabelladas que estas fuesen.

—¿Ah sí? ¿Por qué, por qué es tan gracioso?

—¿Por qué cree que no quiso salir en la fotografía del periódico? —Esteban enmudeció—. Piense, sé que es una persona inteligente.

—Para que no la conociesen...

—Eso es. Ella quería empezar una vida nueva, una vida alejada de la prensa, de miradas indiscretas y voces por lo bajo. Ya no quería ser la niña que secuestraron. Nunca más.

Entonces lo vio níveo, el resultado de todas sus elucubraciones le fue dado de improvisto, y comenzó a atar los innumerables cabos sueltos que había dispuesto a lo largo de sus pesquisas.

—Son lentillas...

Todo cuadraba, todo tomaba forma y las piezas del puzzle acertaban a unirse en una amalgama más coherente de lo que había imaginado. «Por eso me parecían ficticios, por eso no podía ver más allá de sus iris engañosos». Esteban sonrió para sus adentros, y no pudo remediar que esto se reflejase levemente en su semblante desconcertado. Después de todo era cierto: la cosa tenía gracia.

—Entonces Aristeo...

—¿Aristea? ¿Aristea que más? —lo interrumpió Hernán.

Trató de recordar su apellido, pero se dio cuenta de que jamás lo había sabido. Ella nunca lo había dicho, ni él lo había preguntado.

—¿Se da cuenta? Ni siquiera se llama así —Hernán no pudo esconder una sonrisa que iba de parte a parte de su rostro—. Se llama Sarah. Sarah Trelis.

41  
JUGUETES ROTOS

Aristea respiraba con cierta dificultad, azorada por los embistes de su propia locura. Con las medias puestas en la cabeza, permanecía inerte ante aquel baúl desplazado, ante unas marcas en el suelo que delataban el continuo ir y venir del arcón opulento. Por momentos, era consciente de la irregularidad de sus propios actos y un extraño miedo nacía en su corazón. ¿En qué se había convertido? ¿Qué quedaba de la niña, de aquella sonrisa que se había perdido en unos recuerdos funestos?

Ante ella una baldosa suelta, su escondite, el lugar en donde guardaba sus viejos recuerdos; aquellos que por doler tanto no podía sacar a la superficie. En la estantería un diploma barato, en él se lee su nombre y el significado del mismo: «Aristea, o la que brilla». Pero ella ya apenas refleja la luz del sol, consumida por una oscuridad que devora su alma por momentos.

Sacó la baldosa con cierta dificultad —tal era su peso—, y la depositó a un lado con toda la delicadeza que le fue posible ejercer. Bajo ella, un pequeño hueco, y en él: sus juguetes rotos. Había allí una pequeña caja de latón. Aristea se agachó para cogerla, sentándose junto al recoveco y examinándola como si fuese el más maravilloso de los objetos.

No pudo evitar caer en un llanto infantil, allí sentada como estaba con aquella cajita en las manos. Era tal el significado guardado en aquella caja metálica, que el hecho de sostenerla sobrepasaba el alcance de sus propios sentimientos.

—Byron...

Sus labios articularon aquel vocablo dejados llevar por una lejana reminiscencia. El significado de aquella palabra se forjaba en una mezcla de amistad, añoranza y miedo. Amistad por aquellos que dejaron de estar, añoranza de la niña que jugaba en la oscuridad, y miedo de lo que esa oscuridad representaba.

Los bordes de la cajita estaban oxidados. Era una cajita vieja, tanto que casi no tenía sentido mirarla ahora, cuando todo era tan distinto. Cayó de las manos de Aristea evocando un pasado lejano, en el que rodara de igual manera alejándose de sus pies descalzos.

Pero en el agujero había una cosa más. Un libro viejo y malgastado, cuya sola visión de sus tapas de piel la trasladaba a otro momento en el tiempo y el espacio. Lo cogió, abriéndolo por un lugar cualquiera, y el olor de sus páginas le provocó un escalofrío. Era un aroma a humedad y encierro, a páginas de libros viejos e historias vividas a través de ellas. Casi podía sentir que estaba allí de nuevo, amparada por una oscuridad que ahora se le antojaba casi protectora.

Estaba igual de acorralada que la niña que fue. Sentía que aunque ya no vivía en una cárcel de piedra, jamás se había deshecho de esos barrotes que la atenazaban. Su cautiverio no terminó el día que salió del zulo. Lo que es más: no había terminado nunca.

«Quería ser como tú... que tú fueses como yo». Las palabras se habían convertido en su mayor castigo, dichas por aquel que la mantuvo encerrada y cuyo nombre no quería pronunciar. Esa frase insidiosa fue su prisión desde que saliera de allí, queriendo siempre alejarse de todo cuanto él había significado, y sintiendo por contra que cada vez se parecían más, que en el fondo sus vaticinios siempre habían sido ciertos.

—Yo no soy como tú... yo no soy como tú...

Ambas, la niña y ella, se habían pronunciado del mismo modo. La niña quizá con ciertas esperanzas, con algún resquicio de fuerza; ella ante un futuro incierto, acomplejada por unos actos dementes que no hacían sino acercarla a aquel que tanto había despreciado.

Y con el corazón hecho trizas, recordó a todos los que hubo y se fueron. Recordó a la niña que partió un día y sonrió a su padre por última vez, a la niña que ya jamás habría de regresar —muerta su niñez en la negrura de un sueño sombrío—. Algo, no obstante, quedaba de ella, como una vieja costumbre imposible de ser desarraigada: seguía detestando que la partida quedase en tablas, y se negaba rotundamente a perder.

—Yo nunca. Yo nunca seré como tú.

42  
DE LOS SUEÑOS CUMPLIDOS

La luz del sol hizo que llorase. Era tan maravilloso, tan agradable sentir su caricia a lo largo de su piel blanquecina... Corría como llevada por el diablo, tan rápido que apenas distinguía cuanto había a su alrededor. Solo veía los árboles, el sol filtrándose entre sus ramas y ejerciendo un maravilloso juego de luces sobre el camino de tierra.

No sabe dónde está, pero sigue corriendo, huyendo de aquella casa de campo que todavía parece perseguirla, como queriendo darle caza. Llega a una bifurcación, ahora el suelo está asfaltado y sus pies desnudos manchan de sangre el alquitrán negro de una vieja carretera. Escoge la izquierda, quizá porque asciende y ella ya no quiere descender. Es un camino lleno de curvas que le resulta vagamente familiar, pero ni siquiera se pregunta por qué, únicamente sigue corriendo.

No circulan coches. Como todo sonido se escucha el piar de los pájaros, cuyo canto a ella se le antoja puro y embriagador: está fuera, ha logrado salir. La vía asciende en una ligera pendiente, más alto, y ya queda poco para alcanzar el final. El aire fresco le parece un regalo de Dios, que con su tacto sutil y cuidadoso limpia sus lágrimas y las abandona al viento.

El corazón le va a mil por hora, y casi se alegra de sentir su bombeo de vida, de esperanza y sueños que se cumplen. El camino acaba y ella se detiene, lo que ve le parece demasiado hermoso como para ser cierto. Es un césped alto y de un verde esmeralda, cetrino como el de sus sueños. Más allá solo se divisa el cielo, de un esplendoroso azul, mezcla de tintes rojizos en donde linda con el sol naciente, majestuoso a medida que abandona el horizonte para elevarse a las alturas.

Sus pies, en un extraño deja vú, osan internarse en la espesura de la hierba, que le acaricia los tobillos y le escuece en las heridas, recordándole que está viva y despierta. Cuanto la rodea le parece tan bello que llega a cuestionarse la realidad —no esté inmersa en otro de sus sueños desvanecidos—. Pero aquello es real, percibe el olor de la hierba y de un poco más allá le llega el perfume del mar.

Entonces las oye, las escucha y el vello de todo el cuerpo se le eriza ante la más bella de las canciones: sus olas. Sus olas rompiendo contra la base del arrecife, arrancando el sonido a las rocas en un baile dorado de espuma pletórica. Cuánto le gustaría que su padre estuviese allí, con ella... ¡su padre! De pronto se da cuenta de que lo volverá a ver, y las sombras del corazón se disipan como la nieve que se derrite al contacto con el agua.

Se acerca al borde del precipicio, aquel precipicio con el que tantas veces soñó, ahora real frente a ella, como el mejor de los presentes. Cierra los ojos y siente que vuela, como en sus delirios, siente que se deja caer y vuela acariciando las olas con la punta de sus dedos, y su padre está con ella, y no hay una sola nube en el cielo. Es libre, y aún queda vida para ella.

Tiene la vista nublada, quizá cegada por aquella luminosidad que creyó jamás volvería a ver, y Lord B, como contagiado de aquellas emociones ya no araña la cajita de latón. Como ella, se siente libre.

—No te preocupes. Ya nos vamos a casa.

43  
DE LAS MIRADAS QUE NO SE OLVIDAN

Las calles se le antojaban casi ficticias, entretanto aún descalza y con los pies doloridos, atravesaba aquel que había sido su pueblo. Recordaba el olor a sal, era el mismo de siempre. Recordaba las aceras viejas y los paseos de la mano de su padre. Su padre... tan solo pensarlo el corazón comenzaba a latirle con fuerza.

Todo estaba tranquilo. Inmerso en una extraña paz que le resultaba melancólica, casi reflejo de sus propias emociones. Sentía que cuanto veía permanecía igual y a la vez diferente, como si las paredes viejas y grisáceas de los edificios reflejasen la luz de forma distinta a cuando ella partió.

Sabía que este era el final de su viaje. Sabía que todo acababa para ella unos pasos más adelante, allá donde una vida nueva le esperaba: la vida que nunca debieron quitarle; la vida que jamás debió permitir que le robaran. Recordaba a la niña como si fuese otra persona, como si pudiese verla y recrear sus movimientos a lo largo de los callejones estrechos de la urbe. Y los zapatos, unos pequeños zapatos que hacían ruido al golpear el suelo. Tan pequeños que ahora apenas le cabría la punta del pie en uno de ellos.

Pasó cerca del colegio, evitando la calle donde todo había comenzado e internándose en las sombras de las callejuelas sin nombre que habrían de conducirla a casa. Se sentía inquieta, temerosa de que alguien la detuviese, de no poder llegar al anhelado hogar. Hacía ya un rato que el sol estaba fuera, los pescadores habrían partido hacía rato y las mujeres pronto iniciarían su trájín matutino.

Había descendido la montaña tan rápido como había podido. Se sentía rendida y agotada, pero incapaz de claudicar ante la proximidad de su meta. Los pies ennegrecidos, llenos de costras, sangre seca y arena. Su ropa vieja, descolorida y raída. Desde luego su aspecto no ayudaba, cualquiera que la viese llamaría a la ambulancia, o a la policía, y aunque quizá fuese contraproducente ella no quería que eso ocurriera. Solo quería volver a casa, y pronto.

Amadeo se levantó una mañana más, únicamente empujado por un fugaz deseo que ya le parecía inverosímil. Lo había perdido todo, pero solamente pensaba en ella. La vida ya no tenía sentido para él, condenado a una espera que nunca habría de terminar. En sus fueros internos, seguía preguntándose por qué, por qué el mundo se cebaba con él de aquella manera. Pero no obtenía respuestas; solo más cuestiones, a cada cual más hiriente que la anterior.

Caminó hacia la habitación de Sarah como cada mañana. Sin saberlo, guardaba en aquel pequeño trayecto la esperanza de encontrarla allí, durmiendo: la esperanza de que hubiese vuelto a media noche y se hubiese metido en la cama. Pero el ropaje de cama está intacto, doblado perfectamente para ajustarse al colchón. Una cama que siempre estaba hecha, jamás perturbada ya por nada ni nadie, más que por el rutinario lavado de las sábanas o el añadido de una colcha cuando comienza el frío.

Al salón, ya apenas si dirige la mirada. Siempre vacío en una letanía de muerte: la de los recuerdos que como si nunca hubiesen estado, hacen más daño que nunca. Únicamente repara en unas piezas de ajedrez que languidecen en las penumbras, unos trebejos que limpia cuidadosamente para volver a depositar en su lugar exacto, una vez terminado el minucioso procedimiento.

Y la cocina, como sinónimo de un cuenco lleno de leche que nadie nunca se bebe. Más doloroso al vaciarlo a mediodía que cuando se prepara de buena mañana, siempre tras la estela de una esperanza cada vez más tenue e inalcanzable.

Ese día no es diferente. Amadeo coloca los cereales en el fondo del bol, y vierte la leche sobre ellos de forma automática. Casi no recuerda el sentido de sus actos, pero sabe que son importantes, que son el único hilo de realidad que le separa de una muerte en vida —si es que aún no ha alcanzado tal estado anímico.

Vuelve sobre sus pasos hacia el pasillo, en busca de una televisión que nunca escucha, o de un sofá frío en el que ya le es imposible conciliar el sueño. Se ampara en las zonas oscuras del apartamento, como si fuesen más soportables que la luz del día: lúgubre, peligrosa, viperina y mortal. La luz que se llevó a su hija.

Ya nada le interesa del mundo exterior. Vive aislado en una suerte de confinamiento, solo emergiendo al exterior en contadas ocasiones cuando le es estrictamente necesario, ya sea a retirar del banco la prestación por desempleo o a comprar lo indispensable para poder seguir viviendo —sucesos que suelen darse a la vez, evitando así salidas recurrentes.

Aquella mañana, Amadeo sintió una corazonada. No era la primera vez que le ocurría, y se detuvo en el medio del pasillo, cavilando si abrir una puerta que siempre hallaba vacía, o si internarse en las penumbras de sus aposentos sintiéndose culpable por no haberlo hecho. Como siempre escoge la primera opción. Camina temeroso hacia el portón y lo abre presto, incapaz de hacerlo con delicadeza. Ante sí: el rellano vacío. Una vez más.

Cierra y deshace el camino andado. Se siente cansado, abatido, incapaz de continuar una lucha en la que se encuentra solo, sin la ayuda de nadie. Es entonces cuando suena el timbre, y siempre que esto sucede Amadeo lo ignora, o en todo caso acude para despachar a aquellos que osan molestarle. ¿Quién será ahora? ¿Una vecina preguntando por su estado de salud? Está harta de ellas. Sabe que debe controlarse pero le hacen perder los nervios. Quiere que lo dejen solo, quiere que dejen de insistir, de tratar de convencerlo para que abandone su búsqueda. Pero él no puede ser como ellos, él no puede dejar de buscar a Sarah únicamente porque hayan pasado cuatro años.

Camina azorado, a zancadas largas y nerviosas que le llevan rápido de regreso a la puerta. Abre con la palabra en la punta de la lengua, irascible y molesto, con la única idea de quitarse de encima a quienquiera que sea. No obstante enmudece, con la boca abierta como la tiene en un gesto de estupidez, de asombro, de incredulidad.

El corazón late con tanta fuerza que le duele el pecho. Siente que la respiración le falta, y durante una fracción de segundo sus ojos la ven, preguntándose si aquello está sucediendo de verdad.

El tiempo se detiene en unos ojos azul añil que encierran todo el dolor del mundo. Unos ojos de color cobalto que lo miran, abiertos al extremo, en un gesto de incredulidad mayor o igual al suyo. Amadeo ve fugazmente unas ropas raídas y harapientas, unos cabellos sucios y unos pies descalzos en donde la sangre se hace costra. Ve una piel pálida, casi mortecina, y un cuerpo delgado que amenaza con desmoronarse en cualquier momento. Sin embargo, no duda un instante de que es ella.

—¡Sarah! ¡Sarah, mi niña! ¡Dios! ¡Sarah! ¡Sarah! —sus gritos se mezclan en un sollozo ininteligible, resultándole difícil vocalizar aquellas palabras que tanto tiempo llevan encerradas y ahora pelean por salir todas juntas—. ¡Sarah! ¡Estás en casa! ¡Sarah!

Sus alaridos se mezclan en un abrazo desesperado. Unas manos que no paran quietas tocando cabellos, mejillas, hombros y espalda, para asegurarse de que todo es real, de que aquello está sucediendo de verdad.

—¡Dios! ¡Gracias, gracias, gracias! ¡Estás en casa! ¡Sarah! ¡Estás en casa!

Pero ella no reacciona, permanece hierática, sosteniendo una extraña cajita de latón en la que él no ha reparado antes. Cerrando sus manos alrededor del metal como si la vida misma le fuese en ello.

—¡Sarah! ¡Soy yo, papá! ¡Estás en casa! —Amadeo tiene el corazón roto, hecho pedazos al darse cuenta de que aquella que tiene adelante no es la niña que un día partió—. ¡¿Qué te han hecho?! ¡Sarah! ¿Qué te han hecho? —vuelve a abrazarla en un desesperado intento por devolverla a la realidad, por que ella vuelva a ser la niña que se despidió de él una lejana mañana de otoño—. ¡Sarah! ¡Soy yo! —los ojos inyectados en sangre—. ¡Soy yo, papá! ¡Estás en casa!

Ella lo mira, sus ojos haciendo gala de una pequeña reacción, una pequeña respuesta a los estímulos. Un brillo sobrecogedor envuelve sus iris azules, un reflejo espeluznante, frágil como ella misma. En su interior ha cebado un miedo desproporcionado, el miedo a volver y que él hubiese dejado de buscarla, el miedo a que todo su viaje a través de los infiernos hubiese sido en balde.

Pero allí ve a un hombre desesperado. Ve a un hombre desaliñado que no deja de llorar y gritar su nombre. No la ha olvidado, no deja de tocarla como si no creyese que aquello está sucediendo, y su continuo gritar comienza a convencerla poco a poco, comienza a hacerle creer que está allí, y que todo ha terminado.

—Estás en casa Sarah, estás en casa...

Y ella, separando una mano de la caja metálica, lo rodea como puede con sus brazos delgados, en un movimiento lento y pesados que pone fin a todos sus terrores. El abrazo resulta casi torpe —una mano temblorosa y la otra asiendo la cajita—, pero a Amadeo le parece el tacto más maravilloso del mundo. Es feliz, por primera vez desde hace más de cuatro años.

—Papá —logró decir ella en un sollozo—... Papá —como si esa palabra resumiese toda su búsqueda, todo su devenir en las oscuridades de un triste agujero.

Ahora sí una lágrima se desprende. Una lágrima brota de esos ojos azules que encierran todo el pesar del mundo. Una gota de agua salada que desciende por unas mejillas pálidas, y cuyo significado aún en un solo momento todo por cuanto Sarah ha pasado. Los amigos perdidos, los libros leídos en la oscuridad, la inocencia desvanecida... y los sueños que al fin se cumplen.

Amadeo la levantó en brazos y ella se dejó hacer. En el rellano, estupefactos, se habían congregado cantidad de vecinos ante el alboroto: unos incrédulos, otros incluso llorando. Nadie creyó que ella volvería, únicamente aquel hombre de aspecto descuidado que ahora la sostenía en alto. Un hombre que muchos se atrevieron a tachar de loco, de desquiciado, y que de albergar realmente algún trastorno lo había superado de tan solo verla —tal era su expresión.

Se desvanecieron en la oscuridad del apartamento, en silencio, sintiéndose ampliamente reconfortados por el tacto del otro. Sarah recordó viejos juegos de miradas, y una complicidad que había creído perdida pero seguía intacta como el primero de los días. Miraba a su alrededor, sintiendo que todo le parecía más pequeño de como lo guardaba en la memoria, y al observarlo a él, vio que Amadeo esbozaba una entrañable sonrisa.

El hombre, sintiéndose extrañamente estúpido ante sus simples e inocentes pensamientos, tenía una curiosa explicación para aquel gesto de alegría. Una mueca que no era sino su recompensa, el reconocimiento a su triste y solitario empeñamiento —pues era el único que jamás había abandonado una búsqueda imposible—. Sonreía, al saber que Sarah encontraría la cama hecha, las piezas de ajedrez en su sitio y los cereales empapados en la leche... como a ella le gustaban.

44  
SIN SENTIDO

—Sarah Trelis... ¡claro que recuerdo el caso! Pero, ¿cuánto fue eso? —de pronto sentía una profunda lástima por Aristeo—. ¿no fueron cuatro años?

—Cuatro años de pesadilla, señor Belmez. Cuatro años de auténtico infierno.

—Había un niño más...

—Carlos Sastre. El hijo del secuestrador. Su padre también lo encerró a él al ver que no podía con ella.

—¿Que no podía con ella?

—Sí. Carlos habló algunos años después. Contó los motivos que tuvo su padre para hacer todo aquello. Según el chico, estaba obsesionado por que ella fuese igual que él. Como una forma de autoexculparse, quería que ella se le pareciera, para así no sentirse tan diferente a los demás, para sentir que cualquiera podía convertirse en alguien como él.

—Y la encerró en un agujero...

—¿Sabe qué es lo más curioso del caso? Nunca le pegó ni le puso la mano encima. A él nadie le hizo algo parecido de pequeño, y necesitaba saber que alguien en sus mismas circunstancias podía desarrollar sus conductas irregulares.

—¿En sus mismas circunstancias? Es demente.

—Lo es señor Belmez, pero para él no lo era. Él no se sentía mal por aquello que hacía. Todas las semanas le llevaba libros a Sarah, no podía dejar que creciese siendo una inculta porque de nada serviría entonces su experimento. Ella debía ser inteligente, debía crecer con todas las comodidades posibles para luego convertirse en su reflejo, en un igual.

—¿Por qué?

—Porque en su demencia, el secuestrador creía que si ella llegaba a ser como él por inculta o incapaz, el ensayo no tendría validez alguna. Él se crió entre libros y así habría de criarse ella, él se crió sin violencia, y así habría de crecer ella también.

»Paradójicamente, a su hijo Carlos sí que le zurraba cuando le venía en gana. Cuando Sarah llevaba allí algunos años, y al ver que no nacía en ella el menor atisbo de semejanza con él, decidió meter allí también a su hijo. Amigos, eso era lo que faltaba. Él había crecido con amigos, y ella lo haría de igual forma.

—Pero eso es muy retorcido... ¿qué clase de persona hace algo así?

—Mire señor Belmez. Usted me hablaba del secuestrador secuestrado, o el maltratado que fue maltratado. Pues esto no tiene nada que ver. ¿Qué hay de la persona que crece en un entorno normal, sin ser sometido a ningún miedo ni clase de horror? ¿Qué ocurre para que en un momento dado, su personalidad se desvíe hacia un perfil psicopático? Así era Juan Sastre, un hombre con tendencias extrañas que se preguntaba a sí mismo por qué las había desarrollado. No lo aceptaba.

—Y como no lo acepta... quiere expiar esa culpa. Quiere comprobar que cualquiera puede llegar a desarrollar esas conductas.

—Y entonces la eligió a ella.

—¿La eligió? ¿No fue algo arbitrario?

—No. Para quedar satisfecho Sastre necesitaba “transformar” a alguien puro, intachable. Y así la encontró a ella: una niña de ojos azules, callada e inteligente, curiosa como él mismo lo fuera de pequeño, y atraída de una forma u otra por lo religioso.

—Aris... quiero decir, Sarah. ¿Era religiosa?

—Para nada, y esta fue la primera equivocación de Sastre. Lo que Sarah sentía era una tremenda admiración por los símbolos religiosos, por lo enigmático de sus trazos y los secretos que esconden tras sus líneas. Él había sido educado en un ámbito tremendamente dogmático, y creyó que ella era la candidata perfecta. A sus ojos... eran casi iguales.

—Pero su plan se desmonta por su propio peso. ¿Cómo pretende que un niño crezca con normalidad en un zulo?

—Ahí entra la locura señor Belmez, el “no querer ver”. A él le parecía un plan perfecto. Una niña normal que acabaría convirtiéndose en su viva imagen, ¡era brillante! —ironizó.

—¿Cumplió su palabra? ¿De verdad no llegó a tocarla nunca?

—Eso es lo que dijo ella cuando salió. A Sastre tampoco se le conocían antecedentes, así que nadie lo puso en duda.

—Pero yo recuerdo... Hace muchos años, pero recuerdo algo de una violación.

—Esa parte se la llevó su pobre hijo Carlos, que llevaba ya años sufriendo en silencio. Mientras vivía la madre, Sastre tenía las manos atadas, al menos en casa, pero cuando esta faltó el niño pasó a vivir una auténtica pesadilla.

—¿Qué fue de él? Del chico.

—Probablemente acabaría mudándose a algún lugar donde no lo conociesen.

—El padre murió... ¿no?

—Ella le mató. Le abrió la garganta con unos lápices.

—Pobre... pobre Aristeo. ¿Cómo iba a imaginar yo algo como esto?

—No se culpe señor Belmez, a mí me ocurrió lo mismo. Si no se lo he contado antes es por preservar la intimidad de Aristeo.

—¿Se llama así realmente? Quiero decir, ¿qué pone en su DNI?

—Aristeo Trelis. El apellido nunca hubiese podido cambiarlo. Adoraba a su padre.

—¿Y él? ¿Ya no vive?

—No, murió hace un par de años. Era un hombre muy castigado, demasiado cargado de sobresaltos. Ella ha empeorado mucho desde entonces —Esteban sentía que estaba emocionalmente implicado, pues cada golpe sufrido por Aristeo le causaba dolor como si fuese suyo—. Dicen que llegó a hablar con él. Con el secuestrador. Solía ir a la iglesia a rezar por Sarah y un día se topó allí con un catequista, el mismo Juan Sastre.

—Por eso la conocía...

—Y por eso sabía de su “devoción” cristiana. Él guardaba algunos dibujos de los niños a los que daba catequesis. Eso, y algunos vestidos de pastorcillo y demás farándula navideña. Sarah convivió con ellos en el zulo, sin comprender por qué aquel hombre tenía dibujos suyos, ni por qué guardaba en un arcón tantos disfraces infantiles.

La conversación, que parecía haber comenzado hacia lustros, había pasado de los dimes y diretes a algo mucho más distendido, como si aquellos que hablaban hubiesen acabado por hacerse amigos. Ahora que ambos sabían la verdad, era mucho más fácil encaminar las preguntas hacia el lugar adecuado.

—Y ella. ¿Cree que lo superará algún día?

—Me duele. Pero creo que algo como lo que le ocurrió no llega a olvidarse nunca.

—Ha perdido, entonces.

Pronunció aquellas palabras sumido en la más honda de las tristezas, y al mirar a Hernán vio que este le correspondía. Ahora entendía su empeño por protegerla,

por mantenerla a salvo en aquel paraíso de ancianos que tanto le convenía. Y recordó las palabras de ella, y de como le había dicho que no le tuviese las cosas en cuenta, que Hernán era una buena persona.

Había nacido allí un extraño triángulo afectivo, no de amor convencional, sino de un instinto casi paternal hacia la niña que ahora ambos veían en los ojos de Aristeo: Sarah Trelis.

—No —los iris del director brillaban en un fulgor melancólico—. Ella es más fuerte que eso. Ella saldrá triunfante, aunque para ello tenga que hacer una auténtica locura.

45  
VOLAR ALTO

Aristea sentía que cada uno de sus actos, de las elecciones tomadas a lo largo de su vida, la habían conducido hasta allí.

Cuando llegó a la hierba, y como si se tratase de un acto de pleitesía, se descalzó. Había soñado tantas veces con el hecho de sentir sus pies desnudos sobre aquel césped verde, que casi le pareció un sacrilegio pisarlo con sus zapatos. Sintió las briznas acariciar sus tobillos, haciéndole cosquillas entretanto caminaba hacia el acantilado, y miró a su alrededor, haciendo de la imagen del cielo y del piar de los pájaros su despedida, su último adiós.

Había luchado, con la vida y contra ella, hasta el último momento. Pero sentía que al fin, la partida había terminado para ella. No encontraba su sitio en un mundo que se le antojaba extraño, y a la vez tan hermoso que el solo rozar del viento podía arrancarle las lágrimas. Quizá ahí es donde residía la belleza, al fin y al cabo: en un contraste de maldad y bondad eterno, encarnizado.

Era el bien contra el mal, no como siempre se había visto, con un vencedor y un perdedor, sino como el proceso infinito en que unas fuerzas luchan contra otras, proclamándose solo momentáneamente triunfantes en su baile magistral. Así entendía ella la vida, o al menos así creía entenderla: el frío como la ausencia de calor; o la compasión, que surge únicamente ante el sufrimiento.

A su izquierda, iba dejando atrás algunas piedras que contrastaban con la hierba. Sostenían peticiones, plegarias, deseos fugaces de gente anónima que se aclamaba quizás a los cielos, quizás a algo ininteligible que no llegaban a comprender. Estaban repletas de papelillos arrugados, insertados convenientemente debajo de ellas como si ese simple hecho los tornase poderosos... infinitos.

La gente seguía teniendo fe, y esa era una de las razones por las que Aristea seguía confiando en el mundo. Las personas, grises en su día a día, incapaces en su rutina de cambiar nada, podían tornarse de pronto extraordinarias, cometer auténticas locuras altruistas que les llevaran a la eternidad.

Todo, absolutamente todo se reducía a esa escala de grises, a ese rango infinito de tonalidades en que nos movemos, y Aristea sabe que ella cada vez es más opaca, siente que cada día que pasa avanza un trecho en dirección a la oscuridad absoluta: tan profunda e hipnotizante, tan siniestra y dañina.

Sus pies no se detienen. Prosiguen su camino hacia el borde del precipicio, cada vez más cerca, cada vez más decididos a hacerlo. Aristea se siente acorralada. Siente que no hay más salida para ella que el final, su fin de la historia tan anhelado. Hace casi veinte años que salió del zulo, que abandonó sus paredes de hormigón y emergió a la vida. Pero ahora sabe que está atrapada, Judas efectuó un último movimiento de jaque, y aunque ella ha estado evitándolo durante todo este tiempo, no puede postergar más el término de la partida. Todo ha de acabar, un día u otro.

Y allí está. Sus pies detenidos en el borde mismo del precipicio, sintiendo como las olas la llaman para sus adentros. Sus olas, sus olas de espuma dorada. Aristea no siente miedo. Por contra, se ve a sí misma más cerca que nunca de aquella niña que un día dejó de ser, y que hoy casi parece esté cogiéndola de la mano. Se toma unos últimos segundos para despedirse de todo, de todas las cosas bellas de este mundo que ha acabado por consumirla. Es hermoso, espléndido, quebradizo en su fragilidad pactada: un equilibrio perfecto entre bien e iniquidad. Un equilibrio que ella habría de preservar.

En su cabeza: los trebejos. Unas piezas que la amenazan con un jaque, un viaje a la oscuridad. Pero le toca mover a ella, y puede que nadie espere su última jugada.

En la lontananza, un cielo rojizo se derrite en un atardecer enmudecedor, tan radiante que haría llorar a los mismísimos dioses. Pero ella no llora, ella sonríe ahora como la niña que un día fue.

—Yo nunca —cierra los ojos lentamente—. Yo nunca seré como tú.

Y sus pies se desprenden de la tierra, en un salto a lo desconocido que le eriza todo el vello de la piel. Ha ganado. Después de tanto tiempo, ha conseguido ganar.

En su descender, Aristea se deja llevar por un vuelo bucólico: el que siempre había soñado. Casi puede sentir que vuela, que está volando y su padre planea junto a ella, elevándose ambos a las alturas y jugueteando con sus olas... tocándolas con los dedos. Aquellas olas tan hermosas que desde niña le habían robado la respiración, aquel danzar pletórico de las aguas y su romper en un sinfín de burbujas doradas, que ascendían a lo largo del escaque queriendo también tocarla, acariciar su piel rosada.

Durante esos escasos segundos, pudo acordarse de todos aquellos a los que quiso y la quisieron; fue capaz de recordar cada uno de los momentos mágicos de su vida, cada una de las sonrisas que le había tocado el corazón. Pero sobre todo, y con el alma llena de una inmensurable alegría, se acordó de aquella niña de ojos claros que un día partió, y que hoy por fin volvía a casa.

Y aun con los ojos cerrados, sintió que aquel era un final hermoso, mientras una lágrima agrídulce escapaba al viento y desafiaba las leyes de la gravedad, perdiéndose entre el oro espumoso de aquellas olas, las que ya para siempre serían suyas.



**PARTE CUARTA**  
**EPÍLOGO**

46  
DE LAS CASAS POR SIEMPRE VACÍAS

El agente inmobiliario Saúl Sainz esperaba a la entrada de la casa, impaciente. Su cliente se estaba retrasando más de lo debido, y a él no le gustaba esperar. No obstante, sabiendo que no había nada que él pudiese hacer, se entretenía jugueteando con las llaves del coche, sentado en el capó del mismo y preguntándose cuánto tiempo más habría de aguardar.

Echó un vistazo a su alrededor. La verdad es que el paisaje allí era inmejorable. La casita estaba aislada al final de un viejo camino de tierra, sin apenas vecinos. Tenían el inmueble en la base de datos desde hacía ya varios años, y aunque la había enseñado otras veces, nunca acababa por cerrar la operación. A él siempre le había parecido que era por la tristeza. La quietud del lugar evocaba una extraña melancolía cuando llegaba el atardecer. Tan silencioso... tan imperturbable, quizá en exceso. Por eso esperaba junto al vehículo con no demasiadas esperanzas puestas en el cliente de hoy.

Al fin se oyó algo, y pronto vio aparecer a un tipo por el camino, vestido con una chaqueta de cuero negra y vaqueros, y a lomos de una vieja motocicleta que casi se podría considerar digna de exposición. Era un modelo tipo Vespa, pero no supo discernir exactamente cual. El hombre llegó, se apeó de la moto y se acercó a él extendiéndole una mano en un gesto educado, mientras con la otra sostenía el asa de una mochila negra que llevaba a espaldas.

—Esteban.

—Saúl, Saúl Sainz.

Atravesaron la puerta metálica que les separaba del terreno privado de la finca. Saúl comenzó a soltar su jerga inmobiliaria, insistiendo en que se hallaban en un lugar excepcionalmente tranquilo, que allí se respiraba una tremenda paz y demás verborrea propagandística. Sin embargo a Esteban no parecía interesarle en absoluto su discurso.

¿Hacia cuanto? ¿Seis, siete años? Quizá después de todo él no llegó a ser importante para ella. Sin embargo allí estaba, quizá empujado por su descabellada manera de resolver las cosas, o puede que por la simple necesidad de sentirse cerca de Aristeia, una vez más.

En su lento observar, concluyó que aquel había sido un buen hogar para ella. Miró los árboles a su alrededor, el cielo, la puesta de sol, y a lo lejos la casa de aquella vecina que una vez la encontró desangrándose en la bañera. Parecía que todo hubiese sucedido ayer mismo, y a la vez había pasado tanto tiempo...

Se acercaron a la puerta de entrada. El tal Saúl no dejaba de hablar, pero él no hacía sino ignorarlo más y más a cada paso que daban. Un recuerdo feliz, casi gracioso, le sobrevino ante el portón: la imagen de un Esteban Belmez algo más joven recibiendo un portazo en las narices. Desde luego había algo indudable, y es que ella siempre había tenido carácter.

Saúl abrió, y todas las quimeras de Esteban se desvanecieron. Siempre había querido ver aquella casa. Recordaba que deseó estar allí con ella, que se los imaginaba a ambos frente a la llar, manteniendo una de sus conversaciones místicas y disparatadas.

—Si no le importa, me gustaría entrar solo.

Saúl lo miró con cara de pocos amigos, pero no pudo sino acceder a su petición. El cliente, al fin y al cabo, siempre tiene la razón.

—Como quiera, le esperaré fuera.

De pronto se sentía casi emocionado, como un niño que jugara a buscar tesoros en la arena. Estaba allí, y no sabía a ciencia cierta si aquello estaba bien o mal, pero ahora no había vuelta atrás, y al fin y al cabo ella se había marchado. Caminó por un pasillo en penumbras, mirando a izquierda y derecha a su paso. La visión, a su derecha, de un aseo y una bañera llena de polvo, le puso los pelos de punta.

No sabía qué era aquello que buscaba, si es que buscaba algo. Siempre había querido ver aquella casa, y al fin se había decidido a hacerlo —aunque a decir verdad con más bien poca intención de comprarla.

Caminó por entre las sombras del pasillo, y supo que la echaba de menos. Quizá fuese toda la historia de Aristeia, o puede que simplemente fuesen sus ojos azules y su forma de discutirle todo, pero no había conseguido olvidarla. Se sintió tan estúpido después de todo aquello, tan ignorante por no haber sabido ver las cosas... Ni siquiera supo distinguir unas canas de unos cabellos rubios, y eso era algo que todavía le hacía reír, de vez en cuando. Si tan solo ella se hubiese acordado de él. Si tan solo hubiese podido despedirse de ella...

Llegó al salón, a la llar, esa frente a la que tantas veces se había imaginado junto a ella. Era curioso, casi mágico estar en aquel lugar, ante el quebradizo y doloroso encuentro de dos personas que nunca se tocan por la distancia en el tiempo. Ella había estado allí, y él casi podía verla de un lado para otro, sentándose en un sofá lleno de polvo o leyendo junto a la chimenea.

En un estante, había un pequeño marco tan repleto de suciedad, que apenas se podía ver la fotografía que guardaba en su interior. Esteban sopló y las motas grisáceas emprendieron el vuelo llenándole la cara y provocándole picores en la nariz. Aquello no era ninguna foto, era una especie de diploma enmarcado en un cristal roto. Apartó la suciedad restante con las manos, y pudo leer lo que ponía: “Aristeia, o la que brilla”. Aquello le produjo una profunda tristeza. “La que brilla”, como un intento desesperado por emerger a la luz.

Entonces reparó en un extraño mueble que había en el centro. Una especie de baúl —o al menos eso parecía— cubierto por una tela blanca para guarecerlo del polvo. Sintió curiosidad por lo que allí dentro pudiese encontrar, y alzó aquella suerte de sábana que lo cubría, descubriendo así un viejo arcón de madera, pesado y opulento como el que más.

Acabó de retirar la improvisada funda, y se detuvo un instante antes de abrirlo. En el suelo, había unas extrañas marcas en uno de los costados, ahora descubiertas tras quitar la tela. Eran unas señales profundas de desgaste, como si alguien hubiese arrastrado aquel arcón una y otra vez a través del piso.

Esteban caminó hacia el costado y empujó. El baúl pesaba lo suyo y tuvo que arrastrarlo poniendo para ello todo su empeño. Cuando calculó que lo había desplazado lo suficiente, se detuvo a recuperar el aliento mientras miraba el tramo de suelo que acababa de descubrir. No parecía haber nada extraordinario allí.

Pisó con la punta de los zapatos aquí y allá hasta que una de las losas emitió un sonido hueco. Volvió a golpearla con la punta del pie, y esta se hundió por una de sus esquinas y se alzó por la otra: estaba suelta.

Se aproximó, ahora agachado, y con las manos presiono de nuevo en uno de los cantos, haciendo que la losa se levantase por el extremo opuesto. No sin cuidado consiguió aferrarla por ambos lados, y destapó el agujero sintiendo que estaba descubriendo un tesoro, algo que nadie más había logrado encontrar.

—¡Señor Esteban! ¿Se encuentra bien?

El corazón le dio un vuelco, tan ensimismado como estaba en sus quehaceres, y el pesado ladrillo estuvo a punto de caerle al suelo.

—¡Sí, sí, no se preocupe! ¡Ya casi salgo!

Estaba oscuro, pero pudo distinguir claramente lo que allí había: Una pequeña caja de latón, aparentemente vacía, y debajo, un libro de tapas oscuras que le aceleró el pulso. ¿Era posible? ¿Era posible que aquel fuese el diario de Aristeia? Abrió por las primeras páginas y sus dudas fueron resueltas. Una letra estilizada recorría las hojas de parte a parte llenándolas hasta los topes, y Esteban, aunque sintiéndose extrañamente culpable, no pudo evitar leer algunas frases sueltas de aquella página por la que había abierto.

*“...Por eso te cuento esto a ti, con la media sonrisa que puede proporcionarme el hecho de pensar que algún día existas y sostengas estas páginas entre tus dedos, porque lo creas o no, eres lo más cercano que tengo a un amigo dentro de este agujero infeccioso. Lo creas o no, eres mi último salvoconducto para ganar esta partida de ajedrez endiablada en la que no hay manera de dar caza al que se sienta en el trono...”*

Metió ambas cosas en su mochila negra, algo apretujadas con la cámara de fotos. El corazón le latía con fuerza, como si estuviese haciendo algo de una gravedad irreparable. Devolvió la losa y el arcón a su sitio perdiendo el poco aliento que conservaba, y después trató de ahuyentar el polvo de su ropa y esbozar la mejor de sus sonrisas. Allí no había pasado nada.

## LA IMPORTANCIA DE LOS NOMBRES

En un atardecer rojo que robaba la respiración, un hombre contemplaba la lontananza al borde de un acantilado. Vestía vaqueros y una cazadora de piel, y sabía ahora que su amiga no lo había olvidado. En un diario viejo había descubierto su verdad, la de una niña grande que siempre había luchado contra las adversidades.

En el diario, que no terminaba con el final de su cautiverio, Aristeo hablaba de él como alguien gracioso al principio, y como un amigo después. Recordaba agradecida la vez que él la sacó del hospital, y se mostraba arrepentida ante aquel portazo que tantos quebraderos de cabeza habría de ocasionarle. Aquella fue para él la más grande de las despedidas, como un hasta luego, como si ella hubiese dejado allí sus vivencias para que él las encontrase y así se reuniesen de nuevo.

Resultaba fácil dejarse llevar por aquel sol roto que se escondía en un rojo “hasta mañana”, un adiós agrisado como todos aquellos que nunca se han de olvidar. Esteban sentía que había entrado en uno de los sueños de Sarah, en su deseo ferviente de caminar descalza por aquella hierba pristina que lo rodeaba.

Si Aristeo se había quitado la vida, nunca encontraron su cuerpo. Pero él, por alguna extraña razón, sabía que estaba allí, en el tacto del viento que mecía las hojas de los árboles, en aquella puesta de sol majestuosa que desafiaba todas las tonalidades y, sobre todo, en aquellas olas doradas que rompían su furia en la base del escarpe.

Después de tanto sufrimiento, de tantas penurias y días de oscuridad, Sarah había aprendido a sonreír de nuevo. El diario relataba los años felices que pasó con su padre, después de que todo terminase. Hablaba de esperanzas, de una Sarah que escuchó un día a una madre llamando a su hija, y explicarle lo que significaba su nombre. “Aristeo quiere decir la que brilla”. Y así quiso llamarse ella, como una persona que hubiese vuelto a nacer, como alguien que recorrería de nuevo los caminos de la vida.

Esteban se sintió tan atrapado por las vivencias de aquella niña y de cómo crecía, que en más de una ocasión se sorprendió a sí mismo llorando. Sarah tenía una sensibilidad especial, quizá por eso había conectado con ella. Supo sobreponerse con inventiva a todos sus males, a toda la negrura que la envolvía. Y aunque lo que le ocurrió a Aristeo continuaba siendo un misterio, después de haber leído su historia él sentía que estaba allí. Que todo había terminado como en uno de sus sueños. Que al fin, y para ganar la partida, Sarah tuvo que sacrificar la más valiosa de sus piezas: la vida.

A su izquierda, el camino estaba repleto de piedras, rocas cuyo propósito era sostener infinidad de papelillos que allí dejaba la gente. Oraciones sin nombre que desearan alzarse a los cielos desde aquel lugar imponente. Esteban abrió la mochila, y extrajo de ella una pequeña caja de latón, oxidada por el paso de los años. En ella, había introducido un pasaje especial de entre todos los que halló en el diario de Sarah, y la dejó allí con sumo cuidado, junto aquellas otras plegarias y rezos. Seguramente, pensó, a ella le hubiese gustado que así fuera.

Se acercó de nuevo al borde del precipicio, para despedirse, ahora sí, de la que era y siempre sería su amiga. Cualquiera lo hubiese tomado por lunático, tan poco había sido su contacto con Aristeo, pero él así lo sentía, y así había de hacerse. Al fin y al cabo, siempre había sido un incomprendido y a estas alturas ya le traía todo sin cuidado.

Queriendo ver las olas, Esteban vislumbró algo que le dio un vuelco al corazón. Allí, justo en el lugar en que la roca se rompía en un desfiladero, crecían entre algún hierbajo y aferrándose a la tierra seca, un par de rosas rojas extraordinarias, de una belleza inmensurable.

Con los ojos húmedos, sacó su vieja cámara de fotos y tomó una instantánea de aquello que veía. Unas rosas rojas pugnando por vivir en el borde de un acantilado, sobre el romper de las olas y frente a la fragilidad de un atardecer que languidecía en el horizonte.

Supo, en aquel mismo instante, que aquella era una de sus mejores imágenes, uno de sus más bellos momentos, siempre casuales y perfectos. Y sonrió, único conocedor de que precisamente, y a sus espaldas, un poema dormía en una caja oxidada de latón. En él, una niña hablaba de la anatomía de las rosas rojas, y de cómo crecen preciosas entre la mala hierba.



**FIN**

**ALBERTO FAUSTO**

**LA ANATOMÍA DE LAS  
ROSAS ROJAS**

## EL AUTOR

Alberto Fausto es escritor de misterio, fantasía y ciencia ficción. Desde su más temprana infancia se ha sentido atraído por el mundo de las palabras, publicando su primera novela a nivel nacional con solo 21 años.

Es autor de las novelas *El Síndrome de Korsakoff*, *Oniria e Intragénesis*. Además, ha impartido clases de escritura creativa y, desde 2010, ha dado charlas en diferentes convenciones y centros de enseñanza promoviendo la lectura entre los más jóvenes. Sus anteriores trabajos han alcanzado altos puestos en el top 100 de Amazon y algunos de ellos se incluyen como lectura obligatoria en institutos de la Comunidad Valenciana.

Más de 10.000 lectores han disfrutado de sus obras. *La anatomía de las rosas rojas* es su último libro.

## OTRAS OBRAS DEL AUTOR

- [El síndrome de Korsakoff](#)
- [Oniria](#)
- [Intragénesis](#)